MONSEÑOR SEGUR



LA REVOLUCIÓN
LA ESCUELA SIN DIOS
OPÚSCULOS ESCOGIDOS:

Sagrado Corazón de Jesús

Diálogo entre Jesús y el alma devota

La Comunión y la Confesión

1864

LA
REVOLUCION

POR

Monseñor Segur,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

P. M. de L.

Verbum caro factum est.

GUANAJUATO.

Reimpresa por Felix M. Conejo, calle de Alonso núm. 36.

1864.

LA REVOLUCION.

I.

LA REVOLUCION.—LO QUE NO ES.

Esta palabra es muy elástica, y se abusa de ella á cada paso para seducir la inteligencia de los hombres.

La revolucion en general es un cambio rápido que se hace en las costumbres, ciencias, artes ó letras, y, sobre todo, en las leyes y los gobiernos de las sociedades. Pero en Religion y política es el triunfo, el desarrollo completo de un principio subversivo de todo el antiguo órden social.

Por lo regular, la palabra *Revolücion* se toma en mal sentido; sin embargo, esta regla tiene sus escepciones. Así se dice. "El cristianismo causó una gran revolucion en el mundo;" y esta revolucion fué muy provechosa. Lo mismo se dice: "En tal ó cual país ha estallado una revolucion, que lo ha pasado todo á sangre y fuego." Esto tambien es revolucion; pero una revolucion muy mala.

Hay una diferencia entre *una revolucion* y lo que desde hace un siglo se llama LA REVOLUCION. En todos tiempos hubo revoluciones en la sociedad humana, mientras que la Revolucion es un fenómeno del todo moderno, nunca visto.

Muchos son los que creen [porque así lo leen en los periódicos] que todos los adelantos en industria, comercio, bienestar; que todas las invenciones modernas en artes y ciencias desde sesenta años acá; muchos creen, repito, que todo esto se debe á la Revolucion; que sin ella, no tendriamos telégrafos, ni ferrocariles, ni vapores, ni máquinas, ni ejèrcitos, ni instruccion, ni gloria; en una palabra, que sin la revolucion todo estaría perdido, y que el mundo volvería à las tinieblas.

Nada mas falso. Si en tiempo de la Revolucion se hizo algun progreso, no por esto le causó ella. El gran sacudimiento que ha impreso al mundo entero, habrá precipitado sin duda el desarrollo de la civilizacion material, en algunas cosas; pero en cambio lo ha detenido en muchas otras. Lo cierto es que la Revolucion, considerada en sí misma, nunca ha sido el principio de ningun progreso.

Tampoco ha sido, como se nos quiere hacer creer, la libertad de los oprimidos, la supresion de abusos inveterados, el mejoramiento y progreso de la humanidad, el esparcimiento de luces y conocimientos, la realizacion de todas las aspiraciones generosas de los pueblos, etc., etc.; y de esto nos convenceremos cuando la conozcamos á fondo.

Tampoco debe creerse que la Revolucion sea el grande hecho histórico y sangriento que ha trastornado la Francia y aun la Europa al concluir el último siglo. Este hecho, mirado tanto por parte de su moderacion como en sus escesos mas espantosos, solo ha sido un fruto, un producto de la Revolucion, que en sí, es mas bien una idea, un principio, que un hecho. Es muy importante no confundir estas cosas. ¿Qué es, pues, la Revolucion?

II.

LO QUE ES LA REVOLUCION, Y CÓMO ES UNA CUESTION RELIGIOSA NO MENOS QUE POLÍTICA.

La Revolucion no es una cuestion puramente política, sino tambien religiosa, y bajo este punto de vista únicamente hablo de ella aquí La Revolucion es, no solamente una cuestion religiosa, pero es la gran cuestion religiosa de nuestro siglo. Para convencerse de ello, basta la reflexion y concretar la cuestion. Tomada en su sentido mas general, la Revolucion es la rebeldia erigida en principio y en derecho. No se trata del mero hecho de la rebelion, pues en todos tiempos las ha habido; se trata del derecho, del principio de rebelion, elevado á regla práctica y fundamento de las sociedades; de la negacion sistemática de la autoridad legítima, de la teoría de la rebelion, de la apología y orgullo de la misma, de la consagracion legal del principio de toda rebelion. Tampoco es la rebelion del individuo contra su legítimo superior; esto se llama desobediencia: es la rebelion de la sociedad, como sociedad; el carácter de la Revolucion es esencialmente social, y no individual.

Tres grados hay en la Revolucion.

1.° La destruccion de la Iglesia, como autoridad y sociedad religiosa, protectora de las demás autoridades y sociedades; en

EL TRADUCTOR.

He emprendido la traduccion de esta obrita con el fin de proporcionar á las personas que no pudieran leerla en su lengua original, la ocasion de estudiar y meditar las verdades que encierra. Estas son de la mayor importancia y de actnalidad. Ademas, creo que hasta el dia no se habrán escrito muchos folletos que en tan poco espacio digan tanto y tan bneno.

He procurado atenerme, en cuanto ha sido posible, al testo, y espero del benévolo lector disimulará las faltas que pueda encontrar en mi trabajo. Mi único y mas vivo deseo seria que la lectura del mismo produjese buenos frutos en beneficio de la sociedad y de mi patria.

M. de B.

PROLOGO DEL AUTOR.

A LOS JOVENES.

A esos dedico estas pájinas, por dos razones: la primera, porque su inteligencia todavia no está maleada por doctrinas perversas; y la segunda, por ser ellos, en lo porvenir, la esperanza de la Iglesia y de la Francia.

La adolescencia es la edad decisiva de la vida. Durante su periodo se forman la inteligencia y el corazon, y toman, como la fisonomía, un carácter, una forma que ya nunca pierden. El Soberano Hacedor lo dijo: *Adolescens juxta viam suam. etiam cum senuerit, non recedit ab ea.*

Los jóvenes entran en un mundo que anda como un navío á la merced de las olas, porque ya le faltan principios, y porque desde hace mas de un siglo á esta parte, la enseñanza incoherente de mil falsos doctores lo aleja mas y mas de la fé y del sentido comun. Ellos leerán en los papeles públicos, verán por do quiera tantas locuras y mentiras, que serán arrastrados infaliblemente, si no tienen, para defenderse, principios verdaderos y sólidos.

No pretendo tratar en este corto trabajo todo lo que ofrece esta cuestion; mi único objeto es hacer comprender claramente á mis jóvenes lectores: 1.°, lo que es la Revolucion; el por qué y el cómo la Revolucion es la gran cuestion religiosa de nuestra época; 2.°, lo que son realmente los principios proclamados en 1789, y cuales son las ilusiones que pueden arrastrarnos al error revolucionario; en fin, cuales son los deberes de los verdaderos cristianos en este siglo de trastornos y ruinas que estamos atravesando.

Ajeno á todo partido político, me concreto á una esposicion razonada de principios, del punto de vista mas importante de todos, el de la fé, y cada cual podrá sacar fácilmente la conclusion práctica, aplicando estos principios segun pueda.

Nada mas práctico para vosotros, jóvenes, que estas nociones abstractas en apariencia; nada mas necesario para vosotros, pues, á vosotros, jóvenes buenos y honrados, sabedlo bien, á vosotros principalmente dirije sus tiros la Revolucion, para haceros marchar contra Dios. Ella ha dicho, en un escrito oficial: "A la juventud hemos de seducir y arrastrar bajo nuestras banderas, sin que ella lo conozca."

Ya lo oís: os quieren seducir y perder; yo quisiera guiaros. El único antídoto para el veneno que os preparan, es la verdad. Lo que hace tan vulnerable á la sociedad moderna, es la falta de principios; esto falta, ante todo, á los hombres de buena fé, que son muchos. Y vosotros, jóvenes, que dentro de poco sereis la fuerza viva de esta sociedad caduca, vuestra mision es la de conduciros mejor que vuestros padres, y valeros de todos los medios para salvarla.

Y suplico mediteis sobre las verdades que he reasumido aquí para vosotros. Las entrego con toda confianza á vuestra buena fé y buen deseo, y sentiria mucho hubiese algun jóven católico que no comprendiera su importancia.

El Sumo Pontífice ha bendecido este trabajo desde que lo emprendí. Espero que esta sagrada bendicion se estenderá á cada uno de mis lectores, y suplirá la imperfeccion de mis palabras.

este grado, que nos interesa directamente, la Revolucion es la negacion de la Iglesia erigida en principio y formulada en derecho; la separacion de la Iglesia y del Estado, con el fin de dejar á éste descubierto y quitarle su apoyo fundamental.

2.° La destruccion de los tronos y de la legítima autoridad política, consecuencia inevitable de la destruccion de la autoridad católica. Esta destruccion es la última espresion del principio revolucionario de la moderna democràcia, y de lo que se llama hoy dia la *soberanía del pueblo.*

3.° La destruccion de la sociedad, es decir, de la organizacion que recibió de Dios: de otro modo: la destruccion de los derechos de la familia y de la propiedad en provecho de una *Abstraccion*, que los doctores revolucionarios llaman el *Estado.* Es, por último, el socialismo, fin principal de la Revolucion perfecta, rebelion postrema, destruccion del último derecho. En este grado, la Revolucion es, ó mas bien seria, la destruccion completa del órden divino en la tierra, y el reinado perfecto del demonio en el mundo.

Formulada por la vez primera por J. J. Rousseau, y luego en 89 y 93 por la Revolucion francesa, la Revolucion se mostró, ya en su orígen, como la enemiga implacable del cristianismo. Sus furiosas persecuciones contra la Iglesia recuerdan las del paganismo. Ella sacrificó Obispos, asesinó Sacerdotes y toda clase de católicos, cerró ó destruyó templos, dispersó las órdenes religiosas, y arrastró por el fango las cruces y reliquias de los Santos. Su rábia se estendió por toda Europa, rompió todas las tradiciones, y hasta llegó á creer, un momento, haber destruido el catolicismo, al cual llamaba, con desprecio, una supersticion antigua y fanática.

Sobre este monton de ruinas ha levantado un nuevo régimen de leyes ateas, de sociedades sin religion, de pueblos y Reyes *absolutamente* independientes. Desde hace sesenta años va dilatándose mas y mas, crece y se estiende en el mundo entero, destruyendo por do quiera la influencia social de la Iglesia, pervirtiendo las inteligencias, calumniando el clero, y minando por sus cimientos el gran edificio de la fé.

Bajo el punto de vista religioso, la Revolucion puede definirse del modo siguiente: La negacion legal del Reino de Jesucristo en la tierra; la destruccion social de la Iglesia. Combatir la Revolucion es, por lo tanto, un acto de fé, un deber religioso de la mayor importancia. Obrando así se obra además como buen ciudadano y hombre de bien, pues se defiende la patria y la familia. Si los partidos políticos de buena fé, y que conservan su honra, la combaten bajo sus puntos de vista, nosotros, los cristianos, debemos combatirla bajo los nuestros, que son mucho

mas elevados, pues defendemos aquello que amamos mas que nuestra vida.

III.

LA REVOLUCION, HIJA DE LA INCREDULIDAD.

Para juzgar la Revolucion, basta saber si se cree ó nó en Jesucristo. Si Cristo es Dios hecho Hombre, si el Papa es su Vicario, si la Iglesia es obra suya y tiene su mision, claro está que tanto las sociedades como los individuos deben obediencia á los mandamientos del Papa y de la Iglesia, que son los mandatos de Dios mismo.

La Revolucion, que pone por principio la independencia absoluta de las sociedades para con la Iglesia, es decir, la separacion de la Iglesia y del Estado, declara por eso solo que no cree en el Hijo de Dios, y es juzgada de antemano, segun las palabras del Evangelio.

Resulta, pues, que la cuestion revolucionaria es tambien una cuestion de fé. Cualquiera que crea en Jesucristo y en la mision de su Iglesia, no puede ser revolucionario, si es lógico, y cualquier incrédulo, cualquier protestante, dejará de serlo si no adopta el principio apóstata de la Revolucion, y no combate á la Iglesia bajo su bandera. En efecto, la Iglesia católica, si no es divina, usurpa de un modo tiránico los derechos del hombre.

Jesucristo, ¿es Dios? ¿Le pertenece el poder infinito en el cielo y en la tierra? Los Pastores de la Iglesia y el Sumo Pontífice á su cabeza, ¿tienen ó nó tienen por derecho divino la mision de enseñar á todas las naciones y á todos los hombres lo que es preciso hacer ó evitar para cumplir la voluntad de Dios? ¿Existe acaso un hombre, príncipe ó vasallo, existe una sociedad que tenga el derecho de rechazar esta enseñanza infalible, ó de sustraerse á esta alta direccion religiosa? Ahí está todo. Es una cuestion de fé, de catolisismo. El estado debe obediencia al Dios vivo, lo mismo que la familia y el individuo. Es cuestion de vida, tanto para el uno como para el otro.

IV

QUIEN ES EL VERDADERO PADRE DE LA REVOLUCION, Y CUANDO NACIÓ ESTA.

Hay en la Revolucion un misterio, un misterio de iniquidad, que los mismos revolucionarios no pueden comprender, porque solo la fé puede esplicarlo, y á ellos les falta la fé.

Para comprender la Revolucion es preciso remontarse hasta

el padre de toda rebeldia, hasta aquel que el primero se atrevió á decir, y tiene la osadía de repetir hasta la consumacion de los siglos á su Dios y Señor: *Non serviam*: Yo no obedeceré.

Sí; Satanás es el padre de la Revolucion. Esta es obra suya, comenzada en el cielo, y que viene perpetuándose entre los hombres de edad en edad. El pecado original, por el cual nuestro padre Adan se rebeló contra Dios, introdujo en el mundo, no diré absolutamente la Revolucion, pero sí el espíritu de orgullo y de rebeldía, que son su principio: desde entonces el mal fué aumentando de cada dia hasta la aparicion del cristianismo, que lo combatió y obligó á retroceder.

El renacimiento pagano, mas tarde Lutero y Calvino, y, en fin, Voltaire y Rousseau, han vuelto á enaltecer el poder maldito de Satanás, su padre, y este poder, favorecido por los escesos del cesarismo, este poder recibiò en los principios de la Revolucion francesa una especie de consagracion, una constitucion que no habia tenido hasta entonces, y que hace decir con justicia que la Revolucion nació en Francia en 1789.

En 1793 decia el feroz Babœuf: "La Revolucion de Francia no es mas que la precursora de otra Revolucion mucho mas grande, mucho mas solemne, y que será la última."

Esta Revolucion suprema y universal es la REVOLUCION. Por primera vez despues de seis mil años ha tenido la osadía de tomar, á la faz del cielo y de la tierra, su verdadero y satánico nombre: *La Revolucion*, que es como decir *rebeldía completa y perpetua*.

Ella tiene por lema, como el demonio la famosa palabra *Non serviam*. Es satánica en su escencia, y aspirando á derribar todas las autoridades, tiene por fin postrero la destruccion total del reino de Jesucristo en la tierra. La Revolucion, no hay que olvidarlo, la Revolucion es ante todo un misterio del órden religioso, es el ANTICRISTIANISMO.

Así lo hace constar en su Encíclica de 8 de Diciembre de 1849 el Soberano Pontífice Pio IX: "La Revolucion, dice, es inspirada por el mismo Satanàs. Su objeto es destruir completamente el cristianismo, y reconstruir, sobre sus ruinas, el órden social del paganismo." Amonestacion solemne, confirmada al pié de la letra por la Revolucion misma. "Nuestro objeto final, dice la Instruccion secreta de la *Venta Suprema*, nuestro objeto final es el mismo de Voltaire y de la Revolucion francesa: Aniquilamiento y destruccion completa del catolicismo, y hasta de la idea cristiana."

V.

¿QUIÉN ES EL ANTIREVOLUCIONARIO POR ESCELENCIA?

Es nuestro Señor Jesucristo en el cielo, y, en la tierra el Papa su Vicario. La historia del mundo es la historia de la lucha gigantesca entre los dos jefes del ejército.

De una parte, Jesucristo con su Santa Iglesia; de la otra, Satanás con todos los hombres que pervierte y reune bajo la bandera maldita de la rebelion. El combate fué terrible en todos tiempos; nosotros vivimos en una de esas épocas mas peligrosas, que es la de la seduccion de las inteligencias y de la organizacion de aquello que, delante de Dios, no es mas que desórden y mentira.

El Papa y la Iglesia se encuentran ahora, como siempre, sobre la brecha defendiendo la verdad y la justicia, para con todos y contra todos, aborrecidos de muerte por los revolucionarios de toda clase, cuyas tramas y proyectos perversos descuben y desbaratan.

Uno de nuestros mas ilustres Prelados, estando para morir, hizo ver ya en otro tiempo el odio y los proyectos de la Revolucion contra el Soberano Pontífice. "El Papa, escribia con mano trémula, el Papa tiene un enemigo, la Revolucion: ese enemigo implacable, cuyo furor no pueden mitigar los mayores sacrificios, y con el cual es imposible transigir. Al principio solo se pedian por ella reformas, hoy ya no la bastan estas. Quitad á la Santa Sede la soberanía temporal, mutilad la obra admirable que Dios y la Francia acabaron hace mas de mil años; echad pedazo á pedazo en manos de la Revolucion todo el patrimonio de San Pedro: mas aun con esto no habreis satisfecho, no habreis desarmado la Revolucion. La ruina de la existencia temporal de la Santa Sede, mas bien que un fin, es un medio para llegar á una destruccion mayor.

"La existencia divina de la Santa Sede y de la Iglesia, eso es lo que se quiere aniquilar, y de tal manera, que ni aun vestigio quede de ella. ¿Qué importa, al fin, que la débil dominacion cuyo asiento es Roma y el Vaticano, quede circunscrita en límites mas ó menos estrechos? ¿Qué importan Roma y el Vaticano? Mientras que haya sobre la tierra, ó debajo de ella, en un palacio ó en una mazmorra, un hombre delante de quien se prosternen doscientos millones de hombres como delante del representante de Dios, la Revolucion perseguirá á Dios en este hombre. Y si acaso en esta guerra impía no habeis tomado con resolucion el partido de Dios contra la Revolucion; si capitulais, los

medios por los cuales habreis intentado contenerla ó moderarla, no habrán servido sino para dar fuerza á sus ambiciones sacrílegas y exaltar mas y mas sus salvajes esperanzas.-

Fuerte por vuestra debilidad, contando con vosotros como con sus cómplices, ¿qué digo? como con sus esclavos, ella os mandará la sigais hasta el término de sus empresas abominables. Despues de haberos arrancado concesiones que habrán consternado al mundo, todavia exigirá de vosotros obras que espantarán vuestra conciencia.

"No exageramos hablando así. La Revolucion, mirada no por su parte accidental, sino por aquello que constituye su esencia, es una cosa con la que nada puede compararse, en la serie larga de las revoluciones por las cuales ha pasado la humanidad desde el orígen de los tiempos, y que vemos desarrollarse en la historia del mundo.

"La Revolucion es la insurreccion mas sacrílega que ha armado la tierra contra el cielo; es el esfuerzo mas grande que haya intentado el hombre, no solo para separarse de Dios, sino para ponerse en lugar de Dios."

La Revolucion no ataca al Papa-Rey sino para acabar mas seguramente con el Papa-Pontífice. Comprende como nosotros, que el Papa-Rey es el Papa independiente en lo material; es el Papa libre para decir toda la verdad, y para fulminar su anatema contra los despojadores y los déspotas, sea cual fuere su potestad y rango. La Revolucion, que bajo la máscara de libertad é igualdad no es otra cosa sino el despojo y el despotismo, no puede tolerar la soberanía pontifical, cuya existencia es para ella cuestion de vida ó muerte.

El Papa, Vicario de Jesucristo, es el enemigo nato de la Revolucion. Los obispos fieles y los sacerdotes formados segun el corazon de Dios participan con Él de esta gloria y de este peligro. Ellos viven en medio de los hombres, como personificacion de la Iglesia y de la ley de Dios; y por esto mismo son el blanco del odio revolucionario. El despojo del dominio temporal seria el golpe postrero dado á la última raiz, que, por la propiedad, liga la Iglesia al suelo de Europa.

M. Bonald decia hace treinta años: "La Religion pública está perdida en Europa, si no tiene propiedad; la Europa está perdida si no tiene religion pública."

Uno de los jefes de la *Venta Suprema* de la Alta Italia, escribe: "Es preciso descatolizar al mundo: conspiremos solo contra Roma; La Revolucion en la Iglesia, es la Revolucion permanente, es la destruccion segura de los tronos y dinastías. No deberia ir confundida con otros proyectos la conspiracion contra la Santa Sede romana." Los verdaderos católicos, fieles discí-

pulos de Jesucristo, vienen á agruparse alrededor del Papa, de los Obispos y de los sacerdotes, para "combatir el buen combate y conservar la fé." Cada uno de ellos se esfuerza por rechazar el enemigo y hacer triunfar la buena causa por medio de la oracion, de las obras buenas, por la accion y la palabra, por la polémica, y, en fin, por todos los medios legítimos de influencia. Esto es lo que forma el pequeño, al mismo tiempo que grandísimo ejército de Jesucristo. El gigante revolucionario se lisonjea de destrozarlo, como en otro tiempo Goliath en frente de David; pero Dios está con nosotros, y nos ha dicho: "No temais, pequeña grey, porque ha sido la voluntad de vuestro Padre el daros la victoria." Marchemos, pues, y tengamos valor.

Jóvenes, teneis merecido vuestro puesto en nuestras filas. Apresuraos, corred y traed á vuestro divino Maestro el óbolo de vuestra felicidad naciente. En unos tiempos como los que hemos alcanzado, todo cristiano debe ser soldado, y Jesus, al reunirnos bajo la sagrada bandera de su Iglesia, nos dice: "*Qui non est mecum, contra me est:* El que no está conmigo, está contra mí."

VI.

¿ES POSIBLE CONCILIAR LA IGLESIA Y LA REVOLUCION?

No; porque no lo es mas que el que se avengan entre sí el bien y el mal, la vida y la muerte, la luz y las tinieblas, el cielo y el infierno. Escuchad lo que dijo en otro tiempo una logia de carbonarios en un documento secreto: "La Revolucion solo es posible con una condicion: el aniquilamiento del Papado. Mientras que Roma exista, todas las conspiraciones del estrangero y revoluciones de Francia no tendrán mas que resultados muy secundarios. Aunque débiles como poder temporal, los Papas tienen aun una fuerza moral inmensa. Contra Roma deben dirigirse, pues, todos los esfuerzos de los *amigos de la humanidad.* Con tal de destruirla, todos los medios son buenos. Una vez derribado el Papa, naturalmente caerán los demas monarcas."

Edgard Quinet dice por su parte: "Preciso es que caiga el catolicismo. ¡No haya tregua para el *Injusto!* No se trata solo de combatir el papado, sino de estirparlo, y no solo estirparlo, sino de deshonrarlo, y no solo de deshonrarlo, sino de hundirlo en el fango."—"En nuestros consejos está decidido, dice la *Venta Suprema,* que no consintamos mas cristianos." Ya antes habia dicho Voltaire: "Aplastemos al infame;" y Lutero: "Lavemos nuestras manos en su sangre."

La Iglesia proclama los derechos de Dios, como principio tutelar de la moralidad humana y de la salvacion de las socieda-

des; la Revolucion solo habla de los derechos del hombre, constituyendo una sociedad sin Dios. La Iglesia toma por base la fé, el deber cristiano: la Revolucion ningun caso hace del cristianismo; no cree en Jesucristo: pone la Iglesia á un lado, y se forma no sé qué deberes filantrópicos, que no tienen otra sancion sino el orgullo del *hombre de bien*, y el miedo á los gendarmes. La Iglesia enseña y conserva todos los principios de órden, de autoridad, de justicia: la Revolucion los combate todos, y con el desórden y la arbitrariedad consitituye lo que se atreve á llamar el derecho nuevo de las naciones, la civilizacion moderna.

El antagonismo es completo: luchan entre sí la obediencia y la rebeldía, la fé y la incredulidad.

Ninguna conciliacion es posible, y menos transaccion ni alianza alguna. Quede esto bien impreso en vuestra memoria: que todo cuanto la Revolucion no ha creado, le es odioso; que todo cuanto odia, lo destruye. Que se le entregue hoy el poder absoluto, y á pesar de sus protestas, será mañana lo que fué ayer y lo que fué siempre: la guerra á muerte contra la Religion, la sociedad, la familia. Y no diga que, hablando así, la calumniamos; ahí estan sus palabras y sus obras para probarlo. Acordaos de lo que hizo en 91 y 93, cuando fué dueña del poder.

En esta lucha, uno de los dos partidos será vencido tarde ó temprano, y este será la Revolucion. Puede ser que parezca triunfar por un momento; podrá ganar victorias parciales, primero, porque la sociedad, de cuatro siglos á esta parte, ha cometido en toda Europa enormes faltas que la han atraido un justo castigo, y luego, porque el hombre es siempre libre, y la la libertad aun cuando se abusa de ella, constituye un gran poder. Pero tras el Viérnes Santo viene siempre el Domingo de Pascua, y Dios mismo es quien, con su verdad infalible, ha dicho al Jefe visible de su Iglesia: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella."

VII.

¿CUALES SON LAS ARMAS ORDINARIAS DE LA REVOLUCION?

Ella misma lo ha dicho y lo ha probado muy á menudo.

"Para combatir los príncipes y los santurrones, todos los medios son buenos: todo está permitido para anonadarlos: la violencia, la astucia, el fuego y el hierro, el veneno y el puñal: el objeto santifica los medios (1). "Ella se hace todo, para unir todo el mundo con su causa. Para pervertir los cristianos, pa-

(1) Carta de un revolucionario de Alemania á un francmason.

ra estirpar el espíritu católico, se sirve de la educacion, que malea; de la enseñanza, que envenena; de la historia, que falsifica; de la prensa, de la que hace el uso que todos saben; de la ley, cuyo traje adopta; de la política, á quien inspira; de la Religion misma, de la cual toma algunas veces las esterioridades para seducir las almas. Se sirve de las ciencias, y encuentra medio de que estas se rebelen contra el Dios de las ciencias, se sirve de las artes, las cuales bajo su influencia mortal producen la perversion de las costumbres públicas y la deificacion de la sensualidad.

A Satanás, con tal que logre su objeto, poco le importan los medios que emplea. No es tan escrupuloso como se cree, y sus amigos tampoco lo son.

Sin embargo, puede decirse que el carácter principal de los ataques de la Revolucion contra la Iglesia es la audacia y la mentira. Por la audacia hace flaquear el respeto al Papado, vilipendia á nuestros Obispos y Sacerdotes, bate en brecha las instituciones católicas mas venerandas: y con la mentira, repetida sin rebozo, prepara la ruina de las sociedades, fascinando á las masas, siempre poco instruidas y poco acostumbradas á sospechar de la buena fé de los que las hablan.

Sobre mil personas seducidas por la Revolucion, novecientas noventa y nueve son víctimas de esta táctica odiosa. ¡Ay de ella! ¡Ay de vosotros, seductores de los pueblos, que empleais la energía que Dios os concedió para servir á la sociedad en provecho de la mentira! Hijos de la Revolucion, no temeis llamar mal al bien, y bien al mal: sobre vosotros cae aquel terrible anatema: *Væ qui dicitis malum bonum, et bonum malum! Væ genti insurgenti super genus meum!*

Pero ¿es cierto que la Revolucion sea tan perversa? ¿Es cierto que conspira de este modo contra Dios y contra los hombres? Escuchad sus propias confesiones, escuchad sus proyectos dignos del infierno.

VIII.

SI ES UNA QUIMERA LA CONSPIRACION ANTICRISTIANA DE LA REVOLUCION.

La Revolucion, preparada por el paganismo del Renacimiento, por el protestantismo y el volteranismo, nació en Francia, como hemos dicho, á últimos del siglo pasado, Las sociedades secretas, ya poderosas entonces, presidieron á su nacimiento. Mirabeau y casi todos los hombres de 89; Danton y Robespierre, y con ellos los demas malvados de 93, pertenecian á estas sociedades. Hace cuarenta años que el centro revolucionario ha cam-

biado de asiento. Ahora se ha trasladado à Italia, y desde ahí es que la *Venta Suprema* ó Consejo Superior dirige con prudencia serpentina el gran movimiento, la gran rebelion en la Europa entera. Sus tiros van á Europa, por ser esta hoy quien dirige el mundo.

La Providencia ha permitido que en estos últimos tiempos cayesen en manos de la policía romana algunos documentos auténticos de la conspiracion revolucionaria. Estos se publicaron, y daremos algunos estractos de ellos *Habemus confitetem reum.* La Revolucion nos dirá, ella misma, por medio de sus jefes reconocidos: 1.° Que tiene un plan de ataque general y organizado. 2.° Que para reinar, quiere corromper, y corromper sistemáticamente. 3.° Que aplica principalmente esta corrupcion à la juventud y al clero. 4.° Que sus armas reconocidas son la calumnia y la mentira. 5.° Que la fracmasonería es un noviciado preparatorio. 6.° Que busca los mismos príncipes para afiliárselos, al mismo tiempo que los quiere destruir. 7.°, en fin, que el protestantismo la es un precioso auxiliar. Inútil creo añadir que los documentos que voy à citar son del todo auténticos. Los originales se encuentran en Roma, y el que quiere, puede recurrir á ellos.

El plan general. Este plan es universal; la Revolucion quiere minar en la Europa entera toda gerarquia religiosa y política: "Nosotros formamos una asociacion de hermanos en todos los puntos de la tierra, tenemos deseos é intereses comunes, nosotros vamos á libertar la humanidad, y queremos romper toda clase de yugo. Para nosotros mismos, veteranos de las asociaciones secretas, es un enigma la asociacion (1).". "El éxito de nuestra empresa depende del mas profundo misterio, y en las *Ventas* debemos encontrar al iniciado, como el cristiano de la *Imitacion*, siempre pronto á permanecer desconocido y á no ser contado para nada [2]." "Para dar á nuestro plan toda la estension que conviene, debemos obrar en silencio, á la sordina, ganar terreno poco á poco, y nunca perder [3]."

No es una conspiracion ordinaria, una revolucion como otras tantas, no; es la Revolucion, es decir, la desorganizacion fundamental, que solamente puede llevarse à cabo por grados y despues de largos y constantes esfuerzos. "El trabajo que vamos á emprender no es obra de un dia, ni de un mes, ni de un año.

---

1 Carta del corresponsal de Lóndres.

2 Carta escrita desde Roma por un jefe de la *Venta Suprema* al corresponsal de Alemania. (Nubius á Volpe.) uno de estos estaba agregado al despacho del príncipe Metternich.

3 El corresponsal de Ancona à la *Venta Suprema.*

ra estirpar el espíritu católico, se sirve de la educacion, que malea; de la enseñanza, que envenena; de la historia, que falsifica; de la prensa, de la que hace el uso que todos saben; de la ley, cuyo traje adopta; de la política, á quien inspira; de la Religion misma, de la cual toma algunas veces las esterioridades para seducir las almas. Se sirve de las ciencias, y encuentra medio de que estas se rebelen contra el Dios de las ciencias, se sirve de las artes, las cuales bajo su influencia mortal producen la perversion de las costumbres públicas y la deificacion de la sensualidad.

A Satanás, con tal que logre su objeto, poco le importan los medios que emplea. No es tan escrupuloso como se cree, y sus amigos tampoco lo son.

Sin embargo, puede decirse que el carácter principal de los ataques de la Revolucion contra la Iglesia es la audacia y la mentira. Por la audacia hace flaquear el respeto al Papado, vilipendia á nuestros Obispos y Sacerdotes, bate en brecha las instituciones católicas mas venerandas: y con la mentira, repetida sin rebozo, prepara la ruina de las sociedades, fascinando á las masas, siempre poco instruidas y poco acostumbradas á sospechar de la buena fé de los que las hablan.

Sobre mil personas seducidas por la Revolucion, novecientas noventa y nueve son víctimas de esta táctica odiosa. ¡Ay de ella! ¡Ay de vosotros, seductores de los pueblos, que empleais la energía que Dios os concedió para servir á la sociedad en provecho de la mentira! Hijos de la Revolucion, no temeis llamar mal al bien, y bien al mal: sobre vosotros cae aquel terrible anatema: *Væ qui dicitis malum bonum, et bonum malum! Væ genti insurgenti super genus meum!*

Pero ¿es cierto que la Revolucion sea tan perversa? ¿Es cierto que conspira de este modo contra Dios y contra los hombres? Escuchad sus propias confesiones, escuchad sus proyectos dignos del infierno.

VIII.

SI ES UNA QUIMERA LA CONSPIRACION ANTICRISTIANA DE LA REVOLUCION.

La Revolucion, preparada por el paganismo del Renacimiento, por el protestantismo y el volteranismo, nació en Francia, como hemos dicho, á últimos del siglo pasado, Las sociedades secretas; ya poderosas entonces, presidieron á su nacimiento. Mirabeau y casi todos los hombres de 89; Danton y Robespierre, y con ellos los demas malvados de 93, pertenecian á estas sociedades. Hace cuarenta años que el centro revolucionario ha cam-

biado de asiento. Ahora se ha trasladado á Italia, y desde ahí es que la *Venta Suprema* ó Consejo Superior dirige con prudencia serpentina el gran movimiento, la gran rebelion en la Europa entera. Sus tiros van á Europa, por ser esta hoy quien dirige el mundo.

La Providencia ha permitido que en estos últimos tiempos cayesen en manos de la policía romana algunos documentos auténticos de la conspiracion revolucionaria. Estos se publicaron, y daremos algunos estractos de ellos *Habemus confitetem reum.* La Revolucion nos dirá, ella misma, por medio de sus jefes reconocidos: 1.° Que tiene un plan de ataque general y organizado. 2.° Que para reinar, quiere corromper, y corromper sistemáticamente. 3.° Que aplica principalmente esta corrupcion á la juventud y al clero. 4.° Que sus armas reconocidas son la calumnia y la mentira. 5.° Que la fracmasonería es un noviciado preparatorio. 6.° Que busca los mismos príncipes para afiliárselos, al mismo tiempo que los quiere destruir. 7.°, en fin, que el protestantismo la es un precioso auxiliar. Inútil creo añadir que los documentos que voy á citar son del todo auténticos. Los originales se encuentran en Roma, y el que quiere, puede recurrir á ellos.

El plan general. Este plan es universal; la Revolucion quiere minar en la Europa entera toda gerarquía religiosa y política: "Nosotros formamos una asociacion de hermanos en todos los puntos de la tierra, tenemos deseos é intereses comunes, nosotros vamos á libertar la humanidad, y queremos romper toda clase de yugo. Para nosotros mismos, veteranos de las asociaciones secretas, es un enigma la asociacion (1).". "El éxito de nuestra empresa depende del mas profundo misterio, y en las *Ventas* debemos encontrar al iniciado, como el cristiano de la *Imitacion*, siempre pronto á permanecer desconocido y á no ser contado para nada [2]." "Para dar á nuestro plan toda la estension que conviene, debemos obrar en silencio, á la sordina, ganar terreno poco á poco, y nunca perder [3]."

No es una conspiracion ordinaria, una revolucion como otras tantas, no; es la Revolucion, es decir, la desorganizacion fundamental, que solamente puede llevarse á cabo por grados y despues de largos y constantes esfuerzos. "El trabajo que vamos á emprender no es obra de un dia, ni de un mes, ni de un año.

---

1 Carta del corresponsal de Lóndres.

2 Carta escrita desde Roma por un jefe de la *Venta Suprema* al corresponsal de Alemania, (Nubius á Volpe.) uno de estos estaba agregado al despacho del príncipe Metternich.

3 El corresponsal de Ancona á la *Venta Suprema.*

Puede durar muchos años, un siglo quizá; pero en nuestras filas, muere el soldado y la lucha sigue [1].”

La Italia por Roma, Roma por el Papado, ahí está el punto de mira de la conspiracion sacrílega. “Desde que estamos organizados como cuerpo activo, y que empieza á reinar el órden en el seno de las *Ventas* mas alejadas, así como de las mas prócsimas al centro, un pensamiento ha preocupado siempre á los hombres que aspiran á la regeneracion universal, y este ha sido: la libertad de Italia, de la que debe resultar un dia *la libertad del mundo entero. Nuestro objeto final es el de Voltaire y el de la Revolucion francesa: el aniquilamiento completo del catolicismo y aun de la idea cristiana*, que habiendo quedado en pié sobre las ruinas de Roma, vendria á perpetuar el catolisismo mas tarde [2].” “A esta victoria solo se llega de combate en combate. Tened, pues, siempre los ojos abiertos y fijos sobre lo que pasa en Roma. Emplead todos los medios para hacer impopular la gente de sotana; haced en el centro del catolicismo lo que nosotros todos, individualmente ó en cuerpo, hacemos en los flancos de tal ejército. Agitad con motivo ó sin motivo; pero agitad. Esta palabra encierra todos los elementos de éxito: La conspiracion mejor tramada será aquella que mas se remueva, y que comprometa mas gente. Tened mártires, tened víctimas; siempre encontraremos gente que sepa dar á esto los colores necesarios (3).” “No conspiremos mas que contra Roma. Para esto, aprovechemos todas las circunstancias, sirvámonos de todas las eventualidades. Desconfiemos principalmente de las exageraciones de celo. Un odio frio, bien calculado, bien profundo, vale mas que todos los fuegos de artificio, que todas las declamaciones de la tribuna. En París no quieren comprender esto; pero en Lóndres he visto hombres que comprenden mejor nuestro plan y que se asocian á él con mas fruto (4).”

He aquí ahora el secreto revolucionario sobre los acontecimientos modernos.

“La unidad política de Italia es una quimera, pero aun así, aun sin ser realidad, produce cierto efecto sobre las masas y sobre la juventud ardiente. Ya sabemos á qué atenernos sobre este principio. Es y quedará siempre vacío; sin embargo, es un medio de agitacion. No debemos, pues, privarnos de él. Agitad poco á poco, tened al comercio paralizado; sobre todo, nunca os manifesteis. No hay medio mas eficaz para sembrar las sos-

---

1 Instruccion secreta y general de la *Venta Suprema.*
2 Instruccion secreta.
3 Instruccion de la *Venta Suprema.*
4 Carta de un jefe á los agentes superiores de la *Venta piamontesa.*

pechas contra el gobierno pontificio (1)." "En Roma los progresos de la causa son sensibles; hay indicios que no pueden engañar á ojos ejercitados, y se siente de léjos, de muy léjos, el movimiento que comienza. Por fortuna, no tenemos la petulancia de los franceses. Queremos que madure el fruto antes de esplotarlo, y este es el único medio de obrar con acierto y seguridad. Vosotros me habeis hablado algunas veces sobre venir à ayudarnos cuando la caja comun quedase exhausta. Sabeis por esperiencia que el dinero es en todas partes, y principalmente aquí, el nérvio de la guerra. Poned á nuestra disposicion muchos, muchos thalers. Es la mejor *artillería para batir en brecha el asiento de Pedro* (2)." "En Lóndres se me han hecho ofertas de consideracion. Dentro de poco tendremos en Malta una imprenta á nuestra disposicion. Podremos, pues, con impunidad, de un modo seguro y bajo la proteccion del pabellon inglés, esparcir de una parte á otra de Italia los folletos, libros, etc., que la *Venta Suprema* juzgará conveniente poner en circulacion. Nuestras imprentas de Suiza están en buen camino, y producen libros *tales como deseamos* (3)."

Alcabo de veinticinco ó treinta años, la conspiracion reconoce sus progresos. Cuenta con Francia para obrar, reservando siempre á Italia la direccion suprema. Desconfia de los otros pueblos: los franceses, son *demasiado fanfarrones;* los ingleses, *demasiado tristes;* los alemanes, *demasiado nebulosos.* A sus ojos, solamente el italiano reune las cualidades de rencor, cálculo, malicia, discrecion, paciencia, sangre fria y crueldad, que son necesarias para triunfar.

"En el espacio de algunos años, hemos adelantado considerablemente los negocios. Por todas partes, en el Norte y el Mediodia, reina la desorganizacion social. Todo se ha puesto al nivel bajo el cual queremos rebajar el género humano. Nos ha sido muy fácil el pervertir. En Suiza como en Austria, en Rusia como en Italia, nuestros sicarios solo aguardan una señal; para destrozar el molde antiguo. La Suiza quiere dar esta señal, pero estos suizos radicales no tienen fuerza suficiente para conducir las sociedades secretas al asalto de la Europa. Preciso es que Francia ponga su sello á esta orgía universal. Estad bien persuadidos que Paris no faltará á su mision (4)."

"Por toda Europa he encontrado los espíritus muy inclinados á la exaltacion. Todo el mundo confiesa que el mundo antiguo cruje, y que los Reyes ya acabaron. He recojido abun-

---

1 Carta del corresponsal de Ancona.
2 Nubius al corresponsal de Alemania.
3 Carta á la *Venta piamontesa.*
4 El corresponsal de Viena á Nubius.

dante cosecha; ya no dudo de la caida de los tronos, despues que he estudiado el trabajo de nuestras sociedades en Francia, Suiza, Alemania y hasta en Rusia. El asalto que se dará á los príncipes de la tierra dentro de algunos años, los sepultará á todos bajo las ruinas de sus ejércitos impotentes y de sus monarquías cadúcas. Pero no es esta la victoria para cuyo éxito hemos hecho tantos sacrificios. Lo que ambicionamos no es una revolucion en uno ú otro punto; esto se obtiene siempre que se quiere. Para matar con toda seguridad al mundo viejo, hemos creido preciso *ahogar el gérmen católico y cristiano* [1]."

"El sueño de las sociedades secretas se realizará por la mas sencilla de las razones: poque está fundado *sobre las pasiones del hombre*. No nos desanimemos, pues, por un revés, por una derrota; preparemos nuestras armas en el silencio de las *Ventas;* levantemos nuestras baterías; alhaguemos todas las pasiones *las mas perversas como los mas generosas*, y todo nos lleva á creer que nuestro plan tendrá un éxito mucho mas feliz de lo que podamos esperar con nuestros cálculos mas exagerados (2)."

Tal es el plan; pasemos á los medios.

La corrupcion. Escuchemos cosas aun mas horrorosas.

"Estamos demasiado en progreso para contentarnos con el asesinato. ¿De qué sirve un hombre asesinado? No individualicemos el crímen, con el fin de *darle proporciones de patriotismo y de odio contra la Iglesia*; debemos generalizarlo. El catolicismo no teme á un puñal bien afilado, ni las monarquias tampoco; pero estas dos bases del órden social pueden derrumbarse por la corrupcion; así, no nos cansemos jamas de corromper. Está decidido en nuestros consejos que no ha de haber mas cristianos. *Popularisemos el vicio en las masas. Estas deben respirarlo por todos los cinco sentidos: que lo beban. que se harten de él Formad corazones viciosos, y no tendreis mas católicos* (3)." ¡Qué elogio para la Iglesia! "Conservemos los cuerpos, pero matemos el espíritu. Lo que importa es destruir la moral, y para esto es preciso disecar el corazon. Creo de mi deber proponer este medio por principio de humanidad política (4)."

El jefe de la *Venta Suprema* añade, con motivo de la muerte públicamente impenitente de dos de sus afiliados, ejecutados en Roma: "Su muerte de réprobos ha producido un efecto mágico en las masas. Es la primera proclamacion de las sociedades secretas, y una toma de posesion de las almas. Morir en la plaza del pueblo, en Roma, en la ciudad madre del catolisismo, me-

1 El corresponsal de Liorna á Nubius.
2 Instruccion de la *Venta Suprema.*
3 Teoría de la *Venta Suprema.* Vindice á Nubius.
4 El jefe de la *Venta Suprema* á Vindice.

rir francmason é impenitente, *es cosa admirable.*" Otro de estos demonios encarnados dice: "Infiltrad el veneno en los corazones escogidos; infiltradlo á dósis pequeñas y como por casualidad, y os admirareis vosotros mismos de vuestro buen éxito. Lo esencial es *aislar al hombre de su familia*, hacerle perder los usos y costumbres que en ella hay. Por la inclinacion de su carácter está bastante dispuesto á huir de los cuidados de su casa, y correr tras placeres fáciles y prohibidos.

"Le gustan las largas conversaciones del café; la ociosidad de los teatros. *Arrastradlo*, atraedle ahí sin que se aperciba; dadle alguna importancia, sea la que fuere; enseñadle discretamente á fastidiarse de sus trabajos cotidianos. Con estas mañas, despues de haberlo separado de su muger y de sus hijos, despues de haberle enseñado cuán penosos son los deberes, hareis nacer en él el deseo de otra existencia. El hombre ha nacido rebelde. *Atizad este deseo de rebelion hasta el incendio; pero que el incendio no estalle.* Esto será una buena preparacion para la grande obra que debeis principiar (1)." "Para esta grande obra, nos dice el abogado lógico de la causa revolucionaria, para esta grande obra se necesita una conciencia ancha que no se arredre cuando llegue la ocasion, ni de una alianza adúltera, ni de la fé pública violada, ni de las leyes de la humanidad pisoteadas [2].

La *Venta Suprema* resume en estas palabras esta infernal conjuracion: "Lo que hemos emprendido es la corrupcion *en grande escala; la corrupcion del pueblo por medio del clero y la del clero por medio de nosotros. La corrupcion que nos permitirá un dia llevar la Iglesia al sepulcro.* Nos dicen que para echar abajo el catolicismo sería preciso antes suprimir la muger. Sea así; pero no pudiendo suprimirla, corrompámosla por la Iglesia. *Corruptio optimi pessima.* El fin es bastante hermoso para tentar á hombres como nosotros. El mejor puñal para herir á la Iglesia, es la corrupcion. ¡Adelante, pues, hasta el fin!"

La corrupcion de la juventud y del clero. Los corazones escojidos que la Revolucion busca con preferencia, son los jóvenes y los sacerdotes; aun se atreve á esperar y aspira á *formar* un Papa. "A la juventud debemos dirigirnos; debemos seducirla, debemos alistarla, sin que se aperciba, bajo nuestras banderas. Que nadie penetre vuestros designios; no os ocupeis de la vejez ni de la edad madura; id á la juventud y, si es posible, á la infancia. Nunca tengais para ella una palabra impía é li-

1 Correspondencia de la *Venta Suprema.*
2 Proudhon.

cenciosa: guardaos bien de esto, por el interés mismo de la causa. Conservad todas las apariencias del hombre grave y moral. Una vez hecha vuestra reputacion en los colegios gimnásios, universidades y seminarios; cuando hayais obtenido la confianza de profesores y estudiantes, acercaos principalmente á aquellos que se afilien en la milicia clerical. Escitad, exaltad estas naturalezas tan llenas de ardor y de orgullo patriótico. Ofrecedles al principio, pero siempre en secreto; libros inofensivos, y así llevais poco á poco vuestros discípulos *al grado de madurez que quereis obtener*. Cuando este trabajo de todos los dias haya esparcido nuestras ideas como la luz por todas partes, entonces podreis apreciar la sabiduría de esta direccion. Formaos una reputacion de buen católico y de patriota puro; esta reputacion facilitará la propagacion de nuestras doctrinas entre el clero jóven y en el fondo de los conventos. En algunos años, este clero jóven llegará á ocupar todos los puestos por la fuerza de los acontecimientos. El gobernará, administrará, juzgará, formará el Consejo del soberano, y será llamado á elegir el Pontífice que habrá de reinar; y este Pontífice, como la mayor parte de sus contemporáneos, estará necesariamente mas ó menos imbuido en los principios *italianos y humanitarios* que vamos á poner en circulacion. Para alcanzar este fin, despleguemos al viento todas nuestras velas [1]" "Debemos hacer la *educacion* inmoral de la Iglesia, y llegar por pequeños medios, bien graduados, aunque bastante mal definidos, al triunfo de la idea revolucionaria por un *Papa*. Este proyecto me ha parecido siempre de una habilidad mas que humana [2]."

En efecto, es sobrehumano, porque viene en línea recta de Satanás. El personaje que se oculta bajo el nombre de Nubius, describe luego este Papa revolucionario, que él se atreve á esperar: un Papa crédulo y débil, sin penetracion, hombre de bien y respetado, é imbuido de los principios democráticos. "Un Papa de estas condiciones, dice, necesitaríamos; y, si esto es posible, marcharíamos *al asalto de la Iglesia* mas seguros que con los folletos de nuestros hermanos de Francia ó el oro de Inglaterra. Para quebrantar la roca sobre la cual ha construido Dios su Iglesia, tendriamos el dedo pequeño del sucesor de Pedro metido en la trama, y este dedo pequeño valdria para esta cruzada tanto como los Urbanos II y San Bernardo de la cristiandad (3)."

"¿Quereis revolucionar la Italia? añaden en fin, estos emisarios del Infierno: buscad el Papa cuyo retrato acabamos de dar.

---

1 Instruccion secreta.
2 Nubius a Volpe
3 Instruccion secreta.

Marche el clero siempre bajo nuestra bandera, creyendo marchar bajo la de las llaves apostólicas. ¿Quereis hacer desaparecer hasta el último vestigio de tiranos y opresores? Tended vuestras redes, tendedlas en el *fondo de las sacristías, Seminarios y conventos*; y si no os precipitais, os prometemos una pesca milagrosa; pescareis una Revolucion revestida de tiara y capa, que marchará con cruz y bandera; una Revolucion que solo necesitará ser aguijoneada muy poco para hacer arder las cuatro partes del mundo (1)."

¡Cómo sienten ellos mismos que todo se apoya en el Papa! Lo que consuela es verlos confesar con disgusto que no han podido hincar el diente ni en el Sagrado Colegio ni en la Compañía de Jesus. "Los Cardenales han escapado todos de nuestras redes: de nada han servido contra ellos las adulaciones mejor combinadas; ni un solo miembro del Sagrado Colegio ha caido en el lazo. Con los Jesuitas se han malogrado tambien nuestros planes. Desde que conspiramos, ha sido imposible poner la mano sobre un Ignaciano, y convendria saber la causa de esta obstinacion tan unánime: ¿por qué no hemos podido nunca encontrar en ninguno de ellos las aberturas de su corazon?." Se añade piadosamente: "No tenemos Jesuitas con nosotros, pero siempre podemos decir y hacer decir que los hay, y producirá el mismo efecto (2)."

La mentira y la calumnia. Satanás es el padre de la mentira: *pater mendacii.* La primera revolucion se hizo por una mentira: *Eritis sicut dii.* Como hijas de aquella, todas las demás se forjan por el mismo proceder, cuanto mas graves son, mas mienten. Y es cosa cierta que en el dia las mentiras, las hipocresias, los sofismas tejidos contra la Iglesia con un arte infernal, circulan entre nosotros en mayor número que los átomos en el aire. ¿De dónde vienen?. Escuchad la Revolucion.

"Los sacerdotes son gentes de buena fé: mostradlos como pérfidos y desconfiados. Las masas han tenido en todo tiempo una gran propension á creer todos los errores y necedades. Engañadlas; les gusta ser engañadas [3]." "Poco nos queda que hacer con los Cardenales viejos y los Prelados cuyo carácter es decidido. De nuestros depósitos de popularidad ó impopularidad, debemos sacar las armas que han de hacer su poder inútil ó ridículo. Una palabra *que se inventa con habilidad,* y que con maña se sabe esparcir entre ciertas familias honradas y escogidas, para que de ahí baje á los cafés, y de los cafés á las calles; un mote de esta especie puede algunas veces matar á un hombre.

---

1 Instruccion secreta.
2 El corresponsal de Liorna, Beppo á Nubius.
3 El corresponsal de Ancona á la *Venta Suprema.*

Si donde estuvieseis os encontrais como uno de aquellos Prelados que ejerza alguna funcion pública, tratad de conocer en seguida su carácter, sus antecedentes, sus cualidades, y, sobre todo, sus defectos. Rodeado de todos los lazos que podeais tenderle, creadle una de aquellas reputaciones que espantan á los niños y á las viejas; pintadlo cruel y sanguinario; referid algunos rasgos de tiranía que fácilmente queden grabados en la memoria del pueblo. Cuando los periódicos estrangeros recojan, por medio de nosotros, estas relaciones, que ellos embellecerán á su vez inevitablemente *por respeto á la verdad*, enseñad, ó mejor dicho, haced ver por medio de algun *imbécil respetable* [aviso á los pregoneros de escándalos religiosos], haced ver estos periódicos en que se refieren *los nombres y los escesos tramados* de estos personages. Del mismo modo que Francia é Inglaterra, la Italia no dejará de tener plumas bien cortadas para las mentiras útiles á la buena causa [aviso á los periodistas]. Con un periodico en la mano, el pueblo no necesita otras pruebas. Se encuentra en la infancia del liberalismo, y cree en los liberales [1]."

El viejo Voltaire ha sido dejado ya atras en este punto por la francmasonería. La traicion siempre viene de la propia casa. La francmasonería hace cuanto puede para hacernos creer que es la sociedad filantrópica mas inocente, mas sencilla de cuantas existen. Pues ahí teneis la Revolucion que nos revela su verdadero carácter, aunque al hacerlo obre con poca prudencia. "Cuando habreis imbuido en algunas almas la aversion á la familia y á la Religion (y lo uno sigue siempre de muy cerca á lo otro), dejad caer algunas palabras que hagan nacer el deseo de ser afiliado á la logia masónica mas cercana. Esta vanidad del ciudadano y del menestral en afiliarse á la francmasonería, tiene algo de tan comun, y es tan universal, que me hace quedar admirado de la estupidez humana. El verse miembro de una logia, el sentirse llamado á guardar un secreto (que nunca se le confia) léjos de su muger é hijos, es una delicia y una ambicion para ciertos hombres. Las logias son *un lugar de depósito*, una especie de *Vivero*, *un centro que es preciso atravesar antes de llegar á nosotros.*

"La falsa filantropía de estas logias es pastoral y gastronómica; pero esto mismo tiene un fin, á que es preciso impulsar sin descanso. Es muy fácil hacerse dueño de la voluntad, de la inteligencia y aun de la libertad de un hombre, á quien se le enseña, vaso en mano, á ser valiente, y el manejo de las armas. Se dispone de él, se le revuelve, se le estudia; se adivinan sus inclinaciones y sus tendencias; cuando llegue á la madurez que

---

1 Instruccion secreta de la *Venta Suprema*.

necesitamos, se le dirige hácia las sociedades secretas de las que *la francmasonería solo es la antesala, y aun bastante mal alumbrada. Sobre las logias contamos para engrosar nuestras filas. Ellas forman, sin saberlo, nuestro noviciado preparatorio.* Hablan sin cesar sobre los peligros del fanatismo, sobre la dicha de la igualdad social, y sobre los grandes principios de la libertad religiosa. Lanzan, entre dos orgías, tremendos anatemas contra la intolerancia y la persecucion. Es mas de lo que necesitamos para formarnos adeptos. Un hombre lleno de estas bellas ideas, no está lejos de nosotros; ya solo falta indicarle un puesto en nuestro regimiento. En esto estriva la ley del progreso social; *no os canseis en buscarlo en otra parte.*

"Pero no os quiteis nunca la máscara; dad vueltas por el rededor del rebaño católico; y, como buenos lobos, cojed al paso el primer cordero que se os presente de las condiciones que convengan. (1)."

Las logias masónicas mismas se encargan de afirmar estas apreciaciones, y nos hacen tocar con el dedo la perversidad de esta poderosa institucion, que se dice tan inofensiva.

"Si la masonería; decia muy recientemente uno de sus principales *venerables*, si la masonería debia encerrarse en el estrecho círculo que se le quiere trazar, ¿de qué serviria *la organizacion vasta* y el *inmenso desarrollo* que se le ha dado?......La hora del peligro ha llegado; es inmenso; preciso es obrar....Por todas partes se organiza el *enemigo*....La hidra monacal (la gerarquía católica), tantas veces aplastada, nos amenaza de nuevo con sus hediondas cabezas. En vano *nos lisongeamos de haber vencido la Infame* con el siglo XVIII; la *Infame* renace mas vigorosa, mas intolerante, mas rapaz y hambrienta que nunca. Es preciso levantar *altar* contra *altar*, enseñanza contra enseñanza."

En fin, los caballeros masónicos prestan el juramento de "reconocer y mirar siempre con horror á los reyes *y á los fanáticos religiosos*, como á los azotes de los desgraciados y del mundo." Todo esto está sacado de discursos oficiales, pronunciados en estos últimos años por los grandes *maestres venerables* en reuniones numerosas, "en las que se tranquilizaron las concieccias, y se dijo muy alto lo que se *pensaba* interiormente."

¿Comprendeis ahora por qué la Santa Sede ha condenado la francmasonería, y por qué está prohibido el afiliarse á ella, bajo pena de escomunion?

Esplotacion de los principios. La Revolucion trata de atrérselos para poder minar mas eficazmente con su ayuda la Monarquía y la Iglesia. La misma Venta Suprema tiene la bondad

1 Correspondencia de la *Venta piamontesa.*

de decírselo á ellos y á nosotros: "El plebello tiene cosas buenas, pero el príncipe tiene aun mas. La Venta Suprema desea que bajo cualquier pretesto se introduzca en las logias masónicas el mayor número de príncipes y ricos que se pueda. Los príncipes de casas reinantes que no tienen legítimas esperanzas de ser Reyes *por la gracia de Dios*, quieren serlo *por la gracia de una revolucion*. De estos hay muchos, tanto en Italia como en otras partes, que desean ser admitidos á los modestos honores de mandil y paleta simbólica. Otros están desheredados y proscritos. Adulad á esos ambiciosos de popularidad, ganadlos para la francmasonería. La Venta Suprema verá mas adelante el uso que puede hacer de ellos en beneficio del progreso. Un príncipe que no espera reinar, es una gran conquista para nosotros, y de estos hay muchos. Hacedlos francmasones, y servirán de reclamo á los necios, á los intrigantes, á los ciudadanos y á los necesitados: Estos pobres príncipes harán nuestro negocio, creyendo trabajar para el suyo propio. Es un aliciente magnífico, y siempre se encuentran nécios dispuestos á comprometerse por servir una conspiracion, cuyo sostén parece ser un príncipe cualquiera (1)."

El protestantismo. Otro poderoso auxiliar, cuyo concurso fraternal es alabado por los jefes de la Revolucion. En efecto; ¿qué es el protestantismo sino el principio práctico de la rebeldía contra la autoridad de la Iglesia y de Jesucristo? En nombre de un falso principio religioso, bate en brecha en el mundo entero al único verdadero principio religioso, al único verdadero cristianismo, á la única verdadera Iglesia, y desarrolla el orgullo y la desobediencia, el desórden, la anarquía. ¿Què mas necesita la Revolucion, la grande rebelion universal para amar y protejer la propaganda protestante?

"El mejor medio de descristianizar la Europa, escribia Eugenio Sue, es de protestantizarla." "Las sectas protestantes, añade Edgard Quinet, son las mil puertas abiertas para salir del cristianismo."

Despues de haber indicado la necesidad de acabar con toda religion, se espresa Quinet así: "Para llegar á este fin, he aquí los dos caminos que teneis abiertos delante de vosotros. Podeis atacar al mismo tiempo que al catolicismo, á todas las religiones del mundo, y principalmente las sectas cristianas: en este caso, tendreis contra vosotros al univeso entero. Al contrario, si os armais con todo lo que es opuesto al catolicismo, principalmente con todas las sectas cristianas que le hacen la guerra, añadiendo á ello la fuerza impulsiva de la Revolucion francesa, *pondreis*

---

1 Carta á la *Venta piamontesa*.

el catolicismo en el peligro mas grave que haya corrido jamas. Por esto me dirijo á todas las creencias, á todas las religiones que han peleado contra Roma; *todas ellas están en nuestras filas, quieran ó no quieran*, puesto que en el fondo su existencia es tan inconcebible como la nuestra con la dominacion de Roma.

"No son únicamente Rousseau, Voltaire, Kant, los que están con nosotros contra la *opresion* eterna, sino que tambien lo están Lutero, Zuinglio, Calvino y toda *la legion de espíritus* que combaten con las ideas de su tiempo, con sus pueblos, contra *el mismo enemigo* que ahora nos está cerrando el camino. Qué cosa puede haber mas lógica en el mundo que el reunir en una sola haz, y para una misma lucha, las revoluciones que han aparecido en el mundo hace tres siglos, para consumar la victoria sobre la Religion de la Edad Media?

"Si el siglo XVI arrancó la mitad de Europa á las cadenas del Papado, ¿es acaso demasiado exigir del siglo XIX que *acabe* la obra medio consumada?" Destruir el cristianismo, *esta supersticion caduca y perniciosa:* tal es el fin reconocido de la liga infernal en que estan envueltos los protestantes, quieran ó no quieran, y por la sola razon de que son protestantes. Destruir el cristianismo por medio del protestantismo: hé aquí la táctica que adopta la Revolucion con la plena esperanza de buen éxito.

¡Qué decís de esto, lectores mios? ¿Es la Revolucion un cosa grande y noble? ¿Merece nuestras simpatías? ¿Puede conciliarse su obra con la fé del cristiano? ¿Es acaso calumniarla, si la anatematizamos como detestable y satánica?

Tertuliano dijo en otro tiempo del cristianismo: "Lo único que teme es no ser conocido." La Revolucion dice lo contrario: "Lo que mas teme es la luz." Esta le arrebata, no diré todo lo que hay de religioso, sino aun lo que hay de honrado entre los hombres.

IX.

CÓMO LA REVOLUCION, PARA HACERSE ACEPTAR, SE ESCONDE BAJO LOS NOMBRES MAS SAGRADOS.

Si la Revolucion se mostrase tal cual es, espantaria á todas las gentes honradas: por esto se oculta bajo nombres respetables, como el lobo bajo la piel de oveja.

Aprovechando el respeto religioso que la Iglesia imprime hace diez y ocho siglos á las ideas de libertad, de progreso, de ley, de autoridad y civilizacion, la Revolucion se adorna con todos estos nombres venerados, y seduce de este modo una multitud de espíritus sinceros. Si se le escucha, no parece sino la felicidad de los pueblos, la destruccion de los abusos, la abolicion

de decírselo á ellos y á nosotros: "El plebello tiene cosas buenas, pero el prícipe tiene aun mas. La Venta Suprema desea que bajo cualquier pretesto se introduzca en las logias masónicas el mayor número de príncipes y ricos que se pueda. Los príncipes de casas reinantes que no tienen legítimas esperanzas de ser Reyes *por la gracia de Dios*, quieren serlo *por la gracia de una revolucion*. De estos hay muchos, tanto en Italia como en otras partes, que desean ser admitidos á los modestos honores de mandil y paleta simbólica. Otros están desheredados y proscritos. Adulad á esos ambiciosos de popularidad, ganadlos para la francmasonería. La Venta Suprema verá mas adelante el uso que puede hacer de ellos en beneficio del progreso. Un príncipe que no espera reinar, es una gran conquista para nosotros, y de estos hay muchos. Hacedlos francmasones, y servirán de reclamo á los necios, á los intrigantes, á los ciudadanos y á los necesitados: Estos pobres príncipes harán nuestro negocio, creyendo trabajar para el suyo propio. Es un aliciente magnífico, y siempre se encuentran nécios dispuestos á comprometerse por servir una conspiracion, cuyo sostén parece ser un príncipe cualquiera (1)."

El protestantismo. Otro poderoso auxiliar, cuyo concurso fraternal es alabado por los jefes de la Revolucion. En efecto; ¿qué es el protestantismo sino el principio práctico de la rebeldía contra la autoridad de la Iglesia y de Jesucristo? En nombre de un falso principio religioso, bate en brecha en el mundo entero al único verdadero principio religioso, al único verdadero cristianismo, á la única verdadera Iglesia, y desarrolla el orgullo y la desobediencia, el desórden, la anarquía. ¿Què mas necesita la Revolucion, la grande rebelion universal para amar y protejer la propaganda protestante?

"El mejor medio de descristianizar la Europa, escribia Eugenio Sue, es de protestantizarla." "Las sectas protestantes, añade Edgard Quinet, son las mil puertas abiertas para salir del cristianismo."

Despues de haber indicado la necesidad de acabar con toda religion, se espresa Quinet así: "Para llegar á este fin, he aquí los dos caminos que teneis abiertos delante de vosotros. Podeis atacar al mismo tiempo que al catolicismo, á todas las religiones del mundo, y principalmente las sectas cristianas: en este caso, tendreis contra vosotros al univeso entero. Al contrario, si os armais con todo lo que es opuesto al catolicismo, principalmente con todas las sectas cristianas que le hacen la guerra, añadiendo á ello la fuerza impulsiva de la Revolucion francesa, *pondreis*

---

1 Carta á la *Venta piamontesa*.

el catolicismo en el peligro mas grave que haya corrido jamas. Por esto me dirijo á todas las creencias, á todas las religiones que han peleado contra Roma; *todas ellas están en nuestras filas, quieran ó no quieran*, puesto que en el fondo su existencia es tan inconcebible como la nuestra con la dominacion de Roma.

"No son únicamente Rousseau, Voltaire, Kant, los que están con nosotros contra la *opresion* eterna, sino que tambien lo están Lutero, Zuinglio, Calvino y toda *la legion de espíritus* que combaten con las ideas de su tiempo, con sus pueblos, contra *el mismo enemigo* que ahora nos está cerrando el camino. Qué cosa puede haber mas lógica en el mundo que el reunir en una sola haz, y para una misma lucha, las revoluciones que han aparecido en el mundo hace tres siglos, para consumar la victoria sobre la Religion de la Edad Media?

"Si el siglo XVI arrancó la mitad de Europa á las cadenas del Papado, ¿es acaso demasiado exigir del siglo XIX que *acabe* la obra medio consumada?" Destruir el cristianismo, *esta supersticion caduca y perniciosa:* tal es el fin reconocido de la liga infernal en que estan envueltos los protestantes, quieran ó no quieran, y por la sola razon de que son protestantes. Destruir el cristianismo por medio del protestantismo: hé aquí la táctica que adopta la Revolucion con la plena esperanza de buen éxito.

¡Qué decís de esto, lectores mios? ¿Es la Revolucion un cosa grande y noble? ¿Merece nuestras simpatías? ¿Puede conciliarse su obra con la fé del cristiano? ¿Es acaso calumniarla, si la anatematizamos como detestable y satánica?

Tertuliano dijo en otro tiempo del cristianismo: "Lo único que teme es no ser conocido." La Revolucion dice lo contrario: "Lo que mas teme es la luz." Esta le arrebata, no diré todo lo que hay de religioso, sino aun lo que hay de honrado entre los hombres.

IX.

CÓMO LA REVOLUCION, PARA HACERSE ACEPTAR, SE ESCONDE BAJO LOS NOMBRES MAS SAGRADOS.

Si la Revolucion se mostrase tal cual es, espantaria á todas las gentes honradas: por esto se oculta bajo nombres respetables, como el lobo bajo la piel de oveja.

Aprovechando el respeto religioso que la Iglesia imprime hace diez y ocho siglos á las ideas de libertad, de progreso, de ley, de autoridad y civilizacion, la Revolucion se adorna con todos estos nombres venerados, y seduce de este modo una multitud de espíritus sinceros. Si se le escucha, no parece sino la felicidad de los pueblos, la destruccion de los abusos, la abolicion

de la miseria, promete á todos el bienestar, la prosperidad, y no sé qué edad de oro, desconocida hasta hoy.

No creais en sus palabras. Su padre, la antigua serpiente del paraiso terrenal, ya decia lo mismo á la pobre Eva: "No temas, escúchame, y sereis como dioses." Ya sabeis en qué especie de dioses nos hemos trasformado. Los pueblos que escuchan la Revolucion, se ven pronto castigados por aquello mismo por que pecan; si las ciudades se embellecen, si los ferro-carriles se multiplican (lo que no es, digámoslo bien alto, la obra de la Revolucion, sino el simple resultado de un progreso natural), la miseria pública aumenta por todas partes, la alegria se vá, todo se materializa, los impuestos se aumentan de un modo enorme, todas las libertades desaparecen; en nombre de la libertad, se va retrocediendo poco á poco hácia la esclavitud brutal de los paganos; en nombre de la civilizacion, se va perdiendo todo el fruto de las conquistas del cristianismo sobre la barbarie; en nombre de la ley, una autoridad sin freno y que nadie contiene, nos impone todos sus caprichos: ahí teneis el progreso.

Por otra parte, ¿cómo podria salir el bien del mal? Y ¿cómo seria capaz de edificar cosa alguna el principio de destruccion?

"Nuestro principio, ha dicho un revolucionario atrevido, es la negacion de todo dogma; la incógnita que buscamos, la nada. Negar, negar siempre, ahí está nuestro método, que nos ha conducido á poner como principios; en religion, el ateismo; en política la anarquía; en economía política, la no propiedad (1)."

¡Desconfiemos, pues, de la Revolucion, desconfiemos de Satanás, ocúltese bajo el nombre que quiera! ¡Pobres ovejas! ¿Cuando escuchareis la voz del buen pastor que os quiere defender de los dientes del lobo y que quiere arrancar á la bestia malvada el vellon suave, bajo cuya mentida cubierta penetra hasta lo mas interior del apriseo?

X.

LA PRENSA Y LA REVOLUCION.

La prensa, en sí misma, ni es buena, ni mala. Es una poderosa invencion, que tanto puede servir para el bien como para el mal: todo depende del uso que se hace de ella.

Preciso es, sin embargo, confesar que á consecuencia del pecado original, la prensa ha servido mucho mas para el mal que para el bien, y que se abusa de ella en proporciones formidables.

En nuestro siglo, la prensa es la gran palanca de la Revolucion. Para no hablar mas que del periodismo, que es el estado

1 Proudhon.

de la prensa mas activo y mas influyente, nadie podrá negar que los periódidos son el peligro mayor para los tronos y los altares. Sin salir de Francia, sobre quinientos cincuenta periódicos, puede que no haya treinta que sean verdaderamente cristianos. Por ochenta ó cien mil lectores de papeles públicos que respeten la fé, la Iglesia, el poder, los principios, hay cinco ó seis millones de hombres que beben sin cesar el veneno destructor que les ofrecen en abundancia los periódicos impíos.

Perdóneseme esta comparacion: la prensa es en manos de la Revolucion un gran aparato para formar los hombres á su gusto. Cuando se quiere enseñar á un canario un canto cualquiera, se le repite este canto diez y veinte veces al dia con un organillo *ad hoc*. Los jefes del partido revolucionario, para formar lo que dicen la *opinion pública*, para introducir en las cabezas sus fatales ideas, recurren á la prensa; cada dia dan vueltas á la llave del orgullo, cada dia repiten en sus periódicos el aire que quieren enseñar al público, pronto este lo canta como los dichos canarios. *Ahí teneis la opinion pública.*

Para la Iglesia, que no quiere aprender este aire, se emplea otro medio. La Revolucion procura adormecerla. Pretende, como todos saben, que la Iglesia católica ya no está *á la altura del siglo*. Con una bondad hipócrita finge querer armonizarla con las ideas modernas; pero en realidad quiere matarla. Se acerca, pues, á la Iglesia y le presenta su pérfido aparato, la prensa; la dice palabras dulces y hermosas, la hace declaraciones piadosas, y procura adormecer los guardianes de la fé. La Iglesia desconfia; el Papa y los Obispos rehusan tales lecciones. Entonces la Revolucion arroja la máscara, trasforma su aparato en máquina de guerra, y ataca de frente aquella enemiga que no ha podido adoctrinar ni ahogar.

Y lo que digo del periodismo en Francia, debe decirse, quizá con mas razon, de Inglaterra, Bélgica, Rusia, Alemania, Suiza, y sobre todo el Piamonte y de la pobre Italia. Cerca de mil quinientos periódicos son los que diariamente ven la luz del dia en Europa; de este número, cuántos hay que sean amigos verdaderos de la Iglesia?

Se comprende fácilmente que no puede ser de otro modo, si se penetra un poco en los misterios de la redaccion de los periódicos. Salvo algunas escepciones honrosas, y por desgracia harto raras, los periodistas de profesion ejercen un verdadero comercio, en detrimento del público. No tienen ni convicciones religiosas ni políticas; su conciencia está en su tintero, y venden la tinta al que mas la paga. Segun el interés de su bolsillo, harto vacío regularmente por mala conducta, pleitean con *noble ardor* por el pro y por el contra, riéndose de sus crédulos lecto-

res. Halagan al espíritu de oposicion para aumentar el número de sus abonados, y los periódicos mas malos y mas insulsos son á veces los que dan mejores resultados á sus redactores. ¡Y estos son los maestros de la sociedad! ¡En qué manos ha venido á parar la conciencia pública! A impulso de las sociedades secretas, el periodismo revolucionario hace guerra con todas sus plumas á la Iglesia, y hará perder la fé en Europa, si Dios, en su misericordia, no se apresura á desbaratar esta conspiracion vasta é infernal.

XI.

LOS PRINCIPIOS DE 89.

Muchos son los que hablan de *los principios de* 89, y casi nadie sabe en qué consisten. No es de estrañar; las palabras que las han formulado son de tal modo elásticas, de tal modo indefinidas, que cualquiera las interpreta como mejor le parece. Las gentes honradas, cortas de vista, no encuentran en ellas cosa alguna que sea precisamente mala; los demagogos son los que encuentran en ellas lo que quieren.

Existe en favor de estos principios una emulacion particular de cariño, estando escritos en veinte banderas rivales. Todos los defienden contra todos; y, segun dicen todos, todos los falsean, ó los comprometen, ó les hacen traicion. Procuremos aquí, al resplandor indefectible de la fé católica, no de falsearlos, ni de comprometerlos, ni de hacerles traicion, sino de comprenderlos bien, medir sus profundidades, y descubrir en sus pliegues mas ocultos á la vieja serpiente, que es el alma verdadera de estos principios. No exageraremos, sino que procuraremos examinarlo todo.

Si contemplamos las obras de esos que se llaman con orgullo padres de la libertad, fundadores de la sociedad moderna, veremos, segun la espresion de Bossuet, "si aquellos que se nos presentan como los reformadores del género humano han aumentado ó disminuido sus males; si es preciso mirarlos como reformadores que le corrigen, ó como azotes enviados por Dios para castigarle."

En 1789, mientras que la Asamblea constituyente destruia, por el derecho del mas fuerte, la antigua constitucion de la Iglesia en Francia; mientras que suprimia, en 4 de Agosto, los justos tributos que la daban la vida; mientras que, en 27 de Setiembre, despojaba las iglesias de sus vasos sagrados; en 18 de Octubre anulaba las órdenes religiosas, y, en fin, en 2 de Noviembre robaba las propiedades eclesiásticas, preparando así el acto herético y cismático que se llamó *Constitucion civil del clero,* y

se promulgó al año siguiente, esa misma Asamblea constituyente formulaba en diez y siete artículos lo que se llama *declaracion de los derechos del hombre*, y que mas bien deberian haber llamado *supresion de los derechos de Dios* Estos artículos encierran principios sociales, y estos principios son los que se han hecho célebres bajo el nombre de *principios de 89*.

Algunos católicos, con el propósito muy loable de ganar para la Iglesia las simpatías de las sociedades modernas, han procurado demostrar, y no sin trabajo, que los principios de aquella célebre declaracion no estaban en oposicion con la fé ni con los derechos de la Iglesia. Quizá pudiera sostenerse esta tésis, si en una cuestion tal, escencialmente práctica, fuera dado el atenerse rigurosamente al valor gramatical de las palabras, abstrayendo de ellas el espíritu que las anima, que las dictó, que las aplica y que espresa su genuino sentido. Desgraciadamente los *principios de* 89 no son una *letra muerta;* hanse manifestado por hechos, por leyes, por crímenes enormes, que no pueden dejar la menor duda sobre su verdadero carácter. La Revolucion, la Revolucion anticristiana los proclama como sus principios propios, atribuyéndoles la gloria de sus pretendidas hazañas; los revolucionarios no dejan de invocarlos contra la Iglesia.

¿Cómo, pues, no horrorizan estos principios á los hombres honrados? Es porque en ellos se encuentra la verdad hábilmente confundida con la mentira, y esta pasa ahora, como siempre, á la sombra de aquella.

En efecto; entre *los principios de* 89 se encuentran algunos que son verdades antiguas del derecho francés, ó del derecho político cristiano, pero que los abusos del cesarismo galicano habian legado al olvido, y que la pueril ignorancia de nuestros constituyentes hizo tomar por un descubrimiento admirable. Muchos otros son verdades de sentido comun, que nadie se atreveria hoy dia á formular sériamente; pero todas estas verdades están dominadas por *un* principio, que dá el verdadero carácter á esta declaracion, y es el principio revolucionario de la *independencia absoluta de la sociedad:* principio que rechaza para en adelante toda direccion cristiana, que quiere que el hombre no dependa mas que de sí mismo, ni tenga mas leyes que su voluntad, sin ocuparse de lo que Dios manda y enseña por medio de su Iglesia. La voluntad del pueblo soberano, sustituida á la del Dios soberano; la ley humana, pisoteando la verdad revelada; el derecho puramente natural, haciendo abstraccion del decrecho católico: en una palabra, el poner esos pretendidos derechos del hombre en lugar de los derechos eternos de Jesucristo; hé aquí la declaracion de 1789.

Hasta entonces se habia reconocido la Iglesia como el órgano

de Dios respecto á las sociedades y á los individuos: y si bien es verdad que de algunos siglos acá no se le quería reconocer este derecho de direccion suprema en la práctica, jamas llegó la osadía hasta el punto de negárse'o formalmente.

Así, pues, *los principios de* 89, considerados uno por uno, están muy lejos de ser enteramente revolucionarios; pero en su conjunto, y sobre todo en la idea que los domina, constituyen una rebeldía atrevida del hombre contra Dios, y un rompimiento sacrílego entre la sociedad y nuestro Señor Jesucristo. Rey de los pueblos, Rey de los reyes. En *los principios de* 89 solamente atacamos este elemento de rebelion anticristiana; lejos de repudiarlas defendemos como nuestras estas grandes máximas de verdadera libertad, de verdadera igualdad y fraternidad universal, que la Revolucion trastorna y pretende haber dado al mundo.

En conciencia no puede un católico admitir *todos los principios de* 89. Todavia menos le es permitido entrar en el espíritu que los dictó, y que los interpreta y aplica desde su aparicion en el munde.

Pero siendo este asunto muy complejo, vamos aún á precisar mas nuestras ideas acerca de él.

XII.

TESTO Y DISCUSION DE ESTOS PRINCIPIOS, BAJO EL PUNTO DE VISTA RELIGIOSO.

Hé aquí los diez y siete artículos de esta Declaracion revolucionaria de los derechos del hombre: tras un preámbulo vago y hueco del estilo enfático de Rousseau, declaran los constituyentes hablar *en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo.* Ya sabemos lo que era el *Ser Supremo* de aquellos secuaces de Voltaire; y sabemos que era la negacion directa y personal del Dios vivo, del único Dios verdadero, del Dios de los cristianos, Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina en el mundo por medio de su Iglesia y del Papa su Vicario. Yo aseguro que no fué en presencia de nuestro Señor, y mucho menos bajo sus auspicios, como elaboraron los constituyentes su famosa Declaracion. Notaré con letra bastardilla los artículos peligrosos, las frases de doble sentido, los lazos que en ellas se ensierra, reservándome el discutirlas lo mas brevemente posible, para distinguir bien, en esta nueva cosecha, la zizaña del buen grano.

Artículo 1.° Los hombres nacen, y *quedan libres é iguales en derecho.* Las distinciones sociales solo pueden estar fundadas en la comun utilidad.

ART. 2.º *El fin de toda asociacion política es la conservacion de los derechos naturales é imprescribtibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la seguridad y la resistencia á la opresion.*

ART. 3.º *El principio de toda soberanía reside escencialmente en la nacion; ninguna corporacion, ningun individuo que no emane claramente de ella, puede ejercer autoridad.*

ART. 4.º *La libertad consiste en poder hacer todo cuanto no perjudique á otros,*

ART. 5.º *La ley solo tiene derecho á prohibir aquellos actos que son perjudiciales á la sociedad.* Todo lo que no está prohibido por la ley, no podrá ser impedido, y nadie podrá ser obligado á hacer aquello que la ley no manda.

ART. 6.º *La ley es la espresion de la voluntad general.* Todo ciudadano tiene el derecho de cooperar, personalmente ó por sus representantes, á su formacion. Debe ser la misma para todos, bien sea que proteja, bien que castigue. Siendo todos los ciudadanos iguales á sus ojos, son del mismo modo admisibles para toda dignidad, puesto ó empleo público, segun su capacidad, y sin mas distincion que sus virtudes y talentos.

ART. 7.º Solo en casos determinados por la ley, y segun las formas prescritas por la misma, puede ser un hombre acusado, preso ó encarcelado. Deben ser castigados los que solicitan, despachan, ejecutan ó hacen ejecutar órdenes arbitrarias; pero todo ciudadano llamado ó detenido en virtud de la ley, debe obedecer al punto: con la resistencia se hace culpable.

ART. 8.º La ley solo debe establecer aquellos castigos que sean estrictamente necesarios, y nadie puedo ser castigado sino en virtud de una ley establecida y promulgada antes del delito, y aplicada legalmente.

ART. 9.º Debiendo todo hombre ser considerado inocente hasta que se le haya declarado culpable, si fuera necesario prenderle, debe ser reprimido severamente por la ley todo rigor que no fuere necesario para asegurarse de su persona.

ART. 10. *Nadie podrá ser molestado por sus opiniones, aun religiosas, siempre que no las manifieste de un modo que perturbe el órden público establecido por la ley.*

ART. 11. *La libre comunicacion del pensamiento y opinion constituye uno de los derechos mas preciosos del hombre: así, pues, todo ciudadano podrá hablar y escribir é imprimir sus pensamientos con toda libertad, con tal que responda de los abusos contra esta libertad en los casos determinados por la ley.*

ART. 12. Para garantía de los derechos del hombre y del ciudadano, es necesario una fuerza pública; se constituye, pues,

esta fuerza para el provecho de todos, y no para la utilidad particular de aquellos á quienes está confiada.

Art. 13. Para sostener esta fuerza pública y para los gastos de administracion, es indispensable una contribucion comun á todos: contribucion que debe ser repartida entre todos los ciudadanos, segun las facultades de cada cual.

Art. 14. Todo ciudadano tiene derecho de cerciorarse por sí, ó por sus representantes, de la necesidad de esta contribucion; dar libremente su consentimiento en ella, observar el modo como se emplea, y determinar sus condiciones, bienes sobre que ha de gravitar, y duracion y modo de cobrarse.

Art. 15. La sociedad tiene derecho para pedir cuenta de su administracion á cualquier empleado público.

Art. 16. Toda sociedad en la que no están garantidos los derechos, ni determinada la separacion de los poderes, no tiene constitucion.

Art. 17. Siendo la propiedad un derecho sagrado é inviolable, nadie puede ser privado de ella, á no ser que la necesidad pública lo exija con evidencia, y esto bajo la condicion de una indemnizacion justa, y hecha anticipadamente.

Como se vé, muchos de estos artículos son del todo inofensivos, al menos bajo el punto de vista religioso, que es el mas importante y el único que me ocupa en este trabajo. En cuanto á los demas, que parecen indiferentes á la Religion y á la Iglesia, encierran una conspiracion vasta, destinada á trastornar todo el órden cristiano. Es la conspiracion del silencio que ahoga sin herir, y, si se me permite la espresion, que *escamotea* el cristianismo.

Estos principipios hipócritas se reasumen en cinco ó seis ideas principales, que son la base de lo que se llama el mundo moderno, y que vamos á analizar en pocas palabras: *Separacion completa de la Iglesia y del Estado; soberanía del pueblo; absolutismo de la ley humana, libertad, igualdad.*

Tal es el resúmen de estos principios, y cada uno por sí merece ser discutido con atencion. Pronto podrá juzgarse la importancia práctica de estas graves cuestiones.

XIII.

SEPARACION DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO.

Los que la piden de buena fé confunden dos ideas: *distincion* y *separacion*. La Iglesia es distinta del Estado, y este distinto de aquella; los dos deben *unirse* sin *confundirse*. Tan absurdo es el querer separar la sociedad religiosa de la sociedad

civil como lo es el querer separar el alma del cuerpo. La Iglesia es una sociedad que emana de Dios, del mismo modo que el Estado es una sociedad querida por Dios, estas dos sociedades deben entenderse entre sí para cumplir la voluntad divina, que es la felicidad temporal y eterna de los hombres. Su prosperidad y su fuerza dependen de esta union, como la vida y la fuerza del hombre dependen de la union de su alma con su cuerpo. Siempre ha de haber distincion, pero en la union, jamás separacion, y mucho menos confusion.

Los hombres somos á la vez miembros de tres sociedades distintas, y pertenecemos por entero á cada una de ellas; así lo quiere la Divina Providencia. Estas tres sociedades son: la familia, el Estado, la Iglesia. Yo pertenezco enteramente á mi familia; soy al mismo tiempo ciudadano de mi patria, y al mismo tiempo soy cristiano por entero, y miembro de la Iglesia. Tengo deberes como hijo, deberes como ciudadano, deberes como católico. Estos deberes son distintos; pero están unidos entre sí, y subordinados los unos á los otros: nunca pueden destruirse mútuamente, porque todos vienen de Dios; todos son para mí la espresion cierta de la voluntad de Dios; de Dios, que me manda igualmente obedecer á mi padre, en el órden de la familia; á mi soberano, en el órden civil y temporal; al Papa y á los Pastores de la Iglesia, en la sociedad religiosa y sobrenatural.

¿En qué consiste una sociedad? En una reunion de individuos unidos entre sí por los lazos de una obediencia comun á todos. Este lazo, esta obediencia á la legítima autoridad es lo que constituye la sociedad y lo que forma su unidad, á pesar del gran número de sus miembros. *La familia* ó la sociedad doméstica es la *reunion* de individuos unidos entre sí por la sumision á la autoridad paterna. *El Estado*, ó la sociedad civil, es la *reunion* de los individos y de las familias unidos entre sí bajo la dependencia de una misma autoridad pública. *La Iglesia*, ó la sociedad religiosa, es la *reunion* de los individuos, familias y Estados sometidos á una misma autoridad religiosa.

Estas tres sociedades existen por derecho divino, es decir, por la voluntad formal de Dios. Dios es quien ha constituido la familia para criar y educar los hijos; Dios es el autor de las sociedades civiles, cuyo objeto es la prosperidad temporal de los individuos y de las familias, por el mútuo concurso de las fuerzas; Dios es quien fundó la Iglesia y le encargó su santa mision, para enseñar á los individuos, familias y Estados lo que es bueno y lo que es malo, lo que debe hacerse y lo que debe evitarse, para conocer, amar y servir Dios sobre la tierra, y al-

esta fuerza para el provecho de todos, y no para la utilidad particular de aquellos á quienes está confiada.

Art. 13. Para sostener esta fuerza pública y para los gastos de administracion, es indispensable una contribucion comun á todos: contribucion que debe ser repartida entre todos los ciudadanos, segun las facultades de cada cual.

Art. 14. Todo ciudadano tiene derecho de cerciorarse por sí, ó por sus representantes, de la necesidad de esta contribucion; dar libremente su consentimiento en ella, observar el modo como se emplea, y determinar sus condiciones, bienes sobre que ha de gravitar, y duracion y modo de cobrarse.

Art. 15. La sociedad tiene derecho para pedir cuenta de su administracion á cualquier empleado público.

Art. 16. Toda sociedad en la que no están garantidos los derechos, ni determinada la separacion de los poderes, no tiene constitucion.

Art. 17. Siendo la propiedad un derecho sagrado é inviolable, nadie puede ser privado de ella, á no ser que la necesidad pública lo exija con evidencia, y esto bajo la condicion de una indemnizacion justa, y hecha anticipadamente.

Como se vé, muchos de estos artículos son del todo inofensivos, al menos bajo el punto de vista religioso, que es el mas importante y el único que me ocupa en este trabajo. En cuanto á los demas, que parecen indiferentes á la Religion y á la Iglesia, encierran una conspiracion vasta, destinada a trastornar todo el órden cristiano. Es la conspiracion del silencio que ahoga sin herir, y, si se me permite la espresion, que *escamotea* el cristianismo.

Estos principipios hipócritas se reasumen en cinco ó seis ideas principales, que son la base de lo que se llama el mundo moderno, y que vamos á analizar en pocas palabras: *Separacion completa de la Iglesia y del Estado; soberanía del pueblo; absolutismo de la ley humana, libertad, igualdad.*

Tal es el resúmen de estos principios, y cada uno por sí merece ser discutido con atencion. Pronto podrá juzgarse la importancia práctica de estas graves cuestiones.

XIII.

SEPARACION DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO.

Los que la piden de buena fé confunden dos ideas: *distincion* y *separacion* La Iglesia es distinta del Estado, y este distinto de aquella; los dos deben *unirse* sin *confundirse*. Tan absurdo es el querer separar la sociedad religiosa de la sociedad

civil como lo es el querer separar el alma del cuerpo. La Iglesia es una sociedad que emana de Dios, del mismo modo que el Estado es una sociedad querida por Dios, estas dos sociedades deben entenderse entre sí para cumplir la voluntad divina, que es la felicidad temporal y eterna de los hombres. Su prosperidad y su fuerza dependen de esta union, como la vida y la fuerza del hombre dependen de la union de su alma con su cuerpo. Siempre ha de haber distincion, pero en la union, jamás separacion, y mucho menos confusion.

Los hombres somos á la vez miembros de tres sociedades distintas, y pertenecemos por entero á cada una de ellas; así lo quiere la Divina Providencia. Estas tres sociedades son: la familia, el Estado, la Iglesia. Yo pertenezco enteramente á mi familia; soy al mismo tiempo ciudadano de mi patria, y al mismo tiempo soy cristiano por entero, y miembro de la Iglesia. Tengo deberes como hijo, deberes como ciudadano, deberes como católico. Estos deberes son distintos; pero están unidos entre sí, y subordinados los unos á los otros: nunca pueden destruirse mútuamente, porque todos vienen de Dios; todos son para mí la espresion cierta de la voluntad de Dios; de Dios, que me manda igualmente obedecer á mi padre, en el órden de la familia; á mi soberano, en el órden civil y temporal; al Papa y á los Pastores de la Iglesia, en la sociedad religiosa y sobrenatural.

¿En qué consiste una sociedad? En una reunion de individuos unidos entre sí por los lazos de una obediencia comun á todos. Este lazo, esta obediencia á la legítima autoridad es lo que constituye la sociedad y lo que forma su unidad, á pesar del gran número de sus miembros. *La familia* ó la sociedad doméstica es la *reunion* de individuos unidos entre sí por la sumision á la autoridad paterna. *El Estado*, ó la sociedad civil, es la *reunion* de los individos y de las familias unidos entre sí bajo la dependencia de una misma autoridad pública. *La Iglesia*, ó la sociedad religiosa, es la *reunion* de los individuos, familias y Estados sometidos á una misma autoridad religiosa.

Estas tres sociedades existen por derecho divino, es decir, por la voluntad formal de Dios. Dios es quien ha constituido la familia para criar y educar los hijos; Dios es el autor de las sociedades civiles, cuyo objeto es la prosperidad temporal de los individuos y de las familias, por el mútuo concurso de las fuerzas; Dios es quien fundó la Iglesia y le encargó su santa mision, para enseñar á los individuos, familias y Estados lo que es bueno y lo que es malo, lo que debe hacerse y lo que debe evitarse, para conocer, amar y servir Dios sobre la tierra, y al-

canzar por este medio la salvacion eterna, fin supremo de toda existencia humana.

La familia depende del Estado, por cuanto es claro que el bien particular debe estar *siempre* subordinado al bien público; el Estado depende de la Iglesia, porque el bien temporal, sea público, sea particular, debe estar *siempre* subordinado al bien espiritual, que es la salvacion eterna de las almas. El padre de familia no debe mandar cosa alguna que sea contraria á las leyes del Estado; y si falta á esta regla, sus hijos no pueden obedecerle en conciencia. Por la misma razon, el poder civil nada puede mandar que sea contrario á las leyes y enseñanza de la Iglesia. Tales actos del poder paterno ó del civil serian ilegítimos, y desde luego nulos de pleno derecho; violarian el órden establecido por Dios, y para obedecer á Dios en este conflicto de autoridad, preciso es obedecer siempre á la utoridad superior. Esta es la regla práctica y segura que nos dá el Apostol San Pablo: *Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita est* (Rom. XIII).

Deribándose la elevacion de los diferentes poderes de su objeto final, y siendo la salvacion eterna evidentemente un fin superior á la prosperidad temporal, claro es, como la luz del dia, que la Iglesia es un poder mucho mas alto que el del Estado, y que éste, por consiguiente, está obligado por derecho divino á sujetarse al poder de la Iglesia. Sabido es que lo que es de derecho divino es inmutable, y no puede ser destruido por poder alguno.

Pero se me dirá: "Esto sería la absorcion del Estado por la Iglesia." Lo mismo que sería la absorcion de la familia por el Estado. Es el órden que resulta de la union, y que deja subsistir la distincion, á pesar de la subordinacion.

Yo pregunto: ¿Absorve acaso la Iglesia á la familia cuando aquella guia al padre para hacerle conocer y practicar todos sus deberes de jefe de familia? Pues lo mismo sucede con el Estado: la Iglesia dirigiendo el poder civil y político para hacerle cumplir la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo, y procurar de este modo la salvacion de las almas, no usurpa en manera alguna ningun derecho del Estado; hace su deber, como el Estado hace el suyo prescribiendo á los ciudadanos y á las familias lo que es conducente á la prosperidad comun.

Santo Tomás hace comprender de un modo admirable este órden y estas relaciones por una comparacion muy justa é ingeniosa. "Cada Estado, dice, se parece á uno de los muchos navíos que componen una escuadra, todos los cuales, bajo el mando del navío almirante, navegan de conserva para llegar al mismo puerto. Cada navío tiene su capitan, su piloto; este, aun cuando manda sobre el suyo, no por esto es independiente. Para quedarse en el puerto que debe ocupar, le es preciso maniobrar

siempre segun las señales del almirante, para dirigir su navío al término final de la navegacion."

El navío almirante es la Iglesia, guiada por el Soberano Pontífice, Vicario de Jesucristo y encargado por este de enseñar á todas las naciones y dirigirlas por el camino de la salvacion. *Docete omnes gentes.* Los Soberanos temporales son los pilotos, los capitanes de cada uno de los navíos de la escuadra católica. Estos tienen obligacion *en conciencia* de facilitar la salvacion eterna de sus respectivos súbditos, ayudando á la Iglesia á salvar las almas, y apartando los obstáculos que pudieran estorbar su mision espiritual. El Papa es, solo el Papa, quien, como Jefe de la Iglesia, les hace conocer lo que deben hacer en este punto. La Iglesia, pues, no absorve ni el Estado ni la familia con su direccion religiosa; muy al contrário, ella fortalece la autoridad del Soberano temporal, así como la del padre de familia, santificándolas é impidiéndolas separarse de Dios.

El poder civil, aunque dependiente bajo este punto de vista, conserva, bajo todos los demás, una independencia completa. Una vez salvado el principio superior de la obediencia á la ley divina y á todas las demás leyes religiosas promulgadas por la Iglesia, el poder civil puede, con toda libertad, formar todas las leyes que quiera, adoptar cualesquiera regla de política, tomar cualesquiera forma de gobierno, segun lo crea mas conveniente al bien general de la nacion: en una palabra, es único dueño en su casa.

Otro tanto debe decirse del padre de familia, relativamente al Estado. Que haga todo lo que quiera, que eduque y dirija á sus hijos á su gusto; ni el Estado ni la Iglesia tendrán nada que decirle por ello, siempre que sean respetadas por él las leyes de Religion y las de su pais. Solamente á este precio hay órden, tanto en la familia, como en el Estado, como en la Iglesia.

"¿Pero; es acaso el Estado un niño que necesita la direccion de la Iglesia para conocer la ley de Dios? ¿No tiene acaso su razon y su conciencia?" Seguramente que el Estado tiene su razon y su conciencia; pero estas no le bastan, lo mismo que al padre de familia, para practicar la ley de Dios en toda su estension. Efectivamente, esta ley no es una ley puramente natural; es además, y sobre todo, revelada y positiva; y para conocerla, precisa es la fé, así como para practicarla es precisa la gracia. Y en este punto solamente la Iglesia está encargada de derecho divino para dar la una y la otra al mundo. A ella sola se le dijo: "Recibid el Espíritu Santo; id, enseñad á todas las naciones; el que os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia; yo mismo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos."

Estas palabras se aplican tan directamente á las sociedades humanas, como á cada hombre en particular. ¿Qué es, en efecto, la sociedad civil sino la estension numérica de la familia y del individuo? El Estado, hecha abstraccion de los individuos de que se compone, no es nada, y por esta razon el deber religioso de los individuos y de las familias es el mismo que tiene el Estado, á un grado superior. El Estado debe, pues, no solamente ser religioso en general, sino que debe ser cristiano, debe ser católico, debe recibir la enseñanza de la ley divina de los Pastores de la Iglesia, para el bien público, como para el bien particular; debe ser *enseñado*.

La razon natural y la concienciencia no bastan, pues, al soberano temporal y al padre de familia para conocer la voluntad de Dios; y con respecto á la Iglesia, la humanidad queda siempre en el estado de infancia. Por esto dijeron siempre los siglos cristianos: *Nuesta Santa Madre la Iglesia.* Y por esto tambien los mismos Soberanos llaman al Jefe de la Iglesia: *Nuestro Santo Padre, el Papa.*

"¡Pero el Estado es un poder seglar!" Verdad es; pero ¿qué significa seglar, *sin Religion?* Todo el mundo conviene en que el objeto *directo* del poder civil es la prosperidad temporal de sus súbditos; pero este deber está subordinado á otro deber mucho mas grave y mas elevado, y es la cooperacion *indirecta* á la obra de la Iglesia, que es la salvacion eterna de estos mismos súbditos. Precisamente porque el Estado es seglar, debe sujetarse á la direccion religiosa de los Pastores de la Iglesia, que son los únicos que recibieron de Dios el encargo de regir las conciencias.

"Pero ¿no es el poder de la Iglesia puramente espiritual?" Sin duda que sí; y por esto la direccion que el Estado debe recibir de la Iglesia es una direccion puramente espiritual, es decir, limitada al punto de vista de la conciencia. La Iglesia dirige solamente los Soberanos y los pueblos, así como las familias, para hacerles practicar á todos la ley divina, la Religion cristiana, la justicia; en fin, el órden moral. Solamente bajo este punto de vista, que es todo espiritual, todo religioso, es que ella manda y condena.

"¿Todo es, pues, espiritual?" No, lo espiritual sobre la tierra es todo lo que interesa á la salvacion de las almas; esta es la verdadera nocion de lo espiritual, que ha sido alterada en una multitud de entendimientos. Todas las veces que se nos ponen trabas en la obra de salvacion, se perturba nuestro interés espiritual y eterno. El poder temporal nunca debe, ni directa ni indirectamente, molestar nuestro bien espiritual bajo pretesto alguno de interes político; nunca debe estorbarse el ejercicio del ministerio de la Iglesia encargada de guardar este interés supre-

mo. Obrando en el órden puramente temporal, y aun puramente material, el poder temporal puede contrariar la Religion en sus prácticas las mas santas, y por consiguiente en su accion toda espiritual y sobrenatural. Ejemplos: si el poder civil distrajera las Iglesias del destino que tienen, bajo pretesto que son edificios materiales; si prohibiese á los sacerdotes el uso de las cosas temporales que les son necesarias para el culto divino y para la administracion de los sacramentos, el agua, aceite, pan y vino, etc.; si, bajo el pretesto de servicio del Estado, separece de los fieles los sacerdotes que dependen de él, como ciudadanos; si violára la clausura de los monasterios, aunque estos sean por otra parte casas como las demás; si interrumpiera las relaciones necesarias de los Obispos, Saceidotes y fieles con el Jefe de la Religion, con el Papa, aunque bajo el punto de vista temporal el Papa no es mas que un Soberano estranjero: si promulgara leyes civiles, reglamentos políticos, que estuviesen en contradiccion con los derechos de la Iglesia; si introdujera en la educacion pública, en la que él sin embargo tiene un interés inmediato, elementos anticristianos, ya como doctrina, ya como práctica; si permitiera á la prensa atacar la fé, las costumbres, á la Iglesia, aunque la prensa sea una industria toda material, etc., ¿no es evidente que obrando así, y sin parecer salir de lo temporal, el Estado tocaria directamente á la misma esencia de lo espiritual?

Aplicad el mismo principio al padre de famila, si, relativamente á su muger, sus hijos, sus servidores, hiciera algo por el estilo, en cuanto al ayuno, por mas que esto parezca una cosa puramente de cocina; en cuanto al descanso del domingo; en una palabra, en cuanto á todo lo que puede perjudicar el bien espiritual de las almas.

Todo lo que no tiene relacion con lo espiritual, la observancia de la ley divina y la santificacion de los hombres, pertenece al dominio esclusivo del Estado y de las familias Es muy importante esta distincion de lo espiritual y de lo temporal.

"Pero, en cuestiones dudosas; ¿cuál de los dos deberá decidir?" "¿Deberá ser el Estado ó la Iglesia?" Evidente es que deberá ser el poder de órden mas elevado. La mision divina de la Iglesia seria ilusoria si no estuviese infaliblemente asistida por Dios, para conocer con seguridad lo que constituye su objeto. En un conflicto entre la autoridad del Estado y la del padre de familia, ¿no debe acaso prevalecer la primera? ¿no prevalece siempre? ¿no es ella acaso de un orden intrínseco superior? Sin duda alguna el poder inferior debe someterse siempre, y el Estado es quien en las cosas civiles determina solo y soberanamente su competencia. Y, sin embargo, *en derecho* no es infalible. Aplicad este mismo razonamiento tan sencillo á las relaciones de la Iglesia con el Estado, y

con todo lo que llevamos dicho será fácil sacar la consecuencia, sobre todo si se considera que la Iglesia, *en todo* lo que enseña, es infalible, de *hecho* y de *derecho*.

"Pero sabe V. que dan un poder inmenso á la Iglesia." No soy yo quien se le doy. Es el mismo Dios, dueño de sus dones y Supremo Señor de la humanidad. El ha organizado el mundo en esta triple sociedad que acabamos de especificar; El lo ha dispuesto así para nuestro mayor bien; y pueblos é individuos príncipes y subditos, sacerdotes y seglares, debemos sometornos todos al órden que su Providencia nos ha impuesto.

Los hombres que de buena fé quieren separar la Iglesia del Estado, y el Estado de la Iglesia, no saben que violan directamente el órden establecido por Dios, faltando á la enseñanza formal de la Iglesia sobre esta materia. "Esta union, dice el Papa Gregorio XVI, ha sido siempre saludable para los intereses de la sociedad religiosa y de la sociedad civil."

Estos hombres ignoran además que toman parte en los perversos fines de la Revolucion. Aislar la Iglesia, echarla poco á poco fuera de la sociedad, debilitar su accion sobre el mundo, volver á llevar al estado de poder invisible, como en los dias de las catacumbas; constituir el poder temporal dueño absoluto de la tierra por la propiedad, de la inteligencia por la doctrina, y de la voluntad por la ley; anonadar de este modo el grande *hecho* social del cristianismo, la division gerárgica de los poderes; tal es, para cualquiera que sabe leer, la idea dominante que la Revolucion trata de realizar hace mas de sesenta años. Con otras palabras: "sustituir al reinado de Dios y de Jesucristo, el reinado absoluto del hombre, este ha sido y es su perenne objeto."

La Iglesia no debe ni puede ser separada del Estado, ni el Estado de la Iglesia; y el estado revolucionario, tal cual lo entienda la Asamblea de 89, y tal cual lo entienden desde entonces todos los revolucionarios, es una creacion formalmente opuesta á la voluntad de Dios, y que puede echarnos á todos fuera del camino de la salvacion.

XIV.

LA SOBERANIA DEL PUEBLO, Ó LA DEMOCRACIA

El principio de la soberanía del pueblo, tan esplotado hace un siglo por los enemigos de la Iglesia, puede, sin embargo, entenderse en un sentido católico y muy verdadero.

Notemos ante todo que el *pueblo* no es esa turba de individuos brutales y perversos que forja las revoluciones, y que, de lo alto de las barricadas, destruye los gobiernos, y cuyos jefes esplotan sus mas groseras pasiones. El pueblo es la nacion entera, que

comprende todas las clases de ciudadanos: el labrador y el artesano, el comerciante y el industrial, el gran propietario y el rico señor, el militar, el magistrado, el sacerdote, el Obispo; eso junto, es la nacion con todas sus fuerzas vivas, pudiendo, constituido con una representacion seria, espresar sus deseos, y ejercer libremente sus derechos.

Una vez conocida esta descripcion antirevolucionaria del pueblo, diremos que la escuela católica ha enseñado siempre, aunque en un sentido enteramante opuesto, lo que los constituyentes de 89 tomaron por un descubrimiento estraordinario. La Iglesia por boca de Santo Tomás y de sus Doctores mas famosos, enseña que Nuestro Señor Jesucristo, Padre de los pueblos y Rey de los reyes, pone en la nacion entera el principio de la soberanía; que el soberano (hereditario ó electivo) á quien la nacion confia el cargo del gobierno, solo recibe este poder de Dios por el intermedio de la nacion misma; en fin, que el Soberano, puesto que recibe el poder para el bien público, y no en favor de sí mismo, si es que llega á faltar gravemente y con evidencia á este su deber, puede ser depuesto legítimamente por aquellos mismos que le confiaron la soberanía. A fin de prevenir toda interpretacion revolucionaria, me apresuro á añadir que siendo la Iglesia el único juez competente ó imparcial en estos casos de concicncia tan graves, ella sola puede lejitimar, por una decision solemne, un hecho de tanta gravedad, y esto despues de haberse convencido de la gravedad del crímen (1).

El poder civil difiere del poder paterno y del eclesiástico en que estos dos últimos son inadmisibles, porque son de institucion divina en su forma determinada, y sin ninguna delegacion dada á los inferiores, y en que, al contrario, el poder civil no ha recibido de Dios forma alguna determinada, y por esto puede pasar de una forma de gobierno à otra; es decir, de la monarquía hereditaria á la electiva, de ésta á la aristocrácia, y recíprocamente. Estos cambios, cuando se efectúan con regularidad y legítimamente, en nada tocan al principio de la monarquía ni al de la soberanía.

"¿Cuándo serán estos casos regulares, y las resoluciones legítimas?"

Gran dificultad prà̀ctica, que no pueden resolver ni el soberano ni el pueblo; porque siendo ambas partes interesadas en el de-

---

1 Estos casos son muy raros. Es, por ejemplo, el caso en que, por culpa del príncipe, el pueblo se viese espuesto á perder la verdadera fé; el caso en que su habitual tiranía trastornase todo el órden público y amenazase la nacion con una guerra inminente, y otras cosas de este género. Se puede ver el desarrollo de esta doctrina en el magnífico opúsculo de Santo Tomás: *De regimine principum.*

bate, no pueden ser jueces en su propia causa. La Iglesia, representada por la Santa Sede, es el único tribunal competente que puede decidir tan grave cuestion; solamente este tribunal está revestido de un poder superior al temporal; él solo es independiente y desinteresado, mas que cualquiera otro, por su carácter religioso, y solo él ofrece garantías de moralidad, justicia, sabiduría y ciencia necesarias para funcion tan augusta y delicada.

Por otra parte, este es el órden establecido por Dios, no para el interes personal de la Iglesia, sino para el interes general de las sociedades, de los Soberanos y de las naciones. El juicio en estas altas cuestiones de justicia social, estriba, como en los casos particulares de conciencia, en la palabra inmutable de Jesucristo, cuando dice al Jefe de su Iglesia: "Todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo." Esta es la teoría verdadera y católica sobre la soberanía del pueblo, y sobre los cambios de gobierno.

Hay un abismo entre esta doctrina y la soberanía del pueblo, tal cual la entiende la Revolucion y la entendieron los constituyentes de 89. Segun estos, el pueblo saca la soberanía de sí mismo, y no la recibe de Dios; nada quiere saber de Dios, pretendiendo separarse de El. Además, y como consecuencia de este primer error, desecha la Iglesia, privándose de este modo del único poder moderador que Dios instituyó para protejerle contra el despotismo y la anarquía. Desde que los Reyes y los pueblos han rechazado esta direccion maternal de la Iglesia, los vemos efectivamente obligados á decidir á cañonazos sus casos de conciencia, por el sangriento derecho del mas fuerte; y las sociedades políticas, á pesar de sus pretensiones á progreso marchan rápidamente hácia la decadencia pagana. En vez del órden, fruto de la obediencia, ya no hay en el mundo mas que despotismo ó anarquía, frutos de la rebelion; la nocion de la verdadera soberanía, por decirlo así, ya no existe sobre la tierra.

"Todo esto puede ser muy verdad en teoría, pero ¿y en práctica?" No es culpa de la teoría, si esta es difícil de practicar, la culpa está en la debilidad y la corrupcion humana. Con este principio sucede como con todos los principios de conducta: la teoría, la regla, es clara, verdadera, perfecta. Su aplicacion *perfecta* es imposible, porque la perfeccion no es de este mundo, pero cuanto mas se acerca la práctica á la teoría, tanto mas cerca se está de la verdad, del órden y del bien.

Hace ya muchísimo tiempo que los Estados temporales desdeñan la teoría, y se conducen segun sus caprichos; olvidan y rechazan mas y mas la direccion divina de la Iglesia; y como el

hijo pródigo, se alejan cada dia mas de la casa paterna. Por esto tambien el mundo, estraviado léjos de Dios, se encuentra en revolucion permanente, á pesar de los esfuerzos prodigiosos que se hacen para llegar al órden, y contener el mal. Si la sociedad quiere nó perecer, habrá de volver, tarde ó temprano, al principio católico, al único verdadero principio de la soberanía. Leibnitz, hombre de génio, aunque protestante, deseaba de todas veras la vuelta de las sociedades á la alta direccion moral de la Santa Sede y de la Iglesia: "Seria de opinion, escribia, de establecer en la misma Roma un tribunal para juzgar las diferencias y altercados entre los príncipes, y hacer al Papa su presidente." Este tribunal existe, existe en derecho divino é inmutable, aunque se le desconozca. Lo repito, no hay salvacion mas que por este medio. "La Revolucion no cesará, decia M. de Bonald, sino cuando los derechos de Dios habrán reemplazado á los derechos del hombre."

Deseemos, pues, con la mayor ánsia, como católicos y como buenos ciudadanos, la conformidad de la práctica á la teoría y hasta nueva órden, apliquemos la teoría del modo menos imperfecto que podamos.

"Pero ¿no abre este sistema la puerta á mil y mil inconvenientes?" Es muy posible; pero entre dos males necesarios, debemos escojer el menor.

En caso de un conflicto entre el soberano y la nacion, ¿qué sucede en el dia? ¿Por quien quedará la victoria? ¿Será acaso por el derecho, la justicia, la verdad? Si, siempre que la fuerza bruta se encuentre de su lado: nó, si, segun lo que sucede por lo comun, esta favorece al partido del mal. En ambos casos es la guerra civil erigida en principio, sangrienta y feroz, en la que el éxito todo lo justifica, y que arruina y apura todas las fuerzas vivas del Estado. Nada de todo esto se vería en el sistema católico, en el cual todo se arreglaría pacíficamente. Los dos partidos ventilarían su causa ante el tribunal augusto de la Santa Sede, y se someterían á su decision. No habria sangre derramada, ni guerra civil, ni Erario público arruinado, etc. ¿No es esto muy hermoso y muy de desear?

Concedo de buena gana que, vista la corrupcion humana, habria quizá algunas intrigas, algunas miserias al rededor de este tribunal sagrado; pero los inconvenientes que traería este sistema serian muy poca cosa en comparacion de sus beneficios; y la alta influencia de la Religion sería, ella sola, una garantía poderosa contra los abusos. "¿No reune la Iglesia, dice Bossuet, no reune todos los títulos, por donde se puede esperar el triunfo de la Justicia?" Por otra parte, este tribunal solo decidiría segun

principios ciertos, fundados sobre la fé, conocidos y respetados por todos. La Revolucion, al contrario, ninguna garantía ofrece: no conoce sino el derecho del mas fuerte; no resuelve el problema social, y solo hace retardar su solucion.

"Mas, para aplicar este sistema, seria necesario que todo el mundo fuera católico." Seguramente; y tanto es de desear que todo el mundo fuera católico, como el que se aplique á las sociedades civiles el sistema pacífico y religioso de que acabamos de hablar. Todo el mundo debe ser católico, porque todo el mundo debe creer y practicar la verdadera Religion. Esta es la base de la felicidad pública é individual, porque Jesucristo es el principio de toda vida para los Estados, familias é individuos.

Conozco, como el primero, que el sistema social católico casi ya no puede aplicarse á nuestra sociedad, y de ello deduzco: 1 ° ; que nuestra sociedad anda estraviada y en peligro de muerte y, 2. ° , que todos debemos, si amamos á la Iglesia y á nuestra patria usar de nuestra influencia para hacer resplandecer de nuevo y vigorizar el verdadero principio social.

"Pero esta teoría nunca pudo ser aplicada ni siquiera en los siglos de fé." Nunca lo fué *completamente*, porque siempre hubo pasiones populares y orgullo en los príncipes. Sin embargo, previno muchas guerras y contuvo muchos escesos. Testigos de ello fueron la subida pacífica de los Carlovingios al trono de Francia; la represion de la tiranía de los Emperadores de Alemania; Enrique IV y Barbaroja, etc. En los siglos de fé, habia, como hoy, pasiones individuales perversas; pero el régimen social era bueno; y las tres sociedades, la religiosa, la civil y la doméstica, reconocian su mútua subordinacion, y á pesar de desórdenes parciales, se apoyaban sobre la roca firme de la verdad, la Religion, el derecho y la justicia.

"¿Y no seria esto volver á la edad media?" Seguro que no; esto seria tomar de la edad media lo que tenia esta de bueno para hacerlo de nuestra época. Nosotros, los católicos, no queremos de modo alguno cambiar de siglo, ni privarnos de las conquistas del tiempo; lo que queremos es aprovechar la esperiencia de lo pasado como de lo presente, corregir el mal, y en su lugar poner al bien; dejar á un lado lo defectuoso, para conservar lo que es mejor. Si el obrar así es volver á la edad media, entonces volvamos á ella.

Creo que esto ya bastará para ilustrar la conciencia de todo lector imparcial, y para demostrar el papel magnífico de la Iglesia en las cuestiones sociales y políticas.

Concluyamos: hay democracia y democracia; la una verdadera y legítima, profesada por la Iglesia en todo tiempo, la cual res-

peta su soboranía, que estriba sobre ella y sobre Dios; la otra, falsa y revolucionaria, de invencion reciente, que desprecia el poder, insubordinada, y que nada produce, sino desórden y ruinas. Esta es la *democracia* de 89, la democracia moderna, que desconoce á la Iglesia, y que en el fondo no es mas que la Revolucion social y la máscara de la anarquía.

Pregunto ahora: ¿Puede un cristiano ser demócrata en este sentido?

XV.

LA REPÚBLICA.

La Revolucion tiene un atraetivo irresistible para esa forma de gobierno, que llaman ***República***, al propio tiempo que una antipatía invencible para las otras dos formas de gobierno: *aristocracia, monarquía.*

Sin embargo, una ***república*** puede muy bien no ser revolucionaria, y una monarquía y una aristocracia pueden serlo completamente. No es la forma política de un gobierno lo que le hace pasar al campo de la Revolucion; son los principios que adopta, y segun los cuales se dirige.

Todo gobierno que deja de respetar, en teoría y en práctica, en su legislacion y en sus actos, los derechos imprescriptibles de Dios y de su Iglesia, es un gobrerno revolucionario. Sea monarquía hereditaria, electiva ó constitucional, sea una aristocracia, un Parlamento: sea república, confederacion, etc., siempre será revolucionario, si se subleva contra el órden divino; pero no lo será, si respeta todo eso.

Sentado esto, no deja de ser curioso el observar que la forma de gobierno democrático ó republicano es la única que no tiene sancion divina. Las dos sociedades constituidas directamrnte por Dios han recibido de su paternal sabiduría la forma monárquica, templada por la aristocracia. La familia os una monarquía en la que el padre manda y gobierna como soberano, pero con la asistencia de la madre, que representa el elemento aristocrático, y cuya autoridad es real y verdadera, aunque secundaria. En cuanto á los hijos, elemento democrático, no tienen en la familia autoridad alguna, propiamente hablando.

Lo mismo sucede con la Iglesia. Esta es una monarquía espiritual, templada por la aristocracia. El Papa es verdaderamente el monarca religioso de los hombres, pero al lado de su poder supremo, ha establecido Dios el poder del obispado, que forma en la Iglesia el poder aristocrático. La multitud de los fieles que es el elemento democrático, no tiene mas autoridad que los hijos en la familia.

principios ciertos, fundados sobre la fé, conocidos y respetados por todos. La Revolucion, al contrario, ninguna garantía ofrece; no conoce sino el derecho del mas fuerte; no resuelve el problema social, y solo hace retardar su solucion.

"Mas, para aplicar este sistema, seria necesario que todo el mundo fuera católico." Seguramente; y tanto es de desear que todo el mundo fuera católico, como el que se aplique á las sociedades civiles el sistema pacífico y religioso de que acabamos de hablar. Todo el mundo debe ser católico, porque todo el mundo debe creer y practicar la verdadera Religion. Esta es la base de la felicidad pública é individual, porque Jesucristo es el principio de toda vida para los Estados, familias é individuos.

Conozco, como el primero, que el sistema social católico casi ya no puede aplicarse á nuestra sociedad, y de ello deduzco: 1 ° ; que nuestra sociedad anda estraviada y en peligro de muerte y, 2. ° , que todos debemos, si amamos á la Iglesia y á nuestra patria usar de nuestra influencia para hacer resplandecer de nuevo y vigorizar el verdadero principio social.

"Pero esta teoría nunca pudo ser aplicada ni siquiera en los siglos de fé." Nunca lo fué *completamente*, porque siempre hubo pasiones populares y orgullo en los príncipes. Sin embargo, previno muchas guerras y contuvo muchos escesos. Testigos de ello fueron la subida pacífica de los Carlovingios al trono de Francia; la represion de la tiranía de los Emperadores de Alemania; Enrique IV y Barbaroja, etc. En los siglos de fé, habia, como hoy, pasiones individuales perversas; pero el régimen social era bueno; y las tres sociedades, la religiosa, la civil y la doméstica, reconocian su mútua subordinacion, y á pesar de desórdenes parciales, se apoyaban sobre la roca firme de la verdad, la Religion, el derecho y la justicia.

"¿Y no seria esto volver á la edad media?" Seguro que no; esto seria tomar de la edad media lo que tenia esta de bueno para hacerlo de nuestra época. Nosotros, los católicos, no queremos de modo alguno cambiar de siglo, ni privarnos de las conquistas del tiempo; lo que queremos es aprovechar la esperiencia de lo pasado como de lo presente, corregir el mal, y en su lugar poner al bien; dejar á un lado lo defectuoso, para conservar lo que es mejor. Si el obrar así es volver á la edad media, entonces volvamos á ella.

Creo que esto ya bastará para ilustrar la conciencia de todo lector imparcial, y para demostrar el papel magnífico de la Iglesia en las cuestiones sociales y políticas.

Concluyamos: hay democracia y democracia; la una verdadera y legítima, profesada por la Iglesia en todo tiempo, la cual res-

peta su soberanía, que estriba sobre ella y sobre Dios; la otra, falsa y revolucionaria, de invencion reciente, que desprecia el poder, insubordinada, y que nada produce, sino desórden y ruinas. Esta es la *democracia* de 89, la democracia moderna, que desconoce á la Iglesia, y que en el fondo no es mas que la Revolucion social y la máscara de la anarquía.

Pregunto ahora: ¿Puede un cristiano ser demócrata en este sentido?

XV.

LA REPÚBLICA.

La Revolucion tiene un atractivo irresistible para esa forma de gobierno, que llaman *República*, al propio tiempo que una antipatía invencible para las otras dos formas de gobierno: *aristocracia, monarquía.*

Sin embargo, una *república* puede muy bien no ser revolucionaria, y una monarquía y una aristocracia pueden serlo completamente. No es la forma política de un gobierno lo que le hace pasar al campo de la Revolucion; son los principios que adopta, y segun los cuales se dirige.

Todo gobierno que deja de respetar, en teoría y en práctica, en su legislacion y en sus actos, los derechos imprescriptibles de Dios y de su Iglesia, es un gobrerno revolucionario. Sea monarquía hereditaria, electiva ó constitucional, sea una aristocracia, un Parlamento: sea república, confederacion, etc., siempre será revolucionario, si se subleva contra el órden divino; pero no lo será, si respeta todo eso.

Sentado esto, no deja de ser curioso el observar que la forma de gobierno democrático ó republicano es la única que no tiene sancion divina. Las dos sociedades constituidas directamrnte por Dios han recibido de su paternal sabiduría la forma monárquica, templada por la aristocracia. La familia es una monarquía en la que el padre manda y gobierna como soberano, pero con la asistencia de la madre, que representa el elemento aristocrático, y cuya autoridad es real y verdadera, aunque secundaria. En cuanto á los hijos, elemento democrático, no tienen en la familia autoridad alguna, propiamente hablando.

Lo mismo sucede con la Iglesia. Esta es una monarquía espiritual, templada por la aristocracia. El Papa es verdaderamente el monarca religioso de los hombres, pero al lado de su poder supremo, ha establecido Dios el poder del obispado, que forma en la Iglesia el poder aristocrático. La multitud de los fieles que es el elemento democrático, no tiene mas autoridad que los hijos en la familia.

¿No seria acaso razonable el deducir de este doble acto divino, que la democrácia no es hija del cielo, y que la república, al menos tal cual se la entiende en nuestros dias, tiene relaciones secretas con el principio fatal de la Revolucion? *La Democrácia*, dice Proudhon, *es la envidia*, y este definidor nada tiene de sospechoso. Y la envidia, segun Bossuet, no es mas que "el efecto negro y secreto de un orgullo débil." Un gracioso algo cáustico dijo en otro tiempo: *Democracia, Demonocracia.* Puede que la comparacion sea un poco viva; pero algo de verdad pudiera encerrar. Lo cierto es que siendo casi siempre las Repúblicas unas verdaderas behetrías y casas de confusion, todos los embrollones, todos los abogados sin pleitos, todos los médicos sin clientela, todos los habladores y todos los ambiciosos de baja esfera, encuentran fácilmente en ellas lo que buscan; y el diablo no encuentra cosa mejor que pescar en agua turbia. *La república* trae invariablemente tras de sí ó la anarquía ó el despotismo, y hé aquí por qué es tan querida de la Revolucion.

Sin rechazar absolutamente las ideas republicanas, aconsejo á los jóvenes que desconfien mucho de ellas. Se espondrian á perder con ellas los instintos buenos y verdaderos de la fé y de la obediencia, sin contar el peligro, muy sério, de perder por ellas la cabeza, como ya ha sucedido á muchos otros. Al estremo opuesto de esto se encuentra el absolutismo monárquico, es decir, el poder sin freno ni intervencion alguna, y yo creo verdaderamente que este es todavía mas fatal que la peor de las repúblicas. La nacion entera está sujeta, como bajo los Emperadores paganos, á un solo hombre, y el cesarismo es anticristiano y revolucionario en primera línea.

XVI.

LA LEY.

La Revolucion sabe muy bien que en el fondo ella no es sino la anarquía, y que esta infunde terror á todos. Para disimular su principio y darse apariencias de órden se adorna enfáticamente con lo que llama legalidad, diciendo que solo obra en nombre de la ley. En 1789 minó el órden social, político y religioso en nombre de la ley; en nombre de la ley decretó en 1791 el cisma y la persecucion, y en 1793, siempre en nombre de la ley, asesinó al Rey de Francia, estableció el Terror y cometió los horribles atentados que todos saben. En nombre de la ley es que, desde medio siglo, hace la guerra á la Iglesia, al poder, á la verdadera libertad. No será, pues, del todo inútil el recordar brevemente la verdadera nocion de la ley.

La ley es la espresion de la voluntad legítima del legítimo superior. Para que una ley nos obligue en conciencia á obedecerla, para que sea verdaderamente una ley, son precisas é indispensables estas dos condiciones: 1.ª, que venga de nuestro legítimo superior; y 2.ª, que no sea un capricho, una voluntad mala y perversa de este mismo superior. Por lo mismo dije antes, una voluntad *legítima.*

¿Cuáles son nuestros legítimos superiores? ¿Cuando son legítimas sus voluntades? Dos preguntas prácticas, faciles de resolver.

Solo Dios, propiamente hablando, es nuestro superior; y si estamos obligados, sobre la tierra, á obedecer à otros hombres, es porque Dios les ha confiado el poder de mandarnos. Ellos son nuestros superiores, como depositarios de la autoridad de Dios. Todo superior sobre la tierra no es mas que un delegado de Dios, un representante suyo, que no debe *jamas* imponer á sus subordinados una voluntad que sea opuesta á la voluntad de Dios. Este principio es el fundamento de toda ley.

Nosotros tenemos en el mundo tres clases de superiores; el Papa y el Obispo, en el órden religioso, el soberano, en el òrden civil y político; el padre, en el órden de la familia. Cada uno de estos es superior legítimo, y tiene derecho de mandarnos en nombre de Dios; pero observando, por su parte, y ante todo, el órden establecido por Dios. Hemos ya dicho antes cuál es este órden: es la subordinacion regular de la familia al Estado, y del uno y de la otra á la Iglesia.

Asi, pues, para que una disposicion de mi padre me obligue en conciencia, es de necesidad absoluta lo que he afirmado; pero tambien basta para ello que no esté en oposicion evidente con la ley del Estado ó la ley de la Iglesia. Para que un mandato del poder civil me obligue á su vez, es preciso y basta que no sea contrario á una ley, ó á la direccion de la Iglesia. Sin esta condicion indispensable no estamos obligados á obedecer, á lo menos en conciencia, y lejos de ser una ley, este mandato no es mas que un abuso del poder, un capricho tiránico, una violacion flagrante y culpable del órden divino.

En cuanto á la Iglesia, su garantía con respecto á nosotros descansa sobre la palabra del mismo Dios, quien la asiste siempre en el ejercicio de su poder. Ella tiene el privilegio divino, incomunicable, de la infalibilidad en toda su doctrina, de tal suerte, que tanto las naciones como los individuos pueden entregarse con toda confianza y sin ningun riesgo á su direccion, y recibir sus mandatos. Escuchar la Iglesia, es siempre escuchar á Dios; despreciarla, es siempre despreciar á Dios: *Quien os escucha, me escucha, quien os desprecia, me desprecia.*

No existe, pues, relacion alguna entre la ley, la verdadera ley

y lo que la Revolucion se atreve á llamar ley. Ella dice; "la ley es la espresion de la voluntad general." No por cierto; la ley es la espresion de la voluntad de Dios; y la *voluntad general* es nada, ó mas bien es criminal, desde que está en oposicion con esta voluntad divina promulgada infaliblemente por la Iglesia católica. Esta cuestion, es cuestion de fé y de sentido comun.

Observad en aquella definicion errónea de la ley la habilidad pérfida de la incredulidad revolucionaria: no ataca de frente el dogma católico; hace como si este no existiera, y de este modo acostumbra á los pueblos y á los mismos soberanos á separarse de Dios, de la Iglesia y del cristianismo entero. Es como la *religion del hombre honrado*, que usurpa el puesto de la religion cristiana y que no es otra cosa mas que la ausencia total de toda religion. El ateismo social y legal viene del 89, es muy real, aunque puramente negativo. No mas Dios, no mas Cristo, no mas Iglesia, no mas fé, y en lugar de esto, *el Pueblo y la Ley.* Yo miro la ley, la legalidad, tal cual la Revolucion nos la hace practicar, como una seduccion satánica, mas peligrosa que todas las violencias.

Escusado es decir que todas las leyes civiles y políticas que no son contrarias á las leyes y derechos de la Iglesia, obligan en conciencia á sacerdotes y Obispos, lo mismo que á los otros ciudadanos. En caso de duda, solamente la Iglesia, por medio de los Obispos y del soberano Pontífice, tiene facultad para decidir si es preciso ó nó obedecer. Si al contrario, la ley civil es *evidentemente* contraria al derecho católico, entonces viene al caso de contestar, como los primeros discípulos de Jesucristo: *Mas vale obedecer á Dios que á los hombres.*

XVII.

LA LIBERTAD.

Esta es otra máscara que debemos arrancar á la Revolucion; esta es otra palabra grande y santa de la lengua cristiana, de la que abusa á cada paso el génio del mal.

La libertad en su sentido mas elevado, es la facultad de hacer el bien, es decir, de cumplir enteramente la voluntad de Dios. La libertad absoluta y perfecta no es de este mundo; esta sola la tendremos en el cielo. En este mundo siempre es imperfecta la libertad, la facultad de hacer el bien. Con esta facultad de hacer el bien tenemos tambien *la posibilidad* de obrar mal; esta posibilidad, entiéndase bien, no es una facultad, un poder; es una debilidad, una falta de poder. Nuestra libertad en la tierra es, pues, imperfecta, por estar limitada con algun obstáculo procedente de

la debilidad humana, ó de la perversidad de los hombres, ó de los ataques del demonio.

En religion, la libertad consiste en poder conocer y practicar plenamente la verdad religiosa, es decir, la Religion católica, apostólica, romana. Para el Papa y los Obispos, la libertad es la facultad plena y entera de enseñar y gobernar los fieles; y para estos, la de poder obedecer á aquellos sin impedimento alguno. La verdadera libertad religiosa no es mas que esto. En el órden civil y político, la libertad es, para los que gobiernan, el poder de ejercer todos sus legítimos derechos; y para gobernantes y gobernados, la facultad de cumplir sin estorbo todos los verdaderos deberes de ciudadanos. Todas las verdaderas libertades, civiles y políticas, están comprendidas en esta definicion, á lo menos en lo que tienen de esencial. En fin, en el órden de la familia consiste la libertad, para el padre y la madre, en la facultad de ejercer plenamente sus derechos verdaderos sobre los hijos y sus servidores, y para todos ellos, la de cumplir sus respectivos deberes. Todo es, pues, bueno y santo en la libertad, en la verdadera libertad: cuanto mas completa sea, tanto mas órden habrá; la autoridad misma solo está instituida para protejer la libertad.

Sentado esto, hay tres maneras de entender y desear la libertad, tanto para las sociedades como para los individuos:

1.ª Libertad de hacer el bien con los menos impedimentos posibles.

2.ª Libertad de hacer el bien y el mal con igual facilidad en lo uno y en lo otro.

3.ª Libertad de hacer el mal poniendo trabas al bien.

1.ª La primera de estas formas constituye la verdadera y buena libertad, la menos imperfecta en este mundo, la libertad tal cual la quiere Dios y tal cual la Iglesia la pide, la enseña y la practica. Esta libertad, relativamente perfecta, no es una utopia; es lo mismo que la justicia y las demás virtudes morales propuestas por Dios y su Iglesia á los hombres y sociedades: estas virtudes son practicadas casi siempre con imperfeccion, pero siempre son practicables, y debemos procurar practicarlas con la mayor perfeccion posible.

Así sucede con la libertad: cuantos medios se nos dan para obrar bien, mas libres somos; y cuanto mas libres somos, mas nos acercamos al órden y á la verdad. Cuanta mas facilidad nos dan los poderes de este mundo para obrar bien, tanto mas apartarán los obstáculos que molesten la libertad, y tanto mas obrarán segun los designios de Dios, que quiere el bien en todo, y en todo rechaza el mal.

Y si se pregunta cómo podrán los poderes humanos conocer

y lo que la Revolucion se atreve á llamar ley. Ella dice; "la ley es la espresion de la voluntad general." No por cierto; la ley es la espresion de la voluntad de Dios; y la *voluntad general* es nada, ó mas bien es criminal, desde que está en oposicion con esta voluntad divina promulgada infaliblemente por la Iglesia católica. Esta cuestion, es cuestion de fé y de sentido comun.

Observad en aquella definicion errónea de la ley la habilidad pérfida de la incredulidad revolucionaria: no ataca de frente el dogma católico; hace como si este no existiera, y de este modo acostumbra á los pueblos y á los mismos soberanos á separarse de Dios, de la Iglesia y del cristianismo entero. Es como la *religion del hombre honrado*, que usurpa el puesto de la religion cristiana y que no es otra cosa mas que la ausencia total de toda religion. El ateismo social y legal viene del 89, es muy real, aunque puramente negativo. No mas Dios, no mas Cristo, no mas Iglesia, no mas fé, y en lugar de esto, *el Pueblo y la Ley.* Yo miro la ley, la legalidad, tal cual la Revolucion nos la hace practicar, como una seduccion satánica, mas peligrosa que todas las violencias.

Escusado es decir que todas las leyes civiles y políticas que no son contrarias á las leyes y derechos de la Iglesia, obligan en conciencia á sacerdotes y Obispos, lo mismo que á los otros ciudadanos. En caso de duda, solamente la Iglesia, por medio de los Obispos y del soberano Pontífice, tiene facultad para decidir si es preciso ó nó obedecer. Si al contrario, la ley civil es *evidentemente* contraria al derecho católico, entonces viene al caso de contestar, como los primeros discípulos de Jesucristo: *Mas vale obedecer á Dios que á los hombres.*

XVII.

LA LIBERTAD.

Esta es otra máscara que debemos arrancar á la Revolucion; esta es otra palabra grande y santa de la lengua cristiana, de la que abusa á cada paso el génio del mal.

La libertad en su sentido mas elevado, es la facultad de hacer el bien, es decir, de cumplir enteramente la voluntad de Dios. La libertad absoluta y perfecta no es de este mundo; esta sola la tendremos en el cielo. En este mundo siempre es imperfecta la libertad, la facultad de hacer el bien. Con esta facultad de hacer el bien tenemos tambien *la posibilidad* de obrar mal; esta posibilidad, entiéndase bien, no es una facultad, un poder; es una debilidad, una falta de poder. Nuestra libertad en la tierra es, pues, imperfecta, por estar limitada con algun obstáculo procedente de

la debilidad humana, ó de la perversidad de los hombres, ó de los ataques del demonio.

En religion, la libertad consiste en poder conocer y practicar plenamente la verdad religiosa, es decir, la Religion católica, apostólica, romana. Para el Papa y los Obispos, la libertad es la facultad plena y entera de enseñar y gobernar los fieles; y para estos, la de poder obedecer á aquellos sin impedimento alguno. La verdadera libertad religiosa no es mas que esto. En el órden civil y político, la libertad es, para los que gobiernan, el poder de ejercer todos sus legítimos derechos; y para gobernantes y gobernados, la facultad de cumplir sin estorbo todos los verdaderos deberes de ciudadanos. Todas las verdaderas libertades, civiles y políticas, están comprendidas en esta definicion, á lo menos en lo que tienen de esencial. En fin, en el órden de la familia consiste la libertad, para el padre y la madre, en la facultad de ejercer plenamente sus derechos verdaderos sobre los hijos y sus servidores, y para todos ellos, la de cumplir sus respectivos deberes. Todo es, pues, bueno y santo en la libertad, en la verdadera libertad: cuanto mas completa sea, tanto mas órden habrá; la autoridad misma solo está instituida para protejer la libertad.

Sentado esto, hay tres maneras de entender y desear la libertad, tanto para las sociedades como para los individuos:

1.ª Libertad de hacer el bien con los menos impedimentos posibles.

2.ª Libertad de hacer el bien y el mal con igual facilidad en lo uno y en lo otro.

3.ª Libertad de hacer el mal poniendo trabas al bien.

1.ª La primera de estas formas constituye la verdadera y buena libertad, la menos imperfecta en este mundo, la libertad tal cual la quiere Dios y tal cual la Iglesia la pide, la enseña y la practica. Esta libertad, relativamente perfecta, no es una utopia; es lo mismo que la justicia y las demás virtudes morales propuestas por Dios y su Iglesia á los hombres y sociedades: estas virtudes son practicadas casi siempre con imperfeccion, pero siempre son practicables, y debemos procurar practicarlas con la mayor perfeccion posible.

Así sucede con la libertad: cuantos medios se nos dan para obrar bien, mas libres somos; y cuanto mas libres somos, mas nos acercamos al órden y á la verdad. Cuanta mas facilidad nos dan los poderes de este mundo para obrar bien, tanto mas apartarán los obstáculos que molesten la libertad, y tanto mas obrarán segun los designios de Dios, que quiere el bien en todo, y en todo rechaza el mal.

Y si se pregunta cómo podrán los poderes humanos conocer

con certeza cuales sean los obstáculos que deben alejar para protejer y desarrollar la libertad, es muy fácil la respuesta: la Iglesia los dirigirá con toda seguridad en lo que toque al órden religioso y moral, como hemos dicho ya; y en las cuestiones puramente temporales y políticas, una vez puesto á salvo el interés superior de las almas, estos poderes tomarán todas las medidas que les dictaren la esperiencia y la razon, para asegurar la libertad del bien y comprimir el mal.

2.ª Libertad de hacer el bien y el mal: igual proteccion acordada á los buenos y á los malos, á la verdad y al error, á la fé y la herejía; esta es la segunda forma bajo la que puede concebirse la libertad. Así la conciben los *liberales*.

No hablo aquí de aquellos impíos que piden igual libertad para el bien y para el mal, con la esperanza de ver á este triunfar de aquel; hablo de los liberales honrados y cristianos que aman la Iglesia, que detestan el desórden y la Revolucion, y que aceptan la lucha, porque creen de buena fé que el bien acabará siempre por triunfar.

Temiendo estos, sin duda, chocar demasiado con los indiferentes é impíos, hacen concesiones sobre los principios, y rechazan, tachándola de imprudente y perniciosa, la nocion pura y verdadera de la libertad, tal cual la profesó la Iglesia católica diez y ocho siglos hace, y tal como acabo de presentarla en cuatro palabras. Ellos dejan el terreno de la verdad inflexible, dejan la casa paterna para correr tras del hijo pródigo, para procurar volverlo á ella.

Yo creo que estos liberales van muy engañados, y que la verdad entera, solamente la verdad, es capaz de librarnos del azote revolucionario: *Veritas liberabit vos*, dice el Evangelio. Me parece que los liberales dan muestras de poca fé y de poco valor cuando abandonan de este modo el partido de la santa libertad: *de poca fé*, porque dudan prácticamente de la Providencia de Jesucristo sobre su Iglesia, y porque aceptan como un hecho consumado la dominacion inicua de los principios revolucionarios en el mundo; *de poco valor*, porque adoptan demasiado á menudo las ideas liberales, para no ser tachados por el mundo moderno de espíritus retrógrados y absurdos, de utopistas y de hombres de la edad media.

Estos mismos liberales ponen como principio lo que no es mas que *una necesidad de transicion*, y no ven que este pretendido principio de igualdad entre el bien y el mal es tan contrario á la fé como al sentido comun.

¿No tenemos la esperiencia de cada dia para hacernos ver que, á causa de la corrupcion y decadencia de nuestra pobre naturaleza, mas nos inclinamos al mal que no al bien? ¿No es esto un

hecho incontestable y aun de fé? Favorecer igualmente al uno que al otro, sería esponernos á una perdicion casi segura. Poner la verdad en la misma línea que el error, al bien en la misma que el mal, y la justicia en frente de nuestras pasiones desordenadas, sería entregar la verdad al error, el bien al mal, la justicia á las pasiones. Esto es lo que hacia decir á San Agustin: *Quæ pejor mors ánimæ quam libertas erroris?* "La peor muerte para el alma es la libertad del error."

Lo que es verdad de cada uno de nosotros, lo es mucho mas tratándose de las sociedades. Ninguna sociedad puede servir á dos señores, y el justo-medio es imposible en cuestion de principios.

"Pero entonces nos dice el liberalismo, sean Vdes. lógicos consigo mismos, y no pidan, como lo hacemos nosotros, que se les ponga bajo un mismo pié que á nuestros contrarios." De ningun modo pedimos esta igualdad como un principio; lo que hacemos es un argumento *ad hominem* á los poderes opresores, y nada mas. Nos dirigimos razonablemente á su equidad natural, sin entrar en lo mas mínimo en la cuestion de principios. Les decimos: "Otorgadnos al menos lo que otorgais á los demás ciudadanos; esto es de derecho natural." Hablando así, estamos acordes católicos y liberales. Pero esto no es una razon para no desear cosa mejor, para no tener inclinacion hácia un estado normal. La libertad del liberalismo vale mas que la opresion, lo confesamos; pero no debe mirarse como un fin, y mucho menos como un principio.

"La Iglesia, se dirá, ha reclamado esta igualdad en todas sus pruebas." Cierto, pero ¿en qué sentido lo hizo? La Iglesia jamás reclamó la libertad bastarda del bien y del mal, aun en medio de las persecuciones. Los apologistas del cristianismo, no me cansaré de repetirlo, solo hacian argumentos *ad hominem* á sus adversarios; jamás aprobaron, como se aprueba un derecho, la libertad del error y del mal, que perdia las almas alrededor suyo. La Iglesia es la sociedad del bien, de la verdad; no quiere ni puede querer sino la verdadera libertad, la libertad del bien, el poder de enseñar y practicar la verdad. ¡Por amor de Dios, no confundamos lo posible con lo deseable, y no pongamos como principios unas necesidades harto tristes y pasageras!

"Así, pues, solo hablaremos de autoridad cuando seamos los mas fuertes, y de libertad cuando seamos débiles." Esto sería muy poco noble, y por esto no lo hace la Iglesia. Débil ó fuerte, oprimido ó triunfante, con la misma voz dice á los hombres, buenos y malos: "La verdad y el bien son únicamente dignos de vuestro amor; el mal os pierde. Cuanto mas libertad diereis al bien, tanto mas os bendecirá Dios en este mundo y en el otro; cuanto mas

diereis al mal, tanto mas desdichados sereis. Dios solo dá la autoridad á los hombres para que protejan el libre ejercicio de lo que es bueno y justo; todo príncipe, magistrado ó padre de familia que se sirve de su autoridad para protejer otras cosas que la justicia, la verdad y el bien, abusan de los dones de Dios y pierden su alma." Nunca dijo la Iglesia otra cosa. Su derecho y su deber consisten en reclamar siempre de los poderes del mundo la libertad del bien y proteccion para esta libertad.

"Habrá, pues, dos pesos y dos medias: libertad para nosotros, y opresion para los demás." La Iglesia como su Divino Maestro, solo tiene un peso y una medida; no quiere, no favorece sino al derecho, la verdad, el bien; rechaza y detesta todo lo que es error, todo lo que es malo é injusto. ¿Cuál es el cristiano que se atreva a decir que Satanás tiene en este mundo los mismos derechos que Jesucristo? Esto es, sin embargo, lo que encierra en sí la pretension del liberalismo. La Iglesia y todos nosotros con ella, reclamamos los derechos de la verdad, porque ella sola los tiene; negamos lo que se atreven á llamar los derechos del error, de la herejía, del mal, porque el error, la herejía y el mal no poseen derecho alguno. Ya sé que hay necesidades de *hecho* que algunas veces obligan á la autoridad á cerrar los ojos sobre males que no puede impedir; pero *su deber* es suprimir los abusos lo mejor y mas pronto *posible*.

Es una cosa muy particular, la indignacion que muestra un gran número de cristianot cuando se trata de la *opresion del mal*. En el interior de sus familias, y con respecto á sus hijos y familiares, ellos mismos *oprimen* y *reprimen* el mal, tanto como pueden, usando aun de la fuerza cuando no basta la persuacion. ¡Y estos mismos encuentran malo que la Iglesia, que el Estado obren del mismo modo! Salvando así las costumbres, la fé, el honor y el bienestar de sus familias, ellos cumplen un deber sagrado, el primero de sus deberes; y cuando la Iglesia, el Estado, cumpliendo *este mismo deber*, levantan el brazo para castigar á los corruptores públicos de la fé, de las costumbres de la sociedad entera, entonces la Iglesia y el Estado son tiranos, crueles, intolerantes y fanáticos à sus ojos. Me parece que quien tiene dos pesos y medias, es mas bien el liberalismo que nosotros.

Este confunde el moderantismo, es decir, la toleraneia doctrinal, con la moderacion, que es la tolerancia personal, la caridad; y en esto se aparta gravemente de la regla católica.

En el fondo, el liberalismo no es mas que un acomodo con la Revolucion, y por esto es por lo que esta le muestra tanta simpatía. La libertad del bien y del mal es un atractivo, con el cual la serpiente revolucionaria seduce gran número de espiritus confiados en demasía, como hizo cuando presentó á Eva, con un

sin número de promesas fascinadoras, no solamente el fruto del árbol de la ciencia del *mal*, sino tambien el de la ciencia *del bien y del mal.*

"¡Pero entónces, se dice, entregamos la libertad en manos de los poderes de este mundo, y harto sabemos el uso que hacen de ella!"

La Iglesia no se abandona ni se entrega de modo alguno á los poderes de la tierra. Cuando los soberanos temporales escuchan su voz, cuando son cristianos, ella les pide que la faciliten la salvacion de todos, protegiendo la libertad pe su ministerio, desarmando á los enemigos de la fé, y conteniendo por medio del temor, à aquellos hombres perversos para quienes no basta la persuacion. ¿Es esto acaso ponerse á la merced del poder?

Cuando un príncipe no es católico, la Iglesia no le pide asistencia alguna, y se contenta con el argumento *ad hominem* que ya he citado. Esto es, poco mas ó menos, lo que hacemos nosotros segun las circunstancias, en nuestras sociedades modernas, que ya no descansan sobre la base católica. Pedir mas seria una gran imprudencia, y, por otro lado, puramente perder el tiempo.

"¿No creemos, pues, en el poder de la verdad cuando le buscamos apoyos humanos?"

Creemos, y muy deveras, en el poder de la verdad, y creemos tambien con ardor y muy prácticamente en el pecado original. Todo lo que es bueno, necesita proteccion en este mundo, porque el mundo está pervertido y hay en él muchos malos. La sociedad, así religiosa como política, solamente fué establecida por Dios para organizar la defensa de los buenos contra los malos. El Estado protege el comercio, las artes, las ciencias, la propiedad; y siendo cristiano, ¿no habia de proteger el don mas precioso del cielo, la verdad, esta libertad, este derecho de nuestras almas? Observad que proteger no es dominar, y si demasiadas veces los príncipes han entendido así la proteccion, se han equivocado grandemente, y Dios los ha castigado por ello; pero este abuso no ha destruido el principio, y la Iglesia ha tenido y tendrá siempre razon de decir á las sociedades humanas: "Vosotras debeis ayudarme."

"No es tan solo para el gobierno de la sociedad temporal, sino *sobre todo para la proteccion de la Iglesia,* que se dió el poder á los príncipes (1):" Así hablaba Gregorio XVI; y Pio IX, mas esplícito aún, declara que "no se ha dado solamente á los príncipes la autoridad suprema para que gobiernen el mundo, sino *principalmente* para que defiendan la Iglesia (2)." El mismo

---

1 Encíclica de 1832.
2 Encíclica de 1845.

Pio IX toma testualmente esta sentencia del Papa San Leon el Grande. Esta es la enseñanza formal de la Santa Sede, en la que deberian pensar un poco mas los liberales que son verdaderamente católicos.

"Pero ¿se nos negará que hay liberales y liberales?" Esto es cirto; pero ¿hay acaso liberalismo y liberalismo? Todo está en esto, porque es cuestion de principios, y no de personas. ¡Quién no rinde homanaje al carácter y rectas intenciones de los liberales católicos? Lo que me parece evidente es que estos defienden la buena causa de un modo que la comprometen, con una prudencia muy falsa, sin espíritu de fé, con argumentos que faltan por la base, y esto es así, porque el liberalismo no es capaz de sostener un exámen serio. En el fondo, mis partidarios no están bien persuadidos de lo que quieren; creen tener una doctrina, y solo tienen sentimientos; creen defender principios, porque presentan algunos de ellos; mas estos principios, separados del principal, son ramas separadas del tronco, y, por consiguiente, faltas de savia y de vida.

La libertad del bien y del mal: hé aquí en dos palabras el resumen de la tésis liberal. Adóptese con intenciones cristianas ó perversas, siempre queda lo que es: *un grave error*, y un error práctico muy peligroso, porque es seductor; un error muy útil á la Revolucion, porque la prepara el camino. Por esto fué que el Papa Pio IX, sin hacer distincion alguna, condenó, no las intenciones de los liberales, pero sí el liberalismo; y por eso su antecesor, Gregorio XVI, ya habia condenado, con una energía verdaderamente apostólica, el mismo falso principio de libertad en sus dos principales aplicaciones: *libertad de conciencia y libertad de imprenta* (1).

Perdone el lector si he hablado tan largamente sobre el liberalismo; es una cuestion del dia, sobre la que se necesita estar bien afirmado. Sin embargo, conviene saber que á pesar de estas divergencias, que son en realidad mas bien cuestiones de conducta que cuestiones de doctrina, todos los cristianos de honradez, todos los católicos ilustrados están acordes contra la Revolucion; y las disenciones que existen entre ellos no son mas que malas inteligencias, cuestion de palabras y de fórmulas.

Vuelvo á tomar el curso de mi objeto; y habiendo hecho ver la libertad tal cual la entiende la Iglesia, y la libertad tal cual la entiende el liberalismo, voy á tratar de la libertad tal cual la entiende la Revolucion.

3.° La libertad revolucionaria es la libertad de hacer el mal, impidiendo se haga el bien, oprimiendo á la Iglesia y á sus Pas-

1 Encíclica *Mirari*, 13 de agosto de 1832.

tores, pisoteando los derechos legítimos del poder, violando los derechos de la familia. Inútil es, entre gentes honradas pararse á discutir sobre este punto. Hacer el mal en perjuicio del bien, ya no es libertad, es licencia; ya no es uso, sino el abuso, el abuso sacrílego del mas magnífico don de Dios. Solo un perverso y un criminal puede entender y querer de este modo la libertad.

Se ha pretendido que esta era la libertad del año de 1793: yo por mi parte afirmo que tambien era esta la libertad de 1789, al menos en lo concerniente á la Iglesia y á la fé. Bastante lo han probado los hechos, y sin verter sangre, puede muy bien oprimirse al bien. ¿No son acaso las leyes revolucionarias mas peligrosas aun que el cadalso?

Tales son, segun creo, las verdaderas nociones de la libertad. Se aplican tanto al órden religioso como al órden político y al órden íntimo de la famila. Cada cual puede con estos principios juzgar fácilmente lo que hay de bueno y de malo en esto que nuestras instituciones modernas dan en llamar liberdad religiosa, libertad de cultos, libertad de imprenta y en general libertades políticas.

La libertad religiosa bien entendida consiste en poder practicar, con los menores estorbos posibles, la Religion, la verdadera Religion; ella impone al soberano temporal la obligacion de proteger, *en lo posible*, el ejercicio pleno y entero de la Religion católica, que es la sola verdadera Religion, y ayudar de este modo á la Iglesia en su santa mision. "El príncipe, dice San Pablo, no lleva en vano su espada; pues es el ministro de Dios para el bien: *Non enim sine causa gladium portat; Dey enim minister est in bonum, vindex in iram ei, qui malum agit* [ad ROM., XIII]." Pregunto: ¿Qué mayor bien para un pueblo, como para un particular, que el de poder conocer y servir á Dios con toda libertad y cumplir con el primero y mas grande de todos los deberes?

He dicho antes *en lo posible*, porque sucede que así el soberano, como el padre de familia, se ve obligado á *tolerar* muchas cosas que no puede impedir, anque sean dañosas para los intereses espirituales de su pueblo. Su deber no es el atropellarlo todo por medidas imprudentes, sino el reparar por todos los medios legítimos, un mejor porvenir. Está obligado en conciencia á estirpar el mal que pueda, y sin esperar. *Vindex in iram ei, qui malum agit.*

"Y los judíos y los protestantes, ¿qué se hace de ellos?" Una de dos: ó ellos ya han introducido el error en un pais católico, ó aun no se han establecido y quieren entrar en él. En el primer caso, el deber de un soberano católico es tolerarlos, y asegurarles, como á los católicos, todos los derechos civiles; pero impe-

dir al mismo tiempo que propaguen sus errores deletéreos. Si puede, debe procurar que se conviertan, facilitándoles el ministerio de la Iglesia. En una palabra, es el papel de un buen padre para con sus hijos. Pero en el segundo caso, el deber del príncipe es del todo diferente, aunque sea en el fondo el cumplimiento del mismo deber. Si quiere permanecer fiel á su alta mision en este caso, debe impedir á todo trance que la herejía manche la fé de sus súbditos, y tratar á los propagandistas como á injustos agresores. La herejía no tiene entonces derecho alguno.

"Y en los paises protestantes, ¿qué deberá hacer el soberano?" Mal puede un soberano protestante aplicar un principio verdadero protegiendo una religion falsa. No estará la culpa en el principio; y la desgracia del soberano y del pueblo será únicamente la de ser protestante. Sucede á menudo que se aplican principios verdaderos en falso; el demonio tuerce en provecho suyo las instituciones mas escelentes. Jesucristo, por otra parte, tiene el derecho de echar á Satanás, porque Satanás es un rebelde, un injusto, un usurpador y un sacrílego Satanás, al contrario, ningun derecho tiene contra Jesucristo, porque Jesucristo es legítimo Señor, bueno, justo y Santo. Lo mismo sucede con respecto á la Iglesia y á la herejía.

Lo que acabamos de decir en este capítulo se aplica igualmente á la libertad de imprenta, á la de enseñanza y educacion, y á todas las libertades políticas. Nunca podría ser un hombre bastante *liberal* si comprendiera bien la libertad, y nunca se comprenderá ésta sino yendo á la escuela de la Iglesia. Solamente la Iglesia es la madre de la libertad sobre la tierra, al mismo tiempo que es la protectora y la salvaguardia de la autoridad.

XVIII.

LA IGUALDAD.

Una palabra solamente diré sobre esta cuestion, para distinguir lo verdadero de lo falso. Como para la libertad, distinguimos para la igualdad tres clases: la una buena, la otra que parece buena, y no lo es, la tercera, que ni lo es, ni lo parece.

1.ª La igualdad cristiana, que es la sola absolutamente verdadera y absolutamente posible, y que por esta razon es la sola admitida y practicada por la Iglesia, que ha enseñado siempre que todos los hombres son hermanos, que no hay mas que una misma moral, una misma religion, un mismo juicio, un mismo Dios para pobres y para ricos, para soberanos y para vasallos, para pequeños y para grandes. Nuestras Iglesias son los únicos verdaderos templos de la igualdad entre los hombres, y nuestros Sacra-

mentos, sobre todo el de la Santa Eucaristía los símbolos instituidos divinamente para recordarnos á todos esta igualdad fraternal y eterna.

2.º La igualdad liberal de 1789, que domina en nuestras leyes modernas, que es una mezcla de ideas verdaderas y falsas como los principios proclamados entonces; esta igualdad, admisible en muchos puntos, por ejemplo, en la reparticion de impuestos, en el goce de los derechos civiles, etc., esta igualdad es contraria á la ley de Dios en otros puntos, por ejemplo en lo que toca á inmunidades eclesiásticas. Por otra parte, es muchas veces imposible en la práctica, aun cuando exista teóricamente en las leyes. ¿Cual es el pais donde los grandes dignatarios, los altos funcionarios, los personajes influyentes, no tienen muchos privilegios de *hecho*, que destruyen la igualdad civil y política, y que ninguna ley podrá jamás abolir?

3.º La igualdad revolucionaria, la igualdad de 93 y de la guillotina, la igualdad salvaje de Proudhon, es decir el nivelamiento absoluto de todas las condiciones, el socialismo, el comunismo, la anarquía.

Estas distinciones, puramente de sentido comun, bastan para resolver muchas discusiones en las que todos los hombres honrados están acordes en el fondo, y sobre las que, como en las anteriores, solo se disputa por falta de entenderse.

XIX.

ALGUNAS APLICACIONES PRÁCTICAS DE LOS PRINCIPIOS DEL 89

¿Quiere saberse de qué modo, de medio siglo acá, la prensa revolucionaria de todos los matices pretende aplicar prácticamente los principios de 89? Aquí teneis unas cuantas muestras de ello; son hechos que no se pueden negar.

La indiferencia religiosa, favorecida por las instituciones civiles, que va invadiendo mas y mas las sociedades.—La fé, que pierde cada dia su saludable imperio, batida continuamente en brecha por un periodismo imprudente.—La civilizacion material que prevalece por todas partes sobre la civilizacion moderna y cristiana, y que desarrolla en toda Europa el materialismo y el lujo.—El respeto á las autoridades arrancando casi del todo de los corazones, al par que el espíritu de independencia se ha desarrollado mucho mas de lo que debiera y esto en la familia, en el Estado, en la Iglesia.—La educacion y enseñanza de la juventud confiadas las mas veces á seglares sin religion, que no tienen ni la mision ni la voluntad de hacer conocer á sus educandos la verdad católica, y mu-

cho menos la de hacérsela practicar.—Las instituciones católicas mas sagradas, como el matrimonio, las congregaciones religiosas, las reuniones sinodales de los Pastores de la Iglesia, etc., todas ellas atacadas, y algunas veces suprimidas del todo, por autoridades seglares del todo incompetentes.—Todo cuanto viene de Roma, sospechoso; todo cuanto resiste á Roma, alentado y premiado. —La opinion pública pervertida por las falsas libertades, y amotinada en toda Europa contra las ideas católicas, contra el Papado.—La Iglesia despojada del derecho de propiedad, y entregada de este modo al capricho del Estado.—En fin, todos los principios falseados, los poderes envilecidos, la fé cada dia mas debilitada, resucitado el protestantismo, pueblos enteros viviendo sin Dios y sin religion alguna, la indiferencia perdiendo almas en una proporcion enorme, etc., todo, todo esto se ve hecho en nombre de la *Ley*, en nombre de los *principios modernos.*

Este es para la Iglesia, el resultado práctico; estos los frutos de la Revolucion *moderada*, de la Revolucion del 89.

Por otro lado, si echais la vista sobre la Europa moderna, hija del 89, ¿qué espectáculo se ofrece á vuestros ojos? Mas revoluciones, y revoluciones sociales, en un año que antes en un siglo; pueblos que juegan con las coronas de sus Reyes como niños con juguetes; en el espacio de setenta años *treinta y nueve* tronos derrumbados, *veintidos dinastías* desterradas, que viajan á pié por toda Europa; *veinticinco* Cartas y Constituciones aclamadas, juradas y rotas; las formas de gobierno mas opuestas sucediéndose como las ojas sobre los árboles, como las olas de un mar embrabecido. El mundo sobre un volcan, y todos los que aun se llaman Príncipes, Reyes, Emperadores, sacudidos y bamboleándose sobre sus tronos, como el marinero en las vergas de su navío durante la tempestad.

Por los frutos conoced el árbol, y juzgad por las consecuencias: ahora, jactaos aún, si os atreveis á tanto, sobre los *principios.*

XX.

DE LAS VARIAS ESPECIES DE REVOLUCIONARIOS.

Siendo la Revolucion una idea, un principio, todo hombre que se deja domminar por esta idea, por este principio, es un revolucionario. Lo es mas ó menos, segun entra mas ó menos en el lazo.

Se pueden y deben distinguir muchas categorías de revolucionarios. Los primeros y mas culpables, que mas se acercan á Satanás, su padre, son aquellos hombres malvados que conspiran á sangre fria contra Dios y contra los hombres, seducen y engañan

á los pueblos, y conducen, cual capitanes esforzados, el ejército del infierno al asalto de la Iglesia y de la sociedad. No constituyen estos mas que un pequeño número; pero los que hay, son imágenes verdaderas del demonio.

A estos siguen aquellos que, menos imbuidos de la idea revolucionaria, pero tan perversos como los otros, conducen tambien la Revolucion á su destino final, y quieren abiertamente concluir con el órden social católico y aun con el *verdadero* principio monárquico; rechazando, sin embargo, al mismo tiempo el asesinato y el pillaje. Estos son los Mirabeau, los Palmerston, los Cavour, y todos esos impíos que, de un siglo á esta parte, volviendo la política, las leyes é instituciones civiles contra la Iglesia de Jesucristo, son el azote de la sociedad cristiana. Estos saben contenerse mas que los primeros, saben colorear con mas habilidad sus proyectos anti-católicos, y no inspiran horror; pueden hablar y escribir á la faz de todos, y disponen de un gran poder material y moral; creen ser los conductores, y son ellos mismos conducidos. El gran número de los revolucionarios de esta clase, y los medios de accion de que disponen, los hacen muy temibles.

Deben ocupar el tercer puesto aquellos *hombres de órden hijos del* 89, que quieren hacer abstraccion completa de la Iglesia en todo el órden político y social. Sus intenciones son á veces honrosas; pero les falta el sentido anti-revolucionario, que es la fé, que es el sentido católico. No detestan á la Iglesia; aun la conceden cierto respeto vago y efímero, pero no la comprenden, y la impiden salvar la sociedad, que solo por ella puede salvarse. La accion revolucionaria de estos hombres es mas bien negativa que positiva. Son, de un siglo á esta parte, pocos los hombres políticos de Europa que no pertenezcan á esta numerosa categoría de revolucionarios. Casi todo el periodismo europeo está en sus filas y á su servicio. Así es que forman la semilla de los francmasones.

Tras estos vienen los hombres de imaginacion exaltada, sin ninguna instruccion religiosa, pero que tienen el corazon bueno y noble, que toman las ideas democráticas por arranques generosos, por amor al pobre pueblo, por patriotismo, y de buena fé creen que la Revolucion es un progreso saludable y la religion de la libertad. A esta clase de hombres siempre les gustan las reformas; pero al mismo tiempo aborrecen los motines. Son unos pobres estraviados, que obran el mal sin saberlo. Una instruccion sólida y una conversion religiosa los ganaría completamente para la buena causa.

En fin, muy cerca de nosotros, pero siempre en el campo de la Revolucion, encontramos un número considerable de honrados cristianos, y que practican la Religion; pero poco instruidos, que

cho menos la de hacérsela practicar.—Las instituciones católicas mas sagradas, como el matrimonio, las congregaciones religiosas, las reuniones sinodales de los Pastores de la Iglesia, etc., todas ellas atacadas, y algunas veces suprimidas del todo, por autoridades seglares del todo incompetentes.—Todo cuanto viene de Roma, sospechoso; todo cuanto resiste á Roma, alentado y premiado. —La opinion pública pervertida por las falsas libertades, y amotinada en toda Europa contra las ideas católicas, contra el Papado.—La Iglesia despojada del derecho de propiedad, y entregada de este modo al capricho del Estado.—En fin, todos los principios falseados, los poderes envilecidos, la fé cada dia mas debilitada, resucitado el protestantismo, pueblos enteros viviendo sin Dios y sin religion alguna, la indiferencia perdiendo almas en una proporcion enorme, etc., todo, todo esto se ve hecho en nombre de la *Ley*, en nombre de los *principios modernos.*

Este es para la Iglesia, el resultado práctico; estos los frutos de la Revolucion *moderada*, de la Revolucion del 89.

Por otro lado, si echais la vista sobre la Europa moderna, hija del 89, ¿qué espectáculo se ofrece á vuestros ojos? Mas revoluciones, y revoluciones sociales, en un año que antes en un siglo; pueblos que juegan con las coronas de sus Reyes como niños con juguetes; en el espacio de setenta años *treinta y nueve* tronos derrumbados, *veintidos dinastías* desterradas, que viajan á pié por toda Europa; *veinticinco* Cartas y Constituciones aclamadas, juradas y rotas; las formas de gobierno mas opuestas sucediéndose como las ojas sobre los árboles, como las olas de un mar embrabecido. El mundo sobre un volcan, y todos los que aun se llaman Príncipes, Reyes, Emperadores, sacudidos y bamboleándose sobre sus tronos, como el marinero en las vergas de su navío durante la tempestad.

Por los frutos conoced el árbol, y juzgad por las consecuencias: ahora, jactaos aún, si os atreveis á tanto, sobre los *principios.*

XX.

DE LAS VARIAS ESPECIES DE REVOLUCIONARIOS.

Siendo la Revolucion nna idea, un principio, todo hombre que se deja domminar por esta idea, por este principio, es un revolucionario. Lo es mas ó menos, segun entra mas ó menos en el lazo.

Se pueden y deben distinguir muchas categorías de revolucionarios. Los primeros y mas culpables, que mas se acercan á Satanás, su padre, son aquellos hombres malvados que conspiran á sangre fria contra Dios y contra los hombres, seducen y engañan

á los pueblos, y conducen, cual capitanes esforzados, el ejército del infierno al asalto de la Iglesia y de la sociedad. No constituyen estos mas que un pequeño número; pero los que hay, son imágenes verdaderas del demonio.

A estos siguen aquellos que, menos imbuidos de la idea revolucionaria, pero tan perversos como los otros, conducen tambien la Revolucion á su destino final, y quieren abiertamente concluir con el órden social católico y aun con el *verdadero* principio monárquico; rechazando, sin embargo, al mismo tiempo el asesinato y el pillaje. Estos son los Mirabeau, los Palmerston, los Cavour, y todos esos impíos que, de un siglo á esta parte, volviendo la política, las leyes é instituciones civiles contra la Iglesia de Jesucristo, son el azote de la sociedad cristiana. Estos saben contenerse mas que los primeros, saben colorear con mas habilidad sus proyectos anti-católicos, y no inspiran horror; pueden hablar y escribir á la faz de todos, y disponen de un gran poder material y moral; creen ser los conductores, y son ellos mismos conducidos. El gran número de los revolucionarios de esta clase, y los medios de accion de que disponen, los hacen muy temibles.

Deben ocupar el tercer puesto aquellos *hombres de órden hijos del* 89, que quieren hacer abstraccion completa de la Iglesia en todo el órden político y social. Sus intenciones son á veces honrosas; pero les falta el sentido anti-revolucionario, que es la fé, que es el sentido católico. No detestan á la Iglesia; aun la conceden cierto respeto vago y efímero, pero no la comprenden, y la impiden salvar la sociedad, que solo por ella puede salvarse. La accion revolucionaria de estos hombres es mas bien negativa que positiva. Son, de un siglo á esta parte, pocos los hombres políticos de Europa que no pertenezcan á esta numerosa categoría de revolucionarios. Casi todo el periodismo europeo está en sus filas y á su servicio. Así es que forman la semilla de los francmasones.

Tras estos vienen los hombres de imaginacion exaltada, sin ninguna instruccion religiosa, pero que tienen el corazon bueno y noble, que toman las ideas democráticas por arranques generosos, por amor al pobre pueblo, por patriotismo, y de buena fé creen que la Revolucion es un progreso saludable y la religion de la libertad. A esta clase de hombres siempre les gustan las reformas; pero al mismo tiempo aborrecen los motines. Son unos pobres estraviados, que obran el mal sin saberlo. Una instruccion sólida y una conversion religiosa los ganaría completamente para la buena causa.

En fin, muy cerca de nosotros, pero siempre en el campo de la Revolucion, encontramos un número considerable de honrados cristianos, y que practican la Religion; pero poco instruidos, que

se dejan deslumbrar por el prestigio del liberalismo, y quieren conciliar el bien con el mal. Sus preocupaciones de política, de posicion social, paralizan prácticamente las ideas de respeto que tienen en su corazon hácia los derechos de la Religion. Les gusta el sacerdote, y sin embargo temen su influencia. Critican de buena gana al Papa y al Obispado, toman fácilmente el partido del Estado contra la Iglesia, de lo temporal contra lo espiritual, en cuanto á política no tienen mas principio que el liberalismo, que no lo es. La palabra *libertad* basta para trastornarlos, y, á su modo de ver, el único remedio para todos los males es la secularizacion y la moderacion.

Que lo quieran ó nó, todas estas clases de hombres pertenecen al partido de la Revolucion, al partido del *verdadero* desórden, de la desorganizacion religiosa y política de la sociedad. Los primeros y segundos son los conductores, y los otros son los instrumentos, cuado no los engañados. Todos están y se hallan envueltos en la inmensa red de que habló mas arriba la Venta Suprema; los últimos, los revolucionarios honrados, detestan y temen á los otros, como un pez pequeño á otro grande, pero siempre sucede que este devora á aquel.

Que cada cual se examine y se juzgue; que vea en conciencia y en la presencia de Dios, si pertenece á una de estas cinco claces que acabo de enumerar. La fortuna, el rango, nada tienen que ver en ello; se puede ser revolucionario en cualquiera de los grados de la escala social; es cosa puramente de *principio* ó de conducta. Cualquiera que en su inteligencia y sus actos, en su conducta pública ó privada, por sus palabras, sus obras, sus ejemplos, de cualquier modo que sea, viole el órden social católico establecido por Dios para la salvacion del mundo, es revolucionario; que sea grande ó pequeño, eclesiástico ó seglar, eso nada hace al caso. Hay revolucionarios en todas partes: en los talleres, en los palacios como en las chozas; hay revolucionarios de frac negro y corbata blanca, lo mismo que los hay de capa y chaqueta.

Solamente los católicos, los verdaderos católicos de corazon y espíritu están fuera del campo de la Revolucion; pero deben andar con mucho cuidado para no dejarse seducir en medio del contagio público. Un solo hombre hay en el mundo que está absolutamente al abrigo de la seduccion, y es aquel á quien dijo Jesucristo: He orado por tí, para que tu fé no pueda desfallecer; y tú á tu vez, *confirma tus hermanos*." El Papa, sucesor de Pedro, Jefe de la Iglesia, está protejido por el mismo Dios contra todos los errores, y, por consiguiente, contra el error revolucionario. Como Papa, como Doctor católico, nunca puede ser seducido. Unámonos, pues, indisolublemente á la enseñanza pontifical; le

vantemos nuestras miradas fieles sobre todas las cabezas, sobre todas las coronas, y aun sobre todas las mitras, para fijarlas en la tiara de San Pedro. Saber lo que enseña en el Pontífice romano Vicario de Dios, y creerlo como él, pensar como él, y decir como él: este es el medio único é infalible de precaverse de los lazos de la Revolucion. ¡Cuantas ilusiones existen sobre este punto entre aquellos que el mundo llama *hombres honrados*, y cuantos lobos hay que se creen corderos!

XXI.

DE CÓMO SE FORMAN LOS REVOLUCIONARIOS.

Una sociedad se hace revolucionaria cuando no reprime los motines, y las malas pasiones que minan en su seno los grandes principios religiosos y políticos, que son, como hemos dicho mas arriba, la base de todo órden social. Pero aquí solo me ocupo del individuo, y para este, principia casi siempre muy temprano.

¡Veis aquel niño que muerde y pega á su madre! Es un revolucionario en lactancia. A los cinco años hace ruido en su casa, é impone su capricho á su padre y á su madre; este es un revolucionario en ciernes. De estudiante, se mofa de sus maestros, rompe sus libros, y no hace mas que calaveradas; es un revolucionario ganando cursos en la Universidad. De aprendiz, se forma para el vicio, insulta á los sacerdotes que le prepararon para su primera comunion, los buenos Hermanos, á quienes debe su educacion gratuita; es un revolucionario que vá formándose. De obrero, se revela contra su principal, lee y comenta los periódicos demagógicos, se queja del gobierno, entra en las sociedades secretas, hace fiestas los lúnes y jamás los domingos; y si se presenta ocasion, sube á las barricadas; es un revolucionario emancipado.—Ahí teneis al revolucionario de chaqueta.

El revolucionario de levita y gavan es en el colegio un discípulo indisciplinado; sus costumbres están corrompidas mucho antes que tenga edad para ello; prepara motines, y tanto hace, que lo espulsan. Llega á la adolescencia, corriendo de liceo en liceo, ya corrompido, sin fé, ambicioso y determinado; es demócrata sin saber en qué consiste esto; y si sabe algun tanto ensuciar papel, escribe artículos de periódico; revolucionario meritorio. Escribe para el teatro, ó folletos; si su presa tiene aceptacion, si por ella logra influencia, una de dos: ó *pesca* un empleo, un puesto lucrativo, y entonces se vuelve hombre de órden; ó, al contrario, *no pesca*, y entonces conspira, firmemente decidido, si la cosa va bien y si llega á poder, á apropiarse lo mas que pueda del bien público y á suprimir el *fanatismo* y la *supersticion;* gran revolu-

cionario, padre de la libertad. En una palabra, se hace un hombre revolucionario, acostumbrándose á rechazar la autoridad paterna, religiosa y política. El gusto de la rebelion se desarrolla cada año mas, y bajo la inspiracion del demonio, se vuelve muchas veces un verdadero malvado.

XXII.

CÓMO SE DEJA DE SER REVOLUCIONARIO.

Las sociedades dejan de serlo haciéndose católicas, completamente católicas, y los individuos acudiendo al sagrado tribunal de la confesion. No existen otros medios para lograrlo.

La Revolucion es la rebeldía, el orgullo, el pecado; la confesion, y con ella la muy dulce y santa comunion, es la humilde sumision del hombre á su Criador; es el amor, la fuerzo, el órden.

He conocido á uno de estos felices convertidos del campo revolucionario. Habíase entregado á todos los escesos de la rebelion del espíritu y del corazon; habia rechazado la Iglesia como una cosa anticuada y perjudicial, la autoridad como un yugo vil. Siendo representante del pueblo, y perteneciendo al partido de la *Montaña*, habia soñado no sé qué regeneracion social. Honrado, sin embargo, en el fondo, y sincero en sus estravíos, pronto vió abrirse delante de sí unos abismos que jamás hubiera sospechado; vió de cerca á los revolucionarios, con sus proyectos y sus obras. Partidario de los famosos principios de 89, vió salir de ellos las fatales consecuencias de 93; cogió la Revolucion in fraganti..., y conducido al bien por el esceso mismo del mal, tendió sus brazos desesperados hácia aquella Iglesia que habia desconocido; se arrepintió, examinó, creyó, y depuso á los piés del sacerdote, junto con la carga de sus pecados, la librea horrorosa de la Revolucion. Esto sucedió cerca de diez años há, y desde entonces ha encontrado paz y felicidad. Hace un bien inmenso á su alrededor, dedicándose con santo ardor al servicio de Jesucristo. Y en las filas poco cristianas de nuestros jóvenes demócratas, ¡cuántos nobles corazones, engañados por las *utopías* revolucionarias, buscan esa paz y esa felicidad sin poderlas encontrar! Las aspiraciones de sus almas no quedarán satisfechas sino cuando se sometan al dulce yugo del Salvador, y cuando, volviéndose verdaderos católicos, esperimenten el poder divino de la palabra evangélica: "Venid á mí, todos vosotros los que sufris y los que trabajais; yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y encontrareis el descanso de vuestras almas."

Y lo que es verdad para el individuo, lo es tambien para la sociedad; el hijo pródigo, el mundo moderno, miserable por estar lejos de la casa paterna, lejos de la Santa Iglesia, no encontrará reposo mas que á los piés de Jesucristo y de su Vicario sobre la tierra.

XXIII.

LA REACCION CATÓLICA.

¿Somos reaccionarios? No, si por tales se entienden unos espíritus sombríos, siempre ocupados en echar de menos lo pasado, el antiguo régimen, la edad media: "Nadie, decia el buen Nicodemo, nadie puede volver al seno de su madre para nacer de nuevo." Esto lo sabemos, y no queremos cosas imposibles. Sí, somos reaccionarios, si con esto se entiende ser hombres de fé y de corazon, católicos ante todo, que no transigimos con principio alguno, que no abandonamos verdad alguna, y que respetamos, en medio de las blasfemias y de las ruinas revolucionarias, el órden social establecido por Dios, y estamos decididos á no retroceder ni un paso ante las exigencias de un mundo pervertido, y miramos como un deber de conciencia la *reaccion anti-revolucionaria*.

Ya lo he dicho: la Revolucion es el gran peligro que amenaza á la Iglesia en el dia. Digan lo que quieran los *adormecedores*, esto peligro está á nuestras puertas, en el aire que respiramos, en nuestras mas íntimas ideas. En vísperas de grandes catástrofes, siempre hubo de estos ciegos, mudos y sordos incomprensibles, que nada quieren ver, nada oir ni comprender. "Todo va bien, dicen; nunca estuvo el mundo mas ilustrado, ni el público mas próspero; nunca el ejército fué mas valiente, ni estuvo la administracion mejor organizada, ni se vió la industria mejor, ni fueron las comunicaciones mas rápidas, ni la patria se encontró tan unida."

Tales hombres no ven, no quieren ver que bajo este órden material está oculto un profundo desórden moral, y que la mina, pronta á estallar, se encuentra en la base misma del edificio. Dormidos y adormeciendo á los otros, abandonan la defensa, la hacen abandonar á los otros, y entregan la Iglesia desarmada en manos de la Revolucion.

Y, sin embargo, es mas claro que la luz del dia que la Revolucion es el anticristianismo, que llama á sí todas las fuerzas enemigas de la Iglesia: incredulidad, protestantismo, cesarismo, galicanismo, racionalismo, naturalismo, falsa política, falsa ciencia, falsa educacion. "¡Todo esto es mio, todo esto sirve para mi obra, esclama la Revolucion; todos marchamos contra el ene-

migo comun! No mas Papa, no mas Iglesia, libertémonos del yugo católico, emancípese la humanidad."

Este es el terrible adversario contra quien todo cristiano está obligado *en conciencia* á resistir y obrar como hemos dicho, y esto con toda la energía que da el amor de Dios, unido al verdadero patriotismo. Este es *nuestro* comun enemigo; preciso es vencer ó morir.

¿Y cómo venceremos? Primeramente, repito, no temiendo. Un cristiano, un católico, un hombre honrado solo teme á Dios. Seguros como estamos de que Dios está con nosotros, debemos tambien estarlo de que, tarde ó temprano, la victoria será nuestra. Quizá será necesario que haya sangre vertida, como en los primeros siglos, humillaciones y sacrificios de toda especie; bien puede ser así. Pero al fin venceremos: *Confidite, ego vici mundum.*

Luego debemos poner al servicio de la *Gran causa* todas las influencias, todos los recursos de que podamos disponer. Si por nuestra posicion social podemos ejercer una accion general sobre la sociedad, sea por nuestra pluma, sea por cualquier otro medio legítimo, no faltemos á nuestro debar católico de hombre público. Hagamos el bien en la mayor escala posible.

Si no podemos ejercer mas que una accion individual y limitada, guardémonos de creer que esta ifluencia está perdida en medio del torbellino. El Océano solo se compone de gotas de agua reunidas, y convirtiendo individuos, ha llegado la Iglesia á convertir, á trasformar el mundo, despues de tres siglos de indomable paciencia. Hagamos como ella; en frente de la Revolucion, universal como entonces el paganismo, busquemos, aunque sea individualmente, "el reino de Dios y su justicia, y lo demàs nos será dado por añadidura." Jóvenes, hombres maduros, viejos, niños, mugeres, muchachas, ricos, pobres, sacerdotes, seglares, seamos lo que seamos, trabajemos confiadamente, y hagamos la obra de Dios; si el mundo se llena de Santos, si la mayoría de los miembros que componen la sociedad se vuelve profundamente católica, la opinion pública reformará por sí misma y sin sacudimiento esta sociedad que se pierde, y la Revolucion desaparecerá.

Tengamos para el bien la energía que la Revolucion tiene para el mal. No hace mucho la oímos decir á los hijos de las tinieblas: "El trabajo que vamos á emprender no es obra de un dia, ni de un mes, ni de un año; puede durar muchos años, un siglo quizá; pero en nuestas filas, el soldado muere, y la lucha sigue. No perdamos valor por un revez ni por una derrota; de derrota en derrota es como se llega á la victoria."

Hijos de la luz, tomad esta regla para vosotros, y aplicadla con el celo del amor. La Iglesia es pobre: ¿sois ricos? dadle vuestro oro: ¿sois pobres? partid vuestro pan con ella. La Iglesia es

atacad, con las armas en la mano: por vuestras venas corre una sangre generosa; ofrecedle vuestra sangre. La Iglesia se ve calumniada indignamente. ¿Teneis voz? Pues hablad. ¿Manejais una pluma? Pues escribid en su defensa. La Iglesia se ve abandonada, entregada traidoramente por los que se llaman sus hijos: su única confianza está en Dios: haced por vuestras oraciones que llegue pronto el socorro de arriba. Sirvanos á todos de lema el hermoso dicho de Tertuliano: *In his, omnis homo miles*: hoy dia todo católico debe ser soldado.

Ante todo, es preciso en el siglo que atravesamos formarse con cuidado el espíritu y la inteligencia; preciso es fundar la vida sobre principios puramente católicos, para no ser arrastrados, como muchos, por todos los vientos de doctrinas. Casi todos los jóvenes que se entregan á las ideas revolucionarias carecen de aquellos principios sérios y reflexionados, cuyo punto de partida es la fé. En este punto pesa una terrible responsabilidad sobre aquellos hombres que están encargados de instruir á la juventud; de mucho tiempo acá, la enseñanza y la educacion son la cuna oculta de la Revolucion.

Andémonos con mucho cuidado respecto de nuestras lecturas; hay *muy pocos* libros buenos; muy pocos verdaderamente puros en cuanto á principios políticos y sociales; casi todos ellos desconocen totalmente la mision social de la Iglesia; ó la rechazan, ó no se dignan hablar de ella. No teniendo ya, como punto de partida, la autoridad divina, se ven obligados á basarlo todo sobre el hombre; sobre el Soberano, si son monárquicos, y de ahí resulta el absolutismo ó el cesarismo; y si son demócratas, sobre la soberanía del pueblo, y esto es la Revolucion propiamente dicha. En ambos casos hay error fundamental, principio social anticristiano. Los mas peligrosos de estos libros, al menos para lectores honrados, no son los libelos abiertamente impíos, sino mas bien los de falsa doctrina moderada que profesan un cierto respeto a la Iglesia: 89 es mucho mas peligroso que 93.

Desconfiad sobre todo de los libros de historia. Solamente de algunos años á esta parte, un cambio feliz, debido á la buena fé y á estudios mas concienzudos, nos ha proporcionado algunas obras preciosas, que bastan para disipar las preocupaciones y los errores [1]. Hace tres siglos que la historia ha sido trasformada en una verdadera máquina de guerra contra el cristianismo, antes por el ódio protestante, y mas tarde por el volteranismo, se ha

1 Entre otras citaré: *La Défense de l'Eglise* por Gorgoni; *Histoire de l'Infaillibilité des Papes* por l' Abbé Constant; y, en fin, la escelente *Historia Universal de la Iglesia*, por Rohrbacher, que es un verdadero repertorio de todos los documentos que pueden formar y fijar la inteligencia de un jóven católico.

vuelto, dice el conde de Maistre, "una conspiracion completa contra la verdad."

Lo que es verdad de los libros, lo es tambien, y mucho mas, de los *periódicos*, esta peste pública que envenena al mundo entero. Casi todos ellos son los campeones manifiestos ù ocultos de la Revolucion.

Nada es tan peligroso como un periódico no católico; su lectura continuada cada dia se insinúa pronto y profundamente en las cabezas mejores, y acaba por falsear el juicio. Os lo suplicó: no os abandoneis á ninguno de estos periódicos, y menos todavía á aquellos que cubren sus malas y perversas doctrinas con una máscara de honradez y se dicen conservadores. "No hay peor ágnua que la estancada."

En fin, recomiendo á los jóvenes una instruccion religiosa muy fuerte y sólida. No me atrevo à hablarles de la *Summa* de Santo Tomàs, obra maestra incomparable, que reune, con un órden magnífico, toda la doctrina religiosa, toda la tradicion católica; pero las inteligencias han bajado de tal modo desde que la fé no sostiene la razon, que en el dia ni aùn se está en estado de comprender lo que aquel gran Doctor ofrecía á los *estudiantes, de la Edad media* como "leche para los principiantes."

Entre muchas obras de fondo, recomiendo la *Telogía dogmática* y la *Esposicion del derecho canónico*, por el Cardenal Gousset; la *Regla de fé*, por el P. Perrone, y los hermosos *Estudios, filosóficos*, de M. Nicolás; como resúmen de la doctrina cristiana. el gran *Catecismo del Concilio de Trento*, traducido por Mons Doney; en fin, las escelentes *Respuestas populares* del P. Trance, que reasumen con estraordinaria lucidez y con una doctrina muy pura todas las controversias que están *á la órden del dia*.

No basta la claridad en la inteligencia; precisa es además la santidad del corazon. Toda persona que quiera producir en sí una verdadera reaccion contra el mal que nos devora, debe vivir como verdadero cristiano, llevar una vida pura, inocente, estraña al mundo, y en todo animada por el espíritu del Evangelio. Debe orar á menudo y comulgar con frecuencia, bebiendo así en este manantial vivo, la vida verdaderamente cristiana y católica. Los hombres de fé, de oracion y de caridad son los únicos que poseen el secreto de las grandes victorias.

Esta debe ser nuestra *reaccion* contra la seduccion de los falsos principios y el torrente universal de corrupcion. Este es nuestro deber, deber del cual daremos cuenta á Dios cuando nos llame á su presencia. Este deber mira ante todo á los que directa ó indirectamente tienen cargo de almas: los Pastores de la Iglesia, Obispos y Sacerdotes, doctores del pueblo cristiano encargados por Dios de enseñar á todos los hombres todos sus deberes y

preservarlos de los lazos de la mentira; los jefes de los Estados, que, como hemos dicho, deben vijilar indirectamente por la salvacion de sus pueblos, facilitando á la Iglesia su saludable mision; en fin, los padres y madres, cuyo ministerio consiste, ante todo, en hacer de sus hijos buenos cristianos y hombres de corazon.

¡Bendiga Dios nuestros esfuerzos, y sálvese el mundo por segunda vez por los cristianos!

XXIV.

¿ES PRECISO LUCHAR CONTRA EL IMPOSIBLE?

Todo consiste en saber si es *imposible*. Dicen en Francia que esta palabra no existe en el vocabulario francés. ¿Es verdad? No lo sé; lo que si sé es que no es palabra cristiana. "Lo que es imposible para el hombre, siempre es posible para Dios." Siendo el mundo pagano, lo que todos sabemos que era, ¿no parecía imposible, y tres veces imposible que doce pescadores judios lo convirtieran á la *locura de la Cruz*? ¿No parecia imposible que San Pedro reemplazase á Neron en el Vaticano? La historia de la Iglesia es la historia de las imposibilidades vencidas; es la realizacion permanente del óraculo del Salvador. *Et nihil impossibile erit vobis*. "Para vosotros nada será imposible." (Luc. XVII, 19)

Si no me engaño, es menos dificil de arreglar el mundo actual, que lo que fué para nuestros padres el arreglar el mundo pagano. Empleemos los mismos medios, las mismas armas, y la fé triunfará ahora como triunfó entonces.

"Sea, dirán algunos cristianos tímidos; pero habiéndose esparcido y arraigado por todas partes las ideas modernas y democráticas; pareciendo un hecho consumado la imposibilidad para la Iglesia de ejercer sus derechos sobre las sociedades, y pareciendo que el porvenir debe favorecer mas y mas este estado deplorable de las cosas, ¿no sería quizá mas razonable, y acaso aún mas útil á la buena causa, el aceptar el hecho, el hacer concesiones sobre el derecho, y contemporizar sin temor con los principios modernos? Obrando de otro modo, ¿no nos esponemos acaso á comprometerlo todo? Y ¿no sería esto esponer la Religion á recriminaciones públicas?"

Guardaos de creer esto: En los tiempos de transicion como el nuestro, los hombres no pueden pasarse sin verdad, sin la verdad entera. Las verdades han sido debilitadas y abandonadas por las pasiones humanas: *Diminutæ sunt veritates á filiis hominum*. Como depositarios de todos estos principios sagrados de

vuelto, dice el conde de Maistre, "una conspiracion completa contra la verdad."

Lo que es verdad de los libros, lo es tambien, y mucho mas, de los *periódicos*, esta peste pública que envenena al mundo entero. Casi todos ellos son los campeones manifiestos ú ocultos de la Revolucion.

Nada es tan peligroso como un periódico no católico; su lectura continuada cada dia se insinúa pronto y profundamente en las cabezas mejores, y acaba por falsear el juicio. Os lo suplico: no os abandoneis á ninguno de estos periódicos, y menos todavía á aquellos que cubren sus malas y perversas doctrinas con una máscara de honradez y se dicen conservadores. "No hay peor água que la estancada."

En fin, recomiendo á los jóvenes una instruccion religiosa muy fuerte y sólida. No me atrevo á hablarles de la *Summa* de Santo Tomás, obra maestra incomparable, que reune, con un órden magnífico, toda la doctrina religiosa, toda la tradicion católica; pero las inteligencias han bajado de tal modo desde que la fé no sostiene la razon, que en el dia ni aùn se está en estado de comprender lo que aquel gran Doctor ofrecía á los *estudiantes, de la Edad media* como "leche para los principiantes."

Entre muchas obras de fondo, recomiendo la *Telogía dogmática* y la *Esposicion del derecho canónico*, por el Cardenal Gousset; la *Regla de fé*, por el P. Perrone, y los hermosos *Estudios, filosóficos*, de M. Nicolás; como resúmen de la doctrina cristiana, el gran *Catecismo del Concilio de Trento*, traducido por Mons Doney; en fin, las escelentes *Respuestas populares* del P. Trance, que reasumen con estraordinaria lucidez y con una doctrina muy pura todas las controversias que están *á la órden del dia*.

No basta la claridad en la inteligencia; precisa es además la santidad del corazon. Toda persona que quiera producir en sí una verdadera reaccion contra el mal que nos devora, debe vivir como verdadero cristiano, llevar una vida pura, inocente, estraña al mundo, y en todo animada por el espíritu del Evangelio. Debe orar á menudo y comulgar con frecuencia, bebiendo así en este manantial vivo, la vida verdaderamente cristiana y católica. Los hombres de fé, de oracion y de caridad son los únicos que poseen el secreto de las grandes victorias.

Esta debe ser nuestra *reaccion* contra la seduccion de los falsos principios y el torrente universal de corrupcion. Este es nuestro deber, deber del cual daremos cuenta á Dios cuando nos llame á su presencia. Este deber mira ante todo á los que directa ó indirectamente tienen cargo de almas: los Pastores de la Iglesia, Obispos y Sacerdotes, doctores del pueblo cristiano encargados por Dios de enseñar á todos los hombres todos sus deberes y

preservarlos de los lazos de la mentira; los jefes de los Estados, que, como hemos dicho, deben vijilar indirectamente por la salvacion de sus pueblos, facilitando á la Iglesia su saludable mision; en fin, los padres y madres, cuyo ministerio consiste, ante todo, en hacer de sus hijos buenos cristianos y hombres de corazon.

¡Bendiga Dios nuestros esfuerzos, y sálvese el mundo por segunda vez por los cristianos!

XXIV.

¿ES PRECISO LUCHAR CONTRA EL IMPOSIBLE?

Todo consiste en saber si es *imposible*. Dicen en Francia que esta palabra no existe en el vocabulario francés. ¿Es verdad? No lo sé; lo que si sé es que no es palabra cristiana. "Lo que es imposible para el hombre, siempre es posible para Dios." Siendo el mundo pagano, lo que todos sabemos que era, ¿no parecía imposible, y tres veces imposible que doce pescadores judios lo convirtieran á la *locura de la Cruz*? ¿No parecia imposible que San Pedro reemplazase á Neron en el Vaticano? La historia de la Iglesia es la historia de las imposibilidades vencidas; es la realizacion permanente del óraculo del Salvador. *Et nihil impossibile erit vobis.* "Para vosotros nada será imposible." (Luc. XVII, 19)

Si no me engaño, es menos difícil de arreglar el mundo actual, que lo que fué para nuestros padres el arreglar el mundo pagano. Empleemos los mismos medios, las mismas armas, y la fé triunfará ahora como triunfó entonces.

"Sea, dirán algunos cristianos tímidos; pero habiéndose esparcido y arraigado por todas partes las ideas modernas y democráticas; pareciendo un hecho consumado la imposibilidad para la Iglesia de ejercer sus derechos sobre las sociedades, y pareciendo que el porvenir debe favorecer mas y mas este estado deplorable de las cosas, ¿no sería quizá mas razonable, y acaso aún mas útil á la buena causa, el aceptar el hecho, el hacer concesiones sobre el derecho, y contemporizar sin temor con los principios modernos? Obrando de otro modo, ¿no nos esponemos acaso á comprometerlo todo? Y ¿no sería esto esponer la Religion á recriminaciones públicas?"

Guardaos de creer esto: En los tiempos de transicion como el nuestro, los hombres no pueden pasarse sin verdad, sin la verdad entera. Las verdades han sido debilitadas y abandonadas por las pasiones humanas: *Diminutæ sunt veritates á filiis hominum.* Como depositarios de todos estos principios sagrados de

la vida religiosa, social, política y doméstica, devolvámoslos al mundo, que se muere por falta de conocerlos. Abajo, pues, con con la prudancia humana; lo perdería todo. *Prudentia carnis, morst est.* Seamos prudentes, esto sí; pero prudentes en Cristo. Pasaremos como siempre, por insansatos, pero seremos muy sábios. "Insistamos, como nos lo manda la fé, insistamos oportuna é inoportunamente; reprendamos, supliquemos, señalemos el mal con toda perseverancia y doctrina." Estas son las palabras pel Apóstol San Pablo, que nos pide con instancia: "Delante de Dios y delante de Jesucristo, juez de vivos y muertos;" y añade, profetizando las debilidades humanas y de los tiempos en que vivimos: "Porque vendrá un tiempo en que no se tolerará la sana doctrina, sino que los hombres se abandonarán apasionadamente á una multitud de doctores aduladores, y desviándose de la verdad se alimentarán de fábulas. En cuanto á vosotros, velad y no temais el castigo [II ad TIM., IV]." Nada mas claro que esta regla de conducta; tengamos, pues, el valor de adoptarla.

"¡Poro se clamará contra la Iglesia!" Se clamará, y luego ya no se gritará mas. ¿No se grita acaso en el dia? ¿Qué es el periodismo, qué la política en toda Europa sino un grito permanente contra la Iglesia bajo el nombre de *partido clerical* de *ultramontanismo* de *fanatismo*? Hablemos alto y fuerte en medio de este clamoreo; acordémonos que nos está prohibido el callar: *Væ mihi; quia tacui!*

"Pero pidiendo demasiado, nada obtendreis." De ningun modo pedimos demasiado; pedimos lo que Dios quiere, y lo que los hombres deben darle; lo que es justo, y, en fin, lo que solamente puede salvarnos á todos. Observadlo bien; aquí se trata de una cuestion de vida ó muerte, como en otro tiempo, entre el paganismo y el cristianismo; son dos principios que se escluyen el uno al otro, la Iglesia y la Revolucion, Jesucristo y el diablo; entre ellos no hay término medio. Por otra parte, ¿tendriais aûn la simpleza de creer que las concesiones sirven de algo con los revolucionarios? "Una sola concesion puede satisfacernos: ***esta es la destruccion completa y entera del poder temporal de la Iglesia.***" Estas son las palabras testuales de la Revolucion. Si pidiamos poco, nada ganariamos.

"¡Pero debemos ser caritativos!" Sí por cierto; la caridad y la dulzura pueden volver los culpables al buen camino, y por esto hemos de ser siempre dulces y caritativos; pero las cuestiones de principios son cuestiones de *verdad* y no de caridad; y en ellas no hay materia para concesion alguna. Antes que sociedad de caridad, es la Iglesia sociedad de verdad. Nunca deben separarse la verdad y la caridad. La caridad que sacrificase la verdad, dejaria de serlo, y no seria mas que debilidad y traicion.

"¡Pero la prudencia es necesaria aun para decir la verdad, y tampoco se deben tirar las perlas á los cerdos!" Sin duda alguna, pero jamás debe hacerse traicion á la verdad, ni á la Iglesia, ni á Cristo, bajo el pretesto de atraerse con mas fácilidad las simpatías de los hombres. Nunca observó la Iglesia tal conducta; nunca recurrieron á esta falsa prudencia los Apóstoles, los Papas ni los Santos. Los cristianos que obrasen de otro modo obrarian mal; y si sus rectas intenciones no los escusaran, serian, á no dudarlo, culpables á los ojos de Dios.

"¡Pero, en fin, todas las verdades no son buenas para dichas!" Ya lo sé; pero esto se entiende solamente de aquellas verdades que hieren sin utilidad alguna, y no de aquellas que pueden curar y salvar. Ahora bien; solo las verdades del órden católico, antirevolucionario, pueden salvar el mundo en el tiempo en que nos ha lamos. Proclamémoslas y con una firmeza caritativa salvemos á nuestros hermanos, aún á pesar suyo.

Y, en fin, como dice el P. Lacordaire en una de sus magníficas Conferencias, "vale mas intentar algo, que no intentarlo."

No está todo perdido todavía. Las circunstancias son graves, y todos lo reconocen; la Iglesia pierde cada dia mas su influencia, por no decir su existencia *social;* por todas partes hay católicos, y buenos católicos; pero ya no hay poderes católicos, ya no hay Estados constituidos segun el órden divino, el mar revolucionario avanza cada dia mas, como las olas del primer diluvio; pero á pesar de todo, siempre existen los elementos de salvacion. Lo repito con seguridad: el estado actual del mundo es un estado transitorio. Una de dos: ó la Iglesia, en un tiempo dado, triunfará de la Revolucion, y en este caso desaparecerian por sí mismas estas necesidades de transicion, que se nos quiere obligar á aceptar hoy dia como principios, dejando el campo libre á los principios eternos del cristianismo, ó al contrario, triunfará la Revolucion por algun tiempo; y entonces, ¿de qué nos habrán servido las concesiones que ahora se nos aconsejan? Si ha llegado "la hora de las tinieblas," la hora del príncipe de este mundo; si está en los altos designios de Dios que sucumbamos en la lucha, defendiendo hasta el fin los derechos de Dios; si así debe ser, al menos habremos sido buenos servidores, y podremos decir con el grande Apóstol: "He combatido por el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fé. Solo me queda el recibir la corona de justicia, que me dará nuestro Señor el Divino Juez."

"¿Puede acaso la Revolucion triunfar del todo de la Iglesia? ¿Puede acaso perecer la obra de Dios?—La obra de Dios no perecerá, pero sucederá con la Iglesia lo que sucedió con su Divino Jefe; tendrá como Él *su hora,* su pasion, su calvario, su sepulcro,

antes de reinar sobre el universo entero, y antes de juntar bajo el cayado del Pastor celestial á toda la humanidad. Todo esto lo profetizó el Evangelio.

Pero esta solucion *muy posible* de la cuestion revolucionaria, merece que nos detengamos un poco en ella.

XXV.

TERRIBLE Y POSIBILÍSIMO TÉRMINO DE LA CUESTION REVOLUCIONARIA.

Cierto número de católicos, y entre ellos muchos Obispos y Doctores muy eminentes en ciencia y santidad, tienen la profunda conviccion de que nos acercamos á los últimos tiempos del mundo, y que la gran rebelion que viene destrozando desde hace tres siglos todas las tradiciones é instituciones religiosas, tendrá pór fin el reino del *Antecristo*.

Es de fé revelada, que á la última venida de Jesucristo precederán un trastorno moral horroroso y la mas terrible lucha de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia: *Erit enim tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet.* (S. MATH., XXIV, 21.) Lo mismo que el cristianismo entero se resume en la persona de su Jefe Divino, nuestro Salvador, lo mismo el anticristianismo entero con sus rebeliones, sus atentados y sus sacrilegios se resumirá en aquellos tiempos en la persona de un hombre que estará lleno de la inspiracion y de la rabia de Satanás, y este hombre será el *Antecristo*. Este será una especie de encarnacion de Satanás, y el esfuerzo supremo de la rebeldía del demonio contra Dios.

La Escritura nos habla claramente, en muchas partes, de la aparicion de éste en el mundo; entre otras en el capítulo XXIV de San Mateo, en el XXIII de San Marcos, y en el XXI de San Lúcas, y en muchas epístolas de los Santos Apóstoles [1]. En cuanto á San Juan, es el que ha sido escogido por la Divina Providencia para enseñarnos en la magnífica profecía de su *Apocalipsis*, los dolores que precederán y acompañarán al reinado maldito del Antecristo, la destruccion de este, y, por fin, el reinado glorioso de Jesucristo y su Iglesia [2]. El Antecristo reasumirá, deciamos, y en un grado supremo, todos los caractéres de todas las revoluciones anticristianas. Será gran sacerdote como Neron y como los otros Emperadores paganos; heresiarca como Arrio, Nestorio,

---

1 Véase sobre todo la segunda epístola á los Tesalonicenses, cap. II.
2 Véase el *Apocalípsis* desde el cap. VI hasta el XX, el que refiere la ruina del Antecristo y el triunfo de la Iglesia hasta el juicio final.

Manés, Pelágio, Lutero y Calvino; destruirá y matará como Mahoma y los demás bárbaros, se revelará contra el papado como los Césares de la edad media, como el sismático Foçio; negará el verdadero Dios en Cristo y su Iglesia, y hará reinar sobre todo el universo el satanismo ó la Revolucion perfecta. Despues de una persecucion universal, sin ejemplo, desde que existe el mundo, volverá á echar la Iglesia en las catacumbas, abolirá el culto divino, se hará adorar como el Cristo-Dios, y como tal se creará un Pontífice jefe de su culto impío; y todo hombre que no lleve su marca en la frente ó en la mano derecha, será declarado fuera de la ley y condenado á muerte. El reino revolucionario del Antecristo durará tres años y medio. Nuestros Santos Libros contienen la narracion espantosa y profética del mismo y nos enseñan que la salvacion vendrá, aunque inesperada, con la gloriosa llegada del Salvador en el momento en que todo parecerá estar tranquilo. Esta será la Pascua, la resurreccion de la Iglesia, despues de su dolorosa pasion. Entonces quedará despedazado, aniquilado el poder de Satanás; entonces, pero solamente entonces, quedará vencida la Revolucion.

Tenemos indicios muy graves para creer que el reinado del Antecristo no está tan lejano como se piensa. La Revolucion le prepara el camino, destruyendo la fé, seduciendo las masas, envileciendo los caractéres, trabajando, en fin, sin descanso en la abolicion *social* de la Iglesia. Entre las razones que inducen á creer la llegada de la tentacion suprema, indicaré las siguientes á la séria meditacion de los hombres de fé. El valor de ellas es incontestable, y por mi parte las encuentro mas que probables.

1.ᵒ Despues de haber anunciado las señales precursoras del último combate, que Él llama *"los principios de los dolores," hæc autem omnia initia sunt dolorum*, Nuestro Señor en el cap. XXIV del Evangelio de San Mateo, dice formalmente que la consumacion vendrá cuando el Evangelio habrá sido predicado á todas las naciones: *Prædicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe, in testimonium omnibus gentibus, et* TUNC *veniet consummatio.*

Todos saben que ya apenas queda ningun pueblo al cual no le haya sido predicado el Evangelio. Principalmente de treinta años á esta parte, ha tomado la propagacion de la fé una estension prodigiosa. Se ha evangelizado la Oceanía entera; nuestros misioneros han penetrado hasta el centro de la alta Asia, hasta el Thíbet; se ha principiado gloriosamente la evangelizacion del África, aun de la África Central; las dos Américas han sido recorridas en todos sentidos por los infatigables heraldos de Jesucristo. Que pase medio siglo, y quizá menos (gracias á los revolucionarios de Europa, que echan á lo léjos las Órdenes reli-

giosas, y principalmente las poderosas legiones de la Compañía de Jesus); que pase este tiempo, digo, y seguro es "que el Evangelio del reino habrá sido predicado al mundo entero en testimonio para todas las naciones; *et* TUNC *veniet consummatio*, ENTÓNCES VENDRÁ EL FIN:" Ahora pregunto: ¿cómo escapar de este hecho, á estas palabras y á su consecuencia evidente?

2.ª Está anunciado además por el mismo Jesucristo, que al acercarse los últimos tiempos, la fé estará casi apagada sobre la tierra: "¿Cuando volverá el Hijo del Hombre, pensais vosotros, dijo á sus discípulos, que encontrará fé sobre la tierra?" *Filius Hominis veniens, putas inveniet fidem in terra?* (S. LÚCAS., XVIII, 8). Ahora bien: ¿no es tambien evidente el que, á pesar de la resurreccion religiosa y muy real de un cierto número de almas escogidas, no es evidente que las masas han perdido ya la fé, ó están en camino de perderla? Esto es verdad para Francia; empieza á serlo para Italia y España, etc. El mundo católico está perdiendo la fé, que ya está arruinada en las tres cuartas partes de Europa por el protestantismo, y combatida, amenazada en el universo entero por el furor de este mismo protestantismo reunido al de las demás falsas religiones. Como lo hemos observado mas arriba, la influencia deletérea de la prensa cotidiana bastará ella sola, en muy poco tiempo, para arrancar del corazon de los pueblos una fé que ya está profundamente desarraigada. En todos los siglos cristianos ha habido incrédulos, pero nunca penetró la incredulidad en las masas y en las leyes del modo que lo viene haciendo hace medio siglo.

Y cuando se recuerdan las palabras de Jesucristo, ¿no se encuentra acaso bastante motivo para reflexionar?

3.ª El Apóstol San Pablo, en su segunda Epístola á los Tesalonicenses, habla muy detalladamente de los últimos tiempos y del Antecristo. Nos dá otra señal por la cual podremos conocer que se acerca el peligro: "*Ne terreamini.... Quasi instet dies Domini; quoniam* NISI VENERIT DISCESSIO PRIMUM. No temais, como si el dia del Señor estuviese cercano; antes de él debe tener lugar la *apostasía* (cap. II, 3)." Los principales intérpretes de la Escritura, como lo espone Santo Tomás, entienden únicamente por esta palabra *discessio*, la reunion general de los reinos á la fé católica y á la Iglesia, la apostasía universal de las sociedades y de las naciones, *apostatio gentium*. Y es tambien uno de los caractéres distintivos de nuestra época, al mismo tiempo que la esencia misma de la Revolucion, la separacion de la Iglesia y del Estado; la apostasía de las sociedades como tales, la desorganizacion social del mundo católico, el ateismo político y legal. Esta apostasía de las sociedades está ya consumada, ó poco menos. ¿Cual es el estado, hoy dia, sobre la tierra,

que reconozca oficialmente y como una institucion divina todos los derechos de la Iglesia, y que se someta, antes que á toda otra ley, á la ley de Jesucristo, promulgada, esplicada y aplicada soberanamente por el Papa, Jefe de la Iglesia? No existe ya uno solo de estos. Llegó, pues, la señal dada por San Pablo, y seguramente no es á nosotros, cristianos del siglo XIX, á quienes se dirige aquella palabra; *ne terreamini*: no temais.

"Mas ¿no se ha creido ver en muchas ocasiones de los siglos pasados estas mismas señales? No se ha anunciado ya muchas veces el fin del mundo?" De esto se ha hablado en tres épocas, y no sin razon:

1.ª En el tiempo de Neron, al acercarse la primera persecucion general de la Iglesia, y la destruccion de Jerusalen.

2.ª A la caida del imperio romano, la invasion de los bárbaros y la aparicion de Mahoma.

3.ª Finalmente, en el siglo XV, al acercarse el pretendido renacimiento, y cuando se rebelaron Lutero y Calvino.

No hablo del pánico famoso del año 1000, que no ha tenido carácter alguno formal y menos eclesiástico, ni ha estado fundado sobre la enseñanza de ningun Doctor de la Iglesia, y que no fué mas que una impresion popular.

Las tres épocas que acabo de decir han sido los diferentes planos de un mismo y único cuadro. Cada una de ellas ha sido la figura profética y parcial del acontecimiento final de la catástrofe suprema que las profecias divinas parecen desarrollar mas y mas delante de los ojos oscurecidos de la generacion presente. He aquí por qué en estas tres épocas fué lejítimo en la Iglesia el presentimiento del fin del mundo. Jerusalen destruida simbolizaba en el primer siglo la destruccion futura de la Santa Iglesia, ciudad viva de Dios; Neron era la figura del Antecristo, Cesar y Pontífice pagano, haciéndose adorar por todo su imperio, perseguidor de los cristianos en todo el mundo conocido, dueño de la tierra, verdugo de San Pedro y San Pablo, del mismo modo que el Antecristo lo será de los dos grandes enviados de Dios, Enoch y Elias. No de otra manera cuando cayó el imperio romano, Mahoma, enemigo implacable del nombre cristiano, fué otra figura del Antecristo, como los bárbaros fueron el instrumento de Dios para castigar y derrumbar el imperio de los Césares, la Babilonia pagana, ebria de sangre de los mártires.

En fin, en el siglo XV tuvo razon San Vicente Ferrer diciendo al mundo católico: "Despertad y haced penitencia, la tentacion se acerca;" porque poco tiempo despues, el renacimiento del paganismo y la fatal aparicion de los dos grandes rebeldes Lutero y Calvino, comenzaron esta destruccion universal que se llama la Revolucion; prepararon de antemano su venida y su

triunfo, este triunfo desastroso formulado en 89, realizado plenamente, pero de paso, en 93, y desde entonces organizado, y que va tomando cada dia mas posesion de las inteligencias, instituciones, leyes, costumbres y sociedades. Que pase todavia algun tiempo, y la Revolucion dará á luz á su hijo, al hijo de Satanás, adversario del Hijo de Dios, "el hombre del pecado," como dice San Pablo, "el hijo de perdicion, el enemigo que se ensalzará sobre todo lo que se llama Dios ó de lo que recibe un culto." El Antecristo, en efecto, no solamente aplastará el cristianismo, y la verdadera Iglesia; no solamente abolirá el culto del verdadero Dios, el sacrificio católico y el culto del Santísimo Sacramento, sino que se elevará por encima de todos los dioses de las naciones, de sus ídolos de sus ceremonias; y se sentará en el templo de Dios, y se mostrará con él como si fuese Dios (1). El misterio de iniquidad quedará consumado en toda su estension, como lo fué al principio, cuando Jesucristo nuestro Jefe, espiró sobre la Cruz; y Satanás se creerá dueño de todo. Su culto público se es establecerá por todo el universo, por medio de aquellos prestigios y falsos milagros de que habla el Evangelio. Y estos deberán ser muy poderosos, cuando Nuestro Señor, para prevenirnos contra ellos, nos declara que habrá "que seducir á los elegidos mismos" (si esto era posible): ET DABUNT SIGNA MAGNA ET PRODIGIA, ITA UT IN ERROREM INDUCANTUR (*si fieri potest*) ETIAM ELECTI. (S. MATH., XXIV.) Segun todas las probabilidades, y segun el testimonio de los antiguos Padres, Roma infiel, á pesar del Papado que perseguirá como en otro tiempo, Roma será la capital del Antecristo y de su imperio; la Babilonia universal, maldita, mas completamente aún que bajo Neron y los Césares paganos. Suarez, Belarmino, Cornelio de Lapide, aseguran que esta es la tradicion comun de los Santos Padres, y que esta tradicion tiene un orígen apostólico. Uno de los motivos mas sérios que inducen á creer que nos acercamos definitivamente á estos tiempos nefastos, es que nadie crée en ello. En las tres épocas precitadas se *creia*, y en particular se creia en el fin del mundo; esto era una prueba segura de que aun estaba lejos. Hoy dia ya no sucede lo mismo.

Todavía podría añadir muchas otras consideraciones muy sérias; podría citar muchos otros testos de las Sagradas Escrituras; podría hacer ver muchas analogías entre la obra de seis dias de la creacion del mundo material y las seis edades tradicionales que debe durar la Iglesia, que es la creacion espiritual y la obra

---

1 *Homo pecati, filius perditionis, qui adversatur, et extollitur supra omne, quod dicitur Deus, aut quod colitur, ita, ut in templo Dei sedeat, ostendens se tanquam sit Deus* (II ad Tesalon., II 3, 4.)

divina por escelencia. Cada una de estas edades es *mil* años, segun todas las tradiciones hebráicas y cristianas; y solo nos faltan cien años poco mas ó menos, para llegar al fin de la sesta edad, del sesto dia de la Iglesia. Pero todas estas consideraciones nos llevarían demasiado léjos, y, si no me engaño, creo haber dicho lo suficiente para demostrar á un espíritu cristiano y no prevenido, que la situacion presente merece ser tomada por lo sério; y que, segun todas las apariencias, la Iglesia deberá pronto defenderse contra el peligro supremo.

Ante este peligro, acercándonos probablemente á esta prueba sobre humana, preciso es que todos seamos santos, hombres de oracion y de penitencia, enteramente separados de corazon de los bienes perecederos que la Revolucion puede arrebatarnos, usando de este mundo como si no usásemos de él, dirigiendo nuestras miradas hácia la patria celestial, y no viviendo sobre la tierra mas que para la eternidad. Debemos tomar por Reina y Señora de nuestro corazon á la Vírgen Inmaculada, la Eucaristía por nuestro pan de cada dia, al Santo Evangelio por nuestra lectura predilecta. Vivamos todos para Dios, fuertes en medio del torrente desvastador y universal, unidos en todo con un lazo indisoluble al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo; busquemos en la pura luz católica el guía fiel que nos hará atravesar con paso seguro la tinieblas de la Revolucion, conduciéndonos hasta el puerto del descanso.

FIN.

INDICE.

Págs.

¡A LOS PADRES Y MADRES!

LA
ESCUELA SIN DIOS.

POR

EL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO

G. de Segur.

Un padre no puede, en conciencia, mandar á sus hijos á escuela donde no se enseña su religion.

"Para la familia, como para la Iglesia y la sociedad, la escuela cristiana CATOLICA es la salvacion del porvenir; la escuela sin Dios, la escuela sin Crucifijo y sin oraciones, es la ruina y la muerte.

MEXICO.

Imprenta de J. R. Barbedillo y C.ª Escalerillas núm. 21.
1877.

INDICE.

Págs.

¡A LOS PADRES Y MADRES!

LA ESCUELA SIN DIOS.

POR

EL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO

G. de Segur.

Un padre no puede, en conciencia, mandar á sus hijos á escuela donde no se enseña su religion.

«Para la familia, como para la Iglesia y la sociedad, la escuela cristiana CATOLICA es la salvacion del porvenir; la escuela sin Dios, la escuela sin Crucifijo y sin oraciones, es la ruina y la muerte.

MEXICO.

Imprenta de J. R. Barbedillo y Cª Escalerillas núm. 21.

1877.



Este opúsculo es un GRITO de la fé y de la CONCIENCIA, que se dirige á la buena fé de todos; pero particularmente á los padres y madres de familia, de la clase trabajadora.

No se dirige á los impíos, cuyo número, por otra parte, es mucho más corto de lo que se cree. Se dirige á los padres de familia honrados, que han conservado un poco de religion, y que no quieren que sus hijos sean ateos ni libertinos.

Me tomo la libertad de suplicar á todas las gentes de bien que lo crean útil á la buena causa, extiendan el opúsculo, lo repartan, lo mas posible, y lo hagan llegar á las familias de los trabajadores, sea en las ciudades, sea en los campos.

La lucha es inmensa, es general. Es una cuestion de vida ó muerte, tanto para la Reli-

gion como para la Patria. Es menester que todo el mundo tome parte en ella.

Que la Santísima Vírgen, á quien nuestra patria está consagrada, se digne conservarnos la fé y preservar á esta nacion que le es tan querida, de la invasion de los bárbaros (1).

---

(1) Las palabras que el Illmo. autor aplica á la nacion francesa, las podemos mudar aplicándolas nosotros respectivamente á México.

☞ ADVERTENCIA ☜

QUE DEBE LEERSE.

A fin de que no se forme un concepto por otro, en lo que voy á decir, escuchad, lector amigo, una explicacion importantísima.

Con ocasion de la escuela, nos verémos obligados á hablar de la *Revolucion* y de los *Revolucionarios*. Ahora bien, por cada diez padres de familia tomados al acaso, hay unos que no dudan lo que es eso. Las tres cuartas partes de los diarios ensalzan los beneficios de la Revolucion (como que están pagados para esto) y no hablan de ella sino con admiracion; desde luego la mayor parte de los lectores se llaman á sí mismos con satisfaccion, *revolucionarios*. Para ellos ser revolucionarios es querer el bien y la felicidad del pueblo, el bienestar del obrero, el

progreso de la instruccion; es declararse altamente el adversario de los abusos del antiguo régimen, y de todo lo que es contrario á los derechos y á la libertad de todos.

Si esto fuera la revolucion, ¿quién seria el hombre que osara, ó pudiera no ser revolucionario?

"*Pero la revolucion es absolutamente una cosa muy distinta*."—Ved aquí lo que ella es, por más que digan los corifêos de la mala prensa.

En política, la palabra *revolucion*, quiere decir trastorno completo; lo de arriba abajo, piesarriba. Una revolucion, en la sociedad, es un cambio *radical*, que pone abajo lo que estaba arriba, y arriba lo que estaba abajo.

Y bien, para que una sociedad marche en órden, ¿qué es lo que ha de estar arriba, los pies, ó la cabeza?

La cabeza de la sociedad, es decir, el que está encargado de conducir, de dirigir la sociedad, es, ante todo, el Soberano Señor de la sociedad, Dios; mas como Dios no hace esto personalmente y por sí mismo, confia su autoridad á los hombres. Por esto, y solo por esto, esos hombres, depositarios de la autoridad del Soberano Señor de los pueblos, son las legítimas cabezas de estos. Obedecerles es obedecer al

mismo Dios; rebelarse contra ellos, es rebelarse contra Dios.

Pero en toda sociedad organizada, hay dos especies de cabezas legítimas: las cabezas religiosas ó espirituales, y las cabezas temporales ó civiles. Las primeras están encargadas de enseñar la verdad y la justicia *á todos los hombres*, tanto á los que son cabezas temporales, como á los otros: esas son las cabezas de la Iglesia, es el Papa, son los Obispos y los Sacerdotes.

La Revolucion es el trastorno de todo este órden. Es la rebelion de los piés y de los otros miembros contra la cabeza. Es la sociedad que dice á Dios: "Ya no te necesito; ya no quiero tu enseñanza, ni tu direccion religiosa. Ya no quiero ser cristiano. Ya no quiero otro Dios que yo mismo, ni otra ley que mi voluntad, la voluntad nacional." De suerte que la Revolucion, en el fondo, no es más que la gran rebelion de la sociedad contra Dios y su Iglesia; es esa rebelion erigida en principio, en ley fundamental de la sociedad.

La Revolucion se constituye por fuerza, y en todas partes, la enemiga de la Iglesia, substituye la fuerza al derecho; la voluntad del pueblo á la santa y saludable voluntad de Dios. El principio de la Revolucion es lo opuesto al prin-

cipio de la Iglesia, es el estado que ya no cuenta para nada con Dios, y que se coloca en su lugar.

Así es que NO SE PUEDE SER, *en conciencia*, REVOLUCIONARIO CATOLICO.

Todo hombre que, en un grado cualquiera acepta el principio impío de la Revolucion, es un *revolucionario*; que vista levita negra ó *blusa*; que esté arriba ó que esté abajo; que comprenda ó nó, su error. La mayor parte de los que se dicen *revolucionarios*, lo son por ignorancia ó por interés. El número de los verdaderos revolucionarios, que saben lo que quieren, que saben lo que hacen, es mucho más corto de lo que se cree.

Una palabra más. Es necesario no confundir "la Revolucion" de que aquí hablamos, con la revolucion francesa de 1789. La Revolucion es un sistma, un principio social; y la Revolucion francesa es simplemente un hecho histórico, fruto de la Revolucion, aplicacion de los principios revolucionarios.

Bien entendido esto, entremos en materia.

LA ESCUELA SIN DIOS.

I.

ESTADO DE LA CUESTION.

Su extraordinaria importancia.

La cuestion, sobre la que quisiera arrojar aquí un poco de luz para hacerla comprender bien á los padres de familia, se resume en esto:

¿La escuela á donde enviamos á nuestros tiernos hijos á recibir la instruccion elemental, ha de ser cristiana y ayudar así á la Iglesia á formar cristianos, ó bien no ha de ocuparse en manera alguna de la Religion, y dejar ese cuidado exclusivamente al Sacerdote y á los padres de familia?

¿Debe ser cristiana la escuela, ó ha de ser sin religion?—¿Dónde está la solucion del problema?

cipio de la Iglesia, es el estado que ya no cuenta para nada con Dios, y que se coloca en su lugar.

Así es que NO SE PUEDE SER, *en conciencia*, REVOLUCIONARIO CATOLICO.

Todo hombre que, en un grado cualquiera acepta el principio impío de la Revolucion, es un *revolucionario*; que vista levita negra ó *blusa*; que esté arriba ó que esté abajo; que comprenda ó nó, su error. La mayor parte de los que se dicen *revolucionarios*, lo son por ignorancia ó por interés. El número de los verdaderos revolucionarios, que saben lo que quieren, que saben lo que hacen, es mucho más corto de lo que se cree.

Una palabra más. Es necesario no confundir "la Revolucion" de que aquí hablamos, con la revolucion francesa de 1789. La Revolucion es un sistma, un principio social; y la Revolucion francesa es simplemente un hecho histórico, fruto de la Revolucion, aplicacion de los principios revolucionarios.

Bien entendido esto, entremos en materia.

LA ESCUELA SIN DIOS.

I.

ESTADO DE LA CUESTION.

Su extraordinaria importancia.

La cuestion, sobre la que quisiera arrojar aquí un poco de luz para hacerla comprender bien á los padres de familia, se resume en esto:

¿La escuela á donde enviamos á nuestros tiernos hijos á recibir la instruccion elemental, ha de ser cristiana y ayudar así á la Iglesia á formar cristianos, ó bien no ha de ocuparse en manera alguna de la Religion, y dejar ese cuidado exclusivamente al Sacerdote y á los padres de familia?

¿Debe ser cristiana la escuela, ó ha de ser sin religion?—¿Dónde está la solucion del problema?

¿Sois cristiano? ¿Creeis en Dios, en Jesucristo en su Iglesia, ó sois lo que llaman en el dia *un revolucionario*, es decir, un hombre que vive sin religion, fuera de Jesucristo y de su Iglesia, y que tiene por principio que la sociedad ha de ser como él? Ahí está todo; de ahí depende todo.

Si sois cristiano, sin duda quereis que vuestro hijo sea y permanezca cristiano. Desde luego habeis de querer que la escuela á donde envieis á vuestro hijo, os ayude á hacer de él un cristiano. Debeis querer, y quereis, que el maestro ó maestra á quien confiais vuestro hijo, no solo no le quite la fé de su bautismo, sino que coopere, en cuanto le sea posible, á la grande obra de su educacion, la cual, ante todo, debe ser cristiana, puesto que todo cristiano es cristiano ante todo.

Para los padres y madres cristianos, la cuestion de la escuela, tan agitada en el dia, no tiene más que una solucion posible, lógica, racional: "Sí, la escuela en que hacemos educar á nuestro hijo debe ser cristiana; debe ayudarnos á hacer de nuestro hijo un cristiano."

Para incrédulos y revolucionarios, la solucion es del todo opuesta; y responden por la voz de sus diarios, de sus deputados, de sus franc-masones, de sus concejos municipales:

"Nosotros no queremos escuela cristiana; queremos que la escuela en que pongamos á nuestros hijos sea, como nosotros, sin Dios, sin religion."

¿Quién se equivoca, los Cristianos, ó los revolucionarios?

Si los padres cristianos estuvieran en el error, si Jesucristo no fuera el verdadero Dios vivo, á quien toda criatura debe obedecer, si la Iglesia no fuera su Enviada, encargada por él de salvar y de santificar á los hombres, es evidentísimo que los revolucionarios tendrian razon en no querer religion en la escuela ni en ninguna otra parte. Ellos serian lógicos, y nosotros seriamos absurdos, ciegos, estúpidos.

Pero felizmente para nosotros, y desgraciadamente para ellos, los revolucionarios están en el error, de la cabeza á los piés. Sabiendo, ó sin saberlo, de buena ó de mala fé, hacen la guerra al verdadero Dios; desconocen, ó, al ménos, ignoran á Jesucristo y á su Iglesia; atacan lo que debieran bendecir, y aclaman lo que debieran maldecir.

Lo repito, en la gran cuestion de la escuela cristiana ó no cristiana, la solucion depende enteramente del punto de vista en que uno se coloque, de la creencia ó no creencia de los que hablan de ella. Para tener la solucion verdade-

ra, la única verdadera, es necesario, de toda necesidad, remontarnos más arriba y resolver préviamente esta triple pregunta, de la que depende toda la vida:

¿Hay un Dios y una religion verdadera? ¿Jesucristo es Dios? ¿Es la Iglesia Enviada de Jesucristo y depositaria de la verdadera Religion?

Miéntras no hayais resuelto, afirmativa ó negativamente, estas tres preguntas, que no forman más de una, jamás podreis resolver racionalmente la cuestion de la escuela.

Bajo el punto de vista de los revolucionarios, ellos son lógicos; pero su punto de vista precisamente es el falso; se engañan en el punto de partida, que los pierde.

II.

Quiénes son los que han suscitado esta cuestion.

Hay un medio sencillisímo, y, por decirlo así, infalible para juzgar de una cuestion ántes de examinarla en sí misma; y es, considerar de cer-

ca á los que estén en pro, y á los que están en contra. Si de una parte encontrais á los buenos, y de otra á los malos, asegurais vuestro negocio poniéndoos de parte de los buenos, sin temor de engañaros.

Ahora bien, en la gran cuestion que nos ocupa aquí, la cosa es clara como el dia: de una parte las gentes de bien, y de la otra las gentes de mal.

Los que quieren hacer á la NACION el bello presente de la educacion sin religion, de la escuela radicalmente separada de la Iglesia, ¿quiénes son?

De arriba á bajo de la escuela social, desde los más gordos gobernantes hasta les más flacos gobernados, son revolucionarios, es decir, hombres extraviados ó perversos, maniquíes ó malvados, que tienen por principio que la sociedad debe vivir sin religion, sin fé, sin oracion.

Son impíos, incrédulos, sin excepcion. No todos piden con igual celo poner fuera de la ley á Jesucristo y á su Iglesia; pero todos son partidarios del sistema que hace maravillosamente sus negocios.

Son Franc-masones, miembros de la Internacional, sectarios anticristianos de las Sociedades

secretas, en una palabra, todos los conspiradores, grandes y pequeños, ministros ú obreros, ciudadanos ó Comuneros.

Los que quieren desterrar de nuestras escuelas la religion, son todos los de mal vivir, todos los que no tienen religion en ninguna parte, ni en casa, ni fuera de ella. Son todos los periodistas de mala reputacion; son todos los demagogos. Es la multitud, desgraciadamente considerable, de los espíritus *fuertes*, que creen cuanto les anuncian diariamente los papeles revolucionarios, dirigidos, como todos saben, por la nata de esos ambiciosos sin vergüenza, sin conciencia, sin patriotismo, que no tienen más que una aspiracion: llegar al poder, si no están en él; mantenerse en él, si ya lo están; juntar dinero; darse buena vida; todo á expensas de la patria y espepecialísimamente del pobre pueblo que tiene la simpleza de creerlos.

Todas esas gentes piden la exclusion absoluta de la Religion de nuestras escuelas, por el interes, dicen ellos, de la patria, de la sociedad, de la familia; y ya se entiende que por el interés tambien de la Religion misma y del respeto de que la Iglesia y el Sacerdote han de estar rodeados.

¡Quién será tan simplon que los crea.

Si durante el sitio de Paris, hubiera venido el bueno, el dulce Bismarck, á proponer á los sitiados un medio soberano de salvar la ciudad y la Francia, ¿quién le hubiera creido?

Desconfiemos, pues, de lo que nos proponen, diciendo que es para bien de la patria y de la Religion, los Prusianos de dentro, nuestros Bismarck de todos colores. Si nos ponderan, tan acordes entre sí, la supresion de la escuela cristiana, y la inauguracion de su sistima de escuela sin religion, es porque saben muy bien á donde quieren ir, ó mejor dicho, á donde quieren llevarnos.

Así es que, aun antes de todo exámen, ya podemos fallar en favor de las escuelas cristianas, con solo ver á los que no las quieren.

La escuela sin religion es un ideal, luego debemos rechazarla. No hay cosa más lógica.

III.

¿Qué, en la practica, no ocuparse de la Religion en la escuela, es hacer imposible la instruccion religiosa de los niños?

Salgamos de las teorías, y considerémos las cosas en la práctica. Si el sistema de la escuela sin religion llegara á dominar, esto ocasionaria naturalmente la supresion de la instruccion religiosa, y por consiguiente, la pérdida de nuestros pobrecitos niños. ¿Cómo?

Ved ahí á los niños que llegan á la escuela á las *ocho* de la mañana, para salir á las once. Vuelven á ella á la *una* para salir hasta las *cuatro* y aun á veces hasta las *cuatro* y *media* (1). Esto hace seis horas de escuela por dia. Para niños

---

(1) Es digno de compararse estas horas de entrada y de salida en Francia, con las que, en México, son ordinarias de 8 á 12 de la mañana, y de 1 ó 2 á 5, 6 y 7 de la tarde.

aún de 11 y 12 años, no es poca cosa. No se fija bastante la atencion en este hecho. Seis horas de aplicacion de espíritu y de atencion contínua de parte de niños pequeños, que hasta en la escuela y fuera de la escuela, no piensan más que en jugar, en comer, en reir; esto es enorme. Pero no es ésto todo. De la escuela llevan trabajo que hacer á la casa, lecciones que aprender, composiciones que corregir. Pongamos que este trabajo solo los ocupe dos horas; que con las seis de escuela, hacen ocho horas. Ya esto es demasiadamente excesivo.

Yo pregunto á todo hombre de buen sentido: ¿es racional, es posible exigir de la tierna cabeza de un niño, un trabajo intelectual cualquiera, sobre esas ocho horas?

¿Y, de luego á luego, qué sucede con la instruccion religiosa? ¿qué sucede con el estudio, muy arduo para un niño, de la letra del Catecismo? Porque, en fin, el trabajo del Catecismo, el trabajo de la instruccion religiosa, es un trabajo intelectual, si alguna vez lo ha habido. Se necesita para él, tiempo; se necesita para él, aplicacion. Es necesario repasarlo á cada momento, porque el niño olvida tan pronto como aprende.

Nos responden á esto: ¿Pues no tienen el Jueves y el Domingo? Esos dias no hay escuela."

—Es verdad; pero, en primer lugar, el Juéves y el Domingo son dias de descanso, y de descanso necesario. En segundo lugar, esos dias, precisamente, hay el Catecismo, que está destinado, no para aprender la letra del Catecismo, sino para explicarla. Si los niños van al Catecismo sin estar bien preparados por el estudio material de la letra, el Sacerdote pierde su tiempo, y nada puede hacer ya por ellos.

Esta indispensable preparacion debe tomarse á más de las ocho horas consagradas al estudio, á la lectura, á la memoria. Lo repito, fuera de esas ocho horas, ya exhorbitantes, es un absurdo exigir del niño un trabajo de espíritu.

Y despues de esto, decidme: ¿qué idea se formará el niño del estudio de la Religion, el primero de todos, sin contradiccion, cuando lo ve puesto como *á la cola*, y tratado de paso, con los otros estudios de gramática, de aritmética, geografía, etc.? Lo tendrá ódio, lo verá como una turba fiesta, que cercena sus recreaciones,

En fin, cierto es que si los niños no oyen hablar de la Religion más que dos miserables veces por semana, jamás llegarán á conocerla como se debe; y además, se harán muy naturalmente esa falsísima idea de que la Religion es

extraña á su vida de cada dia; y, en la práctica, aprenderán á no echar ménos la Religion.

Bien visto, esto es lo que quieren los enemigos de la escuela cristiana, digan lo que digeren. Mas vosotros, padres y madres de la familia que sois cristianos; vosotros que habeis hecho bautizar á vuestros hijos, que esperais que hagan una buena primera comunion, que no vivan y que no mueran como perros, os lo pregunto: ¿es esto lo que vosotros quereis?

La Iglesia se une á vosotros para proclamar todo lo contrario; y precisamente porque sabe ella que sin la escuela cristiana es imposible á esos niños aprender, como deben, su religion, rechaza con todas sus fuerzas, como vosotros mismos debeis hacerlo, lo que ellos llaman la separacion de la Iglesia y de la escuela, es decir, la escuela sin Religion, la escuela sin crucifijo, sin oracion, sin Dios.

V.

Que Francia es cristiana, y quiere quedar cristiana.

No soy yo quien lo digo, sino ella misma. En el último censo oficial, levantado por agentes á quienes, por cierto, no ahoga la devocion, la cuestion de la religion ha sido propuesta á cada familia, á cada individuo. Pues ved aquí algunas muestras muy significativas de esa estadística religiosa, imparcial, si hay imparcialidad.

En París, la capital de las revoluciones y pronunciamientos, el foco de las sociedades secretas, de la Franc-masonería, de la Internacional: en París, la ciudad de todos los escándalos públicos y privavos, sobre *un millon, ochocientos siete mil quinientos setenta y cinco* habitantes, ¿sabeis cuántos se han declarado libremente católicos? *Un millon, setecientos treinta y dos mil quinientos veintinueve.* Y, por otra parte, ¿sabeis cuántos individuos se han declarado sin religion?

Dos mil quinientos uno; ni uno más. Los demás, es decir, setenta y dos mil quinientos cuarenta y cinco, son luteranos, calvinistas, pietristas, anglicanos, cismáticos, judíos y turcos.

En Marsella, la proporcion ha sido la misma. De 312,864 habitantes, 296,101 se han confesado católicos; 16,544 se han dicho de otros cultos; y solamente 219, se han declarado libres pensadores.

En Ruan ha sido esto más manifiesto. De 120,470 habitantes, se encontraron 100,861 católicos, 1,590 disidentes de todas sectas, y tan solo 19 individuos sin religion.

En Lyon, Tolosa, Burdeos, Nantes, Lila, etc., la proporcion ha sido poco más ó ménos la misma; fuera de imperceptibles excepciones, todo el mundo se ha declarado católico; todo el mundo ha hecho profesion de creer en Jesucristo; y esto, repito, delante de gentes que representaban al Estado, al Estado sin Dios, al Estado sin fé.

¿Qué hay que responder á esos números? ¿No demuestran, claro como la luz, que á pesar de sus locuras y de sus errores, nuestra Francia es cristiana y católica en el alma; que los que la creen perdida para Jerucsisto y la Iglesia, se engañan de medio á medio, y que se la calum-

nia y se la insulta cuando se la trata como nacion sin religion?

La especie de apòstasía oficial que, desde 1789, le ha hecho y le hace tanto mal todavía, no penetra hasta su corazon; es una enfermedad de la piel, ya roja, ya tricolor, que la pone en en peligro, pero que no la hace morir. No la haria morir más que llegando al corazon. Esa ficcion legal, esa apostasía oficial, es lo que se llama la separacion de la Iglesia y del Estado; y sobre ella es sobre la que nuestros radicales del dia quieren constituir, como sobre un fundamento real, su famoso sistema de la separacion de la Iglesia y de la escuela, ó, en otros términos, de la Escuela sin Dios.

Si esa locura criminal llegara á dominar, seria una segunda locura añadida á la primera, un crímen público añadido á otro crímen público. Sería, además, la pérdida inmediata de nuestra Francia; como la separacion del alma y del cuerpo, para él hombre, la señal y causa de la muerte.

Sí, digámoslo en voz muy alta, en el fondo y en su corazon, Francia es todavía hoy lo que siempre ha sido, el gran pueblo cristiano, la gran nacion católica. Si sus gobernantes la dejaran á sus verdaderas inspiraciones, se veria algo de maravilloso en su vida religiosa. La Revolucion

no es la Francia, como quisiera hacerlo creer la demagogia. Ella no es la Francia, como las ruinas, los escombros, el lodo y la sangre que cubren una magnífica tierra, no son esta tierra. La Revolucion es impía, y la Francia es cristiana; la Revolucion blasfema de Jesucristo, y la Francia, la verdadera Francia, le adora.

¿Qué vienen, pues, á proponernos esos cuantos hombres sin fé, sin Dios? ¿Qué vienen á contarnos sus escuelas sin religion? ¿Por quiénes nos toman ellos? ¿Por quién toman á la Francia.

Ya sé que invocan la libertad de cultos, la cual nada tiene que ver aquí, puesto que la causa que defendemos contra ellos, es comun á católicos y protestantes. Los protestantes, á pesar de sus errores, creen, como nosotros, en Jesucristo; y la escuela sin religion, es contra sus principios, no ménos que contra los nuestros. No hablo aquí de los Judíos, porque son tan poco numerosos, que no podríamos hacerlos entrar en cuenta, y tambien porque generalmente son tan ricos que tienen tantas escuelas israelitas cuantas quieren. La cuestion versa únicamente entre los cristianos y los hombres SIN DIOS; por tanto, en Francia, la cuestion está del todo resuelta.

Luego preguntar á los padres y madres de familia: "¿Es necesario que la escuela á que enviais vuestros hijos, sea una escuela cristiana?" es tener anticipadamente seguridad de un SI casi unánime.

Y los que se atreven á responder NO, los que quieren imponer su sistema á la casi unanimidad de sus conciudadanos, esos son unos insensatos y unos perturbadores, que la conciencia pública rechaza con indignacion.

Si en los de arriba el buen sentido patriótico no estuviera oscurecido por las preocupaciones volterianas y por la ambicion personal, esas locuras criminales no podrian producirse impunemente. Son crímenes de lesa-patria.

V.

Por qué lado pecan los raciócinios de los enemigos de la escuela cristiana.

Nuestros demagogos y nuestros ideólogos, parten todos, más ó ménos, de esta idea *archifalsa*, ó que no hay religion verdadera y necesaria, ó que Nuestro Señor Jesucristo no es Dios

hecho hombre como lo afirman á la vez sus palabras y sus milagros; ó, en fin, que la Iglesia y el Sacerdote, ministro de la Iglesia, no están encargados por Dios mismo de enseñar á todos los hombres á practicar la verdadera Religion, la Religion de Jesucristo.

Cuando se les dice esto levantan el grito.

"Nada de eso, dicen; solamente queremos que la Iglesia y la Escuela no se confundan; queremos que la Religion se enseñe en la Iglesia, y que no se haga mencion de ella en la escuela; cada uno en su casa; he ahí lo que queremos."— Sí, sin duda, cada uno en su casa; y nosotros, como vosotros, tampoco queremos confundir la escuela con la Iglesia, el instructor con el Sacerdote. Pero una cosa es la *confusion*, y otra cosa es la *union*. Nosotros queremos que la escuela esté *unida* á la Iglesia.

Y así como por la "*escuela*" entendemos, no la casa donde se da á nuestros hijos la instruccion primaria, sino precisamente esta instruccion misma, así por "*Iglesia*" entendemos, no la iglesia material, la Casa de oracion, sino la Iglesia docente, el Sacerdote que representa á la Iglesia y es el ministro de la Religion.

"¿Cada uno en su casa" nos dicen? Sí, cada uno en su casa; pero hay *alguno* que, en cual-

quiera parte que esté, está en su casa, y que, con justicia, no puede echarse de ninguna parte; este es Dios, es Jesucristo, Dueño y Señor.

En la escuela más que en ninguna otra parte, está *"en su casa."* Efectivamente los niños á quienes el maestro de escuela enseña á leer, á escribir, á contar, etc., ¿esos niños no son de Jesucristo? ¡No son bautizados, no son unos pequeños cristianos? ¿No los ha rescatado Jesucristo en la Cruz con el precio de toda su sangre? ¿No son hijos de la Iglesia? Esto es un hecho, un hecho evidente. ¿Quién se atreverá á negarlo?

Luego Jesucristo, en la escuela, está en su casa. Luego la Iglesia, en la escuela, tiene tambien su lugar, su gran lugar, su principal lugar. La Iglesia está allí, no para enseñar á sus hijos á leer y á escribir, sino para inspirarles la obediencia y el respeto á sus maestros, para formar sus jóvenes espíritus y sus tiernos corazones; para vigilar que la enseñanza que se les dé sea conforme en todos sus puntos, no solamente á la fé propiamente dicha, sino al espíritu cristiano.

He ahí por qué la Iglesia tiene un derecho absoluto, superior, inalienable, sobre la enseñanza y la educacion de la juventud, y, por consiguiente, sobre la escuela donde se dan esta enseñanza y esta educacion.

Que no nos vengan á decir que la Iglesia nada tiene que ver en la escuela, y esto bajo el pretexto de que la "Religion nada tiene que ver con el alfabeto, ni con las cuatro reglas, ni con la gramática, ni con la geografía." No ciertamente; pero en la escuala ella tiene muy bien que ver otras cosas, y cosas de otro modo más importantes que todo eso.

No lo olvideis: lo que hay en el fondo del pensamiento de esas gentes, moderadas en apariencia, que piden la separacion de la Iglesia y de la escuela, es el ódio de la Iglesia, el ódio de Jesucristo, el ódio de Dios y de la Religion. En nada creen, no quieren, para la Francia, ni Religion, ni Sacerdote, ni Dios.

Se imaginan estar simplemente fuera de Jesucristo; pero eso es una quimera, é ignoran lo que el Hijo de Dios tiene formalmente declarado: "*Quien no está conmigo está contra mí.*" Ellos no están con Jesucristo, luego están contra Jesucristo. Pidiendo que la escuela no sea ya de Jesucristo, piden, sabiendo ó sin saberlo, que la escuela sea contra Jesucristo.

Finjan la mano tan suave como quieran, no por eso dejan de ser Gatos, y Gatos de buenas uñas; que, si llegaran á conseguir "la separacion de la escuela y de la Iglesia," ya no tendrian luego

cosa más urgente que pedir á esa fuerza ciega que se llama "el Estado," que la destruccion de la Iglesia, el poner fuera de la ley á los Sacerdotes y todo lo que es cristiano. Testigos los revolucionarios de 1789, que, despues de haber alcanzado la "separacion de la Iglesia y del Estado," llegaron de aquí, en ménos de dos años, á decretar la supresion de la Iglesia por el Estado, y á poner fuera de la ley á los Obispos y Sacerdotes fieles! Testigos tambien nuestros Comuneros de 71, que, despues de haber arrancado los Crucifijos de todas las escuelas, no tuvieron cosa más urgente que hacer sino violar nuestras Iglesias, aprisionar y asesinar nuestros Sacerdotes.

Luego, en el fondo de esa cuestion de la escuela, para quien sepa reflexionar, no hay más que una cuestion de fé, y si los revolucionarios, de cualquira rango que sean, la cortan en un sentido opuesto al nuestro, es sencillamente porque no tienen fé; porque ignoran á Jesucristo, ó porque le aborrecen.

¡Padres y Madres de familia: ved, pues, la inmensa importancia de esta cuestion, tanto para el presente como para el porvenir.

VI.

Por qué y cómo la Religion es el alma de la educacion de los niños y por consiguiente de la escuela.

Porque ella les enseña lo que es de la mayor importancia para su felicidad en este mundo y en el otro.

Porque les enseña, y esto infaliblemente de parte de Dios, á creer lo que es verdadero, á amar lo que es bueno, á admirar lo que es puro; á respetar y amar la autoridad de sus padres; á ser buenos y castos; á conservar buenas costumbres; á ser laboriosos, fieles, concienzudos, á satisfaser primeramente el deber que el placer; á evitar todo lo que pueda corromper ya el espíritu, ya el corazon.

La Religion hace todo esto en donde quiera que se la deja obrar; y sola ella tiene el poder de operar este bien y de apartar ese mal. ¿Qué es en efecto la moral sin Religion? Una teoría enfadosa, grandes palabras, y á lo más una hon-

rudeza exterior que apenas basta para no ser ahorcado.

"Sin la Relegion, decia en otro tiempo Napoleon I, hombre poco devoto, como todo el mundo sabe; pero de buen sentido y de ingenio: sin la Religion, los hombres se degollarian por la mujer más bella, ó por la pera más grande.

Sin la Religion no hay fé ni moral: sin la fé y sin la moral, no hay educacion.

Educar un niño, ¿qué otra cosa es, si no formar su espíritu, dándole la verdad y la buena doctrina, y formar en él su corazon, haciéndole primero conocer el bien, y depues amarlo y practicarlo? Ahora bien, la primera y la más importante de todas las verdades, ¿no es evidentemente la verdad religiosa que nos enseña lo que somos, por qué existimos, á dónde vamos? que nos enseña la ley de las leyes, la ley divina, que nos hace conocer lo que debemos hacer y lo que debemos evitar para ir al cielo y para no ir al infierno? ¿En comparacion de esta ciencia, decidme, qué son esas otras ciencias, de que se hace en el dia de hoy tanto alarde? Del mismo modo el primero, el más importante de todos los bienes, ¿no es el bien moral, es decir, la pureza del corazon y de la conciencia? Esta verdad, este bien, se extiende á todo, como la luz y el ca-

lor del sol que lo alumbra y fecundiza todo sobre la tierra.

Nosotros somos cristianos; nuestros hijos están bautizados, son cristianos; para ellos no hay educacion séria sin la bienhechora intervencion de la Religion, y por consiguiente, de la Iglesia; y en consecuencia, del Sacerdote. Siendo la Iglesia, con la familia, el santuario de la educacion, quererle excluir de ella la Religion y la Iglesia, es querer excluir de ella á Dios; es querer excluir de ella la educacion. Ahí está, por otra parte, la experiencia que lo prueba todos los dias, en todo lugar: las escuelas sin Dios son, más ó ménos, unos focos de corrupcion, de inmoralidad más ó ménos encubierta, pero que fermenta; donde es casi imposible que un niño conserve su inocencia; donde solo el temor mantiene alguna apariencia de órden; donde el niño aprende á detestar la autoridad del maestro; donde la patria no ve más que un semillero de comuneros sin fé y sin ley.

Lo repito: sin la Religion no hay educacion. Luego la escuela debe ser cristiana, y cristiana ante todo. Exigir ésto es un deber de conciencia para los padres y madres de familia, no ménos que para el Sacerdote. Va de por medio la salvacion de los niños.

rudeza exterior que apenas basta para no ser ahorcado.

"Sin la Relegion, decia en otro tiempo Napoleon I, hombre poco devoto, como todo el mundo sabe; pero de buen sentido y de ingenio: sin la Religion, los hombres se degollarian por la mujer más bella, ó por la pera más grande.

Sin la Religion no hay fé ni moral: sin la fé y sin la moral, no hay educacion.

Educar un niño, ¿qué otra cosa es, si no formar su espíritu, dándole la verdad y la buena doctrina, y formar en él su corazon, haciéndole primero conocer el bien, y depues amarlo y practicarlo? Ahora bien, la primera y la más importante de todas las verdades, ¿no es evidentemente la verdad religiosa que nos enseña lo que somos, por qué existimos, á dónde vamos? que nos enseña la ley de las leyes, la ley divina, que nos hace conocer lo que debemos hacer y lo que debemos evitar para ir al cielo y para no ir al infierno? ¿En comparacion de esta ciencia, decidme, qué son esas otras ciencias, de que se hace en el dia de hoy tanto alarde? Del mismo modo el primero, el más importante de todos los bienes, ¿no es el bien moral, es decir, la pureza del corazon y de la conciencia? Esta verdad, este bien, se extiende á todo, como la luz y el ca-

lor del sol que lo alumbra y fecundiza todo sobre la tierra.

Nosotros somos cristianos; nuestros hijos están bautizados, son cristianos; para ellos no hay educacion séria sin la bienhechora intervencion de la Religion, y por consiguiente, de la Iglesia; y en consecuencia, del Sacerdote. Siendo la Iglesia, con la familia, el santuario de la educacion, quererle excluir de ella la Religion y la Iglesia, es querer excluir de ella á Dios; es querer excluir de ella la educacion. Ahí está, por otra parte, la experiencia que lo prueba todos los dias, en todo lugar: las escuelas sin Dios son, más ó ménos, unos focos de corrupcion, de inmoralidad más ó ménos encubierta, pero que fermenta; donde es casi imposible que un niño conserve su inocencia; donde solo el temor mantiene alguna apariencia de órden; donde el niño aprende á detestar la autoridad del maestro; donde la patria no ve más que un semillero de comuneros sin fé y sin ley.

Lo repito: sin la Religion no hay educacion. Luego la escuela debe ser cristiana, y cristiana ante todo. Exigir ésto es un deber de conciencia para los padres y madres de familia, no ménos que para el Sacerdote. Va de por medio la salvacion de los niños.

VII.

Por qué la enseñanza clásica ės inseparable de la educacion religiosa.

Porque el espíritu es inseparable del corazon. No amamos sino lo que conocemos, sino lo que vemos que es bello, noble, bueno, digno de estimacion y de amor. El corazon sigue á la cabeza. Y verdaderamente la enseñanza es quien forma á la cabeza, es decir, es la que hace conocer al espíritu todo lo que le es útil saber. De ahí la inmensa importancia de no dar jamás otra cosa de alimento al espíritu del niño, más que la verdad. El error corrompe al espíritu, como el vicio corrompe al corazon.

"Pero, dicen, cuando un maestro de escuela enseña el Alfabeto y la Gramática, la Aritmética y otros ramos de su programa, casi nunca puede engañarse; y aun cuando se engañase respecto de algunos pormenores, ¿qué mal podria

esto causar en el espíritu de sus discípulos? Parece que nada tiene que hacer la Religion en esto."—Está bien; pero, como ya lo dijimos ántes, no es esto de lo que se preocupa la Iglesia. De lo que ella se preocupa en la enseñanza que se da en la escuela, es desde luego, de que, con ocasion de ciertos ramos de esta enseñanza, tal como la historia y algunos otros elementos de ciencia natural, no vaya á dar el maestro á los niños nociones falsas y peligrosas, bajo el punto de vista religioso. De lo que ella se preocupa, es de que los libros, sobre todo los libros de historia, no sean verídicos, ortodoxos, y de que contengan, como tan frecuentemente sucede, calumnias contra el Clero y la Religion.

Al enseñar la historia de Francia, por ejemplo, cuántas falsedades detestables contra los Papas, contra los Sacerdotes, contra los Ordenes religiosos, contra la influencia de la Iglesia, no hace entrar todos los dias en el espíritu de sus pobrecitos discípulos, un maestro irreligioso ó simplemente ignorante, de los que, desgraciadamente, hay más de uno? Y esas falsedades, esas mentiras frecuentemente dejan huellas que no se borran jamás!

De cien niños que, desde su salida de la escuela, se burlan de Dios, que causan la desola-

cion de sus padres, que se abandonan al mal, se puede decir con seguridad, que los noventa de llos han bebido el gérmen de esas rebeliones, en las malas ideas que se les han dado en la escuela, no ménos que en las malas costumbres que pululan en las malas escuelas.

Si quereis que vuestro hijo viva y crezca en el bien, hacedlo desde luego vivir y crecer en la verdad; y la verdad es, ante todo, la verdad cristiana, el conocimiento de Dios y de su ley.

"Pero, dicen tambien, esa verdad, es el Sacerdote quien debe darla á los niños, y no el maestro de escuela ni los padres."—Decís muy bien: el Sacerdote, efectivamente, y solo él es el oficialmente encargado por la Iglesia para enseñar la Religion á los niños de su parroquia; pero los padres y los maestros tienen por *obligacion*, el ayudarle por todos los medios posibles en esta laboriosa enseñanza. Todo ha de contribuir á esta, tanto en el interior de la familia, como en el interior de la escuela.

Los niños, y especialmente los niños del pueblo, son atolondrados, poco dados al estudio; lo que quiere uno que sepan, es necesario hacérselo entrar en su inteligencia y su memoria, por todos los poros, á todo propósito. Si quereis hacer un cristiano de ese tontito de 8 ó 10 años,

es preciso que pongais en sus ojos, en sus orejas, en su lengua y en su memoria, todo cuanto pueda ayudarle á acordarse de las verdades, siempre un poco abstractas, que hacen el fondo de la Religion cristiana. En lugar de enseñarle á leer en yo no se qué libros insignificantes, enseñarle á leer en el Catecismo, en el Evangelio, en un resúmen elemental, como hay tantos, de la moral cristiana. Y aun con este socorro de todos los momentos, la Iglesia tendrá todavia trabajo en hacer penetrar bien á fondo las ideas vivificantes de la fe en esa pequeña inteligencia: ¿pues qué sucederá si la enseñanza de la escuela queda completamente fuera del pensamiento religioso, el cual es el único, y no nos cansaremos de repetirlo, es el único que tiene poder de hacer cristianos, es decir, verdaderos hombres de bien, hombres de conciencia, de corazon, de deber.

El maestro de escuela debe cooperar necesariamente, con todas sus fuerzas, á la grande obra de la educacion confiada por Dios mismo á sus Sacerdotes. La enseñanza de la escuela debe seguir, ayudar, recordar la enseñanza del Catecismo. Sin esto, no hay educacion sólida; ó, en otros términos, no hay cristianos, no hay verdaderos hombres de bien para el porvenir.

Todo esto es incontestable. El abatimiento

desolador de la Francia actual, viene sobre todo, del olvido de la ley de Dios; y esto olvido tiene, en gran parte, su orígen en la enseñanza indiferente é irriligiosa de nuestras escuelas primarias abajo y de nuestros Colegios arriba.

Luego la enseñanza de la escuela debe ser cristiana, como debe ser cristiana la educacion.

En este gran trabajo de formacion, el espíritu del niño no debe separarse de su corazon.

VIII.

Testimonio no sospechoso de un viejo rey de Prusia que en nada creia.

Los enemigos de la fé de nuestros hijos se hallan aquí un adversario en quien ménos lo esperaban. Es el famoso rey de Prusia, Federico el Grande, el íntimo amigo de Voltaire, más incrédulo, si puede serse más, y más axagerado que Voltaire. Este creia un poco en Dios y en el alma, en el bien y en el mal; pero, Federico, en

nada creia él, y en su intimidad no le ocultaba sus sentimientos.

Pues bien, he aquí lo que el gran buen sentido social y político de aquel malvado de genio, le hizo proclamar é imponer á todos sus súbditos, en un reglamento general promulgado en Berlin el 12 de Agosto de 1763, en el pleno reinado del Volterianismo.

"Federico, rey de Prusia, etc.

"Desde el establecimiento de la paz, el verdadero bienestar de nuestros pueblos preocupa todos nuestros momentos (absolutamente como diria hoy el piadoso Bismarck), y como creemos útil y necerario poner el fundamento de ese bienestar, constituyendo una instruccion racional, tanto como *cristiana*, para dar á la juventud, *con el temor de Dios*, los conocimiento útiles:

"Art. I. Los niños de 5 á 13 ó 14 años, no podrán dejar la escuela *ántes de estar instruidos en los principios esenciales del Cristianismo*, y de saber leer y escribir bien (1).

---

(1) Nótese cómo tiene él cuidado de poner aquí la instruccion religiosa en primer lugar. Esto, de parte de un hombre semejante, es muy significativo.

"Art. II. Los maestros á quienes la necesidad del trabajo obligue á ocupar algunos niños, serán sériamente advertidos de hacerlo de manera que esos niños no se separen de las escuelas ántes de saber leer bien, *ni ántes de poseer las nociones fundamentales del Cristianismo*,.... hechos que deben hacerse constar por certificados *del pastor* (1) y del maestro de escuela.

"Art. XII. Como los buenos maestros son los que hacen que las escuelas sean buenas, un maestro de escuela debe estar en condiciones tales, *que toda su conducta sea un ejemplo y que no destruya con sus obras lo que edifica con sus palabras*. Los maestros, mas que cualesquera otros, deben estar animados *de una sólida piedad*, y ante todo, *poseer el verdadero conocimiento de Dios y de Cristo*.

"Art. XXIV. *En todo lo que concierne á la escuela, el maestro debe apoyarse en los consejos y en los avisos de su pastor*.

"Art. XXV. Es nuestra expresa voluntad que, en ciudades y pueblos, visiten los pastores

(2) No habla aquí sino del pastor luterano, porque en esa época toda la Prusia era luterena. El pastor es aquí ministro de la Religion.

las escuelas establecidas en su jurisdiccion, dos veces por semana, ya por la mañana ó ya por la tarde, é interroguen ellos mismos á los alumnos."

No es un Cura, ni un Obispo, ni el Papa, quien ha dado este decreto; es, lo repetimos en voz alta, un libre-pensador de primer órden, cuyos principios religiosos eran absolutamente los mismos que los de nuestros revolucionarios modernos más avanzados.

Era el buen sentido quien le arrancaba esas confesiones; era el instinto de la conservacion de la sociedad, de la familia y del órden público.

Los enemigos de la escuela cristiana pretenden que la superioridad de la Prusia viene de sus escuelas, y de su sistema de instruccion obligatoria. Que sean, siquira una vez, lógicos consigomismos, y no traten de ponernos el contraprincipio de lo que nos cacarean.

En Prusia, las prescripciones de Federico el grande han hecho ley *hasta* 1872; la instruccion cristiana y el respeto práctico de la religion se consideraban, y con razon, como el alma de la educacion en las escuelas. Si los Prusianos tienen algo de bueno, allí lo han tomado.

Bismarck parece disponerse á ca tombiardo esto: prohibe hablar de religion en las escuelas;

prohibe que los niños se arrodillen, junten las manos para orar, etc. Tanto peor para Prusia.

En el fondo, Bismaak y nuestros revolucionarios son de la misma escuela, y ved ahí, por qué esperamos que la Francia no querrá ser ni su juguete ni su víctima.

IX

Lo que ha de entenderse por la escuela LAICA.

Laico, laica, no quiere decir *sin religion,* Un laico es simplemente un hombre que no es eclesiástico. Todos los cristianos son laicos, todas las cristianas son laicas. Vosotros mismos, padres y madres, que leís estas páginas y que os preocupais con tan justo motivo, del porvenir religioso de vuestros hijos, vosotros sois laicos. Tan solo están elevados sobre el estado laico aquellos que tienen el honor y la dicha de consagrarse á Dios en el estado Eclesiástico ó enle estado Religioso.

Nuestros enemigos, que no son muy fuertes en materias de cosas religiosas, confunden ordinariamente esta nocion tan sencilla, y por laico entienden ellos lo que es, si no enemigo del Sacerdote y de la Religion, al ménos lo que es indiferente á la Religion y al Sacerdote. Para ellos la escuela *laica* es la escuela sin Religion, la escuela no cristiana.

Es porque detestan á la Religion, á la Iglesia, al Sacerdote, por lo que aclaman y reclaman la escuela laica. Si ellos entienden muy bien lo que quieren, nada entienden de lo que dicen.

¡Escuelas laicas! Pues nosotros tambien las queremos y las sostenemos; solamente hay, que nosotros pedimos que, ante todo, esas escuelas laicas sean cristianas. No basta, para nosotros, que ellas hagan la guerra al Catecismo y á Jesucristo; queremos además, y tenemos el derecho y el deber de exigirlo; queremos, como deciamos poco há, que esas escuelas sean los auxilios del Catecismo, y que el maestro y la maestra trabajen en ellas de acuerdo con el Sacerdote y con los padres de familia, en formar á nuestros pequeños cristianos en el cervicio y en el amor de Jesucristo.

Los maestros y las maestras laicos que predican los enemigos de la escuela cristiana, son,

sabedlo bien, maestros y maestras sin Religion. Desde el momento que un maestro de escuela cumple, en la escuela y fuera de la escuela, con el primero de todos sus deberes, que es el de servir á Jesucristo, inmediatamente y por mas laico que sea, se le nota como *clerical*, y muy frecuentemente ya no puede esperar más que la malevolencia, y aún, algunas veces, verdaderas persecuciones. Por el contrario, el maestro que es laico en el sentido en que lo entienden los enemigos de la fé está seguro de una proteccion, que llega á veces hasta el escándalo, hasta la tolerancia más indigna.

Que nuestros hijos sean educados cristianamente; he ahí todo lo que queremos. Si ordinariamente nuestros Curas prefieren Hermanos ó Hermanas (de Congregaciones Religiosas) á maestros y maestras laicos, es porque gracias á la indiferiencia religiosa, por no decir á la irreligion que domina en casi todas las escuelas normales donde se forman los maestros y las maestras del Estado, sucede que rarísimas veces son lo que deben ser para cumplir digmamente su grande y santa mision.

¿Quién puede llevar á mal que un buen Sacerdote no quiera dejar unos tiernecitos niños, cuyas almas se le han confiado, en manos de un

maestro ó de una maestra sin religion? Lo contrario, sí seria estraño. No es por él, sino por la fé y la salvacion de sus ovejas, por lo que el Cura reclama la escuela cristiana. Poco importa que sea atendida por un laico, por un Hermano ó una Hermana, con tal que todo se haga en ella conforme á la voluntad de Dios; con tal que el ministro de Dios encuentre en ella el apoyo á que tiene derecho para educar cristianamente á ese pequeño pueblo que ama.

X.

Por qué motivos rechaza la Iglesia lo que llaman ellos la escuela OBLIGATORIA y GRATUITA.

Nuestros libres-pensadores, enemigos de la Iglesia y de la patria, tienen una *tírria* que sale á toda propósito como una especie de *ritornello*: "La escuela LAICA, OBLIGATORIA y GRATUITA.

sabedlo bien, maestros y maestras sin Religion. Desde el momento que un maestro de escuela cumple, en la escuela y fuera de la escuela, con el primero de todos sus deberes, que es el de servir á Jesucristo, inmediatamente y por mas laico que sea, se le nota como *clerical*, y muy frecuentemente ya no puede esperar más que la malevolencia, y aún, algunas veces, verdaderas persecuciones. Por el contrario, el maestro que es laico en el sentido en que lo entienden los enemigos de la fé está seguro de una proteccion, que llega á veces hasta el escándalo, hasta la tolerancia más indigna.

Que nuestros hijos sean educados cristianamente; he ahí todo lo que queremos. Si ordinariamente nuestros Curas prefieren Hermanos ó Hermanas (de Congregaciones Religiosas) á maestros y maestras laicos, es porque gracias á la indiferiencia religiosa, por no decir á la irreligion que domina en casi todas las escuelas normales donde se forman los maestros y las maestras del Estado, sucede que rarísimas veces son lo que deben ser para cumplir digmamente su grande y santa mision.

¿Quién puede llevar á mal que un buen Sacerdote no quiera dejar unos tiernecitos niños, cuyas almas se le han confiado, en manos de un

maestro ó de una maestra sin religion? Lo contrario, sí seria estraño. No es por él, sino por la fé y la salvacion de sus ovejas, por lo que el Cura reclama la escuela cristiana. Poco importa que sea atendida por un laico, por un Hermano ó una Hermana, con tal que todo se haga en ella conforme á la voluntad de Dios; con tal que el ministro de Dios encuentre en ella el apoyo á que tiene derecho para educar cristianamente á ese pequeño pueblo que ama.

X.

Por qué motivos rechaza la Iglesia lo que llaman ellos la escuela OBLIGATORIA y GRATUITA.

Nuestros libres-pensadores, enemigos de la Iglesia y de la patria, tienen una *tirria* que sale á toda propósito como una especie de *ritornello*: "La escuela LAICA, OBLIGATORIA y GRATUITA.

Todo el veneno está en la palabar LAICA, ó por mejor decir, en la idea impía que ocultan ellos bajo esa palabra, tan inofensiva en sí misma; y únicamente, tened esto bien entendido, porque la escuela laica que quieren imponer á la Francia, es la escuela sin Dios, la escuela sin Jesucristo y sin Religion; es por lo que quieren hacerla obligatoria y gratuita. Es una verdadera conspiracion contra la fé de nuestra Francia.

"Primero, dicen, eduquemos la juventud fuera de la Iglesia; es decir, contra la Iglesia; despues obliguémos á los padres á que la envien á nuestras escuelas sin Dios, para que nada se nos escape; y luego, por fin, quitémosles todo pretexto de reclamar haciendo pagar todas esas escuelas por el Estado, sin pedir nada ni á los padres ni á los hijos. Con este sistema, la Francia será nuestra dentro de quince ó veinte años." Este plan es tan abominable como bien combinado. Es abominable, porque es la guerra á Dios y á las almas. está sábiamente combinado, porque si sus "*escuelas laicas*" llegaran á dominar y hacerse obligatorias para todos, alcanzarian infaliblemente el resultado impío que se prometen; la Francia perderia la fe.

Por eso rechazemos nosotros, con toda la energía de esa misma fé, la escuela revolucionaria, *laica, obligatoria, gratuita.*

Si la escuela fuera cristiana, como debe serlo y como lo será siempre, así lo esperamos, si la escuela fuera cristiana, lejos de llevar á mal que fuera obligatoria, la Iglesia seria la primera en aprobar un sistema que pondria á todos sus hijos en la feliz obligacion de ser tan instruidos y tan bien educados como fuera posible. Pero lo que ella no quiere, á ningun precio, es que los padres cristianos (es decir, 99 de cada 100, 999 de cada 1,000) sean obligados á enviar á sus hijos á unas escuelas en donde todo los apatraria de la Religion, como lo hemos demostrado más arriba.

En esto, como siempre, los revolucionarios con su palabrería de *libertad, progreso de las luces*, etc., son unos tiranos y unos verdaderos déspotas. Pisotean la primera y la más legítima de todas nuestras libertades, la libertad religiosa. Porque ellos no creen, quieren *obligar* á los demás á no creer; y lo que nos quieren inculcar, de grado por fuerza, no es ni la ciencia ni la instruccion, sino sencillamente sus doctrinas impías.

Yo os pregunto, ¿tenemos razon nosotros, nosotros los cristianos, de no querer su instruccion obligatoria? No queremos su intruccion, porque es falsa y perversa; y no queremos que se obligue á nuestros hijos á recibirla, primero, por-

que no somos esclavos nosotros, ni ellos tampoco; y, segundo, porque no queremos que se nos obligue á hacerlos emponzoñar.

En cuanto á la escuela *gratuita* de esos caballeros, todavia hay aquí una iniquidad digna de ellos. Esas famosas escuelas sin Religion, todo podrán ser, ménos gratuitas, supuesto que el Estado las ha de pagar y las pagará bien. Ahora, decidme, ¿quién llena las arcas del Estado? Son los cristianos; y la minoría de los contribuyentes que se declaran no cristianos, es tan insignificante, que puede contarse por nula. De suerte que, (¡qué buenos apóstoles sois!) con vuestra apariencia de generosidad, de desinterés, de amor al pueblo, no quereis hacer más que obligarnos á que nosotros mismos paguémos la ruina moral de nuestros hijos! Quereis obligar á la Francia católica á matarse con sus propias manos, á despojarse por sí misma del manto real de su fé. ¡Vaya, pues! Eso es la mayor desvergüenza!......

No, no queremos ni *vuestra* instruccion laica, ni *vuestra* instruccion obligatoria, ni *vuestsa* instruccion llamada gratuita. Como cristianos, queremos ser libres para hacer educar cristianamente á nuestros hijos; y si venís diciéndonos todavía que no rechazamos vuestras ideas sino

porque queremos mantener al pueblo en la ignorancia, os responderémos, con la franqueza de la indignacion, que sois unos embrolladores y y mentirosos. Vosotros sí sois los hijos de las tinieblas; nosotros, discípulos de la verdad y del Evangelio, somos *los hijos de la luz* y lo que todavía es más, somos, como lo ha proclamado el Hijo de Dios, nosotros somos *la luz del mundo.*

XI.

Cómo todos los impíos, los Comuneros, los hombres de mal vivir, son simpaticos á la escuela sin religion.

Este es un hecho evidente que no necesita de pruebas. Todos los revolucionarios, es decir, todos los rebeldes á Jesucristo y á su Iglesia, son simpáticos á la escuela sin Religion. Desde la cumbre de la escala social, desde los gobernantes Volterianos, hasta el último blasfemadorcillo de taberna, todos reclaman, como un derecho, lo que llaman ya escuela *laica*, ya escuela *libre*, ya

escuela *nacional*. En el fondo todo esto significa *escuela sin Dios*; enseñanza y educacion, no solamente indiferentes, sino hostiles á la Religion.

¿Y por qué hacen ellos esa triste capaña? Es porque impulsados por el demonio, en quien no creen ya, quieren aniquilar el reino de Nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra. Y como Jesucristo no reina en el mundo, sino por medio de su Iglesia, del Papa, su Vicario, de los Obispos y Sacerdotes, sus ministros; como las Congregaciones religiosas son los auxiliares más preciosos de la Iglesia para la educacion de la juventud, se ligan todos juntos para destruir el Papado temporal y espiritual, para aniquilar por todos los medios la influencia sagrada de nuestros Obispos, de nuestros Sacerdotes y de nuestros Ordenes religiosos.

Esta cuestion de la escuela, que en boca de ellos parece no ser más que una cuestion nacional, es en realidad una cuestion religiosa. Como lo deciamos al comenzar, todo se reduce á saber si la escuela debe hacer de nuestros pequeños hijos unos cristianos ó unos libres-pensadores; hombres de fé ú hombres sin fé; católicos ó revolucionarios. Los predicadores de la escuela sin Dios, se cuidan muy poco del maestro de escuela; su atencin la tienen fija en el Cura. La

escuela no les importa sino bajo el punto de vista de la Iglesia, y de todo cuanto se dice ó se hace en la Iglesia. Si pudiérais vosotros leer entre sus líneas filantrópicas y endulzadas, cuando escriben con tanta moderacion sobre los intereses de la juventud, sobre el porvenir del pueblo, sobre el amor de la ciencia, etc., ved aquí lo que leeriais en carectéres trazados, no por la mano de Dios, sino por la mano misma de Satanás: "¡Nada de Religion, ni de misa, ni de Sacramentos, ni de Catecismo. Nada de Sacerdotes, ni de Religiosos, ni de culto, ni de Iglesia. Nada de Cristo, nada de fé, nada de Dios!" Ved ahí el fondo de esa lucha que estamos presenciando. ¿Dejaremos al enemigo de Dios y de los hombres llevar á cabo sus planes infernales?

Ese es el plan de la Revolucion que quiere descristianizar á la Francia, á la Europa, al mundo, y que para llegar á sus fines, se sirve de todo; de las leyes, de los gobiernos, de la política, de la prensa, de la corrupcion de las costumbres, y, repitámoslo muy alto, de la instruccion pública y de la escuela, en donde su tarea es más fácil, á causa de la mayor facilidad que allí tiene de seducir el espíritu de los niños,

Si dejamos obrar á la Revolucion, en ménos

de medio siglo nuestra pobre Francia estará perdida, deshonrada, sin remedio.

XII.

Calumnias groseras que se esparcen contra los Hermanos y las Hermanas, con respecto á la instruccion.

El *Coco* de los adversarios de la escuela cristiana, ¿será preciso decirlo? son desde luego los Hermanos y las Hermanas que se dedican á la educacion cristiana de la juventud. Nuestros revolucionarios los detestan todavia más, si puede ser, que á los Sacerdotes.

Tienen mucha razon: los Hermanos y las Hermanas son los enemigos-natos de la escuela sin Religion, de la escuela revolucionaria; como la verdad es enemiga-nata de la mentira; la caridad enemiga-nata de la malicia. ¿Qué no dicen para hacer creer á los ignorantes que el bien es

el mal, que los Hermanos y las Hermanas son los enemigos del pueblo, y que los padres de familia no deben confiarles sus hijos?

¡Mienten! He ahí su arma, la única de que pueden servirse: mienten con la esperanza de poder matar!

Dicen, con un descaro que engaña á la mayor parte, que los Hermanos y las Hermanas son ignorantes; que en sus escuelas nada aprenderán los niños; que al contrario, los maestros y las maestras *laicos*, es decir, sin Religion, no lo olvidemos, ellos solos poseen la "*ciencia*" que se necesita para formar "*ciudadanos*." Esta calumnia sale á cada paso.

Desgraciadamente para ellos, ahí están los hechos, que los convencen en toda línea, de impostura y de mentira. Cada año hay en todas nuestras grandes ciudades concursos públicos, ya para los diplomas ó certificados de estudios, ya para ciertas recompensas concedidas por los departamentos ó las municipalidades, hasta por los franc-masones; y estos concursos son presididos por gentes de la Universidad, casi siempre enemigas de las Congregaciones enseñantes.

Ahora bien, notad esto con atencion: el resultado de esos concursos, publicado cada año, es, casi sin excepcion, favorable, y más que favora-

de medio siglo nuestra pobre Francia estará perdida, deshonrada, sin remedio.

XII.

Calumnias groseras que se esparcen contra los Hermanos y las Hermanas, con respecto á la instruccion.

El *Coco* de los adversarios de la escuela cristiana, ¿será preciso decirlo? son desde luego los Hermanos y las Hermanas que se dedican á la educacion cristiana de la juventud. Nuestros revolucionarios los detestan todavia más, si puede ser, que á los Sacerdotes.

Tienen mucha razon: los Hermanos y las Hermanas son los enemigos-natos de la escuela sin Religion, de la escuela revolucionaria; como la verdad es enemiga-nata de la mentira; la caridad enemiga-nata de la malicia. ¿Qué no dicen para hacer creer á los ignorantes que el bien es

el mal, que los Hermanos y las Hermanas son los enemigos del pueblo, y que los padres de familia no deben confiarles sus hijos?

¡Mienten! He ahí su arma, la única de que pueden servirse: mienten con la esperanza de poder matar!

Dicen, con un descaro que engaña á la mayor parte, que los Hermanos y las Hermanas son ignorantes; que en sus escuelas nada aprenderán los niños; que al contrario, los maestros y las maestras *laicos*, es decir, sin Religion, no lo olvidemos, ellos solos poseen la "*ciencia*" que se necesita para formar "*ciudadanos*." Esta calumnia sale á cada paso.

Desgraciadamente para ellos, ahí están los hechos, que los convencen en toda línea, de impostura y de mentira. Cada año hay en todas nuestras grandes ciudades concursos públicos, ya para los diplomas ó certificados de estudios, ya para ciertas recompensas concedidas por los departamentos ó las municipalidades, hasta por los franc-masones; y estos concursos son presididos por gentes de la Universidad, casi siempre enemigas de las Congregaciones enseñantes.

Ahora bien, notad esto con atencion: el resultado de esos concursos, publicado cada año, es, casi sin excepcion, favorable, y más que favora-

ble á las escuelas de los Hermanos y las de Hermanas. Algunas veces el éxito es tal, que difícilmente se creería, si no fuese la Universidad misma quien lo publica. Ciertamente que no hay exageracion en decir que existe una proporcion de quince á veinte, y, en muchos casos, de siete á diez.

Los dias 9 y 15 de Julio del año pasado (1872) hubo un concurso general entre todas las escuelas comunales laicas y Congregacionistas de la ciudad de París. De 205 *alumnos* presentados por las escuelas laicas, 57 se declararon *admisibles* para las escuelas superiores; de 169 alumnos presentados por las escuelas de los Hermanos, se declararon *admisibles* 143 para esas mismas escuelas. De parte de las escuelas laicas 148 eliminados; de parte de los Hermanos 26 solamente. ¿Es esto claro?

En ese mismo año de 1872, la escuela de los Hermanos, de Valencia, obtuvo, como los años precedentes, un éxito más significativo todavía: de 5 alumnos presentados por los Hermanos para la Escuela de Artes y Oficios, *todos los cinco fueron recibidos*, con los números 1, 2, 3, 4 y 6.

Esto está sucediendo hace veinte y treinta años; por más que hacen la Universidad y los Ministros de Instruccion pública, por más que

favorecen desvergonzadamente sus escuelas laicas, por más que ponen trabas y hacen intrigas á los pobres Hermonos, nada consiguen: los Hermanos llevan la ventaja en toda línea, siempre y en todas partes. Yo recuerdo un gran concurso en el Palacio Municipal de la ciudad de París, hace algunos años, en el cual los doce primeros nombres fueron tomados como por asalto por los alumnos de los Hermanos; hasta el quincuagésimo, apenas habia 7 ú 8 alumnos de las escuelas laicas.

En Burges, en uno de los últimos concursos, los dias 29 y 30 de Julio, de 18 niñas aspirantes al Título elemental, solamente fueron admitidas 10; y de estas 10, *nueve eran alumnas de las Hermanas.* Solo una alumna de las Hermanas quedó eliminada, en contraposicion de la *única* alumna presentada por las escuelas laicass, que fué admitida.

En Grenoble, obtuvo el mismo resultado agoviador para los partidarios de las escuelas laicas, de esas escuelas sin Religion: de nueve admisiones, siete fueron ganadas por las escuelas de Hermanas, y tan solo dos por las escuelas laicas.

Preguntaremos otra vez: ¿es claro esto? Se trata de números; yo desafio á que se contesten.

Y, en verdad, si los Hermanos y las Hermanas son ignorantes, como quieren decir: ¿qué son los otros?

Para las gentes de buena fé, que saben las cosas, esta cuestion ya no lo es. Bajo el punto de vista de la instruccion, las escuelas de nuestros Hermanos y de nuestras Hermanas, son superiores, y con mucho, á las otras.

Y es muy sencillo. Por honrados que se les suponga, los maestros y las maestras del Estado, despues de todo, no hacen más que ejercer un oficio; un oficio honroso, un oficio útil, tanto como querais; pero al fin, un oficio, y no una obra de abnegacion. Hacen eso por dinero; mientras que nuestros Hermanos y Hermanas lo hacen por el amor de Nuestro Señor, en un interés muy superior á todos los intereses de esto mundo, considerándose felices en acabarse así en el servicio de Dios, y proponiéndose, ante todo, hacer bien á esas tiernas almas que aman y que les ha confiado la Providencia.

Si sus escuelas no siempre son gratuitas, es, bien considerado, porque los Hermanos y las Hermanas necesitan vivir; y desde que la Revolucion ha tenido cuidado de arrebatarles todo lo que antes poseian, los Ordenes religiosos han quedado pobres, y los Hermanos y Hermanas

que envian á dirigir nuestras escuelas, se morirían de hambre si los pueblos y las parroquías no les diesen una corta retribucion anual. Esa retribucion, por otra parte bien modesta, de ninguna manera quita á su obra su carácter superior y exclusivo de abnegacion religiosa, de fé, de caridad.

Lo repito, por bueno que pueda ser un maestro laico, casado, asalariado por el Estado, el interés de su familia y de su porvenir, ocupan siempre, y con justicia, el principal lugar en el cumplimiento de sus deberes. Si es cristiano, no hará mal á sus pequeñitos alumnos; podrá hasta hacerles bien; pero, fuera de algunas rarísimas excepciones, nunca podrá compararse ese bien á la influencia diaria que ejercen sobre los niños los Religiosos y las Religiosas, que, tanto en la escuela como en la Iglesia, en medio de sus niños como en su vida privada, ponen, por oficio, el servicio de Dios en primer lugar; y con sus ejemplos, no ménos que con sus palabras, les enseñan á orar, á servir y amar á Jesucristo. Su solo hábito, ¿no es una predicacion de cada momento?

El Hermano, la Hermana, aplicados á la escuela, hacen este bien por estado; esta es su vo-

cacion. Seria ridículo esperarlo de un maestro laico.

Esto no quiere decir que un maestro laico, ó que una maestra buena cristiana, no sean capaces de hacer grandes servicios, aun bajo el punto de vista religioso; solamente decimos, y es una verdad evidente, que nuestros Hermanos y nuestras Hermanas están en condiciones muy superiores á ellos para obrar el bien, y que esta es la razon por que los revolucionarios enemigos de la fé y de la Iglesia, los detestan tan profundamente y procuran desprestigiarlos, á fin de poder más fácilmente deshacerse de ellos.

Y á causa de esto, igualmente, sucede tambien que los padres de familia que presentan sus pequeños hijos á las inspecciones de polícia para hacerles recibir en la escuelas primarias, impulsados por el instinto del amor paternal y maternal, no ménos que por el instinto religioso, piden, si no todos, casi todos, que sus hijos sean enviados á las escuelas de los Hermanos. Este instinto popular es incontestable, y es significativo. Es una especie de sufragio universal, que proclama más alto que todos los discursos, la superioridad de los Religiosos y de las Religiosas en la direccion de las escuelas.

Este es el voto casi universal del pueblo Fran-

ces, que nuestros demócratas pisotean, cuando en sus Concejos municipales, y aun departamentales, anteponen sus pasiones impías á los verdaderos votos de los pueblos, cuya representacion se abrogan.

¡¡Pobre Francia!! cómo se burlan de ella en esa gran cuestion de las escuelas, así como, por otra parte, en las más de las otras! No son los pueblos, sino la revolucion, quien quiere desterrar de nuestras escuelas á los Hermanos y á las Hermanas.

XIII.

Calumnias que esparecen contra ellos, con respecto á sus costumbres.

Los enemigos de los Hermanos y de las Hermanas atacan su moralidad. Pretenden que los padres de familia no puedan confiar con seguri-

dad sus hijos á los Hermanos ó á las Hermanas. ¿Pero cuál es la base de su razonamiento, ó por mejor decir, ¿cuál es el pretexto de sus odiosas insinuaciones? Este: "Dos, tres veces, en un año, en *toda* la Francia, un Religioso, olvidando todos sus deberes, comete un escándalo. Luego ya no se puede tener confianza en *los* Religiosos."

Es esto como si dijéramos: "Hay dos comerciantes á quines la justicia ha castigado como culpables de robo; luego ya no podemos tener confianza en la honradez de ningun comerciante. —Hay dos, tres padres desnaturalizados á quienes condena la justicia por bárbaros tratamientos que han dado á sus pobres hijos; luego todos los padres son desnaturalizados, y se debe desconfiar de ellos.—Hay algunos soldados que, en una accion arrojan sus armas y huyen; luego todos los soldados son unos cobardes!"

Ciertamente los pocos miserables que, hollando con los piés todas las leyes de la conciencia y del honor más vulgar, cometen un atentado de esos que la ley castiga con tan justo rigor, son grandes culpables; pero, decidme, ¿no son la Iglesia y la Religion, las primeras, no solamente en condenarlos, sino en espulsarlos inmediatamente y sin misericordia?

Fuera de esto, ¿qué los maestros del Estado no tienen tambien ellos, y aun en mayor escala, sus deplorables miserias? Pero los enemigos de la Religion no hablan de estos jamás, mientras que señalan con el dedo y abultan con toda la parcialidad del ódio, el menor escándalo, que muchas veces más es aparente que real, dado por un Religioso.

No escuchemos, pues, á esos FARISEOS. Lo que *detestan ellos* hoy, es lo que *detestaron sus padres* en otro tiempo: á Jesucristo, á la Verdad, á la Religion. Como en otro tiempo, calumnian, mienten, emplean la perfidia, mientras que pueden emplear la violencia; y en esto está el secreto de todo lo que se dice, de todo lo que se hace contra el Clero, contra los Ordenes religiosos, y todo especialmente contra las Congregaciones enseñantes.

Nuestros Religiosos y nuestras Religiosas, quitadas rarísimas excepciones, son lo que hay de más honroso, de más puro, de más merecedor, de más excelente en Francia; y los padres cristianos no pueden encontrar mejores auxiliares para ayudarles á hacer de sus hijos unos buenos niños cristianos.

XIV.

Si es verdad que nuestras escuelas cristianas son focos de oscurantismo, de política retrógrada y de reaccion?

¿De reaccion?.... ¿Y contra qué?.... Contra la impiedad y el vicio? Sí, ciertamente! *Contra las detestables doctrinas revolucionarias, subversivas de la Religion, de la autoridad, de la familia y del orden social todo entero?* Sí, sí, y mil veces sí. Y esto es lo que hace que se les quiera suprimir.

¡Focos de reaccion política en un sentido cualquiera? No, en ningun sentido. Y nuestros radicales lo saben tambien como nosotros. En nuestras escuelas, no nos ocupamos de política, tanto nos va que sea blanca como tricolor ó roja; y esto es lo que pone en tortura á nuestros demócratas. Ellos quisieran que nuestras escuelas, que son santuarios de la simplicidad y de la paz, se convirtieran, bajo la direccion de sus

maestros de escuela Comuneros, una especie de CLUBSITOS en focos de rebelion. Como revolucionarios, no sueñan más que revoluciones; hombres de rebelion, quisieran sembrar la rebelion por todas partes.

Esto es lo que nosotros no queremos; esto es lo que nosotros no hacemos; esto es lo que no hemos hecho jamás, y lo que jamás haremos. Llamen cuanto quieran á esto, "*oscurantismo;*" llámenlo "*reaccion,*" ¡está bien! ya sabemos nosotros lo que quieren decir. No acusan á nuestros Hermanos de las escuelas de que se ocupan de política, más que por hacerlos odiosos á las poblaciones, y para envolverlos en los odios que los periódicos revolucionarios excitan contra el partido del órden y de las gentes honradas.

En nuestras escuelas, los Hermanos y las Hermanas se ocupan de hacer que sus tiernos niño sean buenos cristianos, gentes de bien y verdaderos ciudadanos. Dejan á los agentes de la Revolucion y do las Sociedades secretas, la criminal tarea de hacerles perder la cabeza bajo el pretexto de "*libertad*" y de REPUBLICA.

Digan lo que quieran, la política nada tiene que ver en la escuela.

XV

Si es verdad que la escuela cristiana no sabe formar ciudadano.

Esto depende de lo que se entienda por "CIUDADANO." Los revolucionarios entiende por ciudadano una especie de exaltado, que trae siempre en la boca las palabras de PATRIA, de PATRIOTISMO, de LIBERTAD, de *igualdad*, de *fraternidad* (¡ó la muerte!) que está pronto siempre á armarse contra la autoridad legítima; es decir, no revolucionaria; que hace el fanfarron, y que, con pretexto de altivez nacional, es ingobernable.—Ese es el ciudadano que forman la escuela sin Religion, el taller sin Religion, la familia sin Religion, el periódico sin Religion, el Estado sin Religion. En todas nuestras revoluciones se le ve tomar parte, y no es hermoso.

La escuela cristiana, no solo no forma ciudadanos de este jaez, sino que tiene por mision directa, evidente, el impedir que se formen. ¿Se equivoca? ¿Qué cosa es, decidme, el "*ciudadano*" revolucionario, si no el hombre de desórden y de mala fé, el fautor de *pronunciamientos*, el Comunero?

Dios y la Iglesia condenan ese asqueroso compuesto de orgullo, de presuncion, de ignorancia, de cólera, de violencia, y, casi siempre, de destemplanza y de lujuria. La escuela cristiana hace otro tanto; lo reprueba, y se esfuerza en preservar de todos esos vicios y de todos esos errores el espíritu y el corazon de los niñas que ella educa.

Pero si ella el la enemiga del falso ciudadano, es tambien la amiga y la madre del ciudadano verdadero. Vos quereis, ¿no es así? que vuestro hijo haga un dia honor á su patria? ¿queréis que sea toda su vida un hombre de bien, un hombre que cumpla con sus obligaciones, un hombre de órden y de abnegacion? Esto es lo que se llama ser buen ciudadano de arriba á abajo en la escuela social. Quereis que vuestra hija, hecha ya mujer y á su vez madre de familia, sea y permanezca honrada, buena, virtuosa, casta?

Pues bien, en esta grande obra trabaja la es-

cuela cristiana, de concierto con el Sacerdote y con vos. Los demagogos dicen que en nuestras escuelas no formamos más que cristianos, y que no nos ocupamos de formar ciudadanos. Esto es falso: por el solo hecho de formar cristianos, formamos ciudadanos, buenos y verdaderos ciudadanos. "Los mejores cristianos, decia tiempo atrás el rey protestante Gustavo Adolfo, son siempre los mejores soldados." Otro tanto se puede decir de los ciudadanos: "Los mejores cristianos son siempre los mejores ciudadanos," es decir, los hombres más verdaderamente consagrados á los intereces y á la felicidad de su patria.

Nuestros revolucionarios, de todos los grados, son los más miserables ciudadanos que pueden darse. Bajo la cubierta de las grandes palabras que deciamos poco ha, no procuran más que contentar sus malas pasiones, tener sin trabajar, asaltar algunos buenos puestos muy lucrativos, sin cuidarse del mundo de los negocios públicos. Ya los hemos visto funcionar en la época de la Comuna; y lo que fueron entónces serán siempre.

Solo la Religion puede formar verdaderos hombres de bien; y por esto, la escuela encar-

gada de formar á los hombres, debe ser cristiana, profundamente cristiana.

La escuela sin Religion jamás formará otra cosa que revolucionarios, rebeldes, borrachos, Comuneros.

XVI.

Del crímen de los que envenenan el espíritu y el corazon de la juventud.

El Código penal castiga con la pena de muerte á los envenenadores, y tiene mucha razon. Nada hay más odioso ni más vil que esta forma del crímen. Pero, decidme, ¿quién es más culpable, el que envenena y mata al cuerpo, ó el que envenena y mata el alma? ¿No es el alma la que hace de nosotros unos hombres? El alma es cien veces, mil veces, superior al cuerpo. Luego, si tratándose del cuerpo, es tan gran crí-

men envenenarlo, matarlo, ¿qué será tratándose del alma?

Pues bien, la Francia está llena de gentes que, á ciencia y paciencia de todo el mundo, están envenenando las almas, no con arsénico ni cardenillo, sino con doctrinas abominables, las cuales, penetrando poco á poco en el espíritu, lo hacen incrédulo, impío, rebelde; y llegando hasta el corazon, le dan el gusto del mal, el ódio de Dios, el hábito del vicio.

Envenenadores públicos son todos esos que, de un modo ó de otro, enseñan el error, ya en religion, ya en política. Lo son, en primer lugar, los malos maestros y las malas maestras; los malos institutores y las malas institutoras de escuelas sin Religion, sin principios.

¿Qué enseñan ellos á los pobrecitos niños que se les confian? A leer, á escribir; está bien; pero les enseñan además, y sobre todo, así por sus ejemplos, como por sus palabras, á vivir sin Dios, á menospreciar las santas prácticas de la Religion, á burlarse del Sacerdote, á desdeñar la oracion y la santificacion del domingo, las leyes de la Iglesia, la Confesion, y la Comunion pascual. Los habitúan á no hacer el bien por conciencia ó por deber, sino buscando ante todo su interés personal, á ganar dinero, á ha-

cerse egoístas. Frecuentísimamente, sobre todo en momentos de crísis políticas, esos maestros y esas maestras de escuelas sin Religion, dan al más ínfimo precio, escándalos cuyos vestigios quedan profundamente grabados en la memoria de los niños.

Ese envenenamiento moral es un crímen de primer órden. Ataca no solamente á la Iglesia, sino á la Sociedad misma en su raiz, en su corazon. Prepara espantosas ruinas para el porvenir. Los que lo cometen deberian ser tratados como los peores de los criminales, tanto más criminales cuanto más se ensañan contra unos pobrecitos inocentes privados de defensa, que creen fácilmente lo que se les dice.

Los que lo dejan cometer, y todavía más, los que lo hacen cometer, son uno miserables, enemigos de Dios y de la Sociedad; no hay un nombre con que agobiarlos. Si la justicia humana es bastante ciega para no castigarlos, la inexorable Justicia divina los espera al salir de este mundo: el formidable Juez ante quien entónces habrán de comparecer atónitos, llenos de terror, lo ha declarado en su Evangelio.

" *Cualquiera que hubiere escandalizado á uno solo de estos pequeñitos que creen en mí, yo os juro que fuera para él mejor ser precipitado al fondo*

del mar, con una piedra de molino atada al cuello."

Pero no es á un niño, sino á toda una generacion de niños á quien escandaliza; es decir, á quien pierde y á quien corrompe el maestro ó la maestra de escuela sin Religion: y siendo esos niños unos pequeñitos bautizados, unos pequeñitos Cristianos, es de ellos de quienes habla aquí directamente Jesucristo. Escandalizarlos es cometer un asesinato, y un asesinato sacrílego; es arrancar á Dios el espíritu y el corazon de sus hijos. ¡Ay del hombre que comete ese crímen! y ¡ay de la Sociedad que lo deja cometer! ¡ay de los periódicos que lo predican! ¡ay de los hombres públicos que tienen la osadía de erigirlo en ley!......"

Toda ley contraria á la ley de Dios, es nula y de ningun valor. La conciencia prohibe someterse á ella; eso sería apostatar.

Si nuestros impíos consiguen hacer erigir en ley su sistema de educacion anticristiana, entramos ya en los caminos de la persecucion abierta; y será llegado el caso, así para los padres y madres, como para los hijos, como para los Sacerdotes, como para los seglares, de repetir la preciosa palabra salida en otro tiempo de los labios de los Apóstoles. *"Es mejor obedecer á Dios, que á los hombres!."*

XVII.

Crímen y locura de los padres que educan sin Religion á sus hijos.

Los padres y madres que educan, ó que hacen educar sin Religion á sus pobrecitos hijos, no son ménos culpables que los malos maestros de escuela; y, como éstos, responderán de aquellos delante de Dios.

Son, al mismo tiempo que culpaples, insensatos: culpables, porque faltan gravemente á su primer deber de padre ó madre, que es de ayudar con todas sus fuerzas á la Iglesia á salvar y á santificar esos hijos que Dios les ha dado; insensatos, porque un dia recogerán lo que hayan sembrado, y entónces se apercibirán, pero demasiado tarde, de que una mala educacion no produce más que malos frutos. Frecuentemente

se verá el hijo convertido en un malvado, en un libertino; sin fé y sin temor de Dios, se abandonará á sus pasiones; y feliz será si no llega hasta el deshonor; la hija correrá el inminente riesgo de dar tambien su fruto, y de causar á sus padres uno de esos pesares que no tienen nombre. Muy pocas son las gentes que conservan la honradez y las buenas costumbres, cuando, para mantenerlas, no tienen el freno saludable de la conciencia, el temor de Dios y el omnipotente socorro de los Sacramentos!

Así, pues, padres y madres de familia, cuidad del porvenir. Cuidad de la cuenta que os ha de pedir Dios del alma, de la fé, de las costumbres de vuestros hijos. Cuidad de vosotros mismos, y, por el interés de vuestra misma felicidad en la tierra, de lo que infaliblemente ha de resultar de la educacion que les hayais dado, ó hecho dar.

No olvideis que *no teneis vosotros derecho* de educar ni hacer educar sin Religion á vuestros hijos; es para vosotros un deber de conciencia, bajo pena de pecado grave, no solamente hacer que vuestros hijos oren en la casa, y el enseñarles con vuestro ejemplo á servir á Dios, sino tambien el *no confiarlos más que á maestros y maestras de escuela, capaces de ayudaros en vues-*

tra grande obra. Nada bueno conseguireis si la escuela no trabaja en el mismo sentido que vosotros, si la escuela no es cristiana como la familia.

Yo se bien que esto, desgraciadamente, no siempre será posible; hay buenas parroquias, que, gracias á un Alcalde y á un Concejo municipal impíos, tienen por maestro, por único maestro, un hombre sin fé y sin ley, y algunas veces hasta un Comunero, un hombre sin costumbres, tres veces indigno del puesto que ocupa. Es una desgracia inmensa; pero lejos de desalentaros, debeis redoblar la vigilancia y el celo para inculcar á vuestro pobre hijo principios sólidos de Religion. *Debeis luchar, tanto cuanto podais, y á todo propósito, contra la mala influencia de la escuela á que os veis obligados á enviarle. Debeis predicarle, con el ejemplo, más que con palabras, y cuidar de que cumpla con vos todos sus deberes religiosos,*

Si al lado de esa escuela corruptora, el celo de vuestro Cura llega á abrir una escuela LIBRE, *una escuela* CRISTIANA, *(una escuela CATOLICA) no olvideis que* TENEIS LA OBLIGACION DE MANDAR A ESTA, *lo más pronto posible, á vuestros hijos, y de quitarlos, tan luego*

como podais, del peligro que les amenaza en la escuela en que están.

Para la familia, así como para la Iglesia y la Sociedad, la escuela cristiana es la salvacion del porvenir; la escuela sin Dios, la escuela sin Cricifijo y sin oraciones, es la ruina y la perdicion.

XVIII

Que la escuela debe ser para la Iglesia lo que una hija es para su madre

Al enviar Nuestro Señor Jesucristo á su Iglesia en medio del mundo, le ha dado el cargo de "ENSEÑAR Á TODOS LOS PUEBLOS". Esto es para el Papa, para los Obispos, para los Sacerdotes, no solamente un *derecho*, sino un *deber*; derecho que ningun hombre puede legítimamente quitarles; deber del cual no pueden

eximirse sin arriesgar su salvacion; deber que desempeñan, no por dominar, como han osad decirlo algunas almas bajas é ignorantes, sino por hacer reinar á Jesucristo en el mundo, y por procurar la salvacion de sus Hermanos.

En la enseñanza, como deciamos, hay dos cosas distintas, pero unidas y subordinada la una á la otra; hay conocimientos que son para nosotros útiles, y aun más ó ménos necesarios á todos para ganar nuestra vida y para cumplir las obligaciones de nuestro estado, como el saber leer, escribir, contar, saber bien nuestra lengua, y tal ó cual lengua extrangera; saber más ó ménos la historia, la geografía, las ciencias naturales, y aun saber el latin, el griego, etc.; pero, además, hay la gran ciencia, la ciencia divina de la salvacion, de la cual nadie, ABSOLUTAMENTE NADIE, debe carecer, y que enseña al hombre á conocer, á servir y amar á su Dios en este mundo, á fin de poseerle eternamente feliz en el otro. Esto es de lo que se compone la enseñanza.

Ahora bien, la Iglesia está puesta por Dios mismo al frente de esta enseñanza. Ella es la encargada, no de enseñar á los hombres á leer, ni á escribir, ni á contar, etc., sino de vigilar muy de cerca que nadie se aproveche de la

enseñanza de los conocimientos naturales para alterar la doctrina cristiana ni para apartar de Jesucristo los espíritus y los corazones.

Ella está consagrada de cuidar muy de cerca que la educacion cristiana esté inseparablemente unida á toda especie de enseñanza, y que el hombre se habitúe desde su juventud á santificar su trabajo por la oracion y por pensamientos de fé.

A este título está encargada la Iglesia, por una órden expresa de Dios, de hacer la escuela profundamente cristiana, de vigilar con cuidado sobre su enseñanza, de hacer reinar en ella á Jesucristo por todos los medios que pueda sugerir una caridad ingeniosa, principalmente por los buenos ejemplos de los maestros y de las maestras, por la eleccion de los libros de clase, por las cortas oraciones que preceden, acompañan y siguen al estudio; por los Crucifijos y santas imágenes; en una palabra, por toda clase de hábitos de fé y de Religion.

En cuanto á la enseñanza directa de la gran ciencia, la ciencia de la Religion, la Iglesia, es decir, el Sacerdote, es ciertamente por oficio el solo encargado de ella; pero así como un buen padre y una buena madre *deben* vigilar que su hijo aprenda bien su Catecismo, explicándoselo y

ayudándole á comprenderlo lo mejor que puedan, así como deben hablarle frecuentemente de Dios haciéndole practicar lo que enseña el Sacerdote, así tambien, en la escuela, los maestros y maestras, *deben*, si quieren ser dignos de su sagrada mision, aplicarse á desempeñar este mismo papel para con los niños que ocurren á ella.

Los culpables y ciegos partidarios de la escuela sin Religion, quieren que porque la Religion se enseña en la iglesia, se la excluya de la escuela. Si hubiera de ser así, habria que decirse otro tanto de la familia. No saben esas pobres gentes que la Religion se extiende á todo, que tiene *derecho* en todo, que *en todas partes* está en su casa, que *en ninguna parte* es extraña; que no solamenté es útil sino *necesaria* en todas partes, y en la escuela, quizá, más que en cualquiera otra.

Con buena ó con mala fé, quieren echar á Jesucristo de lo que es suyo, es decir, del corazon, del espítritu de los niños.

Vociferan ellos, como los Judíos el Viernes Santo, por mil y mil bocas; "*No queremos que reine éste sobre nosotros.*" Y sin embargo ESTE, JESUCRISTO, quiere y debe reinar sobre todos; y es muy justo, pues que es el Criador, el Soberano Señor, el Salvador de todos.

Como la familia está unida á la Iglesia, debe estarlo tambien la escuela; como la familia, debe estar tambien subordinada á la Iglesia en todo lo que mira á la direccion del espíritu y del corazon de los niños.

Esta sumision, esta subordinacion, no absorbe en nada á la escuela en la Iglesia, así como no absorbe á la familia en la Iglesia. Porque en un Regimiento los oficiales están sometidos al Coronel, y los soldados á los oficiales, ¿quién se atreverá á decir que los movimientos, la bravura, la actividad de los que obedecen son "*absorbidos*" por la autoridad de los que mandan? Muy al contrario, de esa subordinacion resulta el bello órden que hace la gloria y la fuerza del Regimiento.

Esto es lo que sucede con la subordinacion de todas las cosas á la Iglesia, y á Dios por medio de la Iglesia. La escuela, la educacion, la enseñanza, la familia, la sociedad, la direccion de las cosas públicas, el gobierno de los Estados, en una palabra, todo sobre la tierra, debe estar sometido á Dios, y por consiguiente subordinado á la doctrina divina, á las santas direcciones de su Iglesia. En esto está solamente el secreto del órden, el secreto de la felicidad pública. En esto está la resurreccion verdadera de nuestra cara

Francia, y el triunfo de todas las buenas causas sobre el enemigo de Dios y de la sociedad, que hace más de cien años está debastando al mundo, y cuyo siniestro nombre es *la Revolucion*.

La cuestion de la escuela es, en primera línea, una cuestion religiosa, cuya solucion depende de esta otra cuestion prévia: ¿Quién enseña la Verdad, la Revolucion, ó la Iglesia? —La Religion cristiana es verdadera, ó falsa? —¿Debemos obedecer TODOS á Dios, sí ó no? —¿Jesucristo es Dios, sí ó no?

La Francia cristiana, la verdadera Francia, responde "SI." La Francia revolucionaria, ó por mejor decir, la revolucion que se atreve á llamarse Francia, responde audazmente "NO."

Esta es la que ya no quiere Religion ni en la escuela, ni en parte alguna. Nosotros, cristianos y Franceses de corazon, sí, la queremos en la escuela y en todas partes.

FIN.

TABLA DE MATERIAS

TABLA DE MATERIAS

Págs.

OPÚSCULOS ESCOGIDOS

DE

MONSEÑOR DE SEGUR

GOBIERNO ECLESIASTICO
DE LA
DIOCESIS DE YUCATAN

Mérida, Yucatán, Mayo 26 de 1888.

Con particular agrado hemos visto las publicaciones del Señor Manuel Galindo y Bezares, de México, y no podemos menos que recomendar ahora de una manera especial al Venerable Clero y fieles de esta Diócesis de Yucatán las obras intituladas: "La Virgen María, considerada en sus figuras, símbolos, etc." y los Opúsculos de Monseñor de Segur que ha comenzado á editar. Y para estímulo de la piedad y de la verdadera ilustración, concedemos á todos nuestros diocesanos la gracia de cuarenta días de indulgencias por cada fracción de lectura que hicieren en las indicadas obras y Opúsculos, procurándose suscribir á ellas como un acto de religiosidad y de verdadero patriotismo. Lo decretó y firmó Su Señoría Illma. el Dignísimo Prelado Diocesano, Doctor Don Crescencio Carrillo y Ancona, ante mí.

✠ Crescencio,

Obispo de Yucatán.

De mand. de S. S. I. y Rma.,

José María Perez,

Oficial mayor.

EL SAGRADO CORAZON
DE JESUS

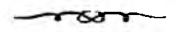
POR

MONSEÑOR DE SEGUR



Traducido libremente

POR UN DEVOTO DEL MISMO



CON APROBACION ECLESIASTICA

MEXICO

CASA EDITORIAL DE MANUEL GALINDO Y BEZARES

Calle de la Puerta Falsa de Santo Domingo núm. 12.

1888

INTRODUCCION

Esta obrita tiene por objeto popularizar el conocimiento, y por consiguiente el amor y el culto del adorabilísimo y sacratísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. No se me oculta lo difícil que es poner al alcance de todos las verdades del orden místico, ó en otros términos, la dificultad de iniciar á los entendimientos sencillos y á los niños en lo más íntimo de nuestros sacrosantos misterios; pero es tan conveniente conseguirlo, que no vacilo en emprender esta obra en lo que respecta al sagrado Corazón de Jesús, confiado en el auxilio de la santísima Virgen, que tan predilectamente ama á los humildes y sencillos de corazón.

Si me cabe la dicha de lograr mi objeto, este librito podrá servir en gran manera á tantos y tantos sacerdotes, celosos misioneros, fervientes Religiosas, buenas y piadosas madres de familia que procuran por todos los medios hacer conocer, servir y amar de veras en torno suyo al Dios de su corazón y al Corazón de su Dios.

Vivimos en tiempos en que la piedad necesita más que nunca ser ilustrada y robustecida, y en que la doctrina es necesaria para sostener el amor. Habien-

do Nuestro Señor presentado su divino Corazón para que en él encuentren un refugio las almas en las pruebas de estos últimos tiempos, me parece que este librito entra en sus misericordiosos designios, y sólo con este título me atrevo á contar con la bendición de Aquél por cuyo amor lo emprendo.

Varios de sus capítulos me han sido inspirados por una excelente obra del gran siervo de Dios, el venerable P. Eudes, uno de los sacerdotes de mayor celo apostólico en el siglo XVII. Abrasado de amor á los sagrados Corazones de Jesús y María, dice de ellos cosas maravillosas en su tratado del *Corazón admirable de la Madre de Dios*. A él tendrás que agradecérselo, lector amigo, si estas breves páginas te producen algún bien, como deseo.

MODO DE SANTIFICAR EL MES

DEL

SAGRADO CORAZON

Laudable costumbre, que quisiéramos ver extendida y religiosamente practicada, es la de consagrar un mes entero á alguna de las principales devociones aprobadas por la Iglesia, pues de los medios de honrar cualquier misterio, sea de nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen ó de algún Santo, es este indudablemente el más sencillo, más práctico y al alcance de todos. Ese corto ejercicio repetido todos los días durante un mes, esa piadosa lectura que nos presenta la misma verdad bajo todos sus aspectos, impregna poco á poco al alma de la gracia de Dios hasta llegar á sus profundidades; es como una lluvia suave y no interrumpida que penetra la tierra mejor que los fuertes aguaceros de una tempestad, abundantes, pero pasajeros.

Vemos, por ejemplo, que la admirable institución del mes de María ha contribuido eficazmente á propagar por todo el mundo el culto y amor á la santísima Virgen; y no faltan parroquias y familias que

do Nuestro Señor presentado su divino Corazón para que en él encuentren un refugio las almas en las pruebas de estos últimos tiempos, me parece que este librito entra en sus misericordiosos designios, y sólo con este título me atrevo á contar con la bendición de Aquél por cuyo amor lo emprendo.

Varios de sus capítulos me han sido inspirados por una excelente obra del gran siervo de Dios, el venerable P. Eudes, uno de los sacerdotes de mayor celo apostólico en el siglo XVII. Abrasado de amor á los sagrados Corazones de Jesús y María, dice de ellos cosas maravillosas en su tratado del *Corazón admirable de la Madre de Dios.* A él tendrás que agradecérselo, lector amigo, si estas breves páginas te producen algún bien, como deseo.

MODO DE SANTIFICAR EL MES

DEL

SAGRADO CORAZON

Laudable costumbre, que quisiéramos ver extendida y religiosamente practicada, es la de consagrar un mes entero á alguna de las principales devociones aprobadas por la Iglesia, pues de los medios de honrar cualquier misterio, sea de nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen ó de algún Santo, es este indudablemente el más sencillo, más práctico y al alcance de todos. Ese corto ejercicio repetido todos los días durante un mes, esa piadosa lectura que nos presenta la misma verdad bajo todos sus aspectos, impregna poco á poco al alma de la gracia de Dios hasta llegar á sus profundidades; es como una lluvia suave y no interrumpida que penetra la tierra mejor que los fuertes aguaceros de una tempestad, abundantes, pero pasajeros.

Vemos, por ejemplo, que la admirable institución del mes de María ha contribuido eficazmente á propagar por todo el mundo el culto y amor á la santísima Virgen; y no faltan parroquias y familias que

deben á tan santa y poética devoción su renovación completa.

Además del mes de Mayo, la piedad ha consagrado Enero á honrar los misterios de la santa Infancia de Jesús; Marzo á honrar de un modo especial á San José; Julio á venerar los misterios de la preciosa Sangre; Noviembre á ejercer la caridad con las benditas almas del purgatorio; Junio, en fin, á honrar al adorabilísimo Corazón de Jesús.

Así, pues, te recomiendo encarecidamente, piadoso lector, que no dejes de celebrar todos los años el mes del sagrado Corazón con la misma exactitud y devoción que el hermoso mes de María. La gracia del divino Corazón de Jesús es tan santificante, que de ella reportarás frutos copiosos de salvación. Si no puedes asistir á la Iglesia, celébralo en casa con tu familia; y si tampoco pudieres ésto, celébralo solo en particular. Pero, por poco que puedas, procura celebrarlo en común; pues la oración así hecha tiene mayor eficacia, obliga más, proporciona mútua edificación, y hace que se recoja el fruto de la promesa que Jesucristo hizo á sus Discípulos: «Donde quiera que dos ó tres estén reunidos en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos.»[1]

Para celebrar dignamente en casa el mes del sagrado Corazón, será bueno arregles un altarcito acomo-

1 Matth. XVIII, 20.

dando en él un crucifijo, ó mejor una imagen del sagrado Corazón, y adornándolo con flores y luces. No desdeñes estos pequeños detalles, pues influyen poderosamente en la piedad, que necesita por lo común auxilios exteriores para dedicarse á las cosas de Dios. Deja, si puedes, encendida todo el mes una lamparilla delante la santa imagen, y no omitas un solo dia el ejercicio acostumbrado, para cuya práctica puedes valerte de este librito.

Puesto de rodillas, y después de recogerte por algunos momentos, pensando que Dios te ve, haz la señal de la cruz, y reza la letanía del sagrado Corazón de Jesús que encontrarás al fin. Luego lee el capítulo correspondiente á cada día,[1] y dedica algunos minutos á penetrarte bien de lo que hayas leido, á excitar en tu corazón sentimientos de adoración, de amor, de arrepentimiento, y á tomar algún buen propósito. Para terminar este ejercicio podrás rezar la hermosa letanía del inmaculado Corazón de María, el Acto de desagravios y el de consagración, que hallarás también al final.

Además de esto, harías muy bien en comulgar durante este mes con más frecuencia que de costumbre y con todo el fervor posible. No olvides que el vier-

1 Damos al mes del sagrado Corazón "treinta y tres días" en honra de los treinta y tres años que vivió en la tierra nuestro Salvador. La Santa Sede ha bendecido este pensamiento, concediendo indulgencias á los que lo practiquen en dicha forma.

nes es un día especialmente consagrado al culto de tan amoroso Corazón, según el encargo expreso del mismo Jesucristo á su gran sierva Margarita María Alacoque. Acércate, pues, á la sagrada Mesa todos los viernes del mes para honrar especialmente al sagrado Corazón de Jesús y los misterios de su amor.

Haciéndolo así, satisfarás los deseos de nuestro amado Pontífice Pio IX, que tanta gloria ha dado al divino Corazón, y que no ha mucho, escribiendo á un obispo, le decía: «Nada deseamos tanto como ver á los fieles honrar, bajo el símbolo de su santísimo Corazón, la caridad de Jesucristo en su Pasión y en la institución de la Eucaristía; deleitarse contínuamente en tan gratos recuerdos, y renovar contínuamente su memoria.»

A ese amorosísimo Corazón acudamos con confianza; Corazón siempre inflamado de amor por nosotros, aunque tan mal correspondido; Corazón que encierra todos los tesoros de la misericordia divina; que encuentra sus mayores delicias en estar entre los hijos de los hombres; el más poderoso de todos los corazones, de los cuales dispone á su gusto, y cuyos más secretos resortes mueve; altar en el cual se ofrece el único sacrificio de los cristianos, en el cual deben nacer y vivificarse nuestros votos si queremos que lleguen hasta Dios, y á cuyas plantas aprenderemos la ciencia de las ciencias, la única necesaria, la ciencia del verdadero amor, de la verdadera felicidad.

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

I

Como Nuestro Señor Jesucristo reveló milagrosamente el misterio de su sagrado Corazón por medio de la beata Margarita María Alacoque.

Esta santa Religiosa, que vivió en el siglo XVII, fué objeto de frecuentes y extraordinarias manifestaciones del adorabilísimo Corazón de Jesús. Pertenecía á una honrada familia de la magistratura, de Borgoña. Después de una juventud inocentísima y probada por todo género de trabajos, entró en 1671 en el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial á la edad de veintitres años, y en él murió santamente en 1690.

Cuatro siglos antes Santa Gertrudis, abadesa benedictina de Heldelfs en Alemania, nos anunciaba la devoción al sagrado Corazón de Jesús como el gran remedio opuesto por Nuestro Señor á la decrepitud del mundo; pero Dios al parecer tenía predestinada á la beata Margarita María para ser el apóstol del culto al sagrado Corazón, y á ella efectivamente se debió, de un modo especial, con la aprobación de la Santa Sede, su propagación en la Iglesia. «A Mar-

nes es un día especialmente consagrado al culto de tan amoroso Corazón, según el encargo expreso del mismo Jesucristo á su gran sierva Margarita María Alacoque. Acércate, pues, á la sagrada Mesa todos los viernes del mes para honrar especialmente al sagrado Corazón de Jesús y los misterios de su amor.

Haciéndolo así, satisfarás los deseos de nuestro amado Pontífice Pio IX, que tanta gloria ha dado al divino Corazón, y que no ha mucho, escribiendo á un obispo, le decía: «Nada deseamos tanto como ver á los fieles honrar, bajo el símbolo de su santísimo Corazón, la caridad de Jesucristo en su Pasión y en la institución de la Eucaristía; deleitarse contínuamente en tan gratos recuerdos, y renovar contínuamente su memoria.»

A ese amorosísimo Corazón acudamos con confianza; Corazón siempre inflamado de amor por nosotros, aunque tan mal correspondido; Corazón que encierra todos los tesoros de la misericordia divina; que encuentra sus mayores delicias en estar entre los hijos de los hombres; el más poderoso de todos los corazones, de los cuales dispone á su gusto, y cuyos más secretos resortes mueve; altar en el cual se ofrece el único sacrificio de los cristianos, en el cual deben nacer y vivificarse nuestros votos si queremos que lleguen hasta Dios, y á cuyas plantas aprenderemos la ciencia de las ciencias, la única necesaria, la ciencia del verdadero amor, de la verdadera felicidad.

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

I

Como Nuestro Señor Jesucristo reveló milagrosamente el misterio de su sagrado Corazón por medio de la beata Margarita María Alacoque.

Esta santa Religiosa, que vivió en el siglo XVII, fué objeto de frecuentes y extraordinarias manifestaciones del adorabilísimo Corazón de Jesús. Pertenecía á una honrada familia de la magistratura, de Borgoña. Después de una juventud inocentísima y probada por todo género de trabajos, entró en 1671 en el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial á la edad de veintitres años, y en él murió santamente en 1690.

Cuatro siglos antes Santa Gertrudis, abadesa benedictina de Heldelfs en Alemania, nos anunciaba la devoción al sagrado Corazón de Jesús como el gran remedio opuesto por Nuestro Señor á la decrepitud del mundo; pero Dios al parecer tenía predestinada á la beata Margarita María para ser el apóstol del culto al sagrado Corazón, y á ella efectivamente se debió, de un modo especial, con la aprobación de la Santa Sede, su propagación en la Iglesia. «A Mar-

garita María (dice en efecto Pío IX en el decreto de beatificación) se dignó elegir el Señor para establecer y difundir entre los hombres un culto tan piadoso, saludable y legítimo.» Y la eligió por medio de admirables y milagrosas revelaciones que la Iglesia ha aprobado y que respiran el más puro amor de Dios.

Corría el año 1673. Hacía solamente dos que Margarita había abrazado el estado religioso, y era ya de una santidad consumada, brillando por su humildad, su caridad y toda suerte de virtudes. Un día, orando delante del Santísimo Sacramento, gozosa porque sus muchos quehaceres le permitían dedicar más tiempo que de costumbre á tan santa ocupación, se sintió tan poderosamente poseída de la presencia de Dios, que perdió el sentimiento de sí misma y de todo lo que la rodeaba. «Me abandoné, dice, á ese divino Espíritu, entregando mi corazón á la fuerza de su amor.

«Mi soberano dueño me hizo repozar largo tiempo sobre su divino pecho, donde me descubrió las maravillas de su amor y los secretos inefables de su sagrado Corazón. Me abrió por primera vez aquel divino Corazón de una manera tan real y sensible, que no me dejó lugar á ninguna duda tocante á la verdad de esta gracia.

« Jesús me dijo: —«Mi divino Corazón está tan lle-
« no de amor á los hombres, y á tí en particular, hija
« mía, que no pudiendo ya contener las llamas de su
« ardiente caridad, es preciso que las derrame por
« tu medio y que se manifieste á ellos para enrique-

« cerlos con los tesoros que encierra. Te descubro el « precio de estos tesoros, que contienen las gracias « de santificación y salvación necesarias para sacar al « mundo del abismo de la perdición. A pesar de tu « indignidad é ignorancia, te he escogido para el cum- « plimiento de este gran designio, para que sea más « manifiesto que soy yo quien lo hago todo.»

«Dicho esto, el Señor me pidió mi corazón. Yo le supliqué que lo tomara, y así lo hizo; y, poniéndolo junto á su Corazón adorable, me lo mostró como un átomo que se consumía en aquel horno encendido. Luego retirándolo de allí, como una ardiente llama en forma de corazón, volvió á ponerlo en su primer sitio, diciéndome: —«Hé aquí, amada mía, una precio- « sa prenda de mi amor; he encerrado en tu costado « una centellica de las más vivas llamas de este amor, « para que te sirva de corazón y te consuma hasta « el último momento de tu vida. Sus ardores no se « extinguirían jamás. Y para dejarte una señal de « que la gracia que acabo de hacerte no es una ilu- « sión, y que debe ser el fundamento de las demás « que seguirán, aunque haya cerrado la llaga de tu « costado, sin embargo siempre sentirás allí dolor. « Hasta hoy sólo te has llamado sierva mía; desde aho- « ra te doy el nombre de Discípula muy amada de mi « sagrado Corazón!»

«Tan señalado favor, añade la beata Margarita, duró muchísimo tiempo. Yo no sabía si estaba en el cielo ó en la tierra. Durante muchos días permanecí

como embriagada, y de tal manera encendida y tan fuera de mí, que no podía pronunciar una sola palabra. No podía dormir, porque esta llaga, cuyo dolor me es precioso, me causaba tan vivos ardores que me consumía y me hacía arder viva. Sentíame tan llena de Dios, que no podía expresarlo á mi Superior como hubiera querido, á pesar de la pena y confusión que siento en decir semejantes favores.

«Desde aquel día, cada primer viernes de mes, el sagrado Corazón de mi Jesús se me representaba como un sol brillante cuyos ardorosos rayos caían á plomo sobre mi corazón; y entonces me sentía abrasada de un fuego tan vivo que me parecía iba á reducirme á cenizas.

«En aquellos momentos particularmente era cuando mi divino Maestro me instruía y descubría los secretos de su adorable Corazón.»

¡También nosotros, Jesús, Señor y Salvador nuestro, á pesar de nuestra indignidad y de nuestras miserias, ó más bien á causa de las mismas, queremos estar expuestos á los benéficos rayos de vuestro Santísimo Corazón; queremos que esas llamas divinas consuman nuestra tibieza, y que nos purifiquen de todos nuestros pecados!

¡Oh Jesús, rocío del cielo, llama de amor y manantial de la gracia! abrasad, purificad y poseed todo mi corazón! ¡Oh divino Amor! creced y reinad en mí; multiplicaos y reinad en toda la tierra como en el Paraíso de los Bienaventurados!

II

Segunda revelación del sagrado Corazón á la beata Margarita María

«Un día, escribe esta santa Religiosa, estando expuesto el Santísimo Sacramento, me sentí retirada á mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias. Jesús, mi dulce Dueño, vino á mí resplandeciente de gloria con sus cinco llagas que brillaban como soles. De aquella santa humanidad irradiaban llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno, y que, abierto á mis miradas, me descubrió su amabilísimo Corazón, que era la fuente viva de aquellas llamas.

«Dióme á conocer al mismo tiempo las maravillas inefables de su puro amor, y hasta qué exceso había llevado este amor hacia los hombres. Lamentó su ingratitud, y me dijo que de todos los sufrimientos de su Pasión este le había sido el más sensible. —«Si me «correspondiesen, añadió, cuanto hice por ellos sería «poco á mi amor. Pero no tienen para mí más que «frialdad, y á mis amorosas ansias responden sólo «con el desdén. Dame tú al menos, mi hija amada, «el consuelo de suplir á su ingratitud cuanto te sea «posible.»

«Y como yo le manifestase mi insuficiencia, me

contestó: —«Toma, ahí tienes con que suplir á todo «lo que te falta.»—Y al mismo tiempo, abriéndose su divino Corazón, salió de él tan ardiente llama, que pensé iba á consumirme: penetróme toda, y no pudiéndola ya sufrir, le pedí que se apiadase de mi debilidad. —«Yo seré tu fuerza, me dijo entonces bondadosamente; nada temas. Pero presta atención á mi «voz, y disponte á cumplir mis designios.

«Primeramente, me recibirás en la santa Comu«nión cuantas veces te lo permita la obediencia, no «obstante cualquiera mortificación y humillación que «de esto te proviniere: estas son prendas de mi amor.

«En segundo lugar, comulgarás además todos los «primeros viernes de cada mes.

«En tercer lugar, todas las noches del jueves al «viernes te haré participante de aquella tristeza mor«tal que sentí en el jardín de las Olivas; y esta par«ticipación de mi tristeza te reducirá á una especie «de agonía más insoportable que la muerte. Me «acompañarás en la humilde oración que presenté «entonces á mi Padre en medio de todas mis angus«tias; y para esto te levantarás entre once y doce de «la noche, y permanecerás postrada conmigo duran«te una hora con el rostro en tierra, tanto para apa«ciguar la cólera divina pidiendo misericordia por los «pecadores, como para honrar y endulzar en algún «modo la amargura que sentí por el abandono de «mis Apóstoles, lo que me obligó á reconvenirles

« porque no habian podido velar conmigo una hora.
« Durante esta hora harás lo que te enseñaré.»

«Y Jesús añadió: —«Mas escucha, hija mía, no creas « ligeramente á todo espíritu, ni te fíes de él. Sata- « nás, furioso contra tí, busca cómo engañarte. Por « esto no hagas nada sin la aprobación de tus supe- « riores, á fin de que, encontrándote apoyada en la « obediencia, no te pueda dañar, pues no tiene poder « sobre los obedientes.»

«Mientras duró esta celeste visión no sabía dónde me encontraba. Cuando hubo terminado, estaba toda fuera de mí, encendida y temblorosa; no podía sostenerme ni hablar.»

Después de esta sagrada aparición, era tan vivo el dolor que contínuamente sentía la beata Margarita, tan violento el fuego del amor que la abrasaba, que no pudiendo soportarlo, cayó enferma, y estuvo á punto de morir. «El fuego que me devoraba, dice, me produjo una calentura fuerte y tenaz; pero en el exceso de mi alegría en sufrir, no podía quejarme, y nada de esto manifesté hasta que me faltaron las fuerzas. La calentura duró más de dos meses. Jamás sentí tanto consuelo, porque todo mi cuerpo sufría extremos dolores, y esto aliviaba un poco la ardiente sed que tenía de sufrir, no alimentándose este fuego divino más que del madero de la cruz, es decir, de toda clase de sufrimientos, desprecios, humillaciones y dolores. Todos creían próximo el fin de mi vida.»

En vez de morir, la beata Margarita sanó súbita y sobrenaturalmente, habiéndole pedido sus superiores esta señal de la realidad de la visión, que había tenido que participarles en virtud de santa obediencia. Nuestro Señor le devolvió así milagrosamente la salud ó más bien la vida por medio de la Santísima Virgen. La Madre de Dios se dignó aparecérsele; la bendijo, la consoló largamente, y apenas concluyó la visión, sor Margarita María pudo levantarse, salir de la enfermería y volver á los ejercicios de religiosa. Toda la Comunidad vió, llena de estupor, andar libremente á la que pocas horas antes parecía no quedarle un soplo de vida. Así la revelación del misterio del sagrado Corazón recibió desde su origen el sello divino de la certeza, el sello del milagro.

¡Con qué fe tan profunda y con qué amor debemos, pues, honrar, invocar y adorar al divino Corazón de Jesús!

¡Oh dulce Jesús mío! encended en mi corazón ese ardiente fuego en que se consume el vuestro; que un celo ilustrado lo abrase, y que el espíritu que dirigió vuestras obras, dirija también las mías. Que mi alma, oculta en el retiro de vuestro Corazón, viva muriendo á sí misma, y que olvidando las locas alegrías del mundo, se una para siempre á Vos.

III

Tercera revelación del Corazón de Jesús

Una nueva gracia, más importante aún que las precedentes, recibió la beata Margarita del sagrado Corazón. Era durante la octava de Corpus, y estaba en adoración en la capilla del monasterio. Sentíase movida extraordinariamente á devolver á su Salvador amor por amor. Arrebatada y fuera de sí, vió á Jesús que le descubría su divino Corazón, y le decía: «Mira este Corazón, que tanto ha amado á los hombres, hasta el extremo de anonadarse y consumirse para testificarles su amor. En pago de este sacrificio sólo recibo de la mayor parte de ellos ingratitudes, á causa de los desprecios, las irreverencias, los sacrilegios y la frialdad con que me tratan en este Sacramento de amor.

«Pero lo que me es aún más sensible, es que me traten así corazones que me están consagrados.

«Por esto te pido que el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, se consagre á celebrar una fiesta particular para honrar mi Corazón, desagraviándole públicamente, comulgando en dicho día para reparar los indignos tratamientos que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias

En vez de morir, la beata Margarita sanó súbita y sobrenaturalmente, habiéndole pedido sus superiores esta señal de la realidad de la visión, que había tenido que participarles en virtud de santa obediencia. Nuestro Señor le devolvió así milagrosamente la salud ó más bien la vida por medio de la Santísima Virgen. La Madre de Dios se dignó aparecérsele; la bendijo, la consoló largamente, y apenas concluyó la visión, sor Margarita María pudo levantarse, salir de la enfermería y volver á los ejercicios de religiosa. Toda la Comunidad vió, llena de estupor, andar libremente á la que pocas horas antes parecía no quedarle un soplo de vida. Así la revelación del misterio del sagrado Corazón recibió desde su origen el sello divino de la certeza, el sello del milagro.

¡Con qué fe tan profunda y con qué amor debemos, pues, honrar, invocar y adorar al divino Corazón de Jesús!

¡Oh dulce Jesús mío! encended en mi corazón ese ardiente fuego en que se consume el vuestro; que un celo ilustrado lo abrase, y que el espíritu que dirigió vuestras obras, dirija también las mías. Que mi alma, oculta en el retiro de vuestro Corazón, viva muriendo á sí misma, y que olvidando las locas alegrías del mundo, se una para siempre á Vos.

III

Tercera revelación del Corazón de Jesús

Una nueva gracia, más importante aún que las precedentes, recibió la beata Margarita del sagrado Corazón. Era durante la octava de Corpus, y estaba en adoración en la capilla del monasterio. Sentíase movida extraordinariamente á devolver á su Salvador amor por amor. Arrebatada y fuera de sí, vió á Jesús que le descubría su divino Corazón, y le decía: «Mira este Corazón, que tanto ha amado á los hombres, hasta el extremo de anonadarse y consumirse para testificarles su amor. En pago de este sacrificio sólo recibo de la mayor parte de ellos ingratitudes, á causa de los desprecios, las irreverencias, los sacrilegios y la frialdad con que me tratan en este Sacramento de amor.

«Pero lo que me es aún más sensible, es que me traten así corazones que me están consagrados.

«Por esto te pido que el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, se consagre á celebrar una fiesta particular para honrar mi Corazón, desagraviándole públicamente, comulgando en dicho día para reparar los indignos tratamientos que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias

de su divino amor sobre los que le tributen este honor y trabajaren para que del mismo modo le honren los demás.

—«Pero dulce Señor mío, le replicó Margarita toda confusa, ¿á quién os dirigís? ¿á una criatura tan ruín, á una pecadora tan miserable, que su indignidad será capaz de impedir el cumplimiento de vuestros designios?»

—«¡Y qué! le respondió el divino Maestro, ¿no sabes que me sirvo de los débiles para confundir á los fuertes, y que ordinariamente hago brillar mi poder con más esplendor sobre los pequeños y pobres de espíritu, para que nada se atribuyan á sí propios?

—«Pues entonces, dijo la beata Margarita, dadme como pueda hacer lo que me mandais.» Y Jesús añadió: «Dirígete á mi siervo (era éste el P. de la Colombière, director de sor Margarita María, y religioso muy ejemplar de la Compañía de Jesús), y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción y dar esta alegría á mi Corazón.»

Instruido de esta orden del divino Maestro, el santo religioso obedeció con fervor. El viernes después de la octava de Corpus (21 de Junio de 1675), se consagró enteramente como víctima de adoración y de reparación al Corazón adorable de Jesús. Persuadió á varias personas piadosas á hacer otro tanto, y á practicar fielmente las reglas trazadas por Nuestro Señor á sor Margarita María tocante á la frecuente Comunión, y especialmente la Comunión reparado-

ra del primer viernes de cada mes, como también la del primer viernes que sigue á la octava de Corpus. Los efectos de esta santa práctica fueron maravillosos.

Séanlo también en adelante para nosotros y en nosotros. Sí, es preciso que para entrar en los misericordiosos designios de nuestro Salvador, sigamos también humilde y amorosamente los consejos que Él mismo se dignó dar á su bienaventurada Sierva.

Ante todo reanimemos nuestra fe y nuestro celo respecto á la divina Eucaristía, y pongamos mucho cuidado en evitar esas negligencias é irreverencias de que se queja Nuestro Señor. Permanezcamos en su presencia con profundísimo respeto siempre que esté expuesto en los altares, cuando oigamos la santa Misa ó entremos en cualquier iglesia donde Él resida; adorémosle con amor humilde, y postrados á sus piés démosle, de lo íntimo de nuestro corazón, pública satisfacción de nuestras culpas, como expresamente lo tiene pedido.

Además de esto, comulguemos en adelante con más frecuencia y con mejores disposiciones que hasta aquí. «Me recibirás en la santa Comunión cuantas veces te lo permita la obediencia.» A nosotros, no menos que á la beata Margarita, van dirigidas estas palabras de Jesús. Su sacratísimo Corazón nos llama á todos á la sagrada Mesa. ¡Oh! ¿cuándo llegará el dia en que todos escuchen esta voz y acudan á es-

te llamamiento? En los designios de Jesús, como dice el Concilio de Trento repitiendo las palabras de Santo Tomás, San Agustín y San Ambrosio, «el Pan eucarístico es nuestro pan cotidiano; se le recibe todos los días como remedio de la enfermedad de cada día. Recibámosle, pues, todos los días, á fin de que todos los días nos aproveche. Pero vivamos de suerte que merezcamos recibirle diariamente.» Esta es la gran regla práctica de la Comunión; este el deseo de la Iglesia; este el clamor del Corazón de Jesús. Mostremos á nuestro Padre espiritual un alma tan francamente buena, tan sinceramente animada de buenos deseos y de celo por el servicio de Jesucristo, que pueda decirnos estas consoladoras palabras: «Vé, hijo mío, vé con toda confianza, y recibe, si es posible, cada día al Dios de tu corazón.» ¡Cuánto cambiaría la faz del mundo si muchas almas entrasen resueltamente en este camino de bendición, de amor, de fervor, de salud!

Finalmente, según el precepto de nuestro dulce Dueño, consagrémonos de una manera especial á la adoración reparadora el primer viernes de cada mes, y hagamos en él con espíritu de penitencia y humildad la Comunión que Jesús pide á todos los «discípulos de su sagrado Corazón.»

Sí, Jesús dulcísimo, celador de las almas, que encontrais vuestras delicias en estar entre los hijos de los hombres; verdadero Pan de vida, nuestras almas esperan saciarse con Vos. No las despidais ham-

brientas, porque caerán desfallecidas en mitad de su camino. Venid á nuestro espíritu, y alumbradlo con vuestros resplandores; penetrad en nuestro corazón, y abrasadlo en el fuego de vuestro santo amor.

IV

De otras dos bellas visiones del sagrado Corazón que tuvo la beata Margarita María Alacoque

Estaba un día sor Margarita arrodillada en un patio del monasterio, próximo á la capilla del Santísimo Sacramento, ocupada en la labor que le habían encomendado, junto á un avellano que todavía se enseña hoy en Paray-le-Monial.

«Sentíme del todo recogida interior y exteriormente (dice ella misma en la memoria en que por obediencia iba notando los favores sobrenaturales que recibía), y vi el Corazón de mi adorable Jesús más resplandeciente que el sol. Parecía como envuelto en llamas; y estas llamas eran las de su amor. Estaba rodeado de Serafines que con admirable concierto cantaban: —«¡El amor triunfa!......» ¡El amor se regocija en Dios!»

Aquellos bienaventurados espíritus me invitaban á unirme á ellos en su cántico de alabanzas al Corazón de Jesucristo; mas yo no me atrevía. Reprendiéronme por esto, y me dijeron que habían venido

para tributar conmigo á este sagrado Corazón un homenaje perpétuo de amor, adoración y alabanza; que para esto ocuparían mi lugar delante del Santísimo Sacramento, á fin de que por su medio pudiera amarle y adorarle sin interrupción; que participarían del amor paciente en mi persona, así como yo participaría en la suya del amor triunfante. Al mismo tiempo me pareció que escribían en letras de oro esta asociación en el sagrado Corazón, con los caractéres indelebles del amor.

«Esto duró unas dos ó tres horas, y toda mi vida he sentido sus efectos, tanto por el auxilio que he recibido de esta misteriosa asociación, como por la suavidad que había producido y produce todavía en mí.

«En consecuencia quedé llena de confusión. No obstante, al rogar á estos santos Ángeles, sólo les llamaba mis divinos asociados. Esta gracia me dió tan gran deseo de la pureza de intención, y me hizo concebir tan alta idea de la que es preciso tener para conversar con Dios, que todas las cosas me parecían impuras en comparación del fervor de los Serafines.»

¡Ay! ¡que no esteis delante del sagrado Tabernáculo por nosotros como estábais por aquella dichosa criatura, oh abrasados Serafines, purísimos y perfectísimos adoradores del Corazón de nuestro Dios! Mas ¡qué digo! ¡Allí estais; de allí no os separais un momento! Día y noche adorais por nosotros y con nosotros, en el cielo y en el Santísimo Sacramento, á

Nuestro Señor Jesucristo, vuestro Rey y nuestro Rey, vuestro Amor y nuestro Amor, vuestra Luz y nuestra Luz. Lo que vosotros haceis invisiblemente, lo hacemos nosotros visiblemente; lo que haceis en la bienaventuranza del cielo, lo hacemos ¡ay! ó al menos debemos hacerlo; en medio de los combates y miserias de la tierra. ¡Ah! ¡suplid la frialdad é imperfección de nuestras adoraciones! Aunque no os ligue un pacto especial con ninguno de nosotros como á vuestra bienaventurada «Asociada,» no por eso deja de reinar entre vosotros y nosotros, entre la Iglesia del cielo y la de la tierra, una íntima é indisoluble unión. ¡Venid, pues, venid á ayudarnos, bienaventurados Serafines, Querubines, Ángeles, Arcángeles de los nueve coros celestiales! ¡Venid, adoremos á Jesús! ¡Adorémosle juntos en el misterio en que triunfan su amor y su sacrificio; y con un mismo corazón adoremos, amemos, exaltemos á su sagrado Corazón! *Venite, adoremus!*

La beata Margarita María tuvo también la dicha de contemplar en otra visión no menos esplendorosa al Corazón divino. El 27 de Diciembre de 1686, día de San Juan Evangelista, en el momento en que acababa de comulgar, quiso Nuestro Señor revelarle una vez más los misterios de su santo amor.

«Se me representó, dice, el Corazón de Jesús, como en un trono todo de fuego y llamas que despedía por todos lados, más resplandeciente que el sol, y trasparente como un cristal. En él se descubría vi-

siblemente la llaga que recibió en la cruz. Tenia al rededor una corona de espinas, y encima una cruz, que parecia plantada en él.

«Mi divino Maestro me dió á conocer que aquellos instrumentos de su Pasión, significaban que el amor inmenso de su Corazón hacia los hombres habia sido el origen de todos los padecimientos y humillaciones que quiso sufrir por nosotros; que desde el primer instante de su Encarnación tuvo presentes todos aquellos tormentos, y que desde aquel primer momento quedó plantada, por decirlo así, la cruz en su Corazón; que para manifestarnos su amor aceptó desde entonces todos los dolores que su santa humanidad debía sufrir durante el curso de su vida mortal, como también todos los ultrajes á que su amor á los hombres había de exponerle hasta el fin de los siglos en el augusto Sacramento de nuestros altares.

«Y Jesús añadió: —«Tengo una sed ardiente de « ser honrado y amado de los hombres en el Santí« simo Sacramento; y, sin embargo, no encuentro « casi ninguno que se esfuerce, como deseo, en miti« gar mi sed, correspondiendo de algún modo á mi « amor.»

La beata Margarita María nos dice que le atravesó el alma esta amorosa queja de su Salvador. ¡Ojalá traspase también la nuestra! ¡Ojalá que, á la manera que un viento irresistible conmueve los grandes árboles así también conmueva, sacuda, despierte á todos los sacerdotes, ministros de la sagrada Euca-

ristía, dispensadores de los santos Misterios, y les haga comprender lo que muchos no compreden bastante, á saber, el ardiente, el insaciable deseo que tiene Jesús de que todos sus hijos se acerquen á la santa Mesa y rodeen los altares para recibir en ellos la adorable Comunión! A este fin el Salvador les confía ese vehemente deseo de su Corazón, y lo abandona plenamente á su amor, á su celo y á su fidelidad.

¡Bienaventurado el sacerdote cuyo único cuidado consiste en hacer conocer á las almas á Jesús en la Eucaristía; en exitarlas «á comulgar santa y frecuentemente, *sancte ac frequenter*, como dice la Iglesia,[1] y aún cada día si es posible! ¡Bienaventurado y mil veces bendito el siervo verdaderamente prudente y fiel que corresponde á los deseos de su buen Señor, dando con santa misericordia el Pan de vida á los hijos de Dios! La piedad y el fervor florecerán en su derredor: alimentados con Jesús, los niños conservarán fácilmente su inocencia; los jóvenes, la belleza virginal de sus almas; las familias, la santidad grave y dulce del hogar doméstico; las santas vocaciones, las buenas obras, el celo por la fe, la caridad con los desgraciados, se desarrollarán como por encanto; en una palabra, este bendito sacerdote verá multiplicarse en torno suyo cuanto hay de bello y bueno acá bajo, como una prenda de su corona eterna.

1 Rituale Rom., «De Eucharistia.»

¡Ah! pidamos al Corazón de Jesús que dé sin cesar á su Iglesia sacerdotes ardientemente consagrados á los celestiales intereses del Santísimo Sacramento; sacerdotes cuyo supremo gozo sea dar Jesús á las almas, á todas las almas, á fin de que Jesús viva y reine verdaderamente en ellas. No se olvide nunca que este es el deseo más ardiente de su sagrado Corazón.

V

Magníficas y consoladoras promesas de Nuestro Señor á los devotos de su Corazón

En la hermosa visión que acabamos de referir, en la que Nuestro Señor hizo contemplar á sor Margarita María su sagrado Corazón rodeado de luz vivísima, sobre un trono misterioso y resplandeciente, hízole en favor de los que se consagrasen á su culto promesas tan consoladoras como edificantes. Grabémoslas en nuestras almas, y meditémoslas con amor y gratitud.

Dijo Jesús á la beata Margarita María: «El gran deseo que tengo de ser amado perfectamente por los hombres, me ha inducido á manifestarles mi Corazón, y darles en estos últimos tiempos este último esfuerzo de mi amor, proponiéndoles un objeto y un medio tan á propósito para obligarles á amarme, y amarme sólidamente.»—Como veis, pues, el sagrado

Corazón se nos da como un remedio extremo en los peligros extremos; los peligros de los últimos tiempos. «Habrá entonces, dice el Evangelio, una gran tribulación cual no la ha habido desde el principio del mundo... Se conmoverán las virtudes del cielo... Muchos se dejarán seducir. Y si el Señor no abreviase aquellos días, nadie se salvaría; mas por los escogidos serán abreviados.»[1] Ahora bien, ¿cuál es, cuál será para nosotros el gran medio de preservación y de salud? Jesús mismo se digna manifestárnoslo: es su adorable Corazón, «último esfuerzo de su amor en estos últimos tiempos.» ¿Y cómo nos salvará el culto amoroso de su divino Corazón? Excitándonos «á amarle y amarle sólidamente.» Puede afirmarse sin temor que «los elegidos,» los verdaderos cristianos de los últimos tiempos de la Iglesia, serán los fieles del sagrado Corazón de Jesús.

El Salvador dijo además: «Dándoles mi Corazón, les abro todos los tesoros de amor, de gracia, de santificación y de salvación que este Corazón encierra, á fin de que todos los que quieran rendirle y procurarle todo el amor y honor que les fuere posible, sean enriquecidos con profusión de los tesoros de que este divino Corazón es fuente, y fuente fecunda é inagotable. Yo escribiré sus nombres en mi Corazón y no permitiré jamás que sean borrados de él.» «To-

1 Matth. XXIV, 21, 22, 29.—Marc. XIII, 6, 20.

¡Ah! pidamos al Corazón de Jesús que dé sin cesar á su Iglesia sacerdotes ardientemente consagrados á los celestiales intereses del Santísimo Sacramento; sacerdotes cuyo supremo gozo sea dar Jesús á las almas, á todas las almas, á fin de que Jesús viva y reine verdaderamente en ellas. No se olvide nunca que este es el deseo más ardiente de su sagrado Corazón.

V

Magníficas y consoladoras promesas de Nuestro Señor á los devotos de su Corazón

En la hermosa visión que acabamos de referir, en la que Nuestro Señor hizo contemplar á sor Margarita María su sagrado Corazón rodeado de luz vivísima, sobre un trono misterioso y resplandeciente, hízole en favor de los que se consagrasen á su culto promesas tan consoladoras como edificantes. Grabémoslas en nuestras almas, y meditémoslas con amor y gratitud.

Dijo Jesús á la beata Margarita María: «El gran deseo que tengo de ser amado perfectamente por los hombres, me ha inducido á manifestarles mi Corazón, y darles en estos últimos tiempos este último esfuerzo de mi amor, proponiéndoles un objeto y un medio tan á propósito para obligarles á amarme, y amarme sólidamente.»—Como veis, pues, el sagrado

Corazón se nos da como un remedio extremo en los peligros extremos; los peligros de los últimos tiempos. «Habrá entonces, dice el Evangelio, una gran tribulación cual no la ha habido desde el principio del mundo... Se conmoverán las virtudes del cielo... Muchos se dejarán seducir. Y si el Señor no abreviase aquellos días, nadie se salvaría; mas por los escogidos serán abreviados.»[1] Ahora bien, ¿cuál es, cuál será para nosotros el gran medio de preservación y de salud? Jesús mismo se digna manifestárnoslo: es su adorable Corazón, «último esfuerzo de su amor en estos últimos tiempos.» ¿Y cómo nos salvará el culto amoroso de su divino Corazón? Excitándonos «á amarle y amarle sólidamente.» Puede afirmarse sin temor que «los elegidos,» los verdaderos cristianos de los últimos tiempos de la Iglesia, serán los fieles del sagrado Corazón de Jesús.

El Salvador dijo además: «Dándoles mi Corazón, les abro todos los tesoros de amor, de gracia, de santificación y de salvación que este Corazón encierra, á fin de que todos los que quieran rendirle y procurarle todo el amor y honor que les fuere posible, sean enriquecidos con profusión de los tesoros de que este divino Corazón es fuente, y fuente fecunda é inagotable. Yo escribiré sus nombres en mi Corazón y no permitiré jamás que sean borrados de él.» «To-

1 Matth. XXIV, 21, 22, 29.—Marc. XIII, 6, 20.

dos los que quieran,» dice nuestro Salvador, ¿y quién no querrá? «Todos los tesoros de amor, de gracia, de misericordia, de santificación y de salvación:» ¡qué promesas! ¡qué bondad! ¡Oh! ¿quién será tan enemigo de sí mismo que no abra su corazón á la voz de Jesucristo?

Respondiendo de antemano á las críticas de los jansenistas, de los que todo lo censuran, y aun de ciertos cristianos mal aconsejados, dijo después Nuestro Señor á la beata Margarita María: «Siento singular complacencia en ver los sentimientos interiores de mi Corazón y de mi amor, honrados bajo la figura de este Corazón de carne, tal como te lo he mostrado, y cuya imagen quiero que se exponga públicamente para que conmueva el corazón insensible de los hombres. Derramaré con abundancia en el corazón de los que le honren los tesoros de gracias de que está lleno mi Corazón; y en todo lugar donde se exponga su imagen para ser así singularmente honrada, atraerá sobre él toda suerte de bendiciones.» —Tengamos, pues, en nuestras casas, y llevemos en nuestros pechos alguna piadosa imagen del sacratísimo Corazón de Jesús, digan lo que quieran los mundanos. ¿No vale cien veces más obedecer y agradar á Jesús que á los hombres?

En fin, la dichosa confidenta de los misterios del sagrado Corazón resume del siguiente modo, en una carta que escribió pocos años antes de su muerte, las maravillosas ventajas de la devoción al Corazón de Jesús:

«No sé que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más á propósito para elevar en poco tiempo un alma á la más alta santidad, y hacerla gustar las verdaderas dulzuras del servicio de Dios.

«Sí, lo digo con seguridad: si se supiese cuán agradable es á Jesucristo esta devoción, no habría cristiano alguno, por poco amor que tuviese á este amable Salvador, que no la practicase inmediatamente.

«Los seglares encontrarán por este medio todos los socorros necesarios á su estado, es decir, la paz en su familia, el alivio en sus trabajos, y las bendiciones del cielo en todas sus empresas. En este Corazón adorable encontrarán un lúgar de refugio durante su vida y principalmente en la hora de su muerte. ¡Ah! ¡cuán dulce es morir después de haber tenido una constante devoción el sagrado Corazón de Aquél que nos ha de juzgar!»

En cuanto á los religiosos y sacerdotes, hé aquí las magníficas promesas que les conciernen de un modo especial: «Mi divino Salvador me ha hecho entender que los que trabajan en la salvación de las almas tendrán el arte de mover los corazones más endurecidos, y trabajarán con maravilloso éxito, si están animados de una tierna devoción á su divino Corazón.

«Abracen los religiosos y religiosas esta devoción santificante; pues de ella sacarán tantos auxilios, que no será necesario otro medio para restablecer en las comunidades menos observantes el primer fervor y la más exacta regularidad, y para llevar á la mayor

perfección las comunidades que viven ya en la regularidad más exacta.»

Aplíquese cada cual á sí propio lo que dice al terminar la carta la beata Margarita: «Nadie habría en el mundo que no sintiese todo género de auxilios del cielo, si tuviese á Jesucristo un amor agradecido, tal como el que se le testifica con la devoción á su sagrado Corazón.»

Os saludo, ¡ Oh adorable Corazón de Jesús, santuario delicioso de las almas puras, horno ardiente del divino amor! Vos seréis el lugar de mi refugio y mi asilo siempre. Vos seréis el único deseo de mi corazón, luminoso astro de mi espíritu, océano de delicias inefables: yo sólo quiero vivir y morir en Vos. Poseed, benigno Jesús, mi corazón; perdonad mi ingratitud, y concededme que en mi último suspiro sea víctima de vuestro divino amor.

VI

Que los esfuerzos del infierno no han podido impedir el establecimiento y propagación del culto del sagrado Corazón de Jesús.

Cuanto más excelente y provechoso para las almas fuese el culto del sagrado Corazón, más debía temerle el demonio é impedir su establecimiento por cuantos medios le fuera posible. Para su intento sirvióse principalmente de una nueva secta nacida del

calvinismo, y que pronto, bajo el nombre de *jansenismo*, tomó en Francia proporciones desoladoras.

So pretexto de penitencia y austeridad, y de un retorno más pefecto á las primitivas tradiciones del Cristianismo, los jansenistas batían en brecha con todas sus fuerzas cuanto hay consolador y misericordioso en la Religión: la Comunión frecuente, la confianza en la misericordia divina, el amor y el culto de la Santísima Virgen, la magnificencia del culto divino. Aquellos herejes, de corazón de hielo, sin amor de Dios ni de los hombres, no podian ver con buenos ojos una devoción toda impregnada de amor, cual es la del sagrado Corazón. En una série de abominables intrigas, de libelos difamatorios y de persecuciones más ó menos abiertas, hicieron esfuerzos desesperados para ahogar en su cuna la devoción naciente del sagrado Corazón de Jesús. En su primer ensayo la representaron como supersticiosa, absurda, ridícula, impía; después intentaron sublevar contra ella el clero, los fieles y aún algunos doctores en Teología; trataron también de engañar á los obispos; esforzáronse en irritar contra ella al rey Luis XIV, lo cual lograron momentáneamente. Las iras de los herejes recayeron principalmente sobre la benemérita Compañía de Jesús, que en su celo ardiente y contínuo por la salvación de las almas, habia abrazado con amor muy digno de ella la devoción del Sagrado Corazón. La pobre sor Margarita María fué objeto de burla; y sus luminosas revelaciones, no obstan-

te el examen y aprobación de la autoridad competente; aquellas revelaciones que Nuestro Señor había confirmado con milagros, fueron tildadas de delirios.

Ya antes la cólera del demonio y de los jansenistas se había concentrado sobre un santo misionero que la Providencia había suscitado para preparar los caminos á la beata Margarita María, y á la revelación propiamente dicha de los misterios del Corazón de Jesús. Era este el P. Eudes, discípulo del cardenal de Berulle y del P. Condren, y amigo de San Vicente de Paul, del venerable Olier y de lo más eminente en ciencia y virtud que tenía el clero en aquel siglo. Hacía más de cincuenta años que aquel admirable religioso, á quien el reverendo Olier llamaba «maravilla de su siglo,» llenaba la Francia entera con sus predicaciones apostólicas, y propagaba á su paso con fervor verdaderamente inspirado el amor y el culto de los sagrados Corazones de Jesús y María. Esta era su devoción predilecta, que comunicaba, no solamente á los pueblos, sino también al clero y á las Congregaciones religiosas. Con aprobación y bajo los auspicios del Episcopado, fundó una Congregación de misioneros (los padres *Eudistas*), especialmente dedicada á este culto de amor; fundó seminarios, capillas públicas, numerosas y florecientes cofradías que fueron aprobadas oficialmente por la Santa Sede, y esto cabalmente en la misma época que comenzaba Jesús á revelarse milagrosamente á la bea-

ta Margarita en el silencio del monasterio de Paray-le-Monial.

Con justa razón, por lo tanto, puede y debe llamarse también el P. Eudes «apóstol del sagrado Corazón de Jesús.» Desde 1645 tuvo la dicha de ver que se le rendía culto solemne en los seminarios de su Congregación y en muchas casas religiosas; y en 1671 varios obispos franceses aprobaron y autorizaron en sus diócesis, siempre á instancias del P. Eudes, tan admirable devoción, permitiendo se celebrase públicamente en honor del sagrado Corazón una fiesta con Misa y Oficio propios, que compuso aquel piadoso misionero, y que han sido aprobados en dos distintas ocasiones por la Santa Sede. En 1674, al tiempo que Nuestro Señor se revelaba de un modo tan esplendente á la beata Margarita María Alacoque, Clemente X daba por medio de seis Breves apostólicos la suprema sanción de la Santa Sede á la legitimidad del culto del sagrado Corazón.

El infierno se desencadenó más furioso que nunca contra el P. Eudes, aprovechando la actitud verdaderamente sacerdotal que había tomado el santo misionero en las primeras contiendas con el galicanismo, que, como es sabido, habían nacido de las intrigas jansenistas. El generoso defensor de los derechos del amor á Jesucristo y de la autoridad de su Vicario, tuvo la gloria de sufrir el destierro y la persecución. Murió á la edad de más de ochenta años en olor de santidad.

Como la palabra de Dios no puede faltar, no tardaron en verse cumplidas las promesas hechas á la venerable Alacoque, y el culto del sagrado Corazón se propagó maravillosamente por todas partes, produciendo abundantes frutos de gracia y conversión. Otorgados ya varios Breves de indulgencias por diversos Papas, y erigidas con autoridad de la Santa Sede muchísimas Congregaciones para honrar con particular culto al sagrado Corazón de Jesús, Clemente XIII concedió en 1765 Oficio y Misa propios del sagrado Corazón; elevándolos en seguida á la categoría de primera clase en el rito. Pio VI, en su memorable bula dogmática *Auctorem fidei*, condenó los errores é impugnaciones del jansenismo contra la devoción al Corazón divino de nuestro adorable Salvador.[1] Pio VII, por un rescripto de 10 de Marzo de 1802, concedió indulgencias á los que se asociasen á esta devoción. Pio IX extendió en 1856 á la Iglesia universal la fiesta del sagrado Corazón, que ya se

1 Aquellos herejes, que no habían podido impedir que la devoción al sagrado Corazón de Jesús echase hondas raíces en las almas piadosas, trabajaron por infundir en otras muchas, muy buenas por otra parte, lamentables preocupaciones sobre tan santa devoción, que aún hoy día subsisten en algunos. Para desvanecerlas creemos utilísimas las consideraciones contenidas en un excelente librito que en nuestros días ha publicado el Rdo. Padre Antonio Gació, de la Compañía de Jesús, con el título "Declaración y Meditaciones de los Oficios del sagrado Corazón de Jesús," §§ 1º y 2º —Barcelona, Tipografía Católica, 1876.

celebraba por privilegio casi en todas las diócesis; y por Breve de 19 de Agosto de 1864 llevó al honor de los altares á la beata Margarita María Alacoque. Finalmente, por siempre memorable será el año 1875, en que Pio IX, movido de su devoción al sacratísimo Corazón y de las multiplicadas súplicas del Episcopado y de algunos millones de fieles[1] dispuso que todos los hijos de la Iglesia católica se consagrasen solemnemente al sagrado Corazón de Jesús, dando á este objeto la sagrada Congregación de Ritos un decreto acompañado del acto de consagración, que lleva el sello de la aprobación del Jefe supremo de la Iglesia. El 16 de Junio del mismo año el cielo y la tierra contemplaron un solemne y magnífico espectáculo; el de todos los fieles del mundo entero, bajo el

1 El P. Chevalier, fundador y primer superior de la Congregación de misioneros del sagrado Corazón de Jesús en Issoudun, presentó á Su Santidad una súplica suscrita en pocos meses por tres millones de católicos de todo el orbe, pidiendo la consagración de la Iglesia y del mundo al sagrado Corazón de Jesús, formando treinta volúmenes ricamente encuadernados, uno de los cuales contenía cartas de ciento sesenta obispos que prohijaban aquella petición. Esta ofrenda, que llenaba los deseos expresados algunos meses antes por Su Santidad al manifestar al mismo P. Chevalier "que se tendria por dichoso de consagrar el mundo católico al sagrado Corazón de Jesús si los fieles lo podían," fué recibida por el Papa con indecible júbilo, contestando al sentido discurso que aquel le dirigió, en los siguientes términos: "¡Tres millones! es todo un ejército! Pues bien, voy á ponerme á su frente, é irémos á conquistar el mundo."

cayado de sus Pastores, ofreciéndose en los mismos términos, y en unión y por mediación del Soberano Pontífice, todos unidos en holocausto de perfecta y eterna consagración, al santísimo Corazón de Jesús. Así en el decurso de doscientos años, á la par de los ataques de los enemigos, ha seguido ganando terreno el mismo culto tan rudamente atacado, hasta el punto de llegar á ser considerada hoy la devoción al sagrado Corazón de Jesús, como la devoción providencial de los tiempos modernos.

También yo, amabilísimo Salvador mío, quiero consagrarme enteramente á vuestro adorable Corazón. Infundidme el espíritu de vuestra Iglesia, que es vuestro santo Espíritu, vuestro Espíritu de amor. En Él, á su luz divina, quiero aprender á conoceros, á adoraros, á serviros, á ganaros corazones, á consolaros de tantas ingratitudes, á desagraviaros de tantos ultrajes. Vivid en mi entendimiento por la fe, y por el amor en mi corazón, y dadme vida de amor. Reinad Vos, Señor, ahora y siempre en nuestras familias, en nuestros gobiernos, en nuestra ciencia, en nuestras artes, en nuestros ejércitos, en nuestros talleres, en nuestras costumbres, en nuestros cuerpos y en nuestras almas, en todo lo nuestro, siendo *todo para todos*, y todos únicamente de Vos, con Vos y para Vos en el tiempo y en la eternidad.

VII

Que la revelación del sagrado Corazón hecha en el siglo XVII no era cosa inaudita en la Iglesia.

Los jansenistas acusaban de «novedad,» de «cosa nunca oida,» el culto del sagrado Corazón. Craso error.

Como ya hemos dicho, cuatro siglos antes de las revelaciones de Jesucristo á la venerable Alacoque, Santa Gertrudis había recibido de Nuestro Señor, acerca del sagrado Corazón, revelaciones no menos espléndidas que las de Paray-le-Monial. Jesús mismo le ordenó que las pusiese por escrito. «No saldrás de este mundo,—díjole un día en que su humildad la hacía vacilar,—no saldrás de este mundo que no hayas acabado de escribir. Quiero que tus escritos sean para los últimos tiempos una prenda de mi divina bondad. Por medio de ellos haré gran bien en muchas almas. Mientras escribieres, tendré tu corazón junto al mío, y verteré en él gota á gota lo que debas decir.» Y el admirable libro de Santa Gertrudis la ha constituido en muy íntima evangelista del sagrado Corazón de Jesús.

Tenía la Santa particularísima devoción al apóstol San Juan, y asistiendo á Maitines un día de su fiesta, se le apareció el Discípulo amado de Jesús, rodeado de una gloria incomparable. «Amorosísimo

cayado de sus Pastores, ofreciéndose en los mismos términos, y en unión y por mediación del Soberano Pontífice, todos unidos en holocausto de perfecta y eterna consagración, al santísimo Corazón de Jesús. Así en el decurso de doscientos años, á la par de los ataques de los enemigos, ha seguido ganando terreno el mismo culto tan rudamente atacado, hasta el punto de llegar á ser considerada hoy la devoción al sagrado Corazón de Jesús, como la devoción providencial de los tiempos modernos.

También yo, amabilísimo Salvador mío, quiero consagrarme enteramente á vuestro adorable Corazón. Infundidme el espíritu de vuestra Iglesia, que es vuestro santo Espíritu, vuestro Espíritu de amor. En Él, á su luz divina, quiero aprender á conoceros, á adoraros, á serviros, á ganaros corazones, á consolaros de tantas ingratitudes, á desagraviaros de tantos ultrajes. Vivid en mi entendimiento por la fe, y por el amor en mi corazón, y dadme vida de amor. Reinad Vos, Señor, ahora y siempre en nuestras familias, en nuestros gobiernos, en nuestra ciencia, en nuestras artes, en nuestros ejércitos, en nuestros talleres, en nuestras costumbres, en nuestros cuerpos y en nuestras almas, en todo lo nuestro, siendo *todo para todos*, y todos únicamente de Vos, con Vos y para Vos en el tiempo y en la eternidad.

VII

Que la revelación del sagrado Corazón hecha en el siglo XVII no era cosa inaudita en la Iglesia.

Los jansenistas acusaban de «novedad,» de «cosa nunca oida,» el culto del sagrado Corazón. Craso error.

Como ya hemos dicho, cuatro siglos antes de las revelaciones de Jesucristo á la venerable Alacoque, Santa Gertrudis había recibido de Nuestro Señor, acerca del sagrado Corazón, revelaciones no menos espléndidas que las de Paray-le-Monial. Jesús mismo le ordenó que las pusiese por escrito. «No saldrás de este mundo,—díjole un día en que su humildad la hacía vacilar,—no saldrás de este mundo que no hayas acabado de escribir. Quiero que tus escritos sean para los últimos tiempos una prenda de mi divina bondad. Por medio de ellos haré gran bien en muchas almas. Mientras escribieres, tendré tu corazón junto al mío, y verteré en él gota á gota lo que debas decir.» Y el admirable libro de Santa Gertrudis la ha constituido en muy íntima evangelista del sagrado Corazón de Jesús.

Tenía la Santa particularísima devoción al apóstol San Juan, y asistiendo á Maitines un día de su fiesta, se le apareció el Discípulo amado de Jesús, rodeado de una gloria incomparable. «Amorosísimo

bate, no pueden ser jueces en su propia causa. La Iglesia, representada por la Santa Sede, es el único tribunal competente que puede decidir tan grave cuestion; solamente este tribunal está revestido de un poder superior al temporal; él solo es independiente y desinteresado, mas que cualquiera otro, por su carácter religioso, y solo él ofrece garantías de moralidad, justicia, sabiduría y ciencia necesarias para funcion tan augusta y delicada.

Por otra parte, este es el órden establecido por Dios, no para el interes personal de la Iglesia, sino para el interes general de las sociedades, de los Soberanos y de las naciones. El juicio en estas altas cuestiones de justicia social, estriba, como en los casos particulares de conciencia, en la palabra inmutable de Jesucristo, cuando dice al Jefe de su Iglesia: "Todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo." Esta es la teoría verdadera y católica sobre la soberanía del pueblo, y sobre los cambios de gobierno.

Hay un abismo entre esta doctrina y la soberanía del pueblo, tal cual la entiende la Revolucion y la entendieron los constituyentes de 89. Segun estos, el pueblo saca la soberanía de sí mismo, y no la recibe de Dios; nada quiere saber de Dios, pretendiendo separarse de El. Además, y como consecuencia de este primer error, desecha la Iglesia, privándose de este modo del único poder moderador que Dios instituyó para protejerle contra el despotismo y la anarquía. Desde que los Reyes y los pueblos han rechazado esta direccion maternal de la Iglesia, los vemos efectivamente obligados á decidir á cañonazos sus casos de conciencia, por el sangriento derecho del mas fuerte; y las sociedades políticas, á pesar de sus pretensiones á progreso marchan rápidamente hácia la decadencia pagana. En vez del órden, fruto de la obediencia, ya no hay en el mundo mas que despotismo ó anarquía, frutos de la rebelion; la nocion de la verdadera soberanía, por decirlo así, ya no existe sobre la tierra.

"Todo esto puede ser muy verdad en teoría, pero ¿y en práctica?" No es culpa de la teoría, si esta es difícil de practicar, la culpa está en la debilidad y la corrupcion humana. Con este principio sucede como con todos los principios de conducta: la teoría, la regla, es clara, verdadera, perfecta. Su aplicacion *perfecta* es imposible, porque la perfeccion no es de este mundo, pero cuanto mas se acerca la práctica á la teoria, tanto mas cerca se está de la verdad, del órden y del bien.

Hace ya muchísimo tiempo que los Estados temporales desdeñan la teoría, y se conducen segun sus caprichos; olvidan y rechazan mas y mas la direccion divina de la Iglesia; y como el

hijo pródigo, se alejan cada dia mas de la casa paterna. Por esto tambien el mundo, estraviado léjos de Dios, se encnentra en revolucion permanente, á pesar de los esfuerzos prodigiosos que se hacen para llegar al órden, y contener el mal. Si la sociedad quiere nó perecer, habrá de volver, tarde ó temprano, al principio católico, al único verdadero principio de la soberanía. Leibnitz, hombre de génio, aunque protestante, deseaba de todas veras la vuelta de las sociedades á la alta direccion moral de la Santa Sede y de la Iglesia: "Seria de opinion, escribia, de establecer en la misma Roma un tribunal para juzgar las diferencias y altercados entre los príncipes, y hacer al Papa su presidente." Este tribunal existe, existe en derecho divino é inmutable, aunque se le desconozca. Lo repito, no hay salvacion mas que por este medio. "La Revolucion no cesará, decia M. de Bonald, sino cuando los derechos de Dios habrán reemplazado á los derechos del hombre."

Deseemos, pues, con la mayor ánsia, como católicos y como buenos ciudadanos, la conformidad de la práctica á la teoría y hasta nueva órden, apliquemos la teoría del modo menos imperfecto que podamos.

"Pero ¿no abre este sistema la puerta á mil y mil inconvenientes?" Es muy posible; pero entre dos males necesarios, debemos escojer el menor.

En caso de un conflicto entre el soberano y la nacion, ¿qué sucede en el dia? ¿Por quien quedará la victoria? ¿Será acaso por el derecho, la justicia, la verdad? Si, siempre que la fuerza bruta se encuentre de su lado: nó, si, segun lo que sucede por lo comun, esta favorece al partido del mal. En ambos casos es la guerra civil erigida en principio, sangrienta y feroz, en la que el éxito todo lo justifica, y que arruina y apura todas las fuerzas vivas del Estado. Nada de todo esto se vería en el sistema católico, en el cual todo se arreglaría pacíficamente. Los dos partidos ventilarían su causa ante el tribunal augusto de la Santa Sede, y se someterían á su decision. No habria sangre derramada, ni guerra civil, ni Erario público arruinado, etc. ¿No es esto muy hermoso y muy de desear?

Concedo de buena gana que, vista la corrupcion humana, habria quizá algunas intrigas, algunas miserias al rededor de este tribunal sagrado; pero los inconvenientes que traería este sistema serian muy poca cosa en comparacion de sus beneficios; y la alta influencia de la Religion sería, ella sola, una garantía poderosa contra los abusos. "¿No reune la Iglesia, dice Bossuet, no reune todos los títulos, por donde se puede esperar el triunfo de la Justicia?" Por otra parte, este tribunal solo decidiría segun

«Por el segundo latido, no ceso de manifestar á mi Padre cuánto me felicito por haber dado mi sangre para rescatar á tantos justos, en cuyos corazones gusto delicias sin cuento. Invito á la Corte celestial á admirar conmigo la vida de esas almas perfectas, y á dar gracias á Dios por todos los bienes que les ha dado, ya, ó que les prepara. Finalmente, este latido de mi Corazón es el trato habitual y familiar que tengo con los justos, ya para testificarles deliciosamente mi amor, ya para reprenderles por sus faltas y hacerles progresar de día en día y de hora en hora.

«Así como ninguna ocupación exterior, ni distracción alguna de la vista ni del oido interrumpen los latidos del corazón humano; así tampoco el gobierno providencial del universo podrá hasta el fin de los siglos detener, interrumpir ó retardar un instante estos dos latidos de mi Corazón.»

Otro día, teniendo su Corazón en las manos, Jesús lo presentó á Santa Gertrudis, y le dijo: «Mira mi dulcísimo Corazón, armonioso instrumento cuyos acordes embelesan á la Santísima Trinidad! Yo te lo doy, y estará á tus órdenes como un servidor fiel y solícito para suplir tus ineptitudes. Haz según mi Corazón te dictare, y tus obras encantarán la mirada y el oido de Dios.»

De este modo Gertrudis vivió, hasta su último suspiro, una vida de amor, de ternura, de sacrificios en el sagrado Corazón de su Dios. En su agonía, el 17 de Noviembre de 1292, la Hermana á quien la San-

ta Abadesa había dictado su libro, vió cómo Nuestro Señor se acercaba á la moribunda, con el rostro radiante de alegría, teniendo á su derecha la beatísima Virgen María, y á su izquierda el Discípulo amado, San Juan. En derredor de ellos se agrupaba una multitud de Ángeles, Vírgenes y Santos.

Junto al lecho de la Santa moribunda, leían el Evangelio de la Pasión; y al llegar á éstas palabras: «É inclinando la cabeza, entregó su espíritu,» Jesús se inclinó hacia Gertrudis, entreabrió con ambas manos su propio Corazón, y derramó sus llamas en aquella alma bienaventurada.

Momentos antes de espirar, Jesús le dijo con amor: «Al fin ha llegado el momento de dar á tu alma el ósculo que debe unirla conmigo; al fin mi Corazón podrá presentarte á mi Padre celestial!»

Y al punto el alma bienaventurada de Gertrudis, rompiendo el lazo que la unía á su cuerpo, se elevó resplandeciente hacia Jesús y penetró en el santuario de su dulcísimo Corazón.

Este mismo misterio de amor, de misericordia y de santificación era el que Jesús debía revelar cuatrocientos años más tarde para ser en los últimos tiempos la prenda de su divina bondad.

Adorémosle y bendigámosle con todo nuestro corazón; elevemos á Él nuestro espíritu, y digámosle con Santa Gertrudis:

«Aquí me teneis cerca de Vos, ó Dios mío, que sois un fuego consumidor; haced que por la fuerza,

por la violencia, por la abundancia de vuestro ardor me abrase la llama de vuestro amor, y que, no siendo más que un grano de polvo, se sienta mi alma completamente devorada, consumida y perdida en Vos.

«Dadme, Señor mío Jesucristo, la gracia de amaros con todo mi corazón, de unirme á Vos con toda mi alma, de emplearme en vuestro amor y en vuestro servicio con todas mis fuerzas, de vivir según vuestro Corazón; y haced que en la hora de mi muerte, dándome Vos mismo las disposiciones necesarias, pueda entrar sin mancha en vuestro nupcial festín.

«¡Oh amor de Jesús! absorbedme á la manera que la plenitud de una mar profunda absorbe una pequeña gota de agua. Otorgadme la gracia de abandonarme á Vos y de confundirme con Vos de tal manera, que jamás vuelva á encontrarme sino en Vos, ¡oh Jesús, mi dulce amor, bien de mi vida! Así sea.»

VIII

Cómo en la propagación del culto del sagrado Corazón le corresponde á España una parte muy principal. [1]

Tradicional es en España la devoción al sagrado Corazón de Jesús, como lo atestiguan, además de innumerables hechos que registran las crónicas de es-

1 En medio del lamentable olvido en que se tiene un asunto que tanto debiera interesarnos como católicos y como españoles,

ta nación,[1] nombres tan preclarísimos en santidad y ciencia como los de Vicente Ferrer, Pedro de Alcántara, Rosa de Lima, Teresa de Jesús, María de Agreda, Juan de la Cruz, Luis de Granada, Juan de Jesús María, Bernardino de Villegas, Alfonso de Orozco, Tomás de Villanueva, Francisco Suarez, Juan Bau-

merece justo tributo de alabanza quien como el Rdo. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, consagra su talento y su pluma á ilustrar en esta parte la historia de nuestro país. De sus importantes trabajos sobre la materia nos hemos servido principalmente para reunir estos desaliñados apuntes. A mayor abundamiento, véase la Colección del "Mensajero del sagrado Corazón" que bajo la entendida dirección del Ilustre Sr. D. José Morgades y Gili, canónigo Penitenciario, se publica hace algunos años en Barcelona.

1 Ya en 1456 la ciudad de Valencia celebraba una "liza poética" en honor del "Cor de Dèu." Un valenciano, nacido en la «Torre de Canals» junto á Játiva, era entonces Papa con el nombre de Calixto III. Gracias á la cruzada que promovió en Hungría por medio de su legado San Juan de Capistrano, logró el ínclito Calixto reportar la victoria de Belgrado, que abatió los humos del feroz conquistador de Constantinopla y preservó el Occidente católico de la irrupción de los turcos, tanto más temibles cuanto que podían darse la mano con los moros que ocupaban todo el Septentrión del Africa y las provincias meridionales de España. En memoria de tamaño triunfo, ocurrido en 6 de Agosto de 1456, extendió Calixto III á toda la Iglesia universal la fiesta de la Transfiguración del Señor. La generosa Valencia se fijaría sobre todo en el rasgo de la omnipotente misericordia del Salvador que brilló en aquella victoria; y de aquí naturalmente brotaría la idea del referido certamen.

por la violencia, por la abundancia de vuestro ardor me abrase la llama de vuestro amor, y que, no siendo más que un grano de polvo, se sienta mi alma completamente devorada, consumida y perdida en Vos.

«Dadme, Señor mío Jesucristo, la gracia de amaros con todo mi corazón, de unirme á Vos con toda mi alma, de emplearme en vuestro amor y en vuestro servicio con todas mis fuerzas, de vivir según vuestro Corazón; y haced que en la hora de mi muerte, dándome Vos mismo las disposiciones necesarias, pueda entrar sin mancha en vuestro nupcial festín.

«¡Oh amor de Jesús! absorbedme á la manera que la plenitud de una mar profunda absorbe una pequeña gota de agua. Otorgadme la gracia de abandonarme á Vos y de confundirme con Vos de tal manera, que jamás vuelva á encontrarme sino en Vos, ¡oh Jesús, mi dulce amor, bien de mi vida! Así sea.»

VIII

Cómo en la propagación del culto del sagrado Corazón le corresponde á España una parte muy principal. [1]

Tradicional es en España la devoción al sagrado Corazón de Jesús, como lo atestiguan, además de innumerables hechos que registran las crónicas de es-

1 En medio del lamentable olvido en que se tiene un asunto que tanto debiera interesarnos como católicos y como españoles,

ta nación,[1] nombres tan preclarísimos en santidad y ciencia como los de Vicente Ferrer, Pedro de Alcántara, Rosa de Lima, Teresa de Jesús, María de Agreda, Juan de la Cruz, Luis de Granada, Juan de Jesús María, Bernardino de Villegas, Alfonso de Orozco, Tomás de Villanueva, Francisco Suarez, Juan Bau-

merece justo tributo de alabanza quien como el Rdo. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, consagra su talento y su pluma á ilustrar en esta parte la historia de nuestro país. De sus importantes trabajos sobre la materia nos hemos servido principalmente para reunir estos desaliñados apuntes. A mayor abundamiento, véase la Colección del "Mensajero del sagrado Corazón" que bajo la entendida dirección del Ilustre Sr. D. José Morgades y Gili, canónigo Penitenciario, se publica hace algunos años en Barcelona.

1 Ya en 1456 la ciudad de Valencia celebraba una "liza poética" en honor del "Cor de Dèu." Un valenciano, nacido en la «Torre de Canals» junto á Játiva, era entonces Papa con el nombre de Calixto III. Gracias á la cruzada que promovió en Hungría por medio de su legado San Juan de Capistrano, logró el ínclito Calixto reportar la victoria de Belgrado, que abatió los humos del feroz conquistador de Constantinopla y preservó el Occidente católico de la irrupción de los turcos, tanto más temibles cuanto que podían darse la mano con los moros que ocupaban todo el Septentrión del Africa y las provincias meridionales de España. En memoria de tamaño triunfo, ocurrido en 6 de Agosto de 1456, extendió Calixto III á toda la Iglesia universal la fiesta de la Transfiguración del Señor. La generosa Valencia se fijaría sobre todo en el rasgo de la omnipotente misericordia del Salvador que brilló en aquella victoria; y de aquí naturalmente brotaría la idea del referido certamen.

tista Agnesio, Miguel de los Santos,[1] y otros, y otros que por diversos medios tanta gloria han dado al sagrado Corazón y tanto han contribuido á extender su amoroso culto. Refiriéndonos tan sólo á los escritos ascéticos del P. Baltasar Alvarez de Paz, ¿quién ignora que fueron fuente de amor al Corazón de Jesús, en la que bebieron San Francisco de Sales, el P. Eudes, el P. de la Colombière y demás grandes atletas de esta devoción en el siglo XVII?

La por mil títulos ilustre y esclarecida Compañía de Jesús, á quien por revelación expresa del sagrado Corazón hecha á la venerable Alacoque en 2 de Julio de 1689 estaban particular y eminentemente confiadas la propagación y defensa de su culto, en el solo intervalo de 1733 á 1742 llevaba fundadas en España casi doscientas congregaciones; varias de las célebres reducciones del Paraguay florecían bajo el nombre y divisa del sagrado Corazón, y los evangélicos obreros de España y Portugal, abarcando bajo las alas de su apostólico celo más de la tercera parte del orbe, cumplían con extraordinario éxito su misión, inflamados de aquel Corazón que dijo: «Fuego *(de mi amor)* vine á meter en la tierra, y ¿qué más quiero sino que se abrase?»[2]

1 Este insigne catalán nació en Vich á fines del siglo XVI, y murió en Valladolid en 10 de Abril de 1624. Como Santa Lutgardis, mereció en un deliquio de seráfico ardor trocar su corazón por el de Jesús, como reza el Breviario.

2 Luc. XII, 49.

Y debiendo allegarse á esto, como coronamiento y clave de la inmensa cúpula labrada por la devoción de los pueblos, la solidez inquebrantable de aquella *Piedra* de la que dijo el Salvador que «las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella,»[1] este sostén ó fallo dado por la Sede apostólica vino también solicitado en 1738 y 1745 por dos Concilios provinciales tarraconenses; por el rey D. Fernando VI en 1747,[2] y desde 1753 á 1764 por un gran número de Prelados y Cabildos de España y sus vastas colonias ultramarinas.

Y bien se comprende que no podía ser la última ni la menos diligente en adoptar y propagar tan providencial devoción la nación católica por excelencia, honrada y favorecida en algunos de sus hijos, ya en tiempos anteriores á la venerable Alacoque, por manifestaciones especialísimas del divino Corazón.

Una de estas almas privilegiadas fué Doña Sancha Carrillo, «doncella más celestial que humana, fama y asombro de su siglo, flor de la nobleza y hermosura de Andalucía, lustre y honra de la nobilísima casa de Córdoba y Guadalcázar, y espejo clarísimo de toda

---

1 Matth. XVI, 18.

2 Veinte años antes D. Felipe V había escrito una carta á Benedicto XIII, uniendo su voz al universal concierto de súplicas, y pidiéndole «con las mayores veras y empeño» se dignase conceder para todos sus reinos y dominios la Misa y Oficio propios del sagrado Corazón.

virtud y santidad.»[1] Jesucristo, á quien escogió por único esposo de su alma, favoreciola con los más preciados dones de oración, de profesía, y con otras mercedes singularísimas; mas nunca estos favores rayaron tan alto como en su lecho de muerte. En el misterio de la Cruz «le fué mostrado *el Corazón de su Redentor*, ardiendo en llamas de amor á los hombres, tan fuertes, tan excesivas, que aún quien allí entra y las mira, no puede alcanzar cuán grandes son. Y aun para decir aquello que alcanza es muda la lengua, porque excede á todo lo que se puede pensar. Veía que no hay ojos que puedan mirar la hermosura de aquel *Sol abrasado de la caridad de Jesucristo*,[2] ni entendimiento para imaginar como es aquel fuego tan poderoso en el alma, que salía fuera de ella y abrasaba su sacratísimo cuerpo destrozado y llagado por todas partes de puro amor, tan igual y extendido para con todos, que del *centro de su regalado pecho* salían vivos rayos de amor, que iban á parar á cada uno de los hombres, pasados, presentes, y por venir, ofreciendo su vida por el rescate de ellos. Mostrósele aquel amorosísimo Corazón atravesado con el cuchillo de dos filos, de ver á Dios ofendido y á los hombres perdidos por el pecado; lo que entraña-

1 «Vida y maravillosas virtudes de Doña Sancha Carrillo,» por el P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús.—Sevilla, 1615.

2 «Abrasado sol de la caridad de Jesucristo» es su Corazón vivo é informado por su alma ardiente.

blemente le lastimaba por el inestimable amor que á Dios tenía y á los hombres por Él, deseando la satisfacción de la honra divina y la redención del linaje humano, aunque fuese tan á su costa.[1]

Ante esta visión, la santa doncella prorrumpió en amorosas imprecaciones, conjurando á todos los hombres á que acudiesen por remedio de todas sus necesidades al sacratísimo Corazón de Jesús; y con estas ansias del bien de sus hermanos y de la gloria divina, aquella alma bienaventurada, con milagrosa paz y sosiego de corazón, con gran dulzura y suavidad de espíritu, fué á unirse con su divino Esposo en 13 de Agosto de 1537, á la edad de veinticuatro años y medio, «tan bien empleados como logrados en Dios.»

Amantísima del sagrado Corazón fué también Doña Ana Ponce de León, condesa de Féria. Nació en Marchena, viernes 3 de Mayo de 1527, y falleció en el convento de Santa Clara de Montilla en 26 de Abril de 1601. Quince años, no más, contaba cuando dió su mano al conde de Féria, gran privado del emperador Carlos V. En su nuevo estado recibió muchas gracias del divino Corazón, en especial una muy singular; y fué que estando ella en muy devota oración se le apareció su Divina Majestad, y *le mostró el Corazón herido*, y con semblante amoroso y alegre le dijo: Que de su amor era aquella herida, y en retorno la quería toda para sí. Merced y beneficio tan

1 El P. Martín de Roa, en su libro citado.

soberano, que en aquel punto le parció que se había renovado toda interiormente, y trocado como en otra mujer con tan inefable suavidad en el alma, tan humilde alegría en el corazón y un fuego tan vivo del amor divino, con un olvido tan grande de todo lo de la tierra, que ni acertaba ni se hallaba á pensar en otra cosa que en Dios, y tras Él sólo se le iba el alma y la vida.[1]

¿Qué mucho, pues, que joven, viuda y dueña enteramente de sus acciones diese al mundo un espectáculo que no tardó en seguir la santa fundadora de las monjas de la Visitación, Juana Francisca Fremiot de Chantal? Su firme resolución de tomar el hábito y profesar en el monasterio de Santa Clara de Montilla; causó en el mundo asombro tan general, como el ejemplo de abnegación, casi coetáneo, dado por San Francisco de Borja. Este gran Santo, cada vez que pisaba el umbral de aquel monasterio, solía decir que sentía en sí un respeto y veneración más que humana por la Condesa que vivía en él.

A la Condesa de Féria y á Doña Sancha Carrillo, tan amantes y favorecidas del sagrado Corazón, no fué inferior la venerable virgen Doña Marina Escobar, natural de Valladolid. Fundadora de las Recoletas de Santa Brígida, nació esta gran Sierva de Dios en 8 de Febrero de 1554, y falleció á la edad de se-

1 "Vida de Doña Ana Ponce de León," por el P. Martín de Roa.—Sevilla, 1615.

tenta y tres años. Suyo es el relato de la revelación siguiente:

«Y estando diciendo estas y otras cosas fervorosas, vi que Cristo nuestro Señor *abrió su sagrado pecho y me mostró su santísimo Corazón*, encendido y hecho un fuego de amor á sus criaturas, con una luz muy clara para que viese allí el amor con que nos amó y nos ama. Como si dijera: *¡Mira! este amor y este Corazón tengo para con vosotros!*[1] Y luego me comunicó una centellica de aquel amor suyo, con la cual encendió mi alma, mucho más de lo que estaba, en su divino amor; y quedé con mayor luz y claridad de la persona de Cristo nuestro Señor. Y así le decía: Señor mío, quien no te conoce, no conoce cosa buena. Porque la experiencia me enseña que este Señor es gran maestro, muy sábio y poderoso, que sabe y puede de los males sacar bienes, de las tinieblas luz; y que es muy largo y magnífico en cumplir sus promesas, pues habiendo dicho que á medida de los desconsuelos serán los consuelos, veo yo ser mucho mayores los consuelos y bienes que me ha comunicado, que no la tribulación y pena en que me permitió que hubiese estado.[2]

1 Expresión notabilísima, con que debería ilustrarse la célebre revelación hecha á la beata Margarita María Alacoque.

2 «Vida maravillosa de la venerable virgen Doña Marina Escobar,» por el P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús.—Madrid, 1666.

Para dirigir almas tan adictas á su amorosísimo Corazón, como fueron la venerable Marina Escobar, la Condesa de Féria y Doña Sancha Carrillo, escogió el Señor á tres grandes maestros de espíritu, el P. Juan de Avila, Fr. Luis de Granada y el P. Luis de la Puente, á quienes tan gran parte cupo en el fomento de la piedad española y aún europea, y en cuyas obras se encierran ricos tesoros de profunda sabiduría y divinal aliento sobre la naturaleza, utilidad y excelencia del culto que debemos al sagrado Corazón.

No terminaron aquí tan soberanas manifestaciones de su amor á esta tierra clásica del Catolicismo. Una vez más había de cumplirse, pero de un modo extraordinario, la revelación de Nuestro Señor á la beata Margarita María, de que había elegido especialmente á la Compañía de Jesús como propio instrumento para la propagación del culto y amor á su Corazón divino.[1]

A mediados del siglo XVIII vivía en el colegio de San Ambrosio de Valladolid un joven de alma angelical, que por sus virtudes era considerado como un vivo retrato de San Luis Gonzaga. Su amor á Dios era verdaderamente seráfico; su oración elevadísima hasta la comtemplación más sublime; su obediencia, ciega; su humildad, profunda; su paciencia, invicta;

1 Véase el libro "Títulos de la Compañía de Jesús para con el divino Corazón."—Barcelona, Tipografía Católica, 1875.

ardientes sus ansias de padecimintos y trabajos; en una palabra, su vida era uno de aquellos prodigios que la divina gracia produce de vez en cuando en el mundo para alumbrarle y encenderle.

Tal era el V. P. Bernardo de Hoyos, de la Compañía de Jesús.[1] En la tarde del 3 de Mayo de 1733 fué cuando empezó á conocer la devoción al Sagrado Corazón. Había tomado el libro *De cultu Cordis Jesu*, cuando á los pocos instantes de lectura «sentí en mi espíritu (escribe el mismo Bernardo) un movimiento extraordinario, fuerte, suave, y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fuí al instante delante del Santísimo Sacramento á ofrecerme al Corazón de Jesús para cooperar cuanto pudiese, á lo menos con la oración, á la extensión de su culto.» Al día siguiente, adorando la sagrada Hostia en el santo sacrificio de la misa, oyó una voz interior, clara y distinta, que le dijo: «Quiero extender por tu medio el culto de mi Corazón sacrosanto, para comunicar á muchos mis dones por medio de mi Corazón.»

1 Nació de nobles padres en Torrelobaton, provincia de Palencia, en 21 de Agosto de 1711, y entró en la Compañía en el Noviciado de Villagarcía de Campos en 11 de Julio de 1726. Escribió su vida el P. Juan de Loyola, de la misma Compañía, en su magnífico libro "El Corazón sagrado de Jesús descubierto á nuestra España en la breve noticia de su dulcísimo culto." ¡Lástima que esta obra permanezca en completo olvido, hasta el punto de que son muy contados los ejemplares que de ella se conservan!

Al día inmediato le hizo Jesús en la oración un favor semejante al que comunicó á la bienaventurada Alacoque, mostrándole su Corazón abrasado en llamas de amor divino, y condoliéndose de lo poco que los hombres le amaban. Renovó el Señor la elección que había hecho de él para extender el culto de su Corazón, y le mandó que comunicase este designio con sus superiores, y que procediendo con prudencia santa y amante celo, lo remitiese todo á su Divina Providencia.

En el domingo inmediato á la fiesta de San Miguel, sintió presente, como solía, después de haber comulgado, á este celestial Príncipe, que le confirmó las promesas que le babía hecho el Señor, y le ofreció su asistencia en las dificultades que se opondrían á la extensión del culto del Corazón de Jesús. «Después se me mostró, dice el P. Bernardo en una de sus cartas, por una admirable visión imaginaria, el divino Corazón de Jesús arrojando llamas de amor, de suerte que parecía un incendio de fuego abrasador de otra especie que este material.» Para encender más el Señor á su Siervo en los deseos de propagar el culto del divino Corazón, introdujo y en cierto modo encerró el corazón de Bernardo en su deífico Corazón, mostrándole los tesoros y riquezas depositadas en aquel Sagrario de la Santísima Trinidad, y el ardiente deseo que tenía de comunicarse á los hombres.

Siguiéronse á esta maravillosa visión inexplicables

luces, gozos y delicias. Repitióse la misma visión el día de la Ascensión gloriosa del Señor á los cielos, viendo distintamente la herida de la lanza, la cruz en la parte superior, y la corona de espinas con que estaba rodeado el sagrado Corazón, convidando á su Siervo el amantísimo Jesús á que entrara dentro de Él. Hízolo así con humildad profunda, y, anegado en celestiales gozos, pedía á la Santísima Trinidad la fiesta del Corazón de Jesús, especialmente para España. Oyó al instante una voz que le dijo: «Reinará en España, y con mayor veneración que en otras partes.»

«El día de Todos los Santos, escribe el P. Hoyos en otra carta, me sentía por un modo singular junto al Corazón de Jesús y como recostado á la puerta de la herida. Encendióse mi espíritu en un fuego manso, pero tan ardiente, que pereciera entre sus llamas si el Señor no me fortaleciera; y quedando toda el alma en aquel paso de sepultura interior, se explicaba con el Eterno Padre en un lenguaje de fuego, presentándole el Corazón soberano de su Unigénito, y pidiendo con las mayores veras concediese ya á su Iglesia este favor, que en ella se solemnizase públicamente el culto de este Corazón divino. A este tiempo se me mostró por visión intelectual cómo todos los Bienaventurados se admiraban, gozaban y complacían en las excelencias de este cielo animado (el Corazón de Jesús), de suerte, que después de la visión beatífica no había en la Gloria cosa que más

arrebatase los afectos que este Corazón divino, ni les comunicase mayor gloria accidental que su presencia. Entendí también que toda la celestial Corte, postrada ante el Trono de la Santísima Trinidad, pedía lo mismo que yo suplicaba, diciendo que ya era tiempo se descubriesen á la Esposa las riquezas y finezas de su divino Esposo. Aquí, por un modo muy alto, conocí que el Padre Eterno expedía el decreto en que se condescendía con los deseos de toda aquella soberana Corte.»

Con tan extraordinarios favores se abrasaba el corazón del P. Hoyos en el amor más ardiente al de Jesús, y deseaba abrasar todo el mundo en los mismos sagrados ardores. Para conseguirlo no perdonó piedra por mover:[1] y cuando á los dos años y medio de haber recibido del cielo el encargo de propagar en España el culto del sagrado Corazón, falleció víctima del fuego del divino amor que le consumía, esta devoción había hecho tan rápidos progresos, que no quedaba provincia, reino, ni ciudad de esta nación que no la hubiese recibido con empeño.[2]

1 Sólo su correspondencia, ó la colección de sus cartas relativas al Divino Corazón, podría llenar un grueso volumen.

2 El P. Hoyos falleció en el colegio de San Ignacio, en Valladolid, el 29 de Noviembre de 1735, cuando sólo contaba 24 años. Hemos consignado solamente algunos de los celestiales favores que recibió del sagrado Corazón, pues de otro modo nos habríamos hecho interminables.

Pidamos á Jesús que reine siempre en España y haga de nuestra patria la hija predilecta de su Corazón; que destierre de su seno la impiedad, la blasfemia, el libertinaje y la indiferencia; que consolide y vivifique aquella fe ardiente, generosa y fecunda que le mereció el glorioso título de Católica. Y pues el Señor ha prometido derramar con abundancia sus bendiciones sobre aquellos que honrarían su Corazón adorable, tengamos firme esperanza en el feliz porvenir de nuestra patria, que tanto se esmera en practicar y propagar la devoción y el culto al sagrado Corazón de Jesús.

IX

Fines admirables de la Providencia en la revelación del sagrado Corazón

Dios todo lo hace oportunamente. Su sabiduría ha brillado al par de su misericordia, dando á la Iglesia el divino tesoro del Corazón de Jesús en tiempos en que ésta más habia de necesitarlo. El mismo Salvador lo dijo primero á Santa Gertrudis, y después á la beata Margarita María: «Mi divino Corazón está destinado para los últimos tiempos.»

No hay que dudarlo: todas las señales indicadas por el Hijo de Dios en el Evangelio de San Mateo, (cap. XXIV) se reunen, se acumulan, por decirlo así,

arrebatase los afectos que este Corazón divino, ni les comunicase mayor gloria accidental que su presencia. Entendí también que toda la celestial Corte, postrada ante el Trono de la Santísima Trinidad, pedía lo mismo que yo suplicaba, diciendo que ya era tiempo se descubriesen á la Esposa las riquezas y finezas de su divino Esposo. Aquí, por un modo muy alto, conocí que el Padre Eterno expedía el decreto en que se condescendía con los deseos de toda aquella soberana Corte.»

Con tan extraordinarios favores se abrasaba el corazón del P. Hoyos en el amor más ardiente al de Jesús, y deseaba abrasar todo el mundo en los mismos sagrados ardores. Para conseguirlo no perdonó piedra por mover:[1] y cuando á los dos años y medio de haber recibido del cielo el encargo de propagar en España el culto del sagrado Corazón, falleció víctima del fuego del divino amor que le consumía, esta devoción había hecho tan rápidos progresos, que no quedaba provincia, reino, ni ciudad de esta nación que no la hubiese recibido con empeño.[2]

1 Sólo su correspondencia, ó la colección de sus cartas relativas al Divino Corazón, podría llenar un grueso volumen.

2 El P. Hoyos falleció en el colegio de San Ignacio, en Valladolid, el 29 de Noviembre de 1735, cuando sólo contaba 24 años. Hemos consignado solamente algunos de los celestiales favores que recibió del sagrado Corazón, pues de otro modo nos habríamos hecho interminables.

Pidamos á Jesús que reine siempre en España y haga de nuestra patria la hija predilecta de su Corazón; que destierre de su seno la impiedad, la blasfemia, el libertinaje y la indiferencia; que consolide y vivifique aquella fe ardiente, generosa y fecunda que le mereció el glorioso título de Católica. Y pues el Señor ha prometido derramar con abundancia sus bendiciones sobre aquellos que honrarían su Corazón adorable, tengamos firme esperanza en el feliz porvenir de nuestra patria, que tanto se esmera en practicar y propagar la devoción y el culto al sagrado Corazón de Jesús.

IX

Fines admirables de la Providencia en la revelación del sagrado Corazón

Dios todo lo hace oportunamente. Su sabiduría ha brillado al par de su misericordia, dando á la Iglesia el divino tesoro del Corazón de Jesús en tiempos en que ésta más había de necesitarlo. El mismo Salvador lo dijo primero á Santa Gertrudis, y después á la beata Margarita María: «Mi divino Corazón está destinado para los últimos tiempos.»

No hay que dudarlo: todas las señales indicadas por el Hijo de Dios en el Evangelio de San Mateo, (cap. XXIV) se reunen, se acumulan, por decirlo así,

con espantosa evidencia: la fe disminuye y se apaga en muchos; el Evangelio ha sido ya predicado casi en todas partes; las sociedades cristianas han apostatado todas; guerras horribles, luchas de pueblo contra pueblo, de nación contra nación, hacen temblar al mundo; brotan milagros de todas partes; un conjunto extraordinario de profecías, muchas de ellas indudablemente auténticas, se une á un secreto instinto de las almas santas; finalmente, los tres misterios que parece deben servir de refugio á la Iglesia de Dios en las supremas tribulaciones, el misterio de la infalibilidad del Papa, el de la inmaculada Concepción de María, el del sagrado Corazón de Jesús, domina la tempestad universal levantada contra todo lo que es católico, dando á los verdaderos fieles fijeza en la fe y en la obediencia, la gracia de la inocencia necesaria para el triunfo, y el don de una caridad, de una misericordia y de una reparación absolutamente divinas. Todo nos indica la proximidad más ó menos inmediata de esos «últimos tiempos» predichos por el Dios del sagrado Corazón.

En los tiempos precedentes, para cada nuevo mal el Salvador sacaba al punto un remedio saludable «del tesoro de su Corazón;» pero en nuestro tiempo, en que todas las negaciones y todos los males antiguos vienen concentrándose, uniéndose estrachamente bajo la bandera de la Revolución y del anticristianismo, Jesús se digna abrirnos y darnos todo entero ese mismo Corazón, ese precioso tesoro, con

todo lo que contiene. Es el último esfuerzo de su amor; el remedio supremo y universal.

Sí, el sagrado Corazón es lo que *necesita* la Iglesia en estos tiempos extraordinarios. A grandes males, grandes remedios; á un mal extremo hay que aplicarle el remedio más eficaz. La Europa cristiana está gangrenada hasta el corazón; para evitar, pues, la muerte, es preciso que los fieles vayan á buscar la vida en su fuente, penetrando en el Corazón del Rey de los cielos. Cuanto más penetremos, con más verdad podrá decirse: «No hay salvación fuera del Corazón de Jesús.»

Vislúmbranse los fines admirables de la Providencia al retardar la manifestación del sagrado Corazón hasta fines del siglo XVII, hasta aquella época en que Satanás iba á suscitar á Voltaire, á Rousseau, la francmasonería, el ateísmo filosófico, la Revolución propiamente dicha, es decir, la gran rebelión de la sociedad contra la Iglesia, del hombre contra el Hijo del hombre, de la tierra contra el cielo.

Al terminar el siglo XVII la herejía quiso destruir en la teoría y en la práctica el Sacramento del amor, y por consiguiente el amor mismo, el amor santo y confiado que nace de la Comunión. A los fariseos de los últimos tiempos Jesús opone la revelación de su Corazón adorable, rebosando dulzura y humildad, fuente inagotable de ternura, de caridad, de misericordia, de verdadera santidad y de verdadero amor.

La impiedad en el siglo XVIII levanta un grito sa-

tánico, grito de guerra contra Jesucristo: *¡Aplastemos al infame!* y con sus sofismas, con su propaganda infernal y universal, perturban las inteligencias. ¿Qué hará Jesucristo? Él, que ha hecho al hombre y que le conoce, va derecho á su corazón y se le manifiesta bajo su forma más poderosa, más íntima, más seductora: como *soberano Amor*. Le entrega su Corazón divino; y por el corazón le arranca á las mortales seducciones del entendimiento. En efecto, nada más fuerte que el amor; y por la revelación de su sagrado Corazón Jesús se hará amar. ¡Admirable ardid de guerra!

Hay más: aquellas grandes blasfemias van á dar por fruto grandes crímenes; la secta anticristiana va á conmover la Iglesia hasta sus cimientos; una persecución salvaje va á destruir las antiguas instituciones católicas de Europa; hace rodar por el cadalso la cabeza de Luis XVI, cierra los templos, degüella sacerdotes y obispos, destruye las Ordenes religiosas, hace subir una prostituta en los altares, conduce al Papa al destierro (Pío VI) y le hace morir en él; inaugura una sociedad nueva sin fe, sin Dios, sin Jesucristo; propaga por todo el mundo esa gran blasfemia que se llama la separación de la Iglesia y el Estado; extingue en millones y millones de almas la vida de la gracia.

A esos crímenes que provocan necesariamente las represalias de la Justicia divina, á esos sacrilegios públicos y hasta entonces inauditos, Nuestro Señor

Jesucristo opone una expiación cuya santidad sobrepuja y sobrepujará siempre á la perversidad humana; revela, inaugura el culto público de su sagrado Corazón, y este culto mil veces bendito, esencialmente expiatorio y reparador, va á propagarse de tal suerte, que «allí donde abundó el delito, sobreabundará la gracia» siempre. Inspire Satanás cuanto quiera á los demonios en carne humana que desde hace más de cien años hacen resonar el mundo con sus blasfemias, insultan y pisotean la santísima y adorabilísima Eucaristía; incíteles á blasfemar de la Santísima Virgen, á asesinar sacerdotes, á cometer toda clase de crímenes: todo en vano: la Iglesia tiene de hoy en adelante un medio de reparación más poderoso que todas las maquinaciones del infierno: tiene el sacratísimo Corazón de Jesús, el Corazón del mismo Dios.

Por estas y otras muchas razones que sería demasiado largo exponer aquí, la misericordiosísima Providencia se manifestó de un modo admirable revelando el culto del sagrado Corazón al fin del siglo XVII.

Añádase á esto que cuando la santísima Virgen se apareció el 19 de Septiembre de 1846 en la montaña de la Saleta, á fin de salvar, si era posible, la sociedad, declaró, entre otras cosas, que la propagación del culto del sagrado Corazón sería uno de los medios de que Dios se serviría para combatir el anticristianismo y santificar á los fieles, á sus escogidos

de los últimos tiempos. Esta revelación ha contribuido mucho á propagar por todas partes el amor y el culto del sagrado Corazón.

Entremos en esta corriente de fe, que es el camino de salvación. Escuchemos la voz de la Iglesia; escuchemos las advertencias de la santísima Virgen; creamos, aceptemos con amor la palabra de Nuestro Señor. Sí, el sagrado Corazón es el misterio de estos últimos tiempos. Pero á fin de penetrarnos más de las inefables excelencias del sagrado Corazón, y por consiguiente de la excelencia del culto y de la devoción que se le tributan en la Iglesia, contemplemos de más cerca con los ojos de la fe, y con la felicidad y alegría del divino amor, ese Corazón amantísimo y mil veces adorable de Nuestro Señor Jesucristo.

Corazón santo,
Tú reinarás,
Tú nuestro encanto
Siempre serás.

X

De la inefable y divina excelencia del sacratísimo Corazón de Jesús

El mundo se compone de dos especies de criaturas: almas y cuerpos. Fuera de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador del universo, no existe

más que el mundo de las almas y el mundo de los cuerpos.

Así pues; el mundo de los espíritus fué criado por Dios según un típo, un modelo perfecto, que es como su centro; y este típo, este ejemplar, es el alma santísima que el Hijo eterno de Dios se dignó unir á sí cuando se hizo hombre en la plenitud de los tiempos. A imagen y semejanza de esta alma sagrada, Dios, para quien todo es presente, creó desde el principio todos los Angeles, y también las almas de nuestros primeros padres. Y á imagen y semejanza del alma de su Hijo ha creado y continúa creando el alma humana.

Lo mismo sucede con el mundo de los cuerpos, el mundo material: el cuerpo adorable que el Hijo de Dios debía tomar un día en el seno de la Virgen, ha sido el típo, el modelo según el cual Dios creó primeramente el mundo, y después al hombre, rey del mundo. Sí, el cuerpo de Adán fué formado en el paraíso terrenal según el modelo del cuerpo perfectísimo que el Hijo de Dios debía unir un día á su alma y á su persona divina.

Así la humanidad de Jesucristo es, en el plan de la creación, como el centro y la razón de ser de todas las criaturas, principalmente de los Angeles y de los hombres.

Es enteramente imposible referir las excelencias de esa humanidad hecha humanidad del Hijo de Dios; de esa alma y ese cuerpo de tal modo unidos á la

persona eterna de este mismo Hijo de Dios, que, sin confundirse en lo más mínimo con su divinidad, forman con ella una sola y única persona divina, eterna, infinita. No; jamás, ni en este mundo ni en el otro, podrémos comprender plenamente el misterio *infinito* de Jesucriste; jamás podremos adorarle tan perfectamente como se merece; jamás le admiraremos, le amaremos y bendeciremos tanto como merece ser bendito, amado y admirado.

¡La humanidad de Dios! ¡Un alma y un cuerpo creados, convertidos en alma y cuerpo del mismo Dios, y por consiguiente, *adorables*, *divinos*.....! ¡Qué abismo de grandeza! ¡qué misterio!

Pues bien, en esa humanidad adorable y toda divina hay algo todavía más digno de adoración, si es permitido hablar así; en ese abismo de santidad y de majestad hay algo más santo, más sublime, más excelente: hay el Corazón de Nuestro Señor, Creador y Redentor Jesucristo. Sí, en la humanidad adorabilísima de nuestro Dios debemos colocar sobre todo su sacratísimo Corazón.

En Jesucristo, como en nosotros, el *corazón* es efectivamete el órgano más noble y más delicado, es como el resumen y, por decirlo así, el centro vivo, la médula de todo el cuerpo. El alma, que anima al cuerpo y ejerce sus diversas facultades por los diferentes órganos del mismo, ejerce por el *corazón* la más sublime de todas; la facultad de *amar*. El alma piensa por medio del cerebro y en unión con el ce-

rebro; siente por los nervios, que se extienden en todos nuestros sentidos; pero por medio del corazón, sólo por el corazón, es como ama. De aquí la excelencia supereminente del corazón; de aquí también el lenguaje universalmente usado entre los hombres y empleado por el mismo Espíritu Santo en las divinas Escrituras, en que se presenta el corazón como el compendio de la persona. Tener buen corazón es ser bueno; tener mal corazón es ser malo. Tener corazón es ser generoso, desprendido; no tener corazón es ser egoista, malvado. El corazón es el hombre entero, considerado en lo que hay en él de más excelente.

Así, pues, repito, lo mismo sucede en ese Hombre único, divino, que es Dios, Jesucristo. El *Corazón* de Jesucristo es, si así puede decirse, lo que hay más adorable en su adorable humanidad, lo más divino é inefable en su divinísimo é inefabilísimo cuerpo. Su Corazón es el órgano vivo de su amor; y su amor es el amor infinito de Dios encarnado.

¡Oh santa humanidad de mi Salvador! ¡Oh santísimo Corazón de mi adorable Jesús! ¡Os amo y me postro en vuestra presencia con el rostro en tierra.

XI

Que el Corazón de Jesús es el foco vivo del amor universal

En 1670, el venerable Obispo de Évreux, al aprobar para su diócesis el culto del sagrado Corazón y el Oficio compuesto á este efecto por el P. Eudes, se expresaba así: «Siendo el Corazón adorable de Jesucristo un horno de amor á su Padre y de caridad por nosotros, siendo además la fuente de una infinidad de gracias respecto de todo el género humano, tienen todos los hombres, especialmente los cristianos, estrechísima obligación de honrarle, alabarle y glorificarle de todas las maneras posibles.»

En el mismo año decía el Obispo de Coutances: «Siendo el Corazón adorable de nuestro Redentor el objeto de la dilección y complacencia del Padre de las misericordias, y estando recíprocamente todo abrasado de santo amor hacia este Dios de consolación, como también está todo inflamado de caridad hacia nosotros, todo ardiendo de celo por nuestra salvación, todo lleno de misericordia por los pecadores, todo lleno de compasión por los miserables; y siendo el principio de todas las glorias y felicidades del cielo, de todas las gracias y bendiciones de la tierra, y una fuente inagotable de toda suerte de favores para los que le honran; deben todos los cris

tianos esforzarse en tributarle todas las veneraciones y adoraciones que sea posible.»

Nada más cierto que esta doctrina.

El Espíritu Santo es el Amor mismo; el Amor eterno, sustancial y viviente. Por tanto Él reposa plenamente en el alma santa de Jesús: es como la luz que está toda condesada en el sol, y desde donde se esparce por el mundo. Mas no amando el alma del Hijo de Dios sino por medio del Corazón, al cual está unida, resulta que el Corazón sagrado de Jesús es el foco visible del amor divino en medio del mundo. «Es, como dice San Bernardino de Sena, el horno ardentísimo de la caridad que inflama y abrasa al universo.»[1] Y el fuego de este horno es el Espíritu Santo, es el eterno Amor.

El Espíritu de amor reposa y vive en el Corazón de Jesucristo, como una paloma en su nido. Arde con vivas llamas en este Corazón inefable, desde el cual se derraman en el corazón de todo lo que es capaz de amar.

El Corazón de Jesús es ante todo el foco del amor de Dios. Nuestro Señor ama á su Padre con amor absolutamente divino, puesto que Él es Dios lo mismo que su Padre, y ama á Dios con el alma y el Corazón de un Dios. Todo este océano de amor sin fon-

1 Fornax ardentissimæ charitatis, ad inflammandum et incendendum orbem terrarum. "(Serm. de Passione Domini, part. II, tit. 1.)"

do y sin límites pasa por el Corazón del Hijo de María, y de allí va á perderse eternamente en el seno del padre. Como un torrente irresistible, primero llena y después arrastra en pos de sí á todas las criaturas, Angeles y hombres, que quieren amar á Dios. Todo el amor de Dios, que hace palpitar el Corazón de la santísima Virgen, el corazón de los Serafines, Querubines, Arcángeles y Angeles; todo el amor que ha santificado á los Patriarcas, Profetas, Santos y fieles del Antiguo Testamento; todo el amor de los Apóstoles, Mártires y fieles de la Ley de gracia, todo este amor emana del sagrado Corazón de Jesús, como de una fuente inagotable infinita. En el mundo de las almas el Corazón de Jesucristo es el sol del amor de Dios.

¡Oh Salvador mío! á Vos me entrego para unirme al amor eterno, inmenso é infinito que tenéis á vuestro Padre. ¡Oh Padre adorable! Por la Encarnación, la gracia y la Eucaristía me habéis dado á vuestro Hijo muy amado; mío es, su sagrado Corazón me pertenece. Os ofrezco, pues, todo el amor eterno, inmenso é infinito de vuestro Hijo Jesús, como un amor que es mío. Y del mismo modo que Jesús nos dice: «Os amo como mi Padre me ama,»[1] puedo yo también deciros, oh mi divino Padre: «Os amo como vuestro Hijo os ama.»

1 Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. «(Joan. XV, 9.)»

¡Oh! ¡qué gracia la de ser miembro de Jesucristo, y así poder amar por su Corazón, amar con su Corazón!

El divino Corazón de Jesús es igualmente la fuente del amor de la santísima Virgen. Después de su Padre celestial, nada ama tanto Jesús como á su santa Madre; ó más bien, como verdadero hijo suyo, la ama con el mismo amor con que ama á su Padre, no separándoles jamás en sus divinas ternezas. Y aquí también es por su Corazón, por medio de su Corazón, como el Verbo encarnado ama á la santísima Virgen, y comunica este filial amor á todos los corazones que se le sujetan. El amor que tenemos á la Virgen María, el amor con que la amaremos en el cielo por toda la eternidad, dimana, pues, como de su origen, del Corazón de Jesús.

Y lo mismo sucede con todo amor puro y legítimo, en el cielo y en la tierra: proviene de la Fuente única, de la Fuente viva del amor; del amantísimo y adorabilísimo Corazón de nuestro Salvador. Con demasiada frecuencia ¡ay! abusamos de este tesoro y apartamos de su verdadero objeto el amor que nos tiene nuestro Dios; pero, en sí mismo, este amor no por eso deja de ser un don purísimo, y profanarle es un verdadero sacrilegio.

De este modo, el Corazón que un tiempo palpitaba en la tierra y que palpita eternamente en el cielo en el sagrado pecho de Jesús, es el foco adorable y adorado del amor de Dios y del amor de las cria-

turas. ¡Oh! ¡cuánto debemos amarle! ¡Cómo debemos precipitarnos y perdernos amorosamente en este abismo de amor!

Pero, Salvador mío, soy pobre y miserable, y no puedo lanzar, como convendría, mi corazón sobre vuestro Corazón. Haced por mí, Jesús misericordioso, algo de lo que habéis hecho por algunos de vuestros escogidos; dignaos recibir mi débil corazón, y abismarlo, como el de vuestra sierva Margarita María, en el vuestro que está ardiendo de amor. Abrasadlo, derritid el hielo de su egoismo natural, y no me lo devolvais sin que esté transformado en una llama de amor, que en adelante me haga amar todas las cosas como Vos y en Vos.

XII

Cómo la santísima Trinidad vive y reina en el Corazón de Jesús

El sagrado Corazón de Jesús es el santuario vivo de la santísima Trinidad, que en él vive y reina en toda su plenitud: prueba verdaderamente divina de su inefable excelencia.

El Padre eterno reside en este Corazón admirable, como en el corazón de su amadísimo Hijo, en quien tiene todas sus complacencias.

El Padre engendra eternamente á su Hijo; le co-

munica eternamente su vida eterna; así, pues, vive y reina con él en el tiempo, en su santa humanidad, con esta misma vida enteramente divina que le da en la eternidad. El Corazón de Jesús es, en efecto, como consecuencia de la unión hipostática, el Corazón mismo del Hijo eterno del Padre. ¡Qué infinita grandeza! ¡Cuánto debe amar el Padre celestial al divino Corazón de Jesús!

Oh buen Jesús, grabad Vos mismo la imagen de vuestro dulcísimo y humildísimo Corazón en nuestros pobres corazones. Haced que estos tampoco vivan sino vida de amor hacia vuestro padre celestial, que por Vos y en Vos se ha hecho nuestro verdadero Padre.

El Verbo eterno vive y reina en este Corazón real, que le está unido con la unión más íntima que puede concebirse, es decir, con la unión hipostática. En virtud de esta unión, este Corazón, Corazón de carne, Corazón creado, es el verdadero Corazón del Verbo eterno, y es digno de la misma adoración que se debe al Verbo, que se debe á Dios.

¡Qué reinado el del Hijo de Dios en su sagrado Corazón! En el hombre el corazón es el principio de la vida, el asiento del amor, del odio, de la alegría, de la tristeza, de la cólera, del temor y de todas las demás pasiones del alma. En el Corazón de Jesucristo estas pasiones no tenían ciertamente el carácter desordenado que tienen en nosotros, pues estaban siempre y absolutamente sumisas á su san-

tísima voluntad; pero existían plenamente en él, y estaban maravillosamente sujetas á la divina voluntad del Verbo eterno. ¡Cuán hermoso reino!

¡Oh Jesús! ¿No sois Vos con pleno derecho Rey de mi corazón? Vivid en él, y reinad así sobre mis pasiones. ¡Ay! no están ellas en mí, como en Vos, sujetas á vuestra santa voluntad. Unidlas á las vuestras perfectísimas, y no permitais que sigan jamás otra conducta que la vuestra, ni obren por otro fin que por vuestra gloria.

La tercera Persona de la augusta Trinidad, el Espíritu Santo, inseparable del Hijo y del Padre, vive y reina igualmente en el Corazón de Jesús de un modo inefable. Este Espíritu de amor concentra en él los tesoros infinitos de la ciencia y sabiduría de Dios; le llena en sumo grado de todos sus dones, según estas divinas palabras de la Escritura: «Y reposará en él el Espíritu del Señor; Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará del Espíritu de temor del Señor.»[1] El Espíritu Santo fecundiza el Corazón de Jesús y le hace producir, como á una tierra divina, los frutos tan deliciosos y suaves que nos enumera el apóstol san Pablo: «Los frutos del Espíritu Santo son: caridad, gozo, paz, pa-

1 Et requiescet super eum Spiritus Domini: Spiritus sapientiæ et intellectus, Spiritus consilii et fortitudinis, Spiritus scientiæ et pietatis, et replebit eum Spiritus timoris Domini. «(Isai. XI, 2.)»

ciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad.»[1]

Inseparables unas de otras, y no siendo más que un solo Dios, las tres divinas Personas viven, pues, y reinan juntas en el Corazón del Salvador como en el trono más sublime de su amor, el primer cielo de su gloria, el Paraíso de sus más gratas delicias. En él derraman, por decirlo así, á porfía, con sobreabundancia, y profusión inenarrables, luces incomprensibles, inmensos océanos de gracias, torrentes de fuego y llamas infinitamente abrasadoras, y todas las efusiones de su eterno amor.

¡Oh santísima Trinidad, Dios mío! álabanzas infinitas os sean dadas siempre por todos los milagros de amor que obrais en el Corazón de mi amado Jesús. Os ofrezco el mío con el de todos mis hermanos, suplicándoos humildemente que entreis en completa posesión de ellos, que destruyais en ellos todo lo que os desagrade, y que establezcais en ellos soberanamente el reino de vuestro divino amor.

¡Oh santísima Trinidad, vida eterna de los corazones! reinad en mi corazón por siempre jamás.

1 Fructus autem Spiritus est: charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas. "(Galat. V; 22.)"

XIII

Que el Corazón de Jesús es Templo, Altar é Incensario del divino amor

El amor increado y eterno, es decir, el Espíritu Santo, es quien se ha edificado este magnífico *Templo*, formándole de la sangre virginal de la Madre de amor.

Este Templo vivo ha sido consagrado y santificado por «el Pontífice santo, inocente, inmaculado, sublimado sobre los cielos; por el gran Pontífice que ha penetrado en los cielos, por Jesucristo Hijo de Dios.»[1] Ha sido consagrado por la unción de la divinidad. Está dedicado al Amor eterno. Es infinitamente más santo, más digno y más venerable que todos los templos, materiales y espirituales, que ha habido y habrá en el cielo y en la tierra.

En este Corazón, en este Templo augusto Dios recibe adoraciones, alabanzas y glorias dignas de su infinita grandeza. En este templo el soberano Predicador, que es el Verbo, es decir la palabra de Dios en persona, nos predica continuamente. En este Templo celestial y más santo que los cielos el Sacer-

1 Pontifex sanctus, innocens, impollutus....., et excelsior cœlis factus.—Habentes ergo pontificem magnum, qui penetravit cœlos, Jesum Filium Dei. («Heb.» VII, 26 IV, 14.)

dote eterno ofrece á la majestad divina, en nombre de toda la creación, el sacrificio de adoración eterna, de eternas acciones de gracias, de amor eterno.

Este es el santuario, el centro de la santidad, que no conoce la profanación; y está adornado de todas las virtudes evangélicas y de todas las perfecciones de la divina esencia, como de otras tantas ricas esculturas y pinturas vivas. ¡Oh santa humanidad de Jesús! ¡Oh Corazón deífico, centro glorioso de esta humanidad tres veces santa!

¡Bendito seáis, Dios mío, por haberos edificado á Vos mismo este maravilloso Templo y haberos dignado franquearme su entrada! Me atrevo á unirme á vuestro Jesús y mi Jesús para tributaros en el Templo de su Corazón las adoraciones, acciones de gracias y todos los demás homenajes debidos á vuestra soberana majestad.

Mas el Carazón de Jesús es, no solamente el Templo, sino también el *Altar* del divino amor. Sobre este Altar de oro puro arde día y noche el fuego sagrado de este mismo amor. Sobre este mismo Altar el Sumo Sacerdote Jesús ofrece continuamente toda suerte de sacrificios á la Santísima Trinidad. En primer lugar se ofrece y sacrifica á sí mismo como víctima de amor, como la más santa y preciosa víctima que hubo ni puede haber jamás. Sacrifica enteramente su alma y su cuerpo, su sangre y su vida, con todos sus pensamientos, palabras, acciones y todo lo que ha sufrido en la tierra. Y este sacrificio lo

ofrece perpétuamente sobre el Altar vivo de su Corazón, y lo ofrece con amor inmenso, infinito.

En segundo lugar, ofrece en sacrificio de adoración y de alabanzas todo lo que su Padre le ha dado, es decir, el cielo y la tierra, los Ángeles, los hombres, las criaturas todas, animadas é inanimadas; ofrécelas á la Majestad divina como otras tantas víctimas destinadas á dar gloria á Dios.

Ofrece también y sacrifica á la santidad de Dios las criaturas rebeldes que por el pecado huyen del amor: los malos cristianos, los impíos, los herejes, los réprobos, hasta los demonios. Sacrifica con la espada de la divina justicia á todos aquellos que se sustraen á la dulce y libre inmolación del amor. Nadie le escapa; elegidos, ni condenados; Ángeles, ni demonios; ni la tierra, ni el cielo, ni el infierno.

Así es como Jesucristo, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, se ofrece á sí mismo y ofrece todas las cosas con alegría enteramente divina[1] á la gloria de su Padre, sobre el Altar de su sagrado Corazón, el más amable y á la vez el más formidable de todos los altares.

¡Oh Jesús! ¡Jesús, amor mío! ¡Jesús, misericordia mía y mi dulce Dueño! ponedme, sin mirar mi indignidad, en el número de las víctimas de vuestro amor. Consumidme todo, como holocausto de este amor, en

1 Lætus obtuli universa. ("I Paralip.," XXIX, 17.)

el fuego divino que arde incesantemente sobre el Altar sagrado de vuestro Corazón.

Por último, el sagrado Corazón de Jesús es también el *Incensario* del divino amor; este Incensario de oro de que habla el Apocalipsis (cap. VIII), y que San Agustín explica del adorable Corazón de Jesús: «Vino un Angel á colocarse delante del altar, teniendo en su mano un incensario de oro; y le llenó de incienso, para ofrecer las oraciones de todos los Santos sobre el altar de oro que está delante del trono de Dios.»[1] Todas estas palabras están llenas de Jesús: ese Angel que ofrece á la majestad de Dios el incienso de las oraciones de los Santos en su incensario, es Jesús, el Angel de la nueva y eterna Alianza, que ofrece á su Padre las oraciones de todos sus siervos, uniéndolas á su divina oración. El incensario de oro puro es también Jesús, es el Corazón de Jesús: las áscuas ensendidas del amor llenan este Corazón sagrado, y quemando el incienso de la oración de los Santos, la hacen subir, como vapor embalsamado, hasta el trono del Señor. Ese altar de oro es Jesús, siempre Jesús. Finalmente, el trono de Dios es también Nuestro Señor, cuya santa humanidad es el verdadero trono donde reside la majestad de Dios.

1 Angelus stetit ante altare, habens thuribulum aureum: et data sunt illi incensa multa, ut daret de orationibus Sanctorum omnium super altare aureum, quod est ante thronum Dei. («Apoc.» v, 3.)

En el incensario del Corazón Santísimo de Jesucristo son depositadas, para ser ofrecidas á Dios, para ser santificadas y deificadas, todas las adoraciones, alabanzas, súplicas, oraciones, afectos y aspiraciones de todos los Santos y Ángeles. Procuremos corresponder fielmente á este designio de la Providencia, poniendo en nuestro celestial Incensario todas nuestras oraciones, nuestros deseos, nuestras devociones, y todos los piadosos afectos de nuestro corazón. Coloquemos en él también nuestro corazón con todo lo que hacemos y todo lo que somos, suplicando al Rey de los corazones que purifique y santifique todas estas cosas, para ofrecerlas en seguida á su Padre como incienso purísimo, en olor de suavidad.[1]

Sí, el Corazón de nuestro Salvador es el Templo, el Altar y el Incensario, al mismo tiempo que el Sacerdote y la Víctima, del divino amor. ¡Y todo esto por nosotros! ¡por nosotros, pobres y miserables, ejerce estas divinas funciones!

¡Oh amor! ¡oh exceso de amor! ¡Oh Salvador mío! ¡cuán admirables son vuestras bondades para conmigo! ¡Oh qué veneración y qué alabanzas debo tributar á vuestro sagrado Corazón!

¡Oh dulcísimo Corazón de mi Jesús! Haced que

1 Offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis. («Eccli.» XLV.)

sea yo todo corazón y todo amor por Vos; y que todos los corazones del cielo y de la tierra sean inmolados en alabanza y gloria vuestra!

XIV

Cómo el Corazón de Jesús es el principio de la vida del Hombre--Dios, de la vida de la Madre de Dios, y de la vida de los hijos de Dios.

Hay otra razón para admirar y adorar profundamente al Corazón de Jesús: tal es la de que Él mismo es el principio de su vida, y por consiguiente el principio de la vida de su Madre y de todos los fieles.

Jesús es la vida. Él mismo lo dijo: «Yo soy la Vida: *Ego sum Vita.*»[1] Su Corazón, que es la parte más excelente de Él mismo, es por consiguiente lo más excelente, lo más vivo que hay en Aquél que es la Vida. Este Corazón divino puede ser considerado con relación al cuerpo de Jesús y con relación á su alma; siendo para uno y otra como el principio de la vida.

Es considerado como principio de la vida del cuerpo de Nuestro Señor, porque de él, como de una fuente vivificante, se derrama por todos los miembros la sangre divina que es absolutamente necesa-

1 Joan. XI, XIV.

ria para la vida de este adorable cuerpo. El Espíritu Santo lo ha dicho: «La vida de la carne está en la sangre.»[1] El calor de la vida reside en la sangre y la sangre parte del corazón.

El Corazón espiritual de Jesús, es decir, su alma santísima, unida á su corazón de carne y considerada en lo que tiene de más sublime, la inteligencia y el amor, es igualmente la base y el principio de la vida de Jesús; de esta vida que por razón de la unión hipostática de la naturaleza humana con la naturaleza divina en la persona del Verbo, puede con toda propiedad llamarse vida divina, vida de un Dios. De este Corazón deífico parten, para difundirse en el alma de Jesús, todos los torrentes de la luz divina y del divino amor.

El sagrado Corazón es, pues, en Jesús el principio de su vida: todos los pensamientos y afectos que el Hijo de Dios tuvo en este mundo por nuestra salvación, todas las palabras que dijo, todas las obras que hizo, todos los dolores que se dignó sufrir, la santidad y el amor incomprensibles con que hizo y sufrió todas estas cosas, en una palabra, todo en Él procedía de su divino Corazón, como los arroyos de su fuente.

Al sagrado Corazón de Jesús somos, pues, deudores de todo; del Corazón de Jesús proviene nuestra

1 Anima enim omnis carnis in sanguine est. («Levit.» XVII, 11, 14.)

salvación. ¿Qué haremos para daros las debidas gracias, oh buen Jesús? Os ofreceremos ese Corazón adorable que Vos os habéis dignado hacer nuestro. Sí, os lo ofrezco con confianza en unión del amor infinito que le ha inspirado tantas cosas admirables para mi redención.

El Corazón de Jesús es además el principio de la vida de la Madre de Dios; pues así como el virginal Corazón de esta Madre admirable era el principio de la vida corporal y natural de su Hijo mientras le llevaba en su casto seno, así también el Corazón de este adorable Hijo era á su vez el principio de la vida espiritual y sobrenatural de su Santísima Madre. El Corazón deífico del Hijo de María era, pues, el principio de todos los piadosos pensamientos y afectos de su bienaventurada Madre, de todas sus santas palabras, de todas sus buenas acciones, de todas sus virtudes, y de la santidad maravillosa con que sufría tantas penas y dolores, cooperando con su Hijo en la obra de nuestra redención.

¡Oh Jesús, Salvador mío! alabado sea eternamente vuestro divino Corazón! En acción de gracias por lo que vuestra Santísima Madre y Madre nuestra se dignó hacer por nosotros, os ofrezco lo que más amais en el mundo después de vuestro Padre: el Corazón inmaculado de María, todo abrasado de amor á Vos.

En tercer lugar, el Corazón de Jesús es el principio de la vida espiritual y sobrenatural de todos los

hijos de Dios. Esta vida sobrenatural es como una expansión, una difusión de la vida enteramente divina que Jesús comunica á su Madre.

Siendo el Corazón de Jesús el principio de la vida de la cabeza, es también el principio de la vida de los miembros. Y siendo el principio de la vida de la Madre, es por lo mismo el principio de la vida de los hijos.

Semejante á aquella fuente misteriosa que brotaba en medio del Paraíso terrrenal para derramarse desde allí por toda la tierra y fecundizarla, así el Corazón de Jesús está en medio de la Iglesia como la fuente universal de santidad, de la que brotan las aguas vivas del Espíritu Santo, aguas que saltan en nosotros hasta la vida eterna.

El Corazón de Jesús es el principio, el origen de todos los buenos pensamientos que han formado y formarán hasta el fin de los siglos y hasta en la eternidad las almas de todos los cristianos; el principio y origen de todas las santas palabras que han salido y saldrán de su boca; de todas las obras de piedad que han hecho y harán sus manos; de todas las virtudes que han practicado y practicarán; y, en fin, de todos los méritos que han adquirido y puedan adquirir trabajando, sufriendo, muriendo por Jesucristo.

¡Haced, Salvador mío, que todas estas cosas se conviertan en alabanzas eternas á vuestro Santísimo Corazón! Y pues me habéis dado este mismo Corazón para que sea el principio de mi vida, haced, si

es de vuestro agrado, que sea el único principio de todos mis sentimientos y afectos; que con su ardentísima caridad vivifique y mueva, como con una sangre mística, todas las potencias de mi alma, de suerte que no yo, sino él y sólo él viva en mí. Haced finalmente que sea vuestro Corazón alma de mi alma, espíritu de mi espíritu, corazón de mi corazón.

¡Oh Corazón de Jesucristo, principio de todo bien! ¡gloria á Vos en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad!

XV

Que el adorable Corazón de Jesús es un horno de amor á la Santísima Virgen

He indicado ya, é insistiré en lo mismo, que, después de su Padre celestial, á nadie ha amado ni ama tanto Jesús como á su bondadosísima, santísima y dulcísima Madre.

Las gracias inefables de que ha colmado el Hijo de Dios á su bienaventurada Madre, muestran evidentemente que siente por Ella un amor sin medida y sin límites. Ámala incomparablemente más que á todos sus Ángeles y Santos, más que á todas las criaturas juntas.

En primer lugar, la bienaventurada Virgen es *la única*[1] á quien el Hijo de Dios ha escogido desde to-

1 Una est columba mea. ("Cant." VI, 8.)

hijos de Dios. Esta vida sobrenatural es como una expansión, una difusión de la vida enteramente divina que Jesús comunica á su Madre.

Siendo el Corazón de Jesús el principio de la vida de la cabeza, es también el principio de la vida de los miembros. Y siendo el principio de la vida de la Madre, es por lo mismo el principio de la vida de los hijos.

Semejante á aquella fuente misteriosa que brotaba en medio del Paraíso terrrenal para derramarse desde allí por toda la tierra y fecundizarla, así el Corazón de Jesús está en medio de la Iglesia como la fuente universal de santidad, de la que brotan las aguas vivas del Espíritu Santo, aguas que saltan en nosotros hasta la vida eterna.

El Corazón de Jesús es el principio, el origen de todos los buenos pensamientos que han formado y formarán hasta el fin de los siglos y hasta en la eternidad las almas de todos los cristianos; el principio y origen de todas las santas palabras que han salido y saldrán de su boca; de todas las obras de piedad que han hecho y harán sus manos; de todas las virtudes que han practicado y practicarán; y, en fin, de todos los méritos que han adquirido y puedan adquirir trabajando, sufriendo, muriendo por Jesucristo.

¡Haced, Salvador mío, que todas estas cosas se conviertan en alabanzas eternas á vuestro Santísimo Corazón! Y pues me habéis dado este mismo Corazón para que sea el principio de mi vida, haced, si

es de vuestro agrado, que sea el único principio de todos mis sentimientos y afectos; que con su ardentísima caridad vivifique y mueva, como con una sangre mística, todas las potencias de mi alma, de suerte que no yo, sino él y sólo él viva en mí. Haced finalmente que sea vuestro Corazón alma de mi alma, espíritu de mi espíritu, corazón de mi corazón.

¡Oh Corazón de Jesucristo, principio de todo bien! ¡gloria á Vos en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad!

XV

Que el adorable Corazón de Jesús es un horno de amor á la Santísima Virgen

He indicado ya, é insistiré en lo mismo, que, después de su Padre celestial, á nadie ha amado ni ama tanto Jesús como á su bondadosísima, santísima y dulcísima Madre.

Las gracias inefables de que ha colmado el Hijo de Dios á su bienaventurada Madre, muestran evidentemente que siente por Ella un amor sin medida y sin límites. Ámala incomparablemente más que á todos sus Ángeles y Santos, más que á todas las criaturas juntas.

En primer lugar, la bienaventurada Virgen es *la única*[1] á quien el Hijo de Dios ha escogido desde to-

[1] Una est columba mea. ("Cant." VI, 8.)

da la eternidad para elevarla sobre toda la creación, para establecerla sobre el trono más sublime de la gloria y de la grandeza, y para confundirle la más prodigiosa de todas las dignidades, la dignidad de Madre de Dios.

Si de la eternidad descendemos á «la plenitud de los tiempos,» vemos que esta sacratísima Virgen es la única, entre los hijos de Adán, á quien Dios, por un privilegio enteramente especial, ha preservado del pecado original, y la ha hecho toda hermosa, toda pura, toda inmaculada, destinándola para aplastar la cabeza de Satán.

Y no solamente el amor del Hijo de Dios la preservó del pecado original, sino que además, desde el primer momento de su concepción inmaculada, la llenó de una gracia tan eminente, que sobrepuja á la gracia del más encumbrado Serafín, á la gracia de Adán inocente, á la gracia del mayor de todos los Santos. Y á consecuencia de este privilegio único, hizo la Santísima Virgen, ya en el primer momento de su vida, un acto de adoración y de amor más perfecto que el del más encendido Serafín.

En su amor filial, Nuestro Señor le concedió todavía más; concedióle á Ella sola amar y adorar á su Dios perfectamente y sin interrupción durante toda su vida; pudiendo decirse que desde el primero hasta el último momento de ella no hizo más que un acto de amor.

A Ella sola fué dado cumplir en un todo el primer

mandamiento divino: «Adorarás y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.»

A Ella sola fué dado engendrar de su propia sustancia á Aquél que de toda eternidad es engendrado, de la sustancia del Padre. Ella dió una parte de su sustancia virginal y de su purísima sangre para formar el cuerpo adorable del Hijo de Dios: más aún, cooperó, y cooperó libremente, con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo á la unión de su sustancia con la persona adorable del Hijo de Dios; cooperando así al cumplimiento del misterio de la Encarnación, es decir, al mayor milagro que Dios ha hecho, y aún que pueda hacer jamás. ¡Qué privilegio, qué gloria para la Santísima Virgen!

Todavía más. La purísima sangre y la carne virginal que la Virgen María dió á Jesús en este inefable misterio de amor permanecerán unidas por toda la eternidad, en virtud de la unión hipostática, á la persna del Verbo encarnado, por cuya razón en la humanidad del Hijo de Dios; esta sangre virginal y preciosa carne de María son *adorables*, con la misma adoración que es debida á esta humanidad; y son efectivamente y serán para siempre objeto de las adoraciones de todos los Ángeles y Santos. También nosotros, mientras esperamos el cielo, las adoramos aquí en la tierra bajo el velo de la Eucaristía. ¡Oh amor de Jesús á María! ¡quién te poseyera!

Ella sola, esta Madre admirable, proporcionó la

sustancia de que fué formado el sagrado Corazón del Niño Jesús, y con su sustancia se alimentó y desarrolló durante nueve meses ese Corazón divino: de Ella hemos recibido el sagrado Corazón.

Ella sola es Madre y Virgen á la vez; Ella sola llevó en sus purísimas entrañas durante nueve meses á Aquél á quien el Padre eterno lleva en su seno desde toda eternidad; Ella sola, la dulce Virgen María, amamantó y dió vida á Aquél que es la Vida eterna y que da la vida á todo sér. La leche es como la flor y la esencia de la sangre de la madre: María nutrió con su leche al Niño-Dios y le hizo reposar durante dos ó tres años sobre su pecho como en delicioso lecho de descanso. Verdadera Madre del que es verdadero Dios, se ha visto obedecida por el soberano Señor del universo; y esto la honra infinitamente más de lo que podrían honrarla los homenajes de todos los séres que Dios ha creado y puede crear.

Ella sola vivió continuamente con el adorable Salvador durante los treinta y tres años que pasó en la tierra. ¡Cosa admirable! El Hijo de Dios vino al mundo para salvar á todos los hombres, y, sin embargo, para predicarles é instruirles no les dedicó más que tres años y tres meses de su vida, mientras consagró más de treinta años á su santa Madre para santificarla más y más.

¡Qué torrentes de gracias y bendiciones derramaría incesantemente, durante todo aquel tiempo, en el alma de su amadísima Madre, tan bien dispuesta á

recibirlas! ¡Con qué ardores y llamas celestiales el divino Corazón de Jesús, foco de amor ardentísimo, abrasaría cada vez más el Corazón inmaculado de su dulcísima Madre, especialmente cuando estos dos Corazones estaban tan próximos el uno al otro y tan estrechamente unidos, primero al llevarle en su seno virginal, después cuando le alimentaba con su leche y le tenía en sus brazos reclinado en su santo pecho, y por último cuando habitaba con Él en Nazaret, viviendo familiarmente con Él como una madre con su hijo, bebiendo y comiendo con Él, orando con Él y escuchando las palabras que salían de su augusta boca, semejantes á otras tantas brasas encendidas que inflamaban cada vez más su santísimo Corazón con el fuego sagrado del divino amor!

Para hacer más comprensible, si necesario fuese, la inmensidad del amor de Jesús á su purísima Madre, añadiremos que sólo Ella fué transportada en cuerpo y alma al cielo, en donde está sublimada sobre todos los coros de los Ángeles y Santos á la derecha de su Hijo; Ella sola ha sido coronada Reina de los Ángeles y de los hombres, Emperatriz de cielo y tierra; Ella sola tiene todo poder sobre la Iglesia triunfante, militante y purgante;[1] Ella sola tiene más crédito cerca de su Jesús que todos los moradores del

1 In Jerusalem potestas mea. ("Eccl." XXIV, 15.)

cielo juntos,[1] porque en el cielo conserva con su cualidad de Madre de Dios la autoridad que este augusto título le confirió sobre el Corazón de Jesucristo. Ella es en el cielo, como dice admirablemente San Bernardo, «la omnipotencia suplicante, *omnipotentia supplex.*»

¡Qué prodigios de gracias ha acumulado el Corazón de nuestro Salvador en su Santa Madre! ¿Y quién le ha obligado á esto sino el amor ardentísimo que abrasaba su Corazón filial respecto de su Madre?

Y la ama tanto, porque es su Madre; la ama á Ella sola más que á todas las criaturas juntas porque Ella le tiene más amor que todos los Ángeles y escogidos de cielo y tierra; la ama tan ardientemente, porque ha cooperado con Él en su grande obra de la redención y santificación del mundo.

¡Oh Corazón adorable del Hijo único de María! mi corazón está lleno de gozo viendo cuánto amais á vuestra dulcísima Madre. ¡Oh Jesús, Hijo de Dios y de María! inflamad mi Corazón en el amor que tenéis á vuestra Madre! Vos nos habéis dicho: «Ejemplo os he dado, para que, como yo he hecho, hagais también vosotros,»[2] Por esto me mandais que ame cuanto pueda á Aquella á quien Vos tanto habéis amado. ¡Oh

---

1 Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra. («S. Petr. Dam.»)

2 Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis ("Joan," XIII, 15.)

Madre de amor! sí, os amo con todo mi corazón en unión de vuestro Jesús, que es también mi Jesús.

¡Amémosla todos á esta Santísima Madre; amémosla como Jesús, con Jesús y en Jesús! Y en adelante no tengamos más que un corazón con Jesús y María: un corazón que deteste lo que Ellos detestan, es decir, el pecado bajo todas sus formas: un corazón que ame lo que Ellos aman, particularmente la inocencia, la humildad y la abnegación.

¡Oh Madre de bondad! alcanzadnos esta gracia del Corazón amantísimo de vuestro Hijo!

XVI

Lo que fué el Corazón de Jesús para su Santísima Madre durante su Pasión

Siendo Jesús el hijo más perfecto, el mejor hijo que haya existido, sintió con dolor amarguísimo la repercusión de los terribles dolores que su amadísima Madre tuvo que sufrir durante toda su vida, principalmente en los días de su Pasión. Los dolores de Jesús eran los de María, y los dolores de María eran los de Jesús.

Llegado el día de su acerba Pasión, Nuestro Señor, obediente hasta la muerte á su Santa Madre lo mismo que á su Padre celestial, pidió á la Santísima Virgen, en común sentir de los Santos, consentimien-

cielo juntos,[1] porque en el cielo conserva con su cualidad de Madre de Dios la autoridad que este augusto título le confirió sobre el Corazón de Jesucristo. Ella es en el cielo, como dice admirablemente San Bernardo, «la omnipotencia suplicante, *omnipotentia supplex.*»

¡Qué prodigios de gracias ha acumulado el Corazón de nuestro Salvador en su Santa Madre! ¿Y quién le ha obligado á esto sino el amor ardentísimo que abrasaba su Corazón filial respecto de su Madre?

Y la ama tanto, porque es su Madre; la ama á Ella sola más que á todas las criaturas juntas porque Ella le tiene más amor que todos los Ángeles y escogidos de cielo y tierra; la ama tan ardientemente, porque ha cooperado con Él en su grande obra de la redención y santificación del mundo.

¡Oh Corazón adorable del Hijo único de María! mi corazón está lleno de gozo viendo cuánto amais á vuestra dulcísima Madre. ¡Oh Jesús, Hijo de Dios y de María! inflamad mi Corazón en el amor que tenéis á vuestra Madre! Vos nos habéis dicho: «Ejemplo os he dado, para que, como yo he hecho, hagais también vosotros,»[2] Por esto me mandais que ame cuanto pueda á Aquella á quien Vos tanto habéis amado. ¡Oh

1 Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra. («S. Petr. Dam.»)

2 Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis ("Joan," XIII, 15.)

Madre de amor! sí, os amo con todo mi corazón en unión de vuestro Jesús, que es también mi Jesús.

¡Amémosla todos á esta Santísima Madre; amémosla como Jesús, con Jesús y en Jesús! Y en adelante no tengamos más que un corazón con Jesús y María: un corazón que deteste lo que Ellos detestan, es decir, el pecado bajo todas sus formas: un corazón que ame lo que Ellos aman, particularmente la inocencia, la humildad y la abnegación.

¡Oh Madre de bondad! alcanzadnos esta gracia del Corazón amantísimo de vuestro Hijo!

XVI

Lo que fué el Corazón de Jesús para su Santísima Madre durante su Pasión

Siendo Jesús el hijo más perfecto, el mejor hijo que haya existido, sintió con dolor amarguísimo la repercusión de los terribles dolores que su amadísima Madre tuvo que sufrir durante toda su vida, principalmente en los días de su Pasión. Los dolores de Jesús eran los de María, y los dolores de María eran los de Jesús.

Llegado el día de su acerba Pasión, Nuestro Señor, obediente hasta la muerte á su Santa Madre lo mismo que á su Padre celestial, pidió á la Santísima Virgen, en común sentir de los Santos, consentimien-

to para llevar á cabo su sangriento sacrificio, y Ella se lo dió con un amor y un dolor inconcebibles. Jesús le dió á conocer sus futuros sufrimientos, y le pidió que en ellos le acompañara en espíritu y en cuerpo.

Así, pues, María ofreció su Corazón, y Jesús entregó su cuerpo; y de esta suerte la Madre tuvo que sufrir en su Corazón todos los tormentos de su Hijo, y el Hijo tuvo que sufrir á la vez torturas inconcebibles en su cuerpo, y en su sagrado Corazón las del Corazón de su Madre.

Después de su tierna despedida, el Salvador fué á abismarse en el océano inmenso de sus dolores, llevando, como aguda saeta atravesada en su Corazón, el pensamiento y las desolaciones de Aquella á quien Él amaba sobre todas las cosas. Por su parte, la Santísima Virgen, entrando en profunda oración, empezó á acompañarle interiormente y á participar de las angustias de su agonía. María decía con Jesús: «Señor, cúmplase vuestra voluntad y no la mía.»[1]

Durante la terrible noche de la Pasión, la Santísima Virgen siguió en espíritu á su querido y adorable Jesús, vendido traidoramente, abandonado, maltratado, cubierto de insultos y ultrajes, abofeteado, escupido. ¡Qué noche! El Corazón de Jesús no dejó un solo instante el Corazón desgarrado de su Madre, y le enviaba incesantemente gracias extraordi-

1 Non mea voluntas, sed tua fiat. («Luc.» XXII, 42.)

narias para que pudiera sufrirlo todo sin morir. Entre otras gracias, le envió San Juan, su discípulo amado, que ya no la dejó, y fué el único entre los Apóstoles que la acompañó hasta el pié de la Cruz y hasta el sepulcro.

Sabiendo que se acercaba el momento en que debía seguir, no sólo con el corazón, sino también personalmente, á la Víctima divina hasta el sangriento altar del sacrificio, salió al clarear el día, acompañada de San Juan, de María Magdalena y de otras santas mujeres. Pronto, confundida entre la turba del pueblo, vió á su Hijo, su Señor, su Dios, y su único Amor; vióle pálido y desfigurado, arrastrado como vil malhechor del palacio de Caifás al de Pilatos, del palacio de Pilatos al de Herodes, y otra vez al de Pilatos, vestido de blanco en señal de loco. Vió á su dulce é inocente Cordero azotado y bañado en sangre en el pretorio; y luego, cubierto con andrajoso manto de púrpura, con irrisorio cetro de caña en sus manos, y coronado de espinas, ser mostrado á un pueblo ebrio de furor, y por último condenado á muerte. En sus oídos resonaba la horrible blasfemia: «¡Crucificale, crucificale! No tenemos otro rey que el César!»[1]

Y durante todo este tiempo Jesús miraba á su Madre, á veces con los ojos del cuerpo, siempre con los

1 Crucifige, crucifige eum. Non habemus regem nisi Cæsarem. ("Joan." XIX, 6, 15.)

del Corazón! ¡Qué de angustias en esta mirada! Imitando al inocente Cordero que se dejaba inmolar en silencio, María, como Oveja de Dios, lloraba y sufría en silencio. Sólo el silencio podía convenir á semejantes dolores.

Pónese en marcha el lúgubre cortejo. La Oveja podía seguir á su Cordero por el rastro de su sangre. Con esta sangre divina mezclaba la de su Corazón, es decir, sus lágrimas. Vió á su Amado, á su Jesús, caer bajo el peso de la Cruz. Vióle subir la cuesta del Calvario. Vióle, después de clavado en el terrible madero, elevarse como ensangrentada bandera de salvación y de esperanza, de amor y de justicia, de vida y de muerte, dominando la multitud. El amor la obligó á aproximarse lo más que pudo á su adorable Hijo, y durante aquellas horas interminables sufría con Jesús dolores que jamás podrá el hombre comprender; dolores divinos, en expresión de San Buenaventura. Todo lo que Jesús pendiente de la Cruz sufría en su alma y en su cuerpo, lo sufría la Madre de los Dolores en su Corazón.

Y desde lo alto de la Cruz, á través de las lágrimas y de la sangre que oscurecían sus ojos, el Redentor contemplaba á su Santísima Madre, y daba á sus sufrimientos un mérito que sólo Él medir podía. La sacratísima Oveja y el divino Cordero se miraban en silencio y se comunicaban sus dolores. Y á medida que el sacrificio avanzaba á su término, á medida que la santa Víctima entraba en las angustias de

la muerte, el sufrimiento inenarrable de Jesús, y por consiguiente de María, de María y por consiguiente de Jesús, subían, subían siempre como la marea de los grandes mares. Este sufrimiento llegó á su colmo cuando, consumado todo, el Verbo eterno crucificado exhaló su último grito de horrible angustia y de triunfo, inclinó la cabeza y entregó su espíritu. Jesús espiró mirando á su Madre. María fué la primera que recibió aquella divina mirada en Belén, cuando el Hijo de Dios vino al mundo; justo era que fuese también la última en gozar de ella cuando el misterio de la Redención se consumaba en el Gólgota.

¡Oh! ¡quién pudiese sondear los misterios de amor y de dolor contenidos en aquella última mirada de Jesús moribundo! Esta caía sobre la más pura de todas las criaturas, sobre la Virgen inmaculada, sobre la Hija predilecta del Padre Eterno, sobre la Madre de Dios-Hijo, sobre la Obra maestra y Esposa del Espíritu Santo. Caía sobre la mejor de las madres; sobre la que Jesús amaba más que á todas las criaturas de la tierra y de los cielos; sobre la compañera fidelísima de toda su vida y de todos sus trabajos.

Desde lo alto de la Cruz, el Corazón de Jesús nos dió por Madre á todos y á cada uno la Santísima Virgen en la persona de San Juan. Sí, del fondo de ese Corazón lleno de amor han salido estas dos palabras escritas en caracteres de fuego en el corazón de los verdaderos cristianos: «¡Hé ahí á vuestro Hijo!» y «¡Hé ahí á vuestra Madre!» ¡Recibir por Ma-

dre á la inmaculada Madre de Dios! ¡qué legado! ¡qué donación tan divina! Bien se reconoce en ella al sagrado Corazón de Jesús: sólo Él era capaz de semejante exceso de ternura! ¡Así se venga de los pecadores, dándoles su Madre inmaculada!

¡Oh buen Jesús! inocentísimo Cordero, que tanto sufristeis en vuestra Pasión y que visteis el Corazón virginal de vuestra Madre abismado en un océano de dolores! enseñadme, si os place, á acompañaros como Ella en vuestras aflicciones.

Enseñadme á odiar el pecado y á ser un buen hijo para con vuestra Madre. Pobre corazón mío, tan débil y tan culpable, ¿no te derretirás de dolor viendo que eres la causa de los indecibles dolores de tan Santa Madre y tan dulcísimo Salvador?

¡Oh Jesús crucificado, amor de mi corazón! ¡Oh María, mi consuelo y Madre mía! imprimid en mi alma un gran desprecio de las vanidades y placeres mundanales, y haced que tenga siempre ante mis ojos vuestros sagrados dolores, á los cuales deberé mi salvación y mi eterna felicidad.

XVII

Que el Corazón adorable de Jesús es una hoguera de amor á las tres Iglesias, triunfante, militante y purgante

El sagrado Corazón de Jesús es el foco de donde parten todos los rayos y todos los ardores que llenan de pureza, de hermosura, de beatitud y de amor á la Iglesia del cielo, á la de la tierra y á la del purgatorio. Las llamas omnipotentes de este divino Corazón abrasan también el infierno, con los demonios y los réprobos; pero no son sino las llamas vengadoras de su amor despreciado, «los ardores eternos,» del eterno amor, que envuelven en la tremenda santidad de la justicia á todos los que han rechazado la suave santidad del amor.

El sagrado Corazón penetra, ilumina y beatifica la Iglesia del cielo. Remontémonos con el pensamiento á las bienaventuradas mansiones donde Jesús nos prepara un lugar. ¿Qué son ese número infinito de Ángeles, de Santos, de Patriarcas, de Profetas, de Apóstoles, de Mártires, de Confesores, de Vírgenes de Bienaventurados de toda edad y condición; qué son sino otras tantas llamas de la inmensa hoguera del Corazón del Santo de los Santos?

¿No es la bondad y el amor, no es la gracia de este divino Corazón quien les ha creado á todos, quien les ha iluminado con la luz de la fe, quien les ha

hecho cristianos, quien les ha dado fortaleza para vencer al demonio, al mundo y á la carne, quien les ha adornado con todas las virtudes, quien les ha santificado en este mundo y glorificado en el otro, quien ha encendido en sus corazones fieles el amor que tienen á Dios, quien ha llenado sus bocas de sus divinas alabanzas, Él que es la fuente de todo lo que hay en ellos de grande, de santo y de admirable? Si, pues, en el decurso del año celebramos tan magníficas fiestas en honor de estos mismos Santos, si les tributamos un culto tan solemne y legítimo, ¡qué no debemos hacer para honrar, celebrar y glorificar al divino Corazón, principio de la santidad de todos los Santos, de la beatitud de todos los Bienaventurados!

El Corazó de Jesús es el Corazón del Paraíso y el sol de la gloria de ese hermoso cielo viviente á donde, por su misericordia, esperamos llegar un día.

Si de la Iglesia del cielo descendemos á la de la tierra, vemos también en ella las maravillas del Corazón y del amor de Jesucristo, corazón y vida del mundo de la gracia, como es el corazón y la vida del mundo de la gloria.

¿No es el amor de Jesús quien, al constituir su Iglesia militante, ha puesto á cubierto la fe de los cristianos por medio del infalible Papado y de la santa jerarquía de los Pastores? ¿No es él quien ha fundado el sacerdocio y quien nos envía nuestros sacerdotes, es decir, nuestros salvadores, nuestros directores, nuestros guardianes, nuestros padres espirituales,

nuestros verdaderos consoladores? Si poseemos la verdadera fe, si somos cristianos, ¿á quién lo debemos sino al mor divino, al sagrado Corazón de Jesucristo?

Nadie más que Él ha agotado, por decirlo así, en los Sacramentos de la Iglesia todas las maravillas, todas las invenciones de su infinita misericordia. ¡Qué tesoro de amor el Bautismo, donde Jesús, aplicándonos la plenitud de los méritos de su sacrificio, nos purifica y santifica tan gratuitamente, que al recibir este gran Sacramento ni siquiera hemos sabido que le recibíamos! ¿Qué hombre hubiera sido capaz de encontrar en su corazón semejante pensamiento?

¡Qué tesoro de misericordia el inefable sacramento de la Penitencia, donde el amor divino, sin sacrificar nada de su infinita santidad, va todavía mucho más léjos que en el Bautismo, pues derrama el perdón con profusión admirable, y lo perdona todo, y perdona siempre al que de veras se arrepiente! ¡Oh Corazón adorablemente bueno de mi Salvador! ¡oh misericordia verdaderamente divina!

Y ¡qué tesoro de amor puede compararse á la Eucaristía, llamada por esta razón «el Sacramento de amor!» En él únese el cielo á la tierra; y bajo aquel blanco velo reside real y corporalmente en nuestros altares el Rey de los Ángeles y de los Santos, el buen Jesús, el Corazón de Jesús. Está en medio de nosotros, de dia y de noche, sin cuidarse de su propia gloria, sin buscar otra cosa que nuestro corazón y nuestra felicidad. No hay madre que pueda olvidar-

se tanto de sí misma por amor de su hijo. Y sin embargo ¿qué es el corazón de una madre sino el sinónimo de la ternura, del amor, de la abnegación? Pues mucho más que esto es para su querida Iglesia el Corazón de Jesús.

¿Y qué diremos de los demás Sacramentos? ¿Qué del Evangelio, de la Escritura, de las mil instituciones de caridad y misericordia, corona de la santa Iglesia en toda la tierra? ¿Qué de las santas indulgencias y de todos los demás tesoros de la gracia?

Todo esto, sí, todo esto no es más que la radiación del amor del sagrado Corazón de Jesús. ¡Oh Señor! qué inestimable gracia la de haber nacido y de vivir en el seno de vuestra Iglesia! Esto es verdaderamente haber nacido y vivir en vuestro divino Corazón, en el seno de vuestro amor.

Por último, también la Iglesia purgante está llena de las sagradas llamas del Corazón de Jesús. Verdad es que en el purgatorio domina la santidad de la justicia; pero también tiene allí el amor su gran parte: pues si no hubiese purgatorio, el paraíso permanecería cerrado para la mayor parte de los hombres. ¿No es en efecto una verdad de fe que «en el reino de los cielos no puede entrar nada manchado?»[1] ¿No es igualmente cierto que, aun entre los fieles habidos por más perfectos, apenas hay quien lleve una vida tan pura, y haga una penitencia tan perfecta, para

1 Non intrabit in eam aliquod coinquinatum. (Apoc. XXI, 27.)

que después de muerto pueda inmediatamente y á pié llano entrar en el cielo? La Iglesia del purgatorio debe, pues, enteramente su existencia y su salvación, así como sus inquebrantables y eternas esperanzas, al misericordioso Corazón de Jesús.

De este Corazón de bondad parten además todos los consuelos que mitigan las expiaciones de los fieles en el purgatorio. Jesús les envía para consolarles su santa Madre, y excita incesantemente en los corazones de los fieles de la tierra ese celo tan caritativo y ardiente para aliviar primero y libertar después á esas pobres almas, por medio de la santa Misa, de la sagrada Comunión, de las indulgencias, limosnas y demás obras buenas que aconseja la Iglesia.

Tan grande es, pues, el amor infinito de Dios á su Iglesia, en cielo, tierra y purgatorio. Tal es su adorable Corazón, del que salen y al que vuelven, para descansar en él eternamente, todos los que tienen la dicha de conocer al verdadero Dios, de adorarle, de amarle y de servirle.

Alaben sin fin vuestras bondades todas las criaturas, Corazón amabilísimo de Jesús, y canten incesantemente á vuestra gloria un himno de amor y adoración. Conservad vuestra gracia á los justos, purificad á los pecadores, iluminad á los ciegos, tened misericordia de todos los fieles difuntos. Sednos siempre consuelo en nuestras penas, remedio en nuestros males, fuerza y refugio en las tentaciones, nuestra esperanza durante la vida, nuestro asilo en la muerte. Así sea.

se tanto de sí misma por amor de su hijo. Y sin embargo ¿qué es el corazón de una madre sino el sinónimo de la ternura, del amor, de la abnegación? Pues mucho más que esto es para su querida Iglesia el Corazón de Jesús.

¿Y qué diremos de los demás Sacramentos? ¿Qué del Evangelio, de la Escritura, de las mil instituciones de caridad y misericordia, corona de la santa Iglesia en toda la tierra? ¿Qué de las santas indulgencias y de todos los demás tesoros de la gracia?

Todo esto, sí, todo esto no es más que la radiación del amor del sagrado Corazón de Jesús. ¡Oh Señor! qué inestimable gracia la de haber nacido y de vivir en el seno de vuestra Iglesia! Esto es verdaderamente haber nacido y vivir en vuestro divino Corazón, en el seno de vuestro amor.

Por último, también la Iglesia purgante está llena de las sagradas llamas del Corazón de Jesús. Verdad es que en el purgatorio domina la santidad de la justicia; pero también tiene allí el amor su gran parte: pues si no hubiese purgatorio, el paraíso permanecería cerrado para la mayor parte de los hombres. ¿No es en efecto una verdad de fe que «en el reino de los cielos no puede entrar nada manchado?»[1] ¿No es igualmente cierto que, aun entre los fieles habidos por más perfectos, apenas hay quien lleve una vida tan pura, y haga una penitencia tan perfecta, para

1 Non intrabit in eam aliquod coinquinatum. (Apoc. XXI, 27.)

que después de muerto pueda inmediatamente y á pié llano entrar en el cielo? La Iglesia del purgatorio debe, pues, enteramente su existencia y su salvación, así como sus inquebrantables y eternas esperanzas, al misericordioso Corazón de Jesús.

De este Corazón de bondad parten además todos los consuelos que mitigan las expiaciones de los fieles en el purgatorio. Jesús les envía para consolarles su santa Madre, y excita incesantemente en los corazones de los fieles de la tierra ese celo tan caritativo y ardiente para aliviar primero y libertar después á esas pobres almas, por medio de la santa Misa, de la sagrada Comunión, de las indulgencias, limosnas y demás obras buenas que aconseja la Iglesia.

Tan grande es, pues, el amor infinito de Dios á su Iglesia, en cielo, tierra y purgatorio. Tal es su adorable Corazón, del que salen y al que vuelven, para descansar en él eternamente, todos los que tienen la dicha de conocer al verdadero Dios, de adorarle, de amarle y de servirle.

Alaben sin fin vuestras bondades todas las criaturas, Corazón amabilísimo de Jesús, y canten incesantemente á vuestra gloria un himno de amor y adoración. Conservad vuestra gracia á los justos, purificad á los pecadores, iluminad á los ciegos, tened misericordia de todos los fieles difuntos. Sednos siempre consuelo en nuestras penas, remedio en nuestros males, fuerza y refugio en las tentaciones, nuestra esperanza durante la vida, nuestro asilo en la muerte. Así sea.

XVIII

Que el Corazón de Jesús es una hoguera de amor para cada uno de nosotros

Lo que Nuestro Señor es para todos sus fieles en general, lo que ha hecho por todos, esto es y hace también para cada uno en particular. Cada uno de nosotros es, por decirlo así, el mundo compendiado de Jesús, el compendio de su Iglesia, de su creación natural y sobrenatural.

Por tanto puedo resumir en dos palabras lo que el Hijo de Dios hace por mí, lo que hace por cada uno de nosotros individualmente, á saber: me saca de un abismo de males, y abre ante mi fidelidad un mundo de bienes y de felicidades sin fin.

Por el pecado original nací en un estado de degradación y de muerte, cuyo horror ni aun puede concebir mi entendimiento: era *hijo de ira*, [1] según la terrible expresión de la Escritura; era enemigo de mi Dios y objeto de su maldición. Estaba excomulgado por la Santísima Trinidad, anatematizado por el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, separado de la compañía de los Ángeles, desterrado de la casa de mi Padre celestial, excluido del Paraíso, privado de ver á Dios. Estaba perdido sin remedio.

1 Eramus natura filii iræ. («Ephes.» II, 3.)

Estaba en pecado, es decir, en el mal de los males, en la causa única de todos los males que desolan la tierra y el infierno, el tiempo y la eternidad. ¡Oh qué sima es el pecado! Sin ser infinito en la criatura que le comete y que no es capaz de lo infinito, es sin embargo en sí mismo un mal verdaderamente infinito, porque viola la santidad de Dios, que es infinita; porque ofende á una majestad, á una bondad, á un poder, á una sabiduría infinitas; y por esto merece en estricta justicia una pena infinita, al menos en cuanto á la duración.

Para expiarle digna y plenamente, es necesaria una víctima de una dignidad infinita, esto es, divina. Aun cuando todos los Ángeles, todos los Serafines y todas las Virtudes de los cielos llegaran á encarnarse, y á sufrir, y á morir; aún cuando todos los Santos, desde el principio hasta el fin del mundo, juntaran sus méritos, sus oraciones, sus penitencias, sus lágrimas, sus buenas obras; aun cuando todos derramáran hasta la última gota de su sangre; aun cuando ¡oh prodigio! la santísima é inmaculada Virgen María ofreciera á Dios los inefables méritos de su vida y de su muerte, el abismo del pecado permanecería siempre abierto, sin que pudiese llenarse el lado por donde es infinito con los esfuerzos de ninguna criatura. El abismo del pecado no es otro, en efecto, que el abismo del infierno.

Luego, si mi Salvador en su infinita misericordia y bondad, sea mil veces bendito, no se hubiese hecho

hombre para venir á salvarme; si no hubiese llorado y sufrido por mí miserable; si su divino sacrificio no me hubiese rescatado de la muerte, y muerte eterna, ninguna criatura, ni en el cielo ni en la tierra, hubiera podido sacarme del abismo del pecado, ni librarme de la muerte y del anatema, ni aun refrigerarme por medio de aquella gota de agua que el rico avariento (tipo del condenado) pide en vano hace tanto tiempo.

No obstante, por una dicha incomprensible, me encuentro fuera de ese abismo de infidelidad; y ¿á quién lo debo? ¿á quién? ¡Oh Jesús! Vos lo sabéis: ¡só lo á Vos! Sí, vuestro amor infinito, vuestro sagrado Corazón, órgano y foco de este amor; la bondad inmensa, la infinita misericordia y el amor incomparable de vuestro Corazón son los que me han salvado! Esas llamas sagradas me han dado la vida y han apagado las llamas de mi horrible infierno.

Y esto lo habéis hecho gratuitamente, y más que gratuitamente, pues me encontraba ante Vos, no sólo desnudo de todo mérito, sino como un réprobo, asqueroso, horrible y hediondo. ¡Qué gracia la vuestra, Dios mío! ¡Qué misterio de amor!

Y lo que Jesucristo ha hecho por mí al admitirme al Bautismo, lo ha renovado sobreabundantemente mil y mil veces, lo renueva incesantemente en el sacramento de la Penitencia, perdonándome siempre; sí, siempre, siempre; perdonándomelo todo, sin cansarme nunca, ¡ah! sin saber vengarse más que con el perdón!

Esto ha hecho por mí el Corazón de mi Jesús. «¿Qué le daré en acción de gracias? Tomaré el cáliz de salud,»[1] y ofreceré á mi celeste Bienhechor un sacrificio digno de Él. Orando un día Santa Teresa delante del Santísimo Sacramento, se encontraba como agobiada por el peso de las misericordias divinas, y experimentaba grande angustia por no poder agradecerlas como convenía. Entonces salió una voz del Tabernáculo, que le dijo: «Manda celebrar una misa; esto basta.» También yo tomaré, para ofrecérosla en acciones de gracias *infinitas*, la sangre de ese mismo Sacrificio que me ha redimido y salvado. Recibidla, Señor Jesús, como recibisteis en el seno de vuestro Padre el sacrificio de Abel, y no permitais que pierda jamás por mi infidelidad el fruto de vuestra pasión y muerte.

XIX

Que este amor del Redentor resplandece maravillosamente entre todos los bienes de que nos ha colmado su Corazón

La misericordia de Nuestro Señor me ha librado del pecado y del infierno. Pero esto no es más que el lado negativo de lo que su amor infinito se ha dig-

1 Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam. («Psalm.» CXV.)

nado hacer por mí: el lado positivo, el bien que me ha merecido, es mil veces más precioso todavía. Si me ha librado de *todo mal*, ha sido para darme *todo bien*. Sí, todo bien; porque con su cielo, con su bienaventuranza y su eternidad se me entrega á sí mismo, y como decía á Santa Ángela de Foligno, Él es *el Todo-Bien*.

¿Qué bien hay comparable á la posesión del cielo, es decir, la posesión de la felicidad perfecta y eterna, del perfecto y eterno gozo, del perfecto y eterno amor? El cielo es el seno de Dios en el cual la criatura deificada se encuentra abismada, con Jesucristo, por Jesucristo y en Jesucristo, en el océano de la luz divina y de la eterna bienaventuranza. El cielo es el Amor convertido en nuestra vida, nuestro estado, nuestra atmósfera, nuestro todo. No más temores, no más lobregueces, no más privaciones, no más desfallecimientos, no más separaciones, no más lágrimas, no más sufrimientos; al contrario, sobreabundancia inconmensurable é inmutable de todos los bienen, sea del espíritu, del corazón, ó de los sentidos. Vivir con Jesús y María, con los bienaventurados Serafines, Querubines, Arcángeles y Ángeles, con todos los Santos, con todos los elegidos; ver á Dios cara á cara, poseer á Dios por completo, gozar de Dios, estar lleno de la paz y alegría de Dios; y esto para siempre, sin inquietud, sin posibilidad de perder una sola gotita de aquel océano de felicidad...... ¡Qué perspectiva, Dios mío!

¡Qué dicha ser eternamente compañero de los Ángeles, vivir la vida de los Ángeles, estar revestido de su gloria, gozar de su bienaventuranza; en una palabra, «ser semejante á los Ángeles!»[1]

¡Qué dicha ocupar para siempre la categoría de hijos de Dios, ser eternamente miembros glorificados del Unigénito de Dios, coherederos y hermanos suyos![2]

¡Qué felicidad ser con Jesús rey de un reino eterno, poseer el mismo reino que el Eterno Padre ha dado á su Hijo, sentarse á su mesa con María y con todos los escogidos![3] ¡Qué gloria estar revestido del celeste manto de luz, del vestido real y glorioso del Rey de reyes!

En el cielo nos sentaremos en un mismo trono con el soberano Monarca de cielos y tierra;[4] descansaremos con nuestro Salvador en el seno de su Pa-

1 Erunt sicut Angeli Dei in cœlo.... Sunt sicut Angeli in cœlis....Æquales, enim Angelis, sunt. («Matth.» XXII, 30; «Marc.» XII, 25; "Luc." XX, 36.)

2 Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. Si autem filii et hæredes; hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi. ("Rom." VIII, 17.)

3 Et ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo. («Luc.» XXII, 29) Charitatem quam dedisti mihi, dedi eis. («Joan.» XVII, 22.)

4 Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo. («Apoc.» III, 21.)

dre;[1] poseeremos todos los bienes de Dios;[2] seremos, en fin, enteramente transformados en Dios,[3] es decir, estaremos llenos y penetrados de todas las perfecciones de Dios, más íntimamente que el hierro metido en la fragua está revestido y penetrado de las cualidades del fuego. En Jesucristo no formaremos más que uno sólo con Dios, no por unidad, sino por unión; lo que Dios es por naturaleza y por esencia, lo seremos nosotros por gracia y por participación.

¡Oh Señor, qué felicidad tan grande é incomparable la del cielo! Y aún todo lo que conozco de él es nada en comparación de la realidad. Vos mismo me lo habéis dicho: «¡Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano puede comprender lo que Dios tiene reservado á los que le aman!»[4]

Y ¿á quién debo yo la inmensidad desconocida de este celestial é incomprensible tesoro? Al amor misericordioso é infinito del Corazón de mi Salvador. Al darse á mí, me ha dado todo lo que hay en la tierra:

---

1 Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum.... Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris. ("Joan." XVII, 24; 1, 18.)

2 Amen dico vobis super omnia bona sua constituet eum. ("Matth." XXIV, 47.)

3 Nos vero omnes, revelata facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur à claritati in claritatem, tamquam à domine spiritu. ("II Cor." III, 18.)

4 Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum. (I Cor, II, 9.)

su Iglesia, su Vicario, su verdad, sus Sacramentos, su Eucaristía, su Cuerpo y su Sangre, su Madre, su santa cruz, todas sus gracias, todas sus riquezas espirituales; y en el cielo me espera para ser Él mismo mi bienaventuranza y mi recompensa sin medida.

¡Gracias, pues, gracias infinitas al Corazón de mi Dios por sus inefables dones![1] Sí, todo lo tengo en Jesucristo; y su sagrado Corazón, donde reposo si le soy fiel, es el abismo de todo bien, que me libra del abismo de todo mal.

¡Oh buen Jesús! ¡perdonad á todos los que no os aman! ¡Ah! ¡cuán grande es su número! ¿No es verdad que, aún en los países cristianos, multitud de hombres tratan á este adorable Salvador como si nada le debiesen? ¿No es verdad que le tratan casi como enemigo, olvidándole, blasfemándole, descuidando su servicio, burlándose de sus sacerdotes, de su Vicario, de su santa Iglesia, riéndose de la Confesión, ridiculizando la Eucaristía, llegando algunas veces á ultrajar á su santísima Madre?

Sin embargo, ¿qué más hubiera podido hacer para atestiguarles su amor?[2] «Si fuese posible, decía un día á Santa Brígida, si fuese posible que yo sufriese los tormentos de mi Pasión tantas veces cuantas al-

1 Gratias Deo super inenarrabili dono ejus. ("II Cor." X, v 15.)

2 Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci? ("Isai." V, 4.)

mas hay en el infierno, gustoso los sufriría.» Y en recompensa, la mayor parte de aquellos á quienes ha rescatado y enriquecido con sus dones, vuelven á crucificarle. Sí, á crucificarle; pues quien peca mortalmente «crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios......, le pisotea, desprecia la Sangre de la alianza, en la que ha sido lavado y santificado.»[1]

¡Dios mio! agradecemos profundamente cualquier demostración de afecto, el más insignificante servicio que se nos preste; ¿qué digo? profesamos cariño á un animal que nos divierte ó nos es útil en algo; y ¿dejaremos de amar á Dios, que es nuestro Criador, nuestro misericordioso Redentor, nuestro fidelísimo amigo, nuestro bondadosísimo hermano, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro soberano bien, nuestra vida, nuestro corazón; á este Dios, que es todo corazón y todo amor por nosotros?

«¡Oh hijos de Adán! Redentor tenéis; venid á Él, que bueno y misericordioso es para los que quieren ser redimidos. Fuente de agua viva es; rio caudaloso, que procede del trono de Dios, que sin recibir de nadie, á todos da largamente sin que sus corrientes se mengüen: corred, sedientos, á apagar vuestra

1 Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.... Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit, in quo sanctificatus est et spiritui gratiæ contumeliam fecerit. ("Hebr." VI, 6; X, 29.)

sed. Mina es sin término de los tesoros eternos; los que os desentrañais por adquirir riquezas que apenas se dejan ver de los ojos, corred codiciosos, que nunca tantos[1] llevará uno que no resten para repartir á los demás, infinitos. Venid, ciegos, á la luz; afligidos, atormentados, al gozo sin fin; venid, presos á la libertad; desterrados, á vuestra patria; muertos, á la vida. ¿Qué aguardais? venid, que buen Dios tenéis. ¿Qué hacéis atados, como viles bestias, á los pesebres del mundo, royendo paja de vanos gustos sin jugo ni sustancia de bien? Romped vuestras ataduras; corred, que buena y rica mesa os espera, abastecida de verdaderos deleites y regalos sin tasa. ¡Oh hijos de Adán! despertad, que la luz se os entra por vuestras puertas; abrid, no os quedéis á oscuras y en tinieblas de muerte.»[2]

1 Tesoros.

2 Pronunció estas palabras inspiradas la sierva de Dios, Doña Sancha Carrillo, momentos antes de su muerte, según se contiene en su «Vida» escrita por el P. Martín de Roa.

XX

Que el sagrado Corazón de Jesús nos ama como su Padre le ama á Él

El mismo día de la institución de la Eucaristía, estando todavía en el Cenáculo, Nuestro Señor dirigió á sus Discípulos una palabra admirable, salida como ardiente llama del fondo de su Corazón: «Os amo; *Ego dilexi vos.*»[1] Parémonos aquí un poco, y meditemos bien esta palabra.

¡Oh cuán dulcemente suena en los labios del soberano Señor del universo, del Dios de la eternidad! ¡Cuán buena y consoladora es para el alma verdaderamente cristiana! «Os amo,» dice Jesús.

Si un gran rey se dignase entrar un día en la choza del último de sus vasallos para decirle: «Te amo, y he venido aquí expresamente para decírtelo,» ¡qué gozo no sentiría aquel pobre hombre!

Si un Angel del cielo ó un Santo, si la misma inmaculada Virgen María, Reina de todos los Santos, se dignase aparecerse de repente á algún pobre pecador, y decirle públicamente en presencia de todos: «Te amo; tuyo es mi corazón!» ¡qué pasmo, qué transportes no experimentaría aquel pecador!

1 Joan. XIII, 34; XV, 9, 12

Pues bien, ved aquí infinitamente más; ved al Rey de reyes, al Santo de los santos, al soberano Señor del cielo, bajar expresamente acá abajo para decirnos á nosotros, pobres pecadores: «Os amo:» Yo, Criador de todas las cosas; Yo, que gobierno todo el universo; Yo, que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra; Yo, que hago todo lo que quiero, sin que nadie pueda resistir á mi voluntad; Yo os amo! *Ego dilexi vos.*

¡Qué consuelo, dulce Redentor mío! ¿No hubiera sido ya demasiado decirnos: «Pienso algunas veces en vosotros: fijo mi vista en vosotros una vez al año; tengo algunos buenos designios sobre vosotros?» Mas no: queréis asegurarnos que nos amais, y que vuestro divino Corazón está lleno de ternura por nosotros; por nosotros, que nada somos; por nosotros, gusanos de la tierra, criaturas ingratas que os hemos crucificado, y que tantas veces hemos merecido el infierno!

Pero ¿cómo nos ama el adorable Corazón del Salvador? Escuchad: *Sicut dilexit me Pater;*[1] os amo como me ama mi Padre: os amo tan de Corazón, con el mismo amor con que mi Padre me ama á Mí.

¿Y cuál es ese amor con que Dios-Padre ama á su Hijo? Es un amor que reune cuatro grandes cualidades; cualidades que se hallan por consiguiente en el amor que Jesús nos tiene.

---

1 Joan. XV.

Es ante todo un amor *infinito*, es decir, sin límites y sin medida: amor incomprensible é inefable; amor tan grande como la esencia misma de Dios. Medid, si podéis, la extensión y grandeza de la divina Esencia, y mediréis la del amor del Padre á su Hijo Jesús; solamente entonces podréis medir la grandeza y extensión del amor que nos tiene Jesús.

En segundo lugar, el amor del Padre á su Hijo es *eterno*. La eternidad es la duración invariable, inmutable; la duración perpétua, sin principio ni fin. ¡Oh Jesús, Verbo eterno! bien merecéis este amor, que compensa del todo las defecciones de vuestras criaturas, ya rebeldes, ya simplemente débiles, tibias, inconstantes.

Pues bien, con ese mismo amor eterno con que Jesús es amado de su Padre, nos cabe la dicha de ser amados de Jesús; porque, es preciso no alvidarlo, en su Encarnación, aunque hombre verdadero, continúa siendo la segunda Persona de la Santísima Trinidad, la Persona eterna del Unigénito de Dios. Jesucristo, pues, nos ama con amor verdaderamente eterno.

No bastará la eternidad para devolver amor por amor, un amor sin fin por un amor eterno. ¿Y qué hacemos nosotros en el tiempo? ¿Amamos á Jesucristo? ¡Ay! ¡cuán ingratos somos perdiendo este precioso tiempo, semilla de la eternidad, en amar la tierra y sus bagatelas!

En tercer lugar, el amor del Padre celestial á su

Hijo es *universal*, es decir, que llena todos los corazones del cielo y de la tierra. Llena el cielo; pues el Padre ama á Jesús con todos los Ángeles y Bienaventurados. Llena la tierra; porque ama también á Jesucristo en unión de los corazones de todos los fieles. En efecto, ¿qué es en el fondo ese divino amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, sino el amor sustancial y personal, el Espíritu de amor, el Espíritu Santo?

Con este mismo amor me ama mi Salvador. Ese mismo Espíritu es el que á todos se nos ha dado, y el que difunde ese amor en nuestros corazones.[1] Jesús me ama por el corazón y en el corazón de la Santísima Virgen, de San José, de cada uno de sus Ángeles y Santos. ¡Qué inmensidad! Me ama por el corazón y en el corazón de todos los miembros de su Iglesia, comenzando por el Papa, por mi Obispo, por todos los sacerdotes que aman y cuidan de mi alma, por todos mis bienhechores.

Más aún: por un efecto de este admirable y universal amor, prohibe á todos los hombres, bajo pena de pecado y de condenación, que dañen á mi alma, á mi cuerpo, á mi reputación y á mis bienes; y además de esto les manda que sean verdaderamente hermanos míos, amándome como á ellos mismos. ¿Es posible llevar más lejos la solicitud del amor?

---

[1] Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis. (*Rom.* V, 5.)

Así, como dice San Agustín, «el cielo y la tierra, y todo lo que contienen, no cesan de decirme que debo amar á mi Dios.»[1] ¡Dios amándome en todas partes; y yo, ingrato, ofendiéndole en todas! ¡Ah! no lo permitais ya más, bondadosísimo Salvador, antes bien haced que os ame y bendiga siempre.

Finalmente, el amor que el Padre tiene al Hijo es *esencial* y total, es decir, un amor de todo su sér. Este divino Padre ama á su Hijo Jesús con todo lo que es, siendo todo amor para con Él. El amor que Jesucristo se digna tenernos es igualmente un amor esencial, un amor total, pues nos ama con todo lo que es y con todo lo que tiene. Su divinidad, su humanidad, su alma, su cuerpo, su sangre, todos sus pensamientos, palabras y acciones; sus privaciones, humillaciones y sufrimientos; su vida y su muerte; sus méritos y su gloria; todo en Él está empleado en amarnos.

Pero, sobre todo, emplea en amarnos su sagrado Corazón, como lo ha declarado á muchos Santos, en particular á Santa Brígida, cuyas revelaciones gozan de gran crédito en la Iglesia, diciéndole que en la cruz aquel Corazón adorable se había abierto bajo la presión del dolor y del amor. «Mi Corazón, le dijo Jesús, estaba sumido en un océano de sufrimientos. Ví á mi Mrdre y aquellos á quienes yo amaba bajo el

1 Cœlum et terra, et omnia quæ in eis sunt, non cessant mihi dicere ut amem Deum.

peso de la aflicción: mi corazón se partió bajo la violencia y el esfuerzo del dolor, y entonces fué cuando mi alma se separó de mi cuerpo.»

¡Gran Dios! y por mí se cumplieron estas divinas maravillas; yo indignísimo pecador, soy el objeto de aquel *exceso*[1] de que hablaban Moisés y Elías con Jesús glorificado en el Tabor! ¡Jesús me ama con el mismo amor con que le ama su Padre, amor infinito, eterno, universal, esencial!

¿Cuándo, pues, abriré los ojos para no perder de vista el amor que me tiene mi Salvador? ¿cuándo amaré con todo mi corazón á este buen Jesús, que se digna amarme tanto, y que para estar todavía más seguro de obtener mi corazón, me promete una eternidad bienaventurada, si consiento en devolverle amor por amor? Y como si esto no bastase, me amenaza con el fuego eterno del infierno si rehuso amarle.

¡Oh Jesús! de hoy más quiero amaros como Vos me amais: totalmente, sin restricciones, con todas veras, con *todo* mi corazón. Tened piedad de mi flaqueza, que me hace desfallecer tan á menudo en este querer mío, no obstante ser muy sincero.

Ayudadme Vos, Virgen Santísima, á ser en lo sucesivo constante y enteramente fiel á vuestro divino Hijo.

---

1 Moyses et Elias..... dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem. (*Luc.* IX, 31.)

XXI

Cuánto ha sufrido por nosotros el Corazón adorable de Jesús en su Pasión

Toda la vida pasible y mortal de nuestro Salvador fué un contínuo ejercicio de caridad, de misericordia y de sufrimientos por cada uno de nosotros; pero durante su santa Pasión es cuando nos testificó especialísimamente su amor, sufriendo terribles tormentos en su cuerpo y alma para librarnos de los horribles suplicios del infierno y alcanzarnos la felicidad eterna del cielo. Mira su cuerpo adorable todo cubierto de llagas y bañado en su sangre; su sagrada cabeza atravesada de punzantes espinas; sus piés y manos traspasados por los clavos; su carne divina toda desgarrada en sangrientos girones; su cuerpo pendiente y dislocado en la cruz; todos sus sentidos saciados de horrores y dolores, hasta que al fin la crueldad de los hombres, á fuerza de tormentos, le arranca el alma del cuerpo, y arremetiéndole, aún después de muerto, uno de sus verdugos le hunde una lanza en el costado y le abre el Corazón.

Pero si Jesús sufrió por nuestro amor tantos dolores en su cuerpo, mucho más horribles han sido los dolores de su alma, las llagas invisibles de su sagrado Corazón.

Podían contarse las llagas de su cuerpo; mas ¿quién podrá contar las de su Corazón? ¿Y cuáles son esas llagas misteriosas?

Son en primer lugar las llagas que le han abierto todos los pecados del mundo. Un día mostró Nuestro Señor á Santa Catalina de Génova, bajo una forma sensible y simbólica, la enormidad del menor pecado venial. Asegura la Santa que, aun cuando esta visión no duró más que un momento, cayó inmediatamente en una especie de agonía, y habría muerto en el acto si Dios no la hubiese sostenido sobrenaturalmente. «Aunque estuviese metida en el fuego, dice, y para salir de él me fuese preciso ver otra vez lo que se me ha mostrado en este día, preferiría quedarme en el fuego.» ¿Qué habría, pues, experimentado si la visión hubiese sido del pecado mortal?

Ahora bien, Jesucristo con una luz infinitamente mayor, puesto que era divina, veía desde el fondo de su agonía de lo alto de su cruz, *todos* los pecados, mortales y veniales, cometidos por todos los hombres y por cada uno de ellos en particular, y estos pecados le causaban un horror igualmente divino, es decir, perfecto y absolutamente incompresible. Cada uno de nuestros pecados ha sido una llaga profunda para el sagrado Corazón de Jesús. Contad, si podéis, todos los que se han cometido y se cometerán ¡ay! en toda la tierra y en todos los tiempos, desde Adán y

Eva hasta el Anticristo; y contaréis las llagas del Corazón de Jesús.

En segundo lugar, las llagas de este divino Corazón son todas las que han atormentado los cuerpos de sus Mártires; son todos los sufrimientos y aflicciones de los fieles, que Jesús siente en su bondadosísimo Corazón más que los mismos que las sobrellevan. ¿No sufre el corazón de una madre todo lo que sufre su hijo, más, por decirlo así, que este mismo hijo? Pues bien, lleno por nosotros el Corazón de Jesús de una bondad y ternura verdaderamente infinitas, calculad la amargura y profundidad de los sufrimientos de amor que sobre Él descargaron, sobre todo durante su Pasión.

Jesús ha sufrido, pues, todos mis dolores, ha cargado con todas mis penas, sean cuales fueren, de espíritu, de corazón y de cuerpo: todas eran otras tantas heridas mortales para su sagrado Corazón. ¡Oh! ¡de cuántas he sido yo solo la causa, ya por mis pecados, ya por las mil penas que hayan amargado mi vida! ¡Cuán bueno sois, divino Jesús! ¡y cuán adorable es vuestro Corazón!

Postrado en espíritu ante vuestra cruz, árbol de mi salvación, hago firmemente dos resoluciones que vuestra gracia me ayudará á cumplir: la primera es velar más que nunca sobre mí, para no recaer en el pecado, sin lo cual sería yo del número de aquellos de quienes habláis, oh Salvador mío, por boca de vuestro Profeta: «Añadieron dolores á mis dolores, y he-

ridas á mis heridas.»[1] ¡Oh, que jamás vuelva á caer en tal desgracia!

La segunda resolución es unirme á Vos en todas mis penas, interiores ó exteriores, para santificarlas todas, y sacar consuelo y vida de donde por mi amor sacásteis Vos desconsuelo y muerte.

Misericordiosísimo Corazón de Jesús, os doy gracias y me reconozco, mil veces indigno de vuestras bondades.

XXII

Misericordias del Corazón de Jesús en el sacramento de la Penitencia

El sacramento de la penitencia puede llamarse maravilla del Corazón de Jesús. En este, más que en los otros Sacramentos, abre el Salvador á todos los hombres ese divino Corazón que tanto les ha amado. En este Sacramento brilla de un modo especialísimo la omnipotencia de su misericordia y bondad, todos los días y en toda la tierra, con prodigios de todo género.

La beata Margarita María veía al sagrado Corazón con sus llamas, su cruz y su corona de espinas,

1 Super dolorem vulnerum meorum addiderunt. (*Psalm* LXVIII, 27.)

como en un trono resplandeciente de gloria. ¿No es este trono una hermosa figura del tribunal de la Penitencia, en el que la gloria de Dios no resplandece menos en milagros de misericordia que en el Sacramento del altar en prodigios de amor y santidad? ¿Cuál es, en efecto, en la tierra la gloria por excelencia de Dios sino la conversión de los pobres pecadores, la resurrección y la salvación de las almas?

Desde lo alto de este trono de compasión y de paciencia divinas, de inefables misericordias y de perdón inextinguible, el Corazón de Jesús, vivo y palpitante en el corazón de sus sacerdotes, arde de amor por los pobres pecadores y devora ávidamente sus pecados en sus divinas llamas. De allí irradia la esperanza; allí derrama á torrentes la sangre de la redención.

La sangre de Jesús, la sangre del Corazón de Jesús, es como el alma de este gran Sacramento. Este es un compuesto de celestial santidad que purifica, de ternura que alivia y consuela, de compasión que conmueve y ablanda los corazones, de ardores sagrados que abrasan, y en fin, y sobre todo, de amorosa caridad. Esto es la Confesión, esa Confesión que tanto espanta á los que no tienen la dicha de «creer en el amor que nos tiene Dios.»[1]

---

1 Et nos cognovimus, et credidimus charitati, quam habet Deus in nobis. (*I, Joan.* IV, 16.)

Un día, después de confesarse, escribía Santa Catalina de Sena estas palabras llenas de profundidad: «He ido á la Sangre de Cristo: *Ivi ad sanguinem Christi.*» Ir á la Sangre de Jesús ¿no es ir á su Corazón, es decir, á la fuente y al foco de su amor? ¡Y hay hombres, hay cristianos que temen acercarse á este Sacramento! ¡Oh Sangre divina, Sangre de amor y de infinita misericordia! á tí vengo, precisamente porque soy pecador. Por mí fluyes; á mí me aguardas, como el padre del hijo pródigo aguardaba á su pobre hijo, ¡Sí, iré á tí, oh Sangre purificadora y santificante! ¡iré á tí con corazón contrito y humillado, pero lleno de confianza! ¡Qué gozo poseer este rico tesoro de la Confesión! ¡Y con cuánta verdad es la Esposa de Jesucristo esta misericordiosa Iglesia católica, que posee el trono de la misericordia del Corazón de Jesús!

Bien podemos decir sin reparo que el sacramento de la Penitencia es el triunfo del sagrado Corazón de Jesús. En él aparece mucho más misericordioso todavía que en el sacramento del Bautismo; pues en éste (al menos en el Bautismo de los niños,) la gracia del perdón no borra más que una mancha de la cual el pecador no es personalmente responsable; mientras en el de la Penitencia esta misma gracia se dilata, se extiende todavía más, y no conoce otros límites que los que le impone la mala voluntad de esos infelices sin juicio llamados pecadores impenitentes. Es de fe que en la Confesión el sacerdote puede

perdonarlo todo, absolutamente todo, sin excepción; y la Iglesia quiere que el sacerdote lo perdone todo, cuando el pecador da verdaderas señales de arrepentimiento. ¡Oh misericordia del Salvador! Ni para esto ofrecen obstáculo las recaidas, siempre que provengan de la fragilidad humana; pues Jesús llama al perdón á los débiles como á los fuertes, á los pobres como á los ricos, á todos los que tienen buena voluntad. Después del altar, que es el trono del santo amor, en ninguna parte es más grande ni más admirable el sacerdote católico que en el confesonario, trono de la divina misericordia.

Las llamas con que allí arde el sagrado Corazón no sólo aniquilan nuestros pecados, sino que además apagan las llamas eternas del infierno que por ellos merecíamos; y aún, si nuestra contrición es perfecta, la Iglesia nos enseña que las llamas del Corazón misericordioso de Jesús apagan también el fuego del purgatorio.

Con sus amorosas llamas el Corazón de Jesús abrasa, dilata y derrite á la vez el Corazón del confesor, llenándolo de caridad y de dulzura, y el corazón del penitente, llenándolo de contrición, purificándolo hasta en sus menores escondrijos é inundándolo de felicidad y de alegría.

Y todo esto es el fruto de la cruz y de la corona de espinas; el fruto de la Pasión de Jesucristo, cuyos méritos infinitos se nos aplican en el sacramento de la Penitencia.

Dadme, pues, mi buen Salvador, que ame como debo este maravilloso Sacramento, y que á él recurra á menudo con vivísimos deseos de aprovecharme de las santas efusiones de vuestra sangre. Haced que me confiese siempre bien, que sea muy sincero en la manifestación de mis pecados, muy leal con mi conciencia, que huelle el orgullo y los respetos humanos, y que reciba siempre la absolución con las santas disposiciones que vuestro Corazón comunica á los corazones fieles, y que en ellos quiere que resplandezcan.

XXIII

El sagrado Corazón y el santísimo Sacramento

El sagrado Corazón de Jesús reside en medio de nosotros en la tierra. al mismo tiempo que en el cielo. Inseparable de la santísima y adorabilísima humanidad de Jesucristo, de la cual es como el centro y la vida, este divino Corazón, tan amante y tan amado, reside en cada una de nuestras iglesias bajo los velos eucarísticos, como es de fe.

A menudo olvidamos la realidad de esta viva presencia de Nuestro Señor en la tierra. En teoría todos creemo en ella (sin esto seríamos herejes), pero no todos en la práctica; y esta es quizá la causa principal de esa tibieza, de esas mil y mil faltas que so-

perdonarlo todo, absolutamente todo, sin excepción; y la Iglesia quiere que el sacerdote lo perdone todo, cuando el pecador da verdaderas señales de arrepentimiento. ¡Oh misericordia del Salvador! Ni para esto ofrecen obstáculo las recaidas, siempre que provengan de la fragilidad humana; pues Jesús llama al perdón á los débiles como á los fuertes, á los pobres como á los ricos, á todos los que tienen buena voluntad. Después del altar, que es el trono del santo amor, en ninguna parte es más grande ni más admirable el sacerdote católico que en el confesonario, trono de la divina misericordia.

Las llamas con que allí arde el sagrado Corazón no sólo aniquilan nuestros pecados, sino que además apagan las llamas eternas del infierno que por ellos merecíamos; y aún, si nuestra contrición es perfecta, la Iglesia nos enseña que las llamas del Corazón misericordioso de Jesús apagan también el fuego del purgatorio.

Con sus amorosas llamas el Corazón de Jesús abrasa, dilata y derrite á la vez el Corazón del confesor, llenándolo de caridad y de dulzura, y el corazón del penitente, llenándolo de contrición, purificándolo hasta en sus menores escondrijos é inundándolo de felicidad y de alegría.

Y todo esto es el fruto de la cruz y de la corona de espinas; el fruto de la Pasión de Jesucristo, cuyos méritos infinitos se nos aplican en el sacramento de la Penitencia.

Dadme, pues, mi buen Salvador, que ame como debo este maravilloso Sacramento, y que á él recurra á menudo con vivísimos deseos de aprovecharme de las santas efusiones de vuestra sangre. Haced que me confiese siempre bien, que sea muy sincero en la manifestación de mis pecados, muy leal con mi conciencia, que huelle el orgullo y los respetos humanos, y que reciba siempre la absolución con las santas disposiciones que vuestro Corazón comunica á los corazones fieles, y que en ellos quiere que resplandezcan.

XXIII

El sagrado Corazón y el santísimo Sacramento

El sagrado Corazón de Jesús reside en medio de nosotros en la tierra, al mismo tiempo que en el cielo. Inseparable de la santísima y adorabilísima humanidad de Jesucristo, de la cual es como el centro y la vida, este divino Corazón, tan amante y tan amado, reside en cada una de nuestras iglesias bajo los velos eucarísticos, como es de fe.

A menudo olvidamos la realidad de esta viva presencia de Nuestro Señor en la tierra. En teoría todos creemos en ella (sin esto seríamos herejes), pero no todos en la práctica; y esta es quizá la causa principal de esa tibieza, de esas mil y mil faltas que so-

mos los primeros en lamentar. No tenemos, al menos en la medida que sería necesario, *el espíritu de fe* en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía.

Lo mismo sucede relativamente á su sagrado Corazón. Le miramos muchas veces como una especie de abstracción celestial, bellísima contemplada de lejos, pero inaccesible. Si tuviésemos una fe más viva, le veríamos presente en el altar en medio del sagrado pecho de Jesús, y entonces ¡cuántas gracias esta fe viva atraería sobre nuestras almas!

Desde el fondo de su tabernáculo Jesucristo nos aguarda, nos llama: como á la beata Margarita María, nos muestra y á la vez nos abre su Corazón abrasado de amor: «¡Mirad, nos dice, ved aquí el Corazón que tanto ha amado á los hombres, y de los cuales en pago de mi amor no recibo más que ingratitudes y ultrajes!» El altar es, en efecto, el trono del divino amor, como el tribunal de la Penitencia es el trono de la divina misericordia. De lo alto de este el Corazón de Jesús se entreabre para perdonar y purificar: de lo alto de aquel se da sustancialmente, se abre para amar, para fortificar, para santificar.

En el altar el sacerdote de Jesús tiene en sus manos consagradas el Cuerpo y el Corazón del Hijo de Dios, y en el santo cáliz contempla y bebe la misma Sangre que partiendo del sagrado Corazón vivificaba la carne del Verbo humanado. Y como la Eucaristía es por excelencia el misterio del amor, puede

decirse que el sacerdote católico es verdaderamente el consagrante, el depositario y el dispensador del sagrado Corazón de Jesús.

Cuando comulga en la santa misa, recibe en su interior este divino Corazón y esta Sangre adorable. Le recibe, y le recibimos también nosotros cuando comulgamos, con todas sus llamas, con todos sus ardores. ¡Foco vivísimo de amor es la Comunión, donde se come y bebe el Amor eterno, Jesucristo, su carne, su Corazón y su Sangre gloriosos!

Lo que el amor de nuestro Salvador hace en el misterio de la Eucaristía presenta un cúmulo tal de prodigios, que en vez de hablar de ellos, siéntese uno inclinado, por respeto, á callar y adorar. Todo lo que de esto se puede decir es nada.

San Bernardo llama á este gran sacramento «el amor de los amores, *amor amorum*.» Ciertamente, el amor, sólo el amor impulsa á Nuestro Señor á encerrarse bajo esa humilde apariencia, despojado de todo esplendor, y á morar así en esta tierra de miserias, de lodo y de impurezas, expuesto á mil y mil ultrajes, y esto hace diez y nueve siglos, y hasta el fin de los tiempos, hasta su segundo advenimiento.

El amor es el que obliga á Jesús á vivir en medio de nosotros para cubrirnos á los ojos de su Padre celestial, como la gallina cubre y protege con sus alas á sus polluelos. Allí, sobre el altar, su divino Corazón, supliendo á la flaqueza de su Iglesia militante, hace subir incesantemente al cielo adoraciones, ala-

banzas, acciones de gracias, súplicas y oraciones dignas en un todo de la majestad divina. «Siempre vivo para interceder por nosotros,»[1] ama por nosotros y nos obtiene gracias. Nos bendice con incesantes bendiciones, según la bella expresión de San Pedro: «Dios os ha enviado á su Hijo para bendeciros.»[2]

El amor, sí, el amor le ha hecho resumir en el santísimo Sacramento todos sus misterios de misericordia y ternura,[3] pues allí está, bajo los velos eucarísticos, como Criador y Señor eterno de los Ángeles y de los hombres, del cielo y de la tierra, santificador de todos los elegidos, Santo de los Santos, Cabeza y Soberano pontífice de la Iglesia, Rey de los Patriarcas y Profetas, Salvador y Redentor. Allí está con la gracia del misterio de la Encarnación, con su largo sacrificio de treinta y tres años, con todas sus palabras y todos sus milagros; allí con todo lo que ha obrado en el alma santa de su Madre, en su Iglesia y en todos sus elegidos; allí, en fin, con todo el mundo de la gracia y todo el mundo de la gloria, de que es principio, centro y vida. ¡Qué océano de amor encierra la Eucaristía!

1 Semper vivens ad interpellandum pro nobis. (*Hebr.* VII, 25.)

2 Deus suscitans Filium suum, misit eum benedicentem vobis. (*Act.* III, 26.)

3 Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus; escam dedit timentibus se. (*Ps.* CX.)

¡Y todo este misterio de los misterios, este Amor de los amores, no es en el fondo otra cosa que vuestro sagrado Corazón, oh dulcísimo Jesús! Y nosotros ingratos correspondemos á este prodigio de bondad olvidándole en el silencio de sus Tabernáculos, y mostrándonos con él más fríos, más duros, y más insensibles que el mármol de los altares!

XXIV

Cómo en la sagrada Comunión el Corazón de Jesús nos purifica nos ilumina y nos deifica en su santo amor

Imaginad, si podéis, toda la caridad, todos los amorosos afectos habidos y por haber en todos los corazones que la omnipotente mano de Dios ha formado y puede formar; imaginadlos unidos y como condensados en un corazón bastante capaz para abarcarlos á todos; decidme, ¿no formaría esto un foco de amor verdaderamente incomprensible? Pues bien (y es de fe) esto no sería nada, por decirlo así, en comparación del amor *infinito* en que arde el Hijo eterno de Dios por nosotros, por cada uno de nosotros, en su sagrado Corazón, y por consiguiente en el Santísimo Sacramento del altar.

Así, pues, cuando comulgamos tenemos la dicha de recibir en nuestro cuerpo y en nuestra alma al divino Jesús con el tesoro infinito de su Corazón y de

su amor. Entra en nosotros todo abrasado, y ¿qué quiere sino abrasarnos también con el fuego sagrado en que arde? «Fuego vine á poner en la tierra, dice, ¿y qué quiero sino que arda?»[1]

Para corresponder más fácilmente á este deseo del Corazón de Jesús, entiéndase que el fuego de que habla, es un fuego que purifica, que ilumina, que santifica, que transforma, que deifica: el fuego de su santo amor.

Es un fuego que *purifica.* Cuando tenemos la dicha de comulgar dignamente, las sagradas llamas del Corazón de Jesús purifican nuestra alma hasta de sus menores manchas. Como el oro en el crisol, nuestra alma se derrite de amor en el Corazón de Jesús, y las mil pajitas imperceptibles que alteraban su pureza son devoradas por el fuego del divino amor. La sagrada Comunión ha sido instituida, dice el Concilio de Trento, «para preservarnos de los pecados mortales, *y para librarnos de nuestras faltas cotidianas.*»[2] Estas faltas veniales que se ocultan á la humana fragilidad, lejos de apartarnos de la Comunión frecuente, deben por el contrario excitarnos más á ella, como la enfermedad nos hace desear el médico y el remedio. La sagrada Comunión es el remedio

1 Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? (*Luc.* XII, 49.)

2 Ut à peccatis mortalibus præservemur, et à culpis quotidianis liberemur.

directo que el Médico celestial nos ofrece para purificarnos, para desembarazarnos de nuestros pecados veniales; y en este Sacramento el fuego del amor es el que obra esta saludable purificación.

En segundo lugar, el fuego del Corazón eucarístico de Jesús *ilumina.* En la Eucaristía Jesús es como el sol, que da luz al mismo tiempo que calienta. La Comunión es un foco de amor que ilumina, que fortifica, que aumenta los esplendores de la fe, que disipa en nuestra alma las ilusiones y las tinieblas con que el infierno trata sin cesar de oscurecerla, y que nos hace entrar cada vez más en la admirable luz de Jesucristo,[1] en las espléndidas realidades de la fe. Al comulgar, sobre todo, es cuando debemos decir con toda confianza á Jesús: «Señor, aumentad nuestra fe.»[2] Y Él nos abrirá con amor los tesoros de luz celestial de que es sol y foco su divino Corazón.

En tercer lugar, el fuego del amor de Dios *santifica.* No sin fundamento el acto de recibir el sacramento de la Eucaristía, es llamado en la Iglesia «la *sagrada* Comunión, la *santísima* Comunión.» Ella nos santifica, es decir, nos desprende de la tierra uniéndonos más y más al Rey de los cielos. Hace que viva y crezca en nosotros Jesucristo, el Santo de los Santos; y alimenta en nosotros todas las virtudes que

1 De tenebris vos vocavit in admirabile lumen suum. (*I, Petr.* II, 9.)

2 Domine, adauge nobis fidem. (*Luc.* XVIII, 5.)

constituyen la santidad cristiana. El amor de Jesús en la Eucaristía es el verdadero alimento de los imperfectos que desean alcanzar la perfección, de los pecadores penitentes que resuelven enmendarse y ser fieles siempre más, de los débiles que quieren hacerse fuertes. ¡Oh santísimo Cuerpo! ¡oh santísimo Corazón de mi Dios! haced que reporte de mis Comuniones todos los frutos de santidad que vuestro amor ha depositado ellas.

El fuego del Corazón de Jesús en la santa Comunión es también un fuego que *transforma*. Así como el fuego material transforma el oro, la plata, los metales más duros, y de sólidos los vuelve líquidos, de groseros y ásperos los convierte en sutiles, puros y brillantes; así también el fuego del santo amor de Jesucristo hace que nuestras Comuniones obren insensiblemente en nosotros una transformación maravillosa, como que de mundanos nos hacen cristianos y espirituales; de negligentes, tibios y disipados que éramos antes de frecuentar el sacramento del Amor, nos transforman poco á poco en hombres recogidos, fervorosos, llenos de celo; cambian nuestros gustos y la dirección de nuestra vida, nos vuelven mansos y humildes de corazón, castos, amantes de nuestros hermanos hasta el sacrificio; en una palabra, concluyen por transformarnos en otros tantos Cristos; y á fuerza de alimentarnos con la Bondad, la Pureza, la Santidad, que no son otra cosa que Jesucristo mis-

mo, nos hacen llegar á ser buenos, puros y santos de un modo sobrenatural.

Finalmente, el fuego del sagrado Corazón de Jesús que abrasa nuestras almas cuando recibimos á Jesucristo en la Comunión, es un fuego que *deifica*. Sí, la gracia y el amor de Dios llegan hasta el punto de hacernos partícipes de su naturaleza divina, como Él mismo lo declara: *Divinæ consortes naturæ.*[1] Y aunque la gracia comienza ya esta deificación en el Bautismo, debe comprenderse, no obstante, que sin la santa Comunión no podría desarrollarse, ni aún subsistir; como la vida que recibimos al nacer no podría desarrollarse ni subsistir sin el alimento que la nutre de continuo.

«Sois dioses é hijos del Excelso,»[2] nos dice el Señor: ¿es sorprendente que dioses, que hijos de Dios se alimenten con la carne y la sangre del Unigénito de Dios, que reside real y verdaderamente en la Eucaristía bajo las apariencias de pan?

¡Y todos estos prodigios, Salvador mío, no reconocen otra causa que vuestro adorable amor! todos manan de una fuente única, que es vuestro sagrado Corazón, presente y encendido en medio de vuestra celeste humanidad, y contenido juntamente con ella en el gran Sacramento del altar.

---

1 II. Petr. 1, 4.
2 Ego dixi: Dii estis, et filii Excelsi, (*Psalm*. LXXX, 6.)

¡Oh! haced que me abrase, que se abrasen también todos vuestros sacerdotes, todos vuestros fieles, hombres y mujeres, niños y ancianos, ricos y pobres, todos sin excepción, en vivas ansias de recibiros en este Sacramento de amor! Hacednos comprender á todos que comulgar es amaros; que comulgar con frecuencia y bien dispuestos es amaros perfectamente.

¡Gloria y amor al Corazón de Jesús en el santísimo Sacramento del altar!

XXV

Que el Espíritu Santo une íntimamente nuestro corazón al Corazón de Jesús

En el misterio de la gracia, Jesucristo, Rey de la Gloria, se digna unirse interior y espiritualmente á nosotros para comunicarnos su vida divina, sus virtudes y su santidad. La gracia es un misterio todo de amor; y como el amor tiende siempre á unir, es un misterio de unión.

Jesús, que nos ama, nos une á sí, no con unión material, grosera é imperfecta, sino toda celestial, espiritual y divina; y esta unión la verifica por el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo. Por parte de su divino Padre, nos da por pura gracia, por pura bondad, ese Espíritu adorable que es el Amor y la *Unión*

en persona. Es muy natural que la unión junte: de manera que la primera cosa que hace en nosotros el Espíritu Santo, cuando se nos da en el Bautismo, es unirnos á Jesús, y por Jesús á Dios Padre. Esta unión de la gracia es una unión toda de amor, pues nace del amor de Dios y de Jesús; la verifica el amor mismo, que es el Espíritu Santo, y tiende soberanamente á hacernos amar con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas á Aquel que se digna amarnos tanto.

Esta unión es espiritual, interior, santificante, sobrenatural, celestial, deificante; es la vida de nuestra alma, el germen del cielo y el principio de la vida eterna.

«Nuestro corazón se encuentra así unido por el Espíritu Santo, Espíritu de amor, al sagrado Corazón de Jesús, que desea verle semejante á sí, es decir, todo celestial, todo divino. ¡Misterio de hermosura! Mi corazón se ve unido al corazón de su Dios; desde este mundo se ve atraido, arraigado, fijo en el cielo en el sagrado Corazón de Jesús, que le comunicará amorosamente la vida de la gracia, como prenda de la vida gloriosa que le prepara en el Paraíso! ¡Qué perpetuas adoraciones no debo yo á este divino Corazón que vive y palpita en el mío! ¡con qué amor no debo agradecer este tesoro de amor!

Mi corazón está unido al Corazón de Jesús como los sarmientos de la viña están unidos á la vid. Gracias á esta unión, la sávia de la vid pasa á los sar-

mientos, les vivifica y comunica sus propiedades. Separado de la vid, el sarmiento muere, no puede dar fruto. Unido á la vid, florece, se cubre de espeso follaje, y produce bellos y deliciosos racimos que el sol dora y hace madurar. El Corazón de Jesús es la vid, y mi pobre corazón el sarmiento. La sávia del Corazón de Jesús es el Espíritu Santo, el Espíritu de gracia y de amor. Del Corazón de Jesús pasa este divino Espíritu á mi corazón, y difunde en todas las potencias de mi alma las mismas disposiciones, los mismos sentimientos que llenan el Corazón de mi divino Maestro. Me comunica su luz, su fuerza, su bondad, su humildad, su dulzura, su paciencia, su pureza, su caridad adorable, su desprendimiento, su amor al sufrimiento, su perfecta santidad. Fecundiza mi corazón; le hace producir mil odorantes flores de buenos pensamientos, de piadosos afectos, de santos deseos; le hace producir frutos abundantes, es decir, toda suerte de buenas obras, de preciosos sacrificios, que el Sol de la Iglesia, el santísimo Sacramento del altar, dora y hace madurar maravillosamente. El misterio de la gracia es, en efecto, inseparable del misterio de la Eucaristía; la vida es inseparable del Pan de vida; el amor llama al Pan de amor. La Comunión hace madurar y consuma los frutos de gracia.

En el fondo de mi corazón debo, pues, buscar el vuestro adorable para unirme á él en el amor, ¡oh mi Salvador Jesucristo! Allí encuento el reino de Dios, vuestro reino, y á Vos mismo, que reinais en mi

en vuestro Espíritu.[1] ¡Oh qué tesoro! Este es el tesoro de la parábola del Evangelio. Para adquirirlo, para conservarlo venderé todo cuanto poseo, y compraré el campo en que está oculto. Este campo es vuestra gracia; es vuestro dulce y santo amor.

¡Oh Corazón de Jesús! Corazón adorable y adorado, quiero permanecer en Vos todos los días de mi vida y hasta en la vida eterna, en donde me hará entrar vuestra misericordia, no obstante mi indignidad.

¡Bendito sea Jesús de mi corazón! ¡Bendito sea el Corazón de mi Jesús!

XXVI

Admirable ejemplo de la unión del alma fiel con el sagrado Corazón de Jesús

En el mismo siglo en que la Providencia suscitaba á la bienaventurada Margarita María para la glorificación del sagrado Corazón de Jesús, los misterios de este Corazón adorable eran manifestados á una santa Religiosa carmelita, sor Margarita del Santísimo Sacramento. Esta margarita del Carmelo era una flor no menos preciosa que la del jardín de la Visitación. Extendióse á lo lejos su buen olor, y San

1 Regnum Dei intra vos est. (*Luc.* XVII, 21.)

mientos, les vivifica y comunica sus propiedades. Separado de la vid, el sarmiento muere, no puede dar fruto. Unido á la vid, florece, se cubre de espeso follaje, y produce bellos y deliciosos racimos que el sol dora y hace madurar. El Corazón de Jesús es la vid, y mi pobre corazón el sarmiento. La sávia del Corazón de Jesús es el Espíritu Santo, el Espíritu de gracia y de amor. Del Corazón de Jesús pasa este divino Espíritu á mi corazón, y difunde en todas las potencias de mi alma las mismas disposiciones, los mismos sentimientos que llenan el Corazón de mi divino Maestro. Me comunica su luz, su fuerza, su bondad, su humildad, su dulzura, su paciencia, su pureza, su caridad adorable, su desprendimiento, su amor al sufrimiento, su perfecta santidad. Fecundiza mi corazón; le hace producir mil odorantes flores de buenos pensamientos, de piadosos afectos, de santos deseos; le hace producir frutos abundantes, es decir, toda suerte de buenas obras, de preciosos sacrificios, que el Sol de la Iglesia, el santísimo Sacramento del altar, dora y hace madurar maravillosamente. El misterio de la gracia es, en efecto, inseparable del misterio de la Eucaristía; la vida es inseparable del Pan de vida; el amor llama al Pan de amor. La Comunión hace madurar y consuma los frutos de gracia.

En el fondo de mi corazón debo, pues, buscar el vuestro adorable para unirme á él en el amor, ¡oh mi Salvador Jesucristo! Allí encuento el reino de Dios, vuestro reino, y á Vos mismo, que reinais en mi

en vuestro Espíritu.[1] ¡Oh qué tesoro! Este es el tesoro de la parábola del Evangelio. Para adquirirlo, para conservarlo venderé todo cuanto poseo, y compraré el campo en que está oculto. Este campo es vuestra gracia; es vuestro dulce y santo amor.

¡Oh Corazón de Jesús! Corazón adorable y adorado, quiero permanecer en Vos todos los días de mi vida y hasta en la vida eterna, en donde me hará entrar vuestra misericordia, no obstante mi indignidad.

¡Bendito sea Jesús de mi corazón! ¡Bendito sea el Corazón de mi Jesús!

XXVI

Admirable ejemplo de la unión del alma fiel con el sagrado Corazón de Jesús

En el mismo siglo en que la Providencia suscitaba á la bienaventurada Margarita María para la glorificación del sagrado Corazón de Jesús, los misterios de este Corazón adorable eran manifestados á una santa Religiosa carmelita, sor Margarita del Santísimo Sacramento. Esta margarita del Carmelo era una flor no menos preciosa que la del jardín de la Visitación. Extendióse á lo lejos su buen olor, y San

1 Regnum Dei intra vos est. (*Luc.* XVII, 21.)

Vicente de Paul y otros santos varones le tenían singular veneración.

Sor Margarita del Santísimo Sacramento recibió de Nuestro Señor una gracia análoga á la de Santa Gertrudis y de la beata Margarita María. Juntaba en un mismo amor el Santísimo Sacramento y el sagrado Corazón, y este amor la absorbía toda.

Entre los numerosos favores sobrenaturales de que estuvo llena la vida de sor Margarita, refiere su historiador que uniéndosele un día Jesús más estrechamente aún que hasta entonces, le abrió su divino Corazón y la ocultó en aquel Santuario. «Mostrósele, dice, su Corazón como una inmensa hoguera de amor, en la cual la encerró de día y de noche por espacio de más de tres semanas. Allí bebió tantas gracias en su fuente misma y llegó á tal grado de santidad, que sus progresos parecieron mayores en un solo día que lo habían sido antes en años enteros.

«Algunas veces este Corazón divino, abrasándola toda como un fuego vivísimo, consumía sus imperfecciones; otras se hallaba sumergida en él como en un abismo de caridad que la abrasaba de tal suerte, que hasta su cuerpo sentía sus ardores: ora el amor de Jesús la arrobaba con tal impetuosidad, que se la veía levantada del suelo, hermosa é inflamada como un Serafín; ora parecía bañada en su arrobamiento como en una fuente de santidad: tan pronto se encontraba en él como sumergida en la inocencia misma; como, en fin, era allí toda embalsamada de pureza.

«Notó en el Corazón de Jesús un doble movimiento de dilatación y de compresión; y Jesús le hizo comprender que su sagrado Corazón se comprimía como para llenarse del divino Espíritu, para amar á su Padre celestial, para ofrecerse á Él en sacrificio, para anonadarse ante su infinita majestad, para entrar en su vida divina, para unirse á todas sus adorables perfecciones y tributarle los debidos homenajes; y que por el contrario se dilataba para difundir su Espíritu en todos sus miembros y comunicar á su Iglesia, que es su Cuerpo, el calor y la vida.

«En este Corazón adorable divisó un océano sin fondo y sin límites, océano de amor á Dios su Padre, una posesión y un goce de su divina bondad, un reposo en su infinita beatitud, una calma y una paz que sobrepujan toda inteligencia, un tesoro incomprensible de todas las virtudes, que brillaban allí con una belleza, una elevación, una extensión y un esplendor tan grandes, tan inefables, que había con que llenar una infinidad de mundos.

«Vió también cómo este divino Corazón, en medio de tantas riquezas y beatitud, había estado anegado en profundos abismos de amarguísimos sufrimientos; que bajo el peso de los pecados de los hombres había estado como quebrantado y reducido á la agonía; y que hubiera sucumbido á ella á no sostenerle la omnipotencia del Verbo increado.

«Esto no obstante, conoció en aquel Corazón benignísimo un transporte de amor tan admirable ha-

cia aquellos que le habían hecho tanto mal, que no se puede expresar; y la fuerza y la generosidad de este amor eran las que le habían causado el sudor de sangre en el huerto de Getsemaní.

«Vió á este adorable Corazón como el palacio sagrado donde habían nacido y se habían nutrido todos los sentimientos del Salvador, todas sus aflicciones, sus deseos, sus alegrías, sus tristezas. Pero entre tantos tesoros de virtud y santidad, sor Margarita fué hecha partícipe principalmente del amor, de la pureza de corazón y de la inocencia.

«La posesión que Jesús tomaba de ella la consumía cada día más, en tal grado que ya apenas tomaba alimento. En el Corazón de Jesús encontraba un suplemento sobrenatural que la sostenía y reparaba sus fuerzas con mayor eficacia que hubiera podido el fruto del árbol de la vida en el paraíso terrenal. Parecíale á veces que de este divino Corazón se destilaba en todos sus miembros un licor sagrado y vivificante, ya como un aceite suavísimo, ya como leche purísima, ya como un bálsamo que exhala un olor celestial, ya en fin como un maná delicioso que, no sólo fortificaba su cuerpo, sino que también producía en su alma efectos maravillosos.

«Esta vida enteramente oculta en el sagrado Corazón no era, téngase bien presente, un transporte sensible del cuerpo, sino solo del alma; y esta entrada que Jesús le dió en su Corazón era una amorosa

invención de su misericordia para asociarla más estrechamente á su divina inocencia.»

Tal fué la unión sobrenatural y milagrosa de la venerable sor Margarita del Santísimo Sacramento con el sagrado Corazón del Hijo de Dios. Aunque Jesús no conceda gracias tan extraordinarias á todos los fieles, es sin embargo cierto que todos aquellos que le aman sinceramente y con todo su corazón están verdaderamente unidos á su Corazón en el misterio de la gracia. El mismo espíritu que obra las uniones milagrosas de que nos ofrecen tantos ejemplos las vidas de los Santos, obra en nosotros, cuando somos fieles, una unión muy real, íntima, profunda y enteramente celestial con Nuestros Señor Jesucristo, y muy especialmente con su adorable Corazón.

Contentémonos humildemente con estar unidos á Jesús por medio de este lazo común de la Iglesia, que es el lazo de la fe; y cuando queramos amar ó adorar á Dios, concebir un verdadero dolor de nuestros pecados, cumplir con los deberes de religión que nuestro Padre celestial espera de nuestra fidelidad, volvámonos interiormente al divino Corazón de Jesús; unámonos á él con la oración y el amor; entremos, permanezcamos en él, no formando con él, más que una cosa, orando y adorando con él, amando todo lo que él ama, aborreciendo y rechazanda todo lo que él reprueba.

¡Gloria, amor y acciones de gracias al Corazón

bondadosísimo y misericordiosísimo de nuestro Salvador, por todas las gracias y bendiciones que ha derramado y derramará, hasta el fin de los tiempos, en la tierra y en el cielo, en todos los corazones que le aman y que eternamente le amarán!

XXVII

Que Jesús nos da su Corazón para ser nuestro corazón

Nuestro adorable mediador Jesucristo, queriendo tributar á su eterno Padre en todos sus miembros místicos, y en cada uno de ellos en particular, los homenajes de una religión perfecta y verdaderamente digna de Él, se une interiormente á todos los cristianos, y les da su Corazón. Sí, nos da este grande é inefable Corazón, á fin de que por él y con él podamos cumplir con todos los deberes que tenemos para con Dios, y satisfacer á todas nuestras obligaciones para con su divina Majestad.

Cinco son los grandes deberes á que estamos obligados para con Dios: 1º adorarle en sus infinitas grandezas; 2º darle gracias por los beneficios que hemos recibido y recibimos continuamente de su bondad; 3º satisfacer á su santísima justicia por nuestros innumerables pecados y negligencias; 4º amarle en retorno de de su amor incompresible; 5º, en fin, rogarle con humildad y confianza para obtener de su

soberana liberalidad todo lo que necesitamos, tanto para el alma como para el cuerpo.

Pero ¿cómo cumplir con todos estos deberes de una manera digna de Dios? Esto no lo podemos nosotros; pues solamente lo infinito es digno de lo infinito y lo divino de lo divino. Aun cuando tuviéramos á nuestra disposición todos los entendimientos, todos los corazones y todas las fuerzas de todos los Ángeles y de todos los hombres, y los empleáramos en adorar, dar gracias y amar al Señor, sería esto todavía muy poco, habida consideración á su santidad y bondad infinitas.

Mas ved aquí un medio, un medio infinitamente infinito para llenar enteramente todos estos deberes: este medio es el Corazón mismo de Jesús, que se nos da para que usemos de él como de nuestro propio corazón, para adorar á Dios tanto cuanto es adorable, para amarle tanto cuanto merece ser amado, y para cumplir con Él todos los deberes de la religión más perfecta, de una manera enteramente digna de su Majestad suprema.

Gracias eternas os sean dadas ¡oh mi querido Salvador Jesús! por el don infinitamente precioso de vuestro Corazón. Ayúdenme á bendeciros los Ángeles y la Reina de los Ángeles. ¡Oh! ¡cuán ricos somos! ¡qué tesoros poseemos!

El Corazón de Jesús hecho *nuestro* corazón, nos hace entrar en la participación del amor eterno con que el Padre ama al Hijo, y el Hijo ama á su Padre.

El Padre nos ama como ama á Jesús;[1] y á su vez Jesús nos ama con el mismo amor que le une á su divino Padre.[2] Y así en Vos, en vuestro Corazón, oh Jesús, somos también nosotros *consumados en uno*,[3] como Vos y vuestro Padre sois consumados en uno por el amor y en el amor, por el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo. ¡Oh qué abismos de divina ternura!

Además de lo dicho, encuentro en el Corazón de mi Dios el medio de amar perfectísimamente todo lo que debo amar fuera de Dios, pero según Dios: desde luego y ante todo á la Santísima Virgen, á quien no puedo amar dignamente sino con la ayuda del Corazón de su divino Hijo; y después á todos mis hermanos del cielo y de la tierra. Leemos en los sagrados Libros que los primeros cristianos no tenían más que «un corazón y una alma;»[4] y este corazón único era el Corazón de Jesús hecho su corazón; era la reunión de sus corazones santos, puros, penitentes, caritativos, mansos y humildes en el sagrado Corazón de Jesús, que era así su único foco de amor y su celeste lugar de reunión. Para ellos era lo que es el centro de una esfera donde convergen, para no formar más que un solo punto, todos los rádios que de la superficie van á juntarse al centro.

1 Dilexisti eos sicut et me dilexisti. (*Joan.* XVII, 23.)
2 Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. (*Ibid.* XV, 9.)
3 Consummati in unum. (*Ibid.* XVII, 23.)
4 Cor unum, et anima una. (*Act.* IV, 32.)

Yo también, pobre rádio de la grande esfera de la Iglesia, me lanzo hacia Vos, á Vos me entrego y en Vos quiero permanecer siempre, Corazón adorable y adorado de mi Dios! En Vos encuentro con que amar superabundantemente todo lo que debo amar, en el cielo y en la tierra, en el tiempo como en la eternidad; en Vos estoy seguro de amar santamente, de amar perfectamente, y también de ser amado como debo ser amado, ni más ni menos.

Mas ¿qué he de hacer para permanecer así prácticamente en el Corazón de Jesús? ¿de qué manera, en lo que me concierne, mi pobre corazón y ese Corazón divino no formarán más que un solo corazón? Me aplicaré á dos cosas: primera, en las circunstancias diversas de mi vida, de mis deberes, de mis obras cotidianas, me esforzaré en renunciar á mí mismo, *abneget semetipsum;* en renunciar á las inclinaciones no solamente culpables, sino también bajas y naturales de mi propio corazón, que desde el pecado original está instintivamente desviado de la verdad y del bien é inclinado al mal. Segunda, tendré gran cuidado de vivir en unión habitual é interior con Jesús, para dejar á su sagrado Corazón que viva, quiera, ame, sufra y se dilate en mi corazón, con mi corazón, y, por decirlo así, en lugar de mi corazón.

¡Oh Corazón todo amor de mi Salvador! seais de hoy más hasta mi último suspiro el verdadero corazón de mi corazón, el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, la vida de mi vida; el único motor de to-

das mis potencias, de todos mis pensamientos, palabras y acciones.

¡Oh Jesús, amor de mi corazón! yo no quiero otro libro que vuestro Corazón divino.

XXVIII

Que el adorable Corazón de Jesús es nuestro refugio y nuestro oráculo

Nuestro buen Salvador nos ha dado su Corazón, no solamente para que fuera objeto de nuestros homenajes, de nuestra adoración y de nuestro amor; sino también para que fuera nuestro refugio y nuestro oráculo.

El Corazón de Jesús es nuestro *refugio*. Gran necesidad tenemos de un refugio en este miserable mundo, en que todo son tepestades, borrascas, peligros, guerra á muerte. El mundo, es decir, el conjunto de criaturas que de una manera ú otra entran en la gran rebelión de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia, semeja un mar embravecido á través del cual nos es forzoso navegar, y contra el cual debemos luchar para llegar al puerto de la eterna bienaventuranza. La barquilla de nuestra alma está á todas horas expuesta á naufragar. ¡Ay! ¡cuántas navecillas, después de haber resistido el choque de las olas, concluyen por zozobrar y hundirse!

Pues bien, en medio de esta tempestad la miseri-

cordia divina nos ha proporcionado un refugio, un puerto de salvación: tal es el sagrado Corazón de Jesús. Este Corazón santísimo y pacífico nos pone al abrigo de las olas y de las tempestades; en él encontramos una calma celestial que toda su furia no puede turbar; en él gustamos castas delicias sin la menor amargura; una alegría que ninguna tristeza puede alterar; una luz sin oscuridad; una dulzura suavísima; una serenidad sin nubes. Este Corazón es el principio de todo bien; el santuario divino del Espíritu Santo, la fuente primera de todas las alegrías y de toda la bienaventuranza del Paraíso.

Refugiémonos, pues, en este puerto de salvación y de gracia, al cual nos guía amorosamente la Estrella del mar, es decir, la santísima é inmaculada Virgen María. Recurramos al Corazón de Jesús en todas nuestras dificultades, en todas nuestras cosas. Allí encontraremos «la paz de Dios que sobrepuja todo sentido, la paz de Jesucristo que dilata y regocija los corazones;»[1] allí consuelo en nuestras tristezas, fortaleza en nuestras pruebas, fidelidad y perseverancia en el bien en nuestras tentaciones; allí la santificación de nuestras alegrías. Pongámonos en él á cubierto contra la maldad de los hombres, contra los asaltos de nuestras pasiones, contra las celadas del infierno. Ocultémonos, abriguémonos en este

1 Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum.... Pax Christi exultet in cordibus vestris. (*Philip.* IV, 7; *Colos.* III, 15.)

das mis potencias, de todos mis pensamientos, palabras y acciones.

¡Oh Jesús, amor de mi corazón! yo no quiero otro libro que vuestro Corazón divino.

XXVIII

Que el adorable Corazón de Jesús es nuestro refugio y nuestro oráculo

Nuestro buen Salvador nos ha dado su Corazón, no solamente para que fuera objeto de nuestros homenajes, de nuestra adoración y de nuestro amor; sino también para que fuera nuestro refugio y nuestro oráculo.

El Corazón de Jesús es nuestro *refugio*. Gran necesidad tenemos de un refugio en este miserable mundo, en que todo son tepestades, borrascas, peligros, guerra á muerte. El mundo, es decir, el conjunto de criaturas que de una manera ú otra entran en la gran rebelión de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia, semeja un mar embravecido á través del cual nos es forzoso navegar, y contra el cual debemos luchar para llegar al puerto de la eterna bienaventuranza. La barquilla de nuestra alma está á todas horas expuesta á naufragar. ¡Ay! ¡cuántas navecillas, después de haber resistido el choque de las olas, concluyen por zozobrar y hundirse!

Pues bien, en medio de esta tempestad la miseri-

cordia divina nos ha proporcionado un refugio, un puerto de salvación: tal es el sagrado Corazón de Jesús. Este Corazón santísimo y pacífico nos pone al abrigo de las olas y de las tempestades; en él encontramos una calma celestial que toda su furia no puede turbar; en él gustamos castas delicias sin la menor amargura; una alegría que ninguna tristeza puede alterar; una luz sin oscuridad; una dulzura suavísima; una serenidad sin nubes. Este Corazón es el principio de todo bien; el santuario divino del Espíritu Santo, la fuente primera de todas las alegrías y de toda la bienaventuranza del Paraíso.

Refugiémonos, pues, en este puerto de salvación y de gracia, al cual nos guía amorosamente la Estrella del mar, es decir, la santísima é inmaculada Virgen María. Recurramos al Corazón de Jesús en todas nuestras dificultades, en todas nuestras cosas. Allí encontraremos «la paz de Dios que sobrepuja todo sentido, la paz de Jesucristo que dilata y regocija los corazones;»[1] allí consuelo en nuestras tristezas, fortaleza en nuestras pruebas, fidelidad y perseverancia en el bien en nuestras tentaciones; allí la santificación de nuestras alegrías. Pongámonos en él á cubierto contra la maldad de los hombres, contra los asaltos de nuestras pasiones, contra las celadas del infierno. Ocultémonos, abriguémonos en este

1 Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum.... Pax Christi exultet in cordibus vestris. (*Philip.* IV, 7; *Colos.* III, 15.)

sagrado refugio, donde la misma justicia divina pierde sus derechos y se transforma en misericordia.

El Corazón de Jesús es también nuestro *oráculo*. En el tabernáculo de Moisés había sobre el arca de la alianza, entre los dos Querubines que la cubrían con sus alas, una grande tabla de oro puro maravillosamente pulimentada y brillante, que se llamaba el Oráculo ó el Propiciatorio. Allí reposaba «la gloria del Señor,» es decir, el Verbo, la palabra de Dios; desde allí hablaba el Señor á Moisés, manifestándole su voluntad, iluminándole, sosteniéndole, consolándole en sus dificultades de todos los días.

Este *oráculo* del antiguo templo era el símbolo profético de Jesucristo, y en particular de su santísimo y divinísimo Corazón. Nuestro «oráculo,» el oráculo de los cristianos, no es una plancha de oro fría é insensible, sino más bien la humanidad viviente, el Corazón vivo y todo celestial del Hijo de Dios, de ese mismo Verbo que hablaba antiguamente en el *Sancta Sanctorum* del Tabernáculo. En la Ley de gracia todo vive, todo es «espíritu y vida.»[1]

¡Oh Jesús, verdadero Santo de los Santos, qué «oráculo» presentais á vuestros fieles! Vuestro sagrado Corazón, este es nuestro Oráculo, nuestro Propiciatorio. El del antiguo Israel no estaba más que en un lugar; el nuestro está en todo lugar donde estais

1 Verba, quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt. (*Joan.* VI, 64.)

Vos; está en cada una de nuestras iglesias, en cada hostia consagrada; llena todo el mundo. Mas aún: cada uno de nosotros, cuando os es fiel, puede tocarlo en el fondo de su propio corazón con las poderosas manos de la fe y del amor; puede llegar hasta él en el cielo por medio de la oración: puede no separarse jamás de él por la unión y la vida de la gracia, por el recogimiento habitual, por la pureza de corazón y por la adoración.

El Oráculo de Israel duró sólo un tiempo limitado; el nuestro durará una eternidad. En el Oráculo del templo, el Verbo divino hablaba á Moisés por el ministerio de los Ángeles;[1] pero Vos, Jesús mío, Vos en persona desde el fondo mismo de vuestro Corazón, os dignais hablarnos cara á cara y corazón á corazón, como un amigo á su amigo.

Desde allí, por medio de las secretas inspiraciones de su gracia, nuestro buen Dios ilumina y dirige nuestra conciencia, nos hace conocer su voluntad, sosiega nuestros temores y consuela nuestras tristezas, cuando recurrimos á él con humildad y confianza.

Recurramos, pues, en toda ocasión al Corazón adorable de Jesús; implorémosle, consultémosle. Celebremos, si somos sacerdotes; hagamos celebrar, si no lo somos, la santa misa en honor suyo; comulgue-

---

1 Lex.... ordinata per Angelos in manu Mediatoris. (*Galat.* III, 19.)

mos con esta misma intención, y sentiremos infaliblemente los efectos de su bondad.

Adorémosle siempre, como aquellos dos querubines de oro que inclinados sobre el Oráculo del templo, mostraban con esta santa actitud lo que debían ser un día los dichosos adoradores del Corazón divino de Jesús.

XXIX

Cómo el sagrado Corazón de Jesús es el modelo al cual debe ajustarse nuestro corazón

Es una verdad indudable que el Rey de la gloria, Jesucristo, nos ama tan misericordiosamente, que cada uno de nosotros puede decir con toda seguridad: «El Corazón de mi Jesús es mío; yo poseo el Corazón de mi Salvador.»

Sí, ese vivo tesoro de amor es mío. Mío, porque su Padre eterno me lo ha dado; mío, porque la santísima Virgen, su Madre, me lo ha dado; mío, porque el Espíritu Santo me lo ha dado y me une íntimamente á él en el inefable misterio de la gracia; mío, en fin, porque el mismo Salvador me lo ha dado mil y mil veces.

Me lo ha dado, no sólo para que sea mi refugio y mi oráculo, sino también el modelo y la regla de mi vida y de mis acciones. Este modelo santísimo quie-

ro cotemplar y estudiar continuamente para imitarle con fidelidad.

Ahora bien, ¿qué encuentro en el Corazón adorable de Jesucristo? Es de suma importancia que lo sepa claramente para que pueda amar lo que él ama y detestar lo que él detesta. Hé aquí lo que acerca de esto me enseñan el Evangelio, la Iglesia y los Santos.

El Corazón de Jesús nunca ha aborrecido ni rechazado sino el mal, es decir, el pecado en todas sus formas. ¿Tuvo el menor odio á sus perseguidores y verdugos? De ningún modo; al contrario, excusóles ante su Padre celestial en el momento mismo de su horrible deicidio: «Padre mío, perdónalos, pues no saben lo que hacen.»[1] Esta es la regla que debo seguir en adelante, oh mi buen Maestro. Como Vos y con Vos no quiero aborrecer sino el pecado; por amor vuestro amaré á los que me aborrecen, les perdonaré con todo mi corazón, y les devolveré siempre bien por mal.

El Corazón de Jesús ha detestado con toda la energía de su divina santidad á los fariseos, á los hipócritas, á los enemigos de la verdad y á los seductores de las almas. Con él y como él detestaré á los impíos y á los blasfemos, á los enemigos de la fe, de la Iglesia y de la Santa Sede; amaré sus almas, y

1 Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. (*Luc.* XXIII, 34.)

rogaré por su conversión; pero mientras permanezcan en su maldad «les odiaré con odio perfecto;»[1] les detestaré y combatiré como Jesucristo les combate y detesta. ¿No es, en efecto, en el Corazón de Jesús tan vivo el santo horror al mal y á los que lo hacen, como el santo amor al bien y á los que lo practican? Obrar de otro modo no sería caridad, sino debilidad, cobarde complacencia.

Siendo el divino Corazón mi modelo, debo, según el precepto de San Pablo, «tener en mi corazón todos los sentimientos que llenan el de Jesús.»[2] Sin esto no tendría su Espíritu, ni sería de Él.»[3]

¿Cuáles son estos sentimientos?

Son en primer lugar los sentimientos de inefable amor que Jesús tiene á su Padre y á la santísima voluntad de su Padre. Tiene tanto amor á esta divino voluntad, que nunca, durante su vida, hizo su voluntad propia, aun cuando era impecable, sino única y amorosamente la voluntad de su Padre celestial. «Yo hago siempre, decía, lo que agrada á mi Padre; y mi comida es hacer la voluntad de Aquél que me envió.»[4]

---

1 Odio perfecto oderam illos. (*Psalm.* CXXXVIII, 22.)

2 Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu. (*Philip.* II, 5.)

3 Si quis Spiritum Christi non habet, hic non est ejus. (*Rom.* VIII, 9.)

4 Quæ placita sunt ei, facio semper...... Meus cibus

Es, en segundo lugar, el sentimiento de horror y abominación, de que acabamos de hablar, relativamente al pecado, y que le hizo preferir toda suerte de humillaciones y sufrimientos antes que dejarle reinar en el mundo. Combatido á todo trance por Jesucristo y sus fieles, aun cuando el pecado triunfe momentáneamente, está vencido de antemano, se aproxima el día en que será completamente extirpado de la tierra. A ejemplo de Nuestro Señor y con el socorro de su gracia, en adelante lo sufriré todo antes que cometer voluntariamente un solo pecado, ni aun venial.

En tercer lugar, son los sentimientos de amor que tiene á la cruz y á los sufrimientos. Su sagrado Corazón ha sido, por decirlo así, más crucificado aún, que su carne: el Corazón de Jesús crucificado es lo más profundo de las profundidades de la cruz. Además, Jesús ama tanto los sufrimientos, que el Espíritu Santo, hablando del día de su Pasión, le llama «el día de la alegría del Corazón de Jesús.»[1] No ama los sufrimientos y las humillaciones en sí mismas, pues son un mal; sino que las ama, las busca y las soporta con alegría á causa de los efectos divinos que producen. Así quiero, Jesús mío, amar la cruz por vuestro amor.

est ut faciam voluntatem ejus qui misit me. (*Joan.* VIII, 29; IV, 34.)

1 In die lætitiæ cordis ejus. (*Cant.* III, 11.)

Son además los sentimientos de amor que tiene á su amadísima Madre, á la cual ama, como tengo dicho, más que á todos sus Ángeles y Santos juntos.

Son tambien los sentimientos de caridad, de bondad y de compasión que tiene para con nosotros, y de una manera muy especial para con los pequeños y humildes, los niños, los desgraciados, los pobres y los afligidos.

Por último, lo que la fe me descubre en el Corazón adorable de Jesús, es un profundo sentimiento de desprecio y odio, á la corrupción, á las vanidades y locuras del mundo. Es tanto lo que detesta al mundo, es decir á los hombres que se unen á Satanás contra Dios, que le maldice formalmente: «¡Ay del mundo á causa de los escándalos!»[1] Declara que el mundo es para Él, como un excomulgado! «No ruego por el mundo.»[2] Dice á sus Discipulos que «no son del mundo, así como Él tampoco es del mundo.»[3] Y esto es muy natural. ¿Qué es, en efecto, el mundo sino un compuesto satánico de orgullo y de vanidad, de concupiscencia y de curiosidad, de impureza y de sensualismo?[4]

---

1 Væ mundo à scandalis! (*Matth.* XVIII, 7.)

2 Non pro mundo rogo. (*Joan.* XVII, 9.)

3 De mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo. (*Ibid.* XVI.)

4 Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ. (*I Joan.* II, 16.)

Tales son los sentimientos de que está lleno el Corazón de Jesús; sentimientos que Él quiere y yo debo querer también que llenen mi corazón. ¡Dios mío, Dios mío! concededme la gracia de comprender bien estas reglas de verdad y de santidad en que se resume vuestra ley; haced que las medite sin cesar y que las practique siempre. ¡Oh Salvador mío! vuestro Corazón es mi regla por excelencia; y cuanto más me conforme á ella, más reposarán en mí la paz y misericordia de Dios.[1]

XXX

De la inefable dulzura y mansedumbre del Corazón de Jesús

¿Quién no se acuerda de las palabras verdaderamente celestiales que salieron un día de los labios, ó más bien, del divino Corazón de Jesús, cuando en un rapto de amor exclamó: «Gracias os doy, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque escondisteis vuestros secretos á los sabios y prudentes, y los revelásteis á los pequeños. ¡Sí, Padre mío! Vos lo habéis querido así ....Venid á mí todos los que padecéis y estais cargados, y yo os aliviaré. Tomad

1 Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. (*Galat.* VI, 16.)

Son además los sentimientos de amor que tiene á su amadísima Madre, á la cual ama, como tengo dicho, más que á todos sus Ángeles y Santos juntos.

Son tambien los sentimientos de caridad, de bondad y de compasión que tiene para con nosotros, y de una manera muy especial para con los pequeños y humildes, los niños, los desgraciados, los pobres y los afligidos.

Por último, lo que la fe me descubre en el Corazón adorable de Jesús, es un profundo sentimiento de desprecio y odio, á la corrupción, á las vanidades y locuras del mundo. Es tanto lo que detesta al mundo, es decir á los hombres que se unen á Satanás contra Dios, que le maldice formalmente: «¡Ay del mundo á causa de los escándalos!»[1] Declara que el mundo es para Él, como un excomulgado! «No ruego por el mundo.»[2] Dice á sus Discipulos que «no son del mundo, asi como Él tampoco es del mundo.»[3] Y esto es muy natural. ¿Qué es, en efecto, el mundo sino un compuesto satánico de orgullo y de vanidad, de concupiscencia y de curiosidad, de impureza y de sensualismo?[4]

1 Væ mundo à scandalis! (*Matth.* XVIII, 7.)

2 Non pro mundo rogo. (*Joan.* XVII, 9.)

3 De mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo. (*Ibid.* XVI.)

4 Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ. (*I Joan.* II, 16.)

Tales son los sentimientos de que está lleno el Corazón de Jesús; sentimientos que Él quiere y yo debo querer también que llenen mi corazón. ¡Dios mío, Dios mío! concededme la gracia de comprender bien estas reglas de verdad y de santidad en que se resume vuestra ley; haced que las medite sin cesar y que las practique siempre. ¡Oh Salvador mío! vuestro Corazón es mi regla por excelencia; y cuanto más me conforme á ella, más reposarán en mí la paz y misericordia de Dios.[1]

XXX

De la inefable dulzura y mansedumbre del Corazón de Jesús

¿Quién no se acuerda de las palabras verdaderamente celestiales que salieron un día de los labios, ó más bien, del divino Corazón de Jesús, cuando en un rapto de amor exclamó: «Gracias os doy, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque escondisteis vuestros secretos á los sabios y prudentes, y los revelásteis á los pequeños. ¡Sí, Padre mío! Vos lo habéis querido así ....Venid á mí todos los que padecéis y estais cargados, y yo os aliviaré. Tomad

1 Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. (*Galat.* VI, 16.)

mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»[1]

¡Qué lenguaje! En dos palabra nos revela todo el secreto de la predestinación, de la verdadera santidad, del verdadero consuelo y de la más pura felicidad. ¿De qué modo? Revelándonos las dos principales cualidades del Corazón de Jesús: la *dulzura* y la *humildad*.

Para comprender este doble secreto, es preciso ser sencillo de entendimiento, sencillo de corazón. Para alcanzar esa paz divina y bienaventurada, es preciso ir á buscarla á su fuente, al Corazón de Jesús, de donde brotan la dulzura y la humildad.

¿Qué es la dulzura? La dulzura de Jesús, que debe ser nuestra dulzura, es un estado lleno de fuerza y de suavidad, que constituye al alma en un profundo y tranquilo amor á Dios; en una caridad del todo apacible y benévola hacia el prójimo, principalmente

1 Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.... Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve. (*Matth.* XI, 25-30.)

en medio de las contradicciones; y, en fin, en una paz purísima y profundísima consigo mismo.

La dulzura es la perfección de la bondad, de la misericordia y de la caridad. Es un aceite delicioso que destila del Corazón entreabierto de Jesús, y que viene á introducirse en todas las potencias de nuestra alma, mezclándose á nuestros pensamientos, nuestros juicios, nuestras palabras, nuestros afectos, nuestras obras diarias, grandes y pequeñas, para derramar en ellas no sé qué paz celestial, qué suavidad de amor, qué fuerza tranquila, gozosa y santificante.

Nada tan fuerte como la mansedumbre de Jesús en nuestro corazón: de todo triunfa, y domina en los corazones. «Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra.»[1] «La tierra,» es decir, lo que no es el cielo, lo que es malo ó imperfecto, las voluntades rebeldes, en las que no reina Jesús. ¿Y qué medio hay para hacerle reinar en ellas? ¿Qué medio para hacerle reinar la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, *sicut in cœlo et in terra?* El mismo Salvador nos lo indica: es la dulzura de su sagrado Corazón.

La dulzura es la fuerza por excelencia. Todo movimiento de cólera es una debilidad. Cuanto más dulce sea uno, cuanto más verdadera y santamente

1 Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram. (*Math.* V, 4.)

manso de corazón, de espíritu, de tono, de lenguaje, tanto más fuerte será. La mansedumbre es la grande arma de los cristianos en medio de sus tribulaciones y de las contradicciones del mundo, templa nuestras alegrías conservándonos en la atmósfera de la paz y de la santidad, y preservándonos de la disipación; templa y santifica nuestra indignación en presencia del mal y de los malos, guardándonos de toda amargura, de toda pasión, de todo sentimiento humano y desordenado; y en fin endulza nuestras lágrimas, ya de sí tan amargas.

La mansedumbre nos eleva y mantiene en la atmósfera sobrehumana de esa paz de Dios, de la que dice San Pablo «que domina toda emoción, guardando nuestras inteligencias y nuestros corazones en Jesucristo.»[1] Es profunda, es á la vez grave y alegre, poderosa y tranquila, como el azul del cielo.

Esta encantadora y suave dulzura que emanaba del Corazón de Jesús, como la luz y el calor emanan del sol, impregnaba todos los pensamientos del Salvador, todas sus palabras y acciones. Hasta cuando se indignaba contra los fariscos, conservaba siempre este carácter celestial de paz y de dulzura. Nuestra indignación, aún en los casos que es más legítima, toma frecuentemente un celo duro y amargo. No así

1 Pax Dei, quæ superat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu. (*Philip.* IV, 7.)

la indignación de Jesús, porque partía de su Corazón divino, modelo de mansedumbre.

¡Oh dulzura del Corazón del Niño Jesús, que no responde sino con lágrimas y bendiciones á la ingratitud de Belén y á las persecuciones de Herodes!

¡Oh dulzura del Corazón de Jesús en Nazaret, que en la humillación del trabajo y en las privaciones de la pobreza santifica incesantemente á María y José, es la admiración de los Ángeles, y á todos nos da ejemplo de verdadera santidad!

¡Oh dulzura del Corazón de Jesús, que le hizo soportar durante tres años y medio la tosquedad de sus Apóstoles y Discípulos, que nada todavía comprendían de su doctrina, y á quienes debía mil veces explicárselo y repetírselo todo, y que aún después parecían no comprenderlo mejor que antes! ¡Sublime dulzura que le hizo soportar al traidor y sacrílego Judas! «Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?»[1] Dulzura que no le dejó un momento en su santa Pasión! Seguidle á presencia de Caifás, de Pilatos, de Herodes, de los verdugos, de los blasfemos del Calvario y de los ladrones que le insultan, y de sus labios no oiréis palabra alguna que no respire mansedumbre, paz, bondad! «Padre mío, perdónalos, pues no saben lo que hacen,» tal es el grito de su Corazón; y este grito fué tan dulce y pe-

1 Amice, ad quid venisti? . . . . Osculo Filium hominis tradis? (*Matth.* XXVI, 50; *Luc.* XXII, 48.)

netrante, que convirtió á uno de los dos malhechores crucificados á sus lados.

¡Santa mansedumbre del Corazón de mi Jesús! ¡ah! en adelante reinad en mí como soberana durante toda mi vida; transformadme, cambiadme. Como aceite en el mecanismo de una pesada cerradura, vuestra dulzura, Jesús mansísimo, suavizará las asperezas de mi carácter; os hará reinar sobre mis primeros impulsos; os hará dueño de mi voluntad y de mis sentimientos; imprimirá su sello y vuestra celestial imagen hasta en mi rostro, en mi fisonomía y en todo mi exterior.

Entonces, y solamente entonces, me reconoceréis, oh santísima Virgen, por vuestro verdadero hijo, y veréis en mí á vuestro querido Jesús, caritativo, benévolo, manso y humilde de corazón.

XXXI

De la profundísima humildad del Corazón de Jesús

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» Jesús no es solamente «manso de corazón, *mitis corde*,» es también «humilde de corazón, *humilis corde*;» tan perfectamente humilde como manso.

Podemos comprender la perfección de esta santa humildad considerando, primero, el anonadamiento de su Corazón en presencia de la grandeza y santi-

dad infinitas de Dios; luego sus sentimientos con relación á los honores y gloria del mundo; y por último, sus sentimientos con relación á las humillaciones, ultrajes y desprecios.

La santa humanidad del Hijo de Dios no ha perdido jamás de vista la majestad infinita de Dios que le daba la existencia y la vida, de la cual dependía totalmente y sin la cual nada era ni tenía. Esta clara visión de su nada como criatura, y del todo de Dios su Creador, á quien estaba hipostáticamente unida, la conservaba en una humildad incomparable. La humildad, en efecto, consiste ante todo en reconocer con alegría que Dios lo es todo en nosotros y fuera de nosotros, y que de nosotros mismos nada tenemos, nada somos, ni siquiera somos. «Yo soy El que es, y tú eres la que no es,» decía un día Jesús á santa Catalina de Sena. Esta verdad es la base de la adoración.

No lo olvidó jamás el Corazón santo de Jesús. Estaba delante de Dios como el que no es, y de aquí aquella sumisión absoluta, universal; aquella adoración incesante, aquellas alabanzas, aquella total entrega, aquellos deberes inefables de una Religión perfectísima. Además, como á pesar de su inocencia infinita el Salvador había tomado sobre sí todos los pecados de los hombres,[1] á fin de alcanzarles el perdón de ellos y expiarlos Él mismo, se veía siempre,

1 Peccata nostra sua esse voluit. (*S. Aug.*)

ante la justicia de Dios, como súbdito del pecado, como pecador universal: «Hízose por nosotros, dice San Pablo, objeto de maldición.»[1] Lo que es el pecado ante Dios, era Jesús á sus propios ojos. Aunque era Hijo de Dios, «no tenía en sí mismo ninguna complacencia.»[2] Siempre anonadado en su Corazón, primero ante la majestad y luego ante la santidad de Dios, era tan perfectamente humilde como perfectamente santo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón.»

¡Oh Jesús, qué ejemplo y qué lección! ¿Y me atreveré, yo pecador, yo miserable, á abandonarme todavía á las ilusiones de la vana complacencia! ¡Oh! no, jamás, mi divino Dueño! Como Vos, con Vos y por Vos quiero «permanecer en la verdad;» y no me dejaré seducir por el padre del orgullo, que «no supo permanecer en la verdad, *in veritate non stetit*.»[3] Con vuestra gracia no olvidaré jamás que por mí mismo nada soy sino un miserable pecador; y el grito de mi corazón será en adelante el del publicano del Evangelio: «¡Señor, tened piedad de mí, pobre pecador!»[4]

El segundo signo y á la vez el segundo efecto de la humildad profundísima del Corazón de Jesús, es

1 Christus factus pro nobis maledictum. (*Galat.* III, 13.)
2 Christus non sibi placuit. (*Rom.* XI, 3.)
3 Joan. VIII, 44.
4 Deus, propitius esto mihi peccatori. (*Luc.* XVIII, 13.)

su absoluta aversión á la estima y á la gloria del mundo. Érale, sin duda, debida la gloria, porque es Dios en unidad del Padre y del Espíritu Santo; y cuando á su segunda venida se presente al mundo con toda la majestad de su gloria, los Ángeles y los hombres le adorarán con el rostro en tierra. Sí, pero en su primera venida vino á matar el orgullo que perdió al hombre; y reservando para más tarde la esplendorosa manifestación de su divinidad, nos muestra únicamente en su vida mortal lo que es el hombre pecador, lo que debe hacer, lo que debe querer, lo que debe evitar para «mantenerse en la verdad.»

Por esto, dando á Dios lo que sólo á Dios pertenece, el honor, la estimación, la soberanía, la majestad de la gloria y de las alabanzas, su santa humanidad rehusó todo esto como indebido á la nada y al pecador. Si alguna vez, como en el Tabor, el domingo de Ramos y después de sus principales milagros, tolera en torno de su persona cierto esplendor, no es por sí, sino por nosotros, para fortificar nuestra fe; y en ese esplendor reluce con mayor brillo su caritativa humildad.

¿Qué vienen á ser ante Jesús, tan humilde de corazón, mis miserables pretensiones á la estimación y á las alabanzas, mi sed de vanagloria y de triunfo, mis aspiraciones á brillar y ser aplaudido, mis ambiciosos deseos y todo ese absurdo cortejo de ilusiones y de vanidades, hijas todas del orgullo? Jesús manso y humilde, enseñadme la humildad, y apartad

mi pobre corazón de las perversas inclinaciones que le arrastran á la vanagloria.

Finalmente, la humildad del sagrado Corazón de Jesús se nos manifiesta por el amor que la justicia y la verdad le inspiraban al silencio, á la vida oscura, á los desprecios, á los ultrajes y todas las humillaciones que brillan en torno de su pesebre y de su cruz.

Recordad las humillaciones de todo género que nuestro adorabilísimo Salvador quiso sufrir: en su Encarnación, cuando su infinita grandeza se rebajó hasta tomar la forma de un pobre niño, de un humilde esclavo, encerrado en el seno de su criatura, y recibiendo de ella la vida; en su nacimiento, en medio de la pobreza y de la miseria; en toda su infancia, perseguido, desterrado y despreciado por los hombres; en su adolescencia y en aquella larga oscuridad de Nazaret, pasadas en un grosero trabajo y en el más humilde silencio; en su vida pública, en su penitencia en el desierto, en sus ayunos, en sus predicaciones, objeto siempre de las calumnias y persecuciones de los judíos; y finalmente, en su dolorosa Pasión, en la que fué atormentado por los demonios y por los hombres, abofeteado, escupido, tratado como un blasfemo y como un loco, escarnecido por todo su pueblo, condenado á muerte y clavado en cruz como el peor de los malhechores. ¡Qué humillaciones, qué profundo anonadamiento! ¡Y era Dios!

Su adorable Corazón las aceptó con gozo, porque

eran debidas al pecador universal, al pecador de los pecadores. Mis pecados merecían todos esos golpes; y Él llevaba todos mis pecados.

¡Y qué de abatimientos, oh Jesús, en vuestro sepulcro, donde ya no érais más que un cadáver; en vuestra Eucaristía, donde velando vuestros eternos esplendores bajo las especies sacramentales, tanto os anonadais por mí y os exponéis á todos los sacrilegios y ultrajes que hace diez y ocho siglos han manchado vuestro tabernáculo; en vuestra Iglesia, tan desconocida; en vuestros Mártires y en vuestros miembros odiados y perseguidos! Pues bien, tantas humillaciones Jesús ha querido sufrirlas todas, las ha amado todas.

¡Y yo, pecador, yo las temo como el fuego, y huyo de ellas con todas las fuerzas de mi amor propio y de mi ceguedad! ¡Cuán diferente es mi corazón del Corazón de mi divino Maestro, abismado voluntaria y gozosamente en las ignominias que reparaban el deshonor que á su Padre harían mis pecados; que me libraban de las eternas confusiones del infierno; que me merecían las glorias del Paraíso; que eran remedio divino y omnipotente de mi detestable orgullo, principio de todos mis pecados; que me traían del cielo la santa humildad, fundamento de todas las virtudes.

Corazón de Jesús, modelo y origen de la humildad, os adoro, os amo y me consagro á Vos para siempre. Humildísima y dulcísima Virgen María

alcanzadme del sagrado Corazón de vuestro divino Hijo la gracia de las gracias, que es la santa humildad.

XXXII

Cuán misericordioso se ha mostrado el Corazón de Jesús con los pobres y los pequeñuelos

Con la humildad y la mansedumbre, brillan sobre todo en el Corazón de Jesús la misericordia, la ternura, la compasión y la bondad. Y esta misericordia se ha extendido principalmente sobre los niños y los desgraciados.

¡Cuán tierno espectáculo ofrece el Hijo de Dios humillándose con tanto amor hasta á los niños! Su inocencia, sencillez y candor enajenaban su divino Corazón, y le atraían con encanto irresistible. ¡Ah! es que la inocente sencillez del niño no es en el fondo sino una humildad purísima, inconsciente de sí misma; como la inocencia del niño no es sino una pureza perfecta que se ignora á sí misma y se dilata en la alegría. Jesús amaba sobre todo esta humildad y esta inocencia.

Queriendo un día dar á sus Apóstoles una lección de humildad perfecta, llamó á un niño, le colocó en medio de ellos, abrazóle con divina ternura, y les dijo: «En verdad os digo, que si no os volvéis y ha-

céis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á uno de esos niños en nombre mio, á mí me acoge. Mas quien escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en lo profundo del mar.»[1]

En otra ocasión, «como le presentasen unos niños para que les impusiera las manos, sus Discípulos reñían á los que venían á presentárselos. Viendo esto Jesús lo llevó á mal, y les dijo: «Dejad que vengan á mí los niños, y no se lo impidais, porque de ellos es el reino de Dios.» Y abrazándoles é imponiéndoles las manos, les bendecía.»[2] Así amaba el

---

1 Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. (*Matth.* XVIII, 2 6.)

2 Et offerebant illi parvulos ut tangeret illos. Discipuli autem comminabantur offerentibus. Quos cum videret Jesus, indigne tulit, et ait illis: Sinite parvulos venire ad me, et ne prohibueritis eos; talium est enim regnum Dei.... Et complexans eos, et imponens manus super illos, benedicebat eos. (*Marc.* X, 13-17.

alcanzadme del sagrado Corazón de vuestro divino Hijo la gracia de las gracias, que es la santa humildad.

XXXII

Cuán misericordioso se ha mostrado el Corazón de Jesús con los pobres y los pequeñuelos

Con la humildad y la mansedumbre, brillan sobre todo en el Corazón de Jesús la misericordia, la ternura, la compasión y la bondad. Y esta misericordia se ha extendido principalmente sobre los niños y los desgraciados.

¡Cuán tierno espectáculo ofrece el Hijo de Dios humillándose con tanto amor hasta á los niños! Su inocencia, sencillez y candor enajenaban su divino Corazón, y le atraían con encanto irresistible. ¡Ah! es que la inocente sencillez del niño no es en el fondo sino una humildad purísima, inconsciente de sí misma; como la inocencia del niño no es sino una pureza perfecta que se ignora á sí misma y se dilata en la alegría. Jesús amaba sobre todo esta humildad y esta inocencia.

Queriendo un día dar á sus Apóstoles una lección de humildad perfecta, llamó á un niño, le colocó en medio de ellos, abrazóle con divina ternura, y les dijo: «En verdad os digo, que si no os volvéis y ha-

céis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á uno de esos niños en nombre mio, á mí me acoge. Mas quien escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en lo profundo del mar.»[1]

En otra ocasión, «como le presentasen unos niños para que les impusiera las manos, sus Discípulos reñían á los que venían á presentárselos. Viendo esto Jesús lo llevó á mal, y les dijo: «Dejad que ven-«gan á mí los niños, y no se lo impidais, porque de «ellos es el reino de Dios.» Y abrazándoles é imponiéndoles las manos, les bendecía.»[2] Así amaba el

1 Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. (*Matth.* XVIII, 2 6.)

2 Et offerebant illi parvulos ut tangeret illos. Discipuli autem comminabantur offerentibus. Quos cum videret Jesus, indigne tulit, et ait illis: Sinite parvulos venire ad me, et ne prohibueritis eos; talium est enim regnum Dei.... Et complexans eos, et imponens manus super illos, benedicebat eos. (*Marc.* X, 13-17.

Hijo de Dios á los niños, les colmaba de sus santas caricias, y se complacía en su humilde compañía.

Sí, el Corazón de Jesús estaba lleno de dulzura, de benignidad y de ternura para con los niños. Lo que en ellos amaba debemos nosotros amarlo como Él y con Él; y la infancia, que Él ama y bendice, debe ser, para todo buen cristiano, objeto de religioso respeto. El santo amor á los niños es uno de los más dulces tesoros del Corazón de Jesús y una de las señales del Espíritu de Jesucristo. Todos los Santos los han amado.

Nuestro Señor hizo objeto especial de su misericordia y ternura todo lo que era pequeño y despreciable para el mundo. Amó especialmente á los pobres, á los afligidos, á los débiles, á los enfermos, á los desgraciados; en una palabra, á todos los que sufren; y quiere que nosotros les amemos como Él y por amor de Él; que, compadeciéndonos de sus trabajos, les hagamos bien. Su divino Corazón, que se ha hecho corazón nuestro, rebosa por ellos de caridad tan ardiente como tierna, tan fuerte como dulce; y no seríamos de Jesucristo, si fuésemos duros con los pobres y rechazásemos á los que Él ama.

¡Oh mi buen Salvador! sí, quiero parecerme á Vos en vuestra tierna misericordia con los niños y los desgraciados. El mundo les desdeña como á Vos, y precisamente por esto yo, discípulo vuestro, que no soy del mundo, quiero amarles como á Vos, y haceros bien en su persona. «Todo lo que habéis hecho

al menor de estos pequeños, á mí me lo hicísteis,»[1] nos decis en vuestro santo Evangelio. ¡Qué regla tan admirable! ¡Qué luz para saber cuál debe ser mi conducta para con los niños, los huérfanos, los desamparados, los que sufren; con todos aquellos que recurren á mí en sus penas! ¡Infeliz de mí si mi corazón no es para ellos lo que el bondadosísimo Corazón de Jesús! ¡Infeliz si maltrato á mi Dios, ó simplemente le contristo por mi culpa, en la persona del menor de estos pequeñuelos!

¡Oh Corazón adorable, manantial de bondad! dignaos llenar mi corazón de vuestra bondad y ternura, como lo habéis hecho en el corazón de vuestros Santos.

XXXIII

Que el inmaculado Corazón de María forma una sola cosa con el adorabilísimo Corazón de Jesús

Por el *Corazón* de María debe entenderse tanto el Corazón material de su cuerpo, como el Corazón espiritual de su alma, y lo que podríamos llamar su Corazón divino, es decir, el Amor eterno y substancial, el Espíritu Santo, del que la bienaventurada Virgen estuvo total y divinamente llena.

1 Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. (*Matth.* XXV, 40.)

Bajo este triple punto de vista, el Corazón inmaculado de María es todo de Jesús, y tiene relaciones tan íntimas é indisolubles con el Corazón del Hijo de Dios, que esta unión les consuma á los dos en una especie de unidad; *consummati in unum.*

El Corazón material de Jesús viene todo entero del Corazón virginal de su Madre, la cual sola ha proporcionado al Verbo encarnado la substancia de su humanidad, y por consiguiente la substancia del más noble y principal órgano de esta humanidad adorable, que es su Corazón. La fe nos enseña que cuando el Padre celestial engendró en el tiempo, en el seno de la Virgen, á Aquél á quien engendra eternamente en los cielos, el Espíritu Santo, Espíritu de amor y de unión, obró este inefable misterio de la Encarnación del Verbo tomando la más pura flor de la sangre inmaculada de María para formar de ella el cuerpo adorable de Jesús. Ahora bien; todos saben que la sangre y el corazón forman una sola cosa en el cuerpo humano: el corazón es el principio, el origen de la sangre; la difunde por todos los miembros para vivificarlos; y la sangre vuelve á él fielmente como á su primer principio, para ser nuevamente difundida por el cuerpo. El Corazón divino del Niño Jesús fué, pues, formado todo de la substancia misma y de la sola substancia de la Virgen su Madre: si es obra del Espíritu Santo, es igualmente obra de María; y pertenece todo á su Madre lo mismo que á su divino Padre. Si San Agustín dijo y pudo decir:

«La carne de Cristo es la carne de María, *caro Christi, caro Mariæ,*» con no menos verdad se puede decir: No por efecto de una confusión, sino en virtud de una íntima unión, el Corazón de Jesús es el Corazón de María, y el Corazón de María es el Corazón de Jesús.

El Corazón espiritual de María y el sagrado Corazón de Jesús no hacen igualmente más que un corazón á consecuencia de una indisoluble unión de espíritu, de voluntad, de sentimientos y de afectos. Si se ha dicho de los primeros cristianos que no tenían «más que un corazón y una alma, *cor unum et anima una,*»[1] ¿con cuánta más razón se puede y debe decir del Hijo único de María y de esta su santísima Madre?

Si San Bernardo ha podido decir que, siendo Jesús su cabeza, el Corazón de Jesús es su corazón, y que así «no tiene verdaderamente más que un corazón con Jesús: *ego vere cum Jesu cor unum habeo;*»[2] ¿con cuánta más verdad no puede decir la inmaculada Virgen María: «El Corazón de mi Cabeza y de mi Hijo es mi corazón, y no tengo con Él más que un mismo corazón?»

Por esto dijo un día á su querida hija y sierva Santa Brígida: «Sábete que he amado á mi Hijo tan ar-

1 Act. IV, 32.

2 Ex tract. *De Passione Domine,* super istud Joannis: *Ego sum vitis vera,* III.

dientemente, y que Él me ha amado tan ciertamente, que Él y yo éramos como un sólo corazón; *quasi cor unum ambo fuimus.*

«Mi Hijo, añadió, era verdaderamente para mí como mi corazón; cuando Él sufría, era como si mi Corazón sufriese sus penas y tormentos. Su dolor era mi dolor, y su Corazón era mi Corazón.»

Esto mismo enseñó por su parte Nuestro Señor á la misma Santa Brígida, cuando apareciéndosele un día y conversando familiarmente con ella, le dijo: «Yo que soy Dios é Hijo de Dios desde toda eternidad, me hice hombre en el seno de la Virgen, cuyo Corazón era como mi Corazón: y por esto mi Madre y Yo hemos obrado la salvación del hombre, por decirlo así con un mismo Corazón, *quasi cum uno corde.*»

Así, pues, el Corazón de la santísima Virgen y su alma inmaculada, impecable, perfectamente santa, humilde, dulce y obediente, formaba una sola cosa con el Corazón y el alma de su adorable Hijo.

Finalmente, debe decirse con precisión todavía más absoluta, que el Corazón divino y eterno de Jesús, que es el Espíritu de amor y el Amor mismo, era verdaderamente el Corazón divino de María y el principio único de su vida, de sus pensamientos, de sus afectos y de todos sus movimientos.

El Espíritu Santo, que es en nosotros el Espíritu de Jesucristo, *Spiritus Christi*,[1] lo era con plenitud

1 Rom. VIII, 9.

en el alma de la santísima Virgen, y la unía de una manera tan perfecta y divina á Jesús, y por Jesús al Padre celestial, que esta unión, que es la gracia, la alegría y la corona de la Madre de Dios, constituye un misterio insondable en cuyas santas profundidades sólo Dios puede penetrar, y en el cual veía San Buenaventura «algo infinito.»

Así, pues, el Corazón de María y el Corazón de Jesús son uno solo en el Espíritu Santo. ¡Oh! sean también uno solo en nuestro amor y en nuestros homenajes!

Sí, Jesús es el corazón y la vida de su bienaventurada Madre; y le comunica su vida divina con tal sobreabundancia, que es hasta imposible comparar esta vida de Jesús en María á la vida de Jesús en sus mayores Santos y en sus Ángeles más encumbrados. «Vivo yo, exclamaba San Pablo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí.»[1]

«Vivo yo, nos dice desde lo alto del cielo la Reina de los Ángeles y de los Santos, la Madre de la vida, la celestial Madre de Dios; vivo yo, mas ya no soy yo, es Jesús, es mi Hijo, mi Señor y mi Salvador quien vive en mí. Vive en mi alma, en mi cuerpo, en todas las potencias de mi alma y en todos los sentidos de mi cuerpo.»

Jesús está enteramente vivo en María, es decir, todo lo que es comunicable en Jesús, vive en María:

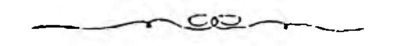
1 Galat. II, 20.

su Corazón vive en su Corazón, su alma en su alma, su espíritu en su espíritu.

«Lo que Dios ha unido no lo desuna el hombre,» dice Nuestro Señor.[1] Habiendo Dios, en su plan divino, unido íntimamente á Jesús y María, el Corazón del Hijo y el Corazón de la Madre, no los separe nadie en su propio corazón. Al adorar al Corazón de Jesús, veneremos y bendigamos el Corazón de María; y al tributar ese culto de *hiperdulía*, es decir, de *super-veneración* al inmaculado Corazón de la Madre de Dios, tributemos al sacratísimo Corazón de su Hijo el culto de *latría*, es decir, de adoración propiamente dicha, que le deben el cielo y la tierra. En el cielo continuaremos eternamente este doble culto en unión de los Ángeles y Bienaventurados. ¡Qué dicha será bendecir allí á Jesús y María, contemplarles cara á cara, sentir nuestro corazón junto á su Corazón y embriagarnos de su santo amor.

¡Oh Corazón sacratísimo de Jesús! tened piedad de nosotros! *Cor Jesu sacratissimum, miserere nobis!*

¡Oh Corazón inmaculado de María, rogad por nosotros! *Cor Mariæ inmaculatum, ora pro nobis!*



2 Quod Deus conjunxit, homo non separet. (*Matth.* XIX, v. 6.)

LETANIA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS

Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.
Christe, eleison.	Cristo, tened piedad de nosotros.
Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.
Jesu, audi nos.	Jesús, oidnos.
Jesu; exaudi nos.	Jesús, atendednos.
Pater de cœlis Deus, miserere nobis.	Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.
Fili Redemptor mundi Deus,	Dios Hijo, Redentor del mundo,
Spiritus Sancte Deus,	Dios Espíritu Santo,
Sancta Trinitas unus Deus,	Santa Trinidad que sois un solo Dios,
Cor Jesu, Verbo Dei substantialiter unitum,	Corazón de Jesús, unido substancialmente al Verbo de Dios,
Cor Jesu, Divinitatis sanctuarium,	Corazón de Jesús, Santuario de la Divinidad,
Cor Jesu, sanctæ Trinitatis templum,	Corazón de Jesús, templo de la Santísima Trinidad,
Cor Jesu, sapientiæ abyssus,	Corazón de Jesús, abismo de sabiduría,
Cor Jesu, bonitatis oceanus,	Corazón de Jesús, océano de bondad,
Cor Jesu, misericordiæ thronus,	Corazón de Jesús, trono de misericordia,

(Latin invocations from "Fili Redemptor mundi Deus" on, with the response:) MISERERE NOBIS.

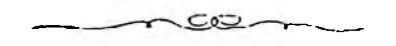
(Spanish invocations from "Dios Hijo, Redentor del mundo" on, with the response:) TENED PIEDAD DE NOSOTROS.

su Corazón vive en su Corazón, su alma en su alma, su espíritu en su espíritu.

«Lo que Dios ha unido no lo desuna el hombre,» dice Nuestro Señor.[1] Habiendo Dios, en su plan divino, unido íntimamente á Jesús y María, el Corazón del Hijo y el Corazón de la Madre, no los separe nadie en su propio corazón. Al adorar al Corazón de Jesús, veneremos y bendigamos el Corazón de María; y al tributar ese culto de *hiperdulía*, es decir, de *super-veneración* al inmaculado Corazón de la Madre de Dios, tributemos al sacratísimo Corazón de su Hijo el culto de *latría*, es decir, de adoración propiamente dicha, que le deben el cielo y la tierra. En el cielo continuaremos eternamente este doble culto en unión de los Ángeles y Bienaventurados. ¡Qué dicha será bendecir allí á Jesús y María, contemplarles cara á cara, sentir nuestro corazón junto á su Corazón y embriagarnos de su santo amor.

¡Oh Corazón sacratísimo de Jesús! tened piedad de nosotros! *Cor Jesu sacratissimum, miserere nobis!*

¡Oh Corazón inmaculado de María, rogad por nosotros! *Cor Mariæ immaculatum, ora pro nobis!*



2 Quod Deus conjunxit, homo non separet. (*Matth.* XIX, v. 6.)

LETANIA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS

Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.
Christe, eleison.	Cristo, tened piedad de nosotros.
Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.
Jesu, audi nos.	Jesús, oidnos.
Jesu, exaudi nos.	Jesús, atendednos.
Pater de cœlis Deus, miserere nobis.	Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.
Fili Redemptor mundi Deus,	Dios Hijo, Redentor del mundo,
Spiritus Sancte Deus,	Dios Espíritu Santo,
Sancta Trinitas unus Deus,	Santa Trinidad que sois un solo Dios,
Cor Jesu, Verbo Dei substantialiter unitum,	Corazón de Jesús, unido substancialmente al Verbo de Dios,
Cor Jesu, Divinitatis sanctuarium,	Corazón de Jesús, Santuario de la Divinidad,
Cor Jesu, sanctæ Trinitatis templum,	Corazón de Jesús, templo de la Santísima Trinidad,
Cor Jesu, sapientiæ abyssus,	Corazón de Jesús, abismo de sabiduría,
Cor Jesu, bonitatis oceanus,	Corazón de Jesús, océano de bondad,
Cor Jesu, misericordiæ thronus,	Corazón de Jesús, trono de misericordia,

(Fili Redemptor … thronus:) MISERERE NOBIS.

(Dios Hijo … misericordia:) TENED PIEDAD DE NOSOTROS.

Cor Jesu, thesaurus nunquam deficiens,
Cor Jesu, de cujus plenitudine omnes nos accepimus,
Cor Jesu, pax et reconciliatio nostra,
Cor Jesu, virtutum omnium exemplar,
Cor Jesu, infinite amans et infinite amandum,
Cor Jesu, fons aquæ salientis in vitam æternam,
Cor Jesu, in quo sibi Pater bene complacuit,
Cor Jesu, propitiatio pro peccatis nostris,
Cor Jesu, propter nos amaritudine repletum,
Cor Jesu, usque ad mortem in horto tristissimum,
Cor Jesu, opprobriis saturatum,
Cor Jesu, amore vulneratum,
Cor Jesu, lancea perforatum,
Cor Jesu, in cruce sanguine exhaustum,
Cor Jesu, attritum propter scelara nostra,

MISERERE NOBIS.

Corazón de Jesús, tesoro inagotable,
Corazón de Jesús, cuya plenitud se derrama sobre nosotros,
Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra,
Corazón de Jesús, modelo de todas las virtudes,
Corazón de Jesús, infinitamente amable é infinitamente digno de ser amado,
Corazón de Jesús, fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna,
Corazón de Jesús, objeto de las complacencias del Padre celestial,
Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados,
Corazón de Jesús, lleno de amargura por causa de nosotros,
Corazón de Jesús, triste hasta la muerte en el huerto de Getsemaní,
Corazón de Jesús, saciado de oprobios,
Corazón de Jesús, herido de amor,
Corazón de Jesús, atravesado de una lanzada,
Corazón de Jesús, desangrado en la cruz,
Corazón de Jesús, rasgado de dolor por causa de nuestros pecados,

TENED PIEDAD DE NOSOTROS.

Cor Jesu, etiam nunc ab ingratis hominibus in sanctissimo amoris Sacramento dilaceratum,	Corazón de Jesús, ultrajado todos los días por hombres ingratos en el Santísimo Sacramento de vuestro amor,
Cor Jesu, refugium peccatorum,	Corazón de Jesús, refugio de los pecadores,
Cor Jesu, fortitudo debilium,	Corazón de Jesús, fortaleza de los débiles,
Cor Jesu, consolatio afflictorum,	Corazón de Jesús consuelo de los afligidos,
Cor Jesu, perseverantia justorum,	Corazón de Jesús, perseverancia de los justos,
Cor Jesu, cordis nostri gaudium.	Corazón de Jesús, alegría de nuestros corazones,
Cor Jesu, cordis nostri paradisus,	Corazón de Jesús, paraíso de nuestros corazones,
Cor Jesu, vita cordis nostri,	Corazón de Jesús, vida de nuestros corazones,
Cor Jesu, Rex cordis nostri,	Corazón de Jesús, Rey de nuestros corazones,
Cor Jesu, salus in te sperantium,	Corazón de Jesús, salud de los que en Vos esperan,
Cor Jesu, spes in te morientium,	Corazón de Jesús, esperanza de los que en Vos mueren,
Cor Jesu, cultorum tuorum dulce præsidium,	Corazón de Jesús, dulce apoyo de vuestros adoradores,
Cor Jesu, deliciæ Sanctorum omnium,	Corazón de Jesús, delicia de todos los Santos,
Cor Jesu, adjutor noster in tribulationibus quæ invenerunt nos nimis,	Corazón de Jesús, nuestra ayuda en los grandes males que han caído sobre nosotros,
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, parce nobis, Jesu.	Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, perdonadnos, oh Jesús.

(Latin invocations: MISERERE NOBIS. — Spanish invocations: TENED PIEDAD DE NOSOTROS.)

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, exaudi nos, Jesu.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.

Christe, audi nos.
Christe, exaudi nos.
℣. Jesu, mitis et humilis corde.

℟. Fac cor nostrum secundum Cor tuum.

OREMUS

Omnipotens sempiterne Deus, respice in Cor dilectissimi Filii tui, et in laudes et satisfactiones quas in nomine peccatorum tibi persolvit, atque misericordiam tuam petentibus tu veniam concede placatus in nomine ejusdem Jesu Christi Filii tui, qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen.

Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, escuchadnos, oh Jesús.

Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, tened misericordia de nosotro, oh Jesús.

Cristo, oidnos.
Cristo, escuchadnos.
℣. Jesús, manso y humilde de corazón.

℟. Haced nuestro corazón semejante al vuestro.

ORACION.

Omnipotente y eterno Dios, poned los ojos en el Corazón de vuestro amadísimo Hijo, ved las satisfacciones que os ofrece en nombre de los pecadores, escuchad las alabanzas que os tributa por ellos, dignaos apaciguaros por sus divinos homenajes, perdonadnos nuestros pecados, y usad de misericordia con nosotros, en nombre del mismo Jesucristo, vuestro Hijo, que con Vos vive y reina juntamente con el Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.

LETANIA

DEL

SANTO CORAZON DE MARIA

Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.
Christe, eleison.	Cristo, tened piedad de nosotros.
Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.
Christe, audi nos.	Cristo, oidnos.
Christe, exaudi nos.	Cristo, atendednos.
Pater de cœlis Deus, miserere nobis.	Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.
Fili Redemptor mundi Deus, miserere nobis.	Dios Hijo, Redentor del mundo, tened piedad de nosotros.
Spiritus Sancte Deus, miserere nobis.	Dios Espíritu Santo, tened piedad de nosotros.
Sancta Trinitas unus Deus, miserere nobis.	Santísima Trinidad, que sois un solo Dios, tened piedad de nosotros.
Cor Jesu sacratissimum, miserere nobis.	Corazón de Jesús, sacratísimo, tened piedad de nosotros.
Cor Mariæ sanctissimum, ora pro nobis.	Corazón de María santísimo, rogad por nosotros.
Cor Mariæ, gaudium Patris æterni, ora pro nobis.	Corazón de María, gozo del Padre eterno, rogad por nosotros.
Cor Mariæ, deliciæ Filii Dei, ora pro nobis.	Corazón de María, delicias del Hijo de Dios, rogad por nosotros.

Cor Mariæ, organum Spiritus Sancti,

Cor Mariæ, sanctuarium divinæ Trinitatis,

Cor Mariæ, arca Testamenti,

Cor Mariæ, ab origini immaculatum,

Cor Mariæ, forma innocentiæ,

Cor Mariæ, paradisus mansuetudinis,

Cor Mariæ, obyssus humilitatis,

Cor Mariæ, templum pacis,

Cor Mariæ, thronus gloriæ,

Cor Mariæ, gratia plenum,

Cor Mariæ, holocaustum divini amoris,

Cor Mariæ, inter omnia corda benedictum,

Cor Mariæ, hortus florum cœlestium,

Cor Mariæ, reclinatorium aureum veri Salomonis,

Cor Mariæ, clavis cœlestis Thesauri,

Cor Mariæ, Christo crucifixo cruci confixum,

ORA PRO NOBIS.

Corazón de María, órgano del Espíritu Santo,

Corazón de María, santuario de la Trinidad divina,

Corazón de María, arca de la alianza,

Corazón de María, preservado de la mancha del pecado original,

Corazón de María, tipo de la inocencia,

Corazón de María, paraíso de dulzura,

Corazón de María, abismo de humildad,

Corazón de María, templo de la paz,

Corazón de María, trono brillante de gloria,

Corazón de María, lleno de gracia,

Corazón de María, holocausto perfecto de amor divino,

Corazón de María bendito entre todos los corazones,

Corazón de María, jardín de las flores del cielo.

Corazón de María, trono de oro del verdadero Salomón,

Corazón de María, llave del tesoro celestial,

Corazón de María, clavado con Jesús en la cruz,

ROGAD POR NOSOTROS.

Cor Mariæ, opus Excelsi,

Cor Mariæ, refugium peccatorum,

Cor Mariæ, consolatio afflictorum,

Cor Mariæ, fons perennis benedictionum,

Cor Mariæ, spes et lætitia cordis nostri,

Cor Mariæ, sedes misericordiæ,

Cor Mariæ, unitum Cordi Christi,

ORA PRO NOBIS.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, parce nobis, Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, exaudi nos, Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.

℣. Maria inmaculata, mitis et humilis corde,

℟. Fac cor meum secundum Cor Jesu.

OREMUS.

Clementissime Deus, qui ad peccatorum salutem et miserorum perfugium Cor inmaculatum beatæ Mariæ Virginis divino Cordi Filii tui Jesu Christi, charitate et misericor-

Corazón de María, obra maestra del Altísimo,

Corazón de María, refugio de pecadores,

Corazón de María, consuelo de los afligidos,

Corazón de María, fuente perenne de bendiciones,

Corazón de María, esperanza y alegría de nuestros corazones,

Corazón de María, asiento de la misericordia,

Corazón de María, unido al Corazón de Jesús,

ROGAD POR NOSOTROS.

Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, perdonadnos,

Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, escuchadnos,

Cordero de Dios, que borrai los pecados del mundo, tened misericordia de nosotros,

℣. María inmaculada; tierna y humilde de corazón,

℟. Haced mi corazón semejante al Corazón de Jesús.

ORACION.

Dios de bondad, que llenasteis el santo inmaculado Corazón de María de sentimientos de misericordia y de ternura para nosotros, y quisísteis que fuese semejante en dichos

dia simillimum esse voluisti; concede ut qui hujus dulcissimi et amantissimi Cordis memoriam agimus, ejusdem beatæ Virginis meritis et intercessione secundum Cor Jesu inveniri mereamur. Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus per omnia sæcula sæculorum. Amen.

sentimientos al Corazón de vuestro divino Hijo, conceded á los que honran ese corazón virginal que conserven hasta la muerte una perfecta conformidad de inclinaciones con el Corazón sagrado de Jesucristo que vive y reina con Vos y con el Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.

ACTO DE DESAGRAVIO AL CORAZON DE JESUS

¡Oh Corazón amantísimo de Jesús! penetrado del más vivo dolor á vista de las ofensas que habéis recibido y recibís aún todos los días en el Sacramento del altar, me postro en vuestra presencia para desagraviaros de ellas. ¡Ojalá pudiera, con mi veneración y respeto, reparar cumplidamente vuestro honor menospreciado! ¡Ojalá me fuese dado borrar con mi sangre tantas irreverencias, tantas profanaciones, tantos sacrilegios como se cometen contra Vos! ¡Cuán bien empleada estaría mi vida si lograse darla por tan digno motivo! ¡Otorgadme, Dios mío, el perdón que imploro para los impíos que os blasfeman; para los infieles que os desconocen; para los herejes y

cismáticos que os deshonran; para tantos católicos ingratos que profanan el misterio de vuestro amor; y finalmente para mí, que con tanta frecuencia os he injuriado! Trocad mi corazón delincuente; dadme un corazón contrito y humillado; un corazón puro y sin mancha; un corazón consagrado á vuestra gloria, y víctima de vuestro amor. Por mi parte os prometo reparar en adelante tantas irreverencias y sacrilegios con mi modestia en el templo, con mi solicitud en visitaros, con mi devoción en recibiros. Señor, concededme esta gracia, aumentando mi amor hacia Vos. Amen.

ACTO DE CONSAGRACION AL CORAZON DE JESUS

Oh Jesús mío, postrado en vuestro acatamiento me entrego á vuestro divino Corazón, en agradecimiento de todos los beneficios que habéis dispensado á los hombres, y particularmente de la inestimable merced que nos habéis hecho quedándoos en el Santísimo Sacramento. Quiero dedicarme á dilatar la gloria de este Corazón adorable, á fin de reparar en cuanto dependa de mí los ultrajes que os han hecho y os harán los pecadores hasta el fin del mundo. Os amo, Jesús mío, por todos los que no os aman. Os

conozco por todos los que no quieren conoceros. Os adoro por todos los que no os adoran. Os alabo, bendigo, honro y glorifico por todos los que os desprecian.

Aceptad, oh Corazón sagrado, todos mis pensamientos, mis deseos, mi voluntad, mi memoria, mi libertad y toda mi vida. No puedo ofreceros más: ¡ojalá fuese yo dueño de los corazones de todos los hombres para poder presentároslos en homenaje! Oh Señor, todos los instantes de mi vida os pertenecen, y todas mis acciones son vuestras; no permitais haya en ellas ninguna cosa que les haga indignas de vuestro adorable Corazón. Oh Jesús mío, reinad en mí como soberano dueño, y haced que encuentre en vuestro sagrado Corazón, modelo perfecto de santidad, mi fuerza, mi consuelo y esperanza. Amen.

DIÁLOGO

ENTRE JESUS Y EL ALMA DEVOTA[1]

Jesucristo. Ábreme tu corazón, hija mia, esposa mía amada.

El alma. ¿Es á mí á quién os dignais dirigir estas palabras, oh Dios mío? No soy más que un abismo de miserias, y os dignais llamarme esposa vuestra amada: yo no me atrevía á levantar los ojos á vuestro Corazón tan puro y tan santo, y en cuanto me presento á Vos me prodigais los más insignes favores. Soy bastante feliz para atraer sobre mí vuestras miradas. ¡Qué gloria y qué dicha, oh Dios mío! ¿Es posible que no desechéis á una criatura tan culpable como yo? ¡Ah! puesto que os dignais sufrirme en vuestra presencia, puesto que hasta me mandais que os ofrezca mi Corazón, obedezco: mi corazón está abierto para Vos. Lejos de mí, vanas criaturas; dejadme conversar con mi Dios y beber en su Corazón el verdadero amor.

---

1 *Mensajero del sagrado Corazón de Jesús*, tomo XVII.—Barcelona, Viuda é hijos de J. Subirana, calle de la Puertaferrisa, número 16.

conozco por todos los que no quieren conoceros. Os adoro por todos los que no os adoran. Os alabo, bendigo, honro y glorifico por todos los que os desprecian.

Aceptad, oh Corazón sagrado, todos mis pensamientos, mis deseos, mi voluntad, mi memoria, mi libertad y toda mi vida. No puedo ofreceros más: ¡ojalá fuese yo dueño de los corazones de todos los hombres para poder presentároslos en homenaje! Oh Señor, todos los instantes de mi vida os pertenecen, y todas mis acciones son vuestras; no permitais haya en ellas ninguna cosa que les haga indignas de vuestro adorable Corazón. Oh Jesús mío, reinad en mí como soberano dueño, y haced que encuentre en vuestro sagrado Corazón, modelo perfecto de santidad, mi fuerza, mi consuelo y esperanza. Amen.

DIÁLOGO

ENTRE JESUS Y EL ALMA DEVOTA[1]

Jesucristo. Ábreme tu corazón, hija mía, esposa mía amada.

El alma. ¿Es á mí á quién os dignais dirigir estas palabras, oh Dios mío? No soy más que un abismo de miserias, y os dignais llamarme esposa vuestra amada: yo no me atrevía á levantar los ojos á vuestro Corazón tan puro y tan santo, y en cuanto me presento á Vos me prodigais los más insignes favores. Soy bastante feliz para atraer sobre mí vuestras miradas. ¡Qué gloria y qué dicha, oh Dios mío! ¿Es posible que no desechéis á una criatura tan culpable como yo? ¡Ah! puesto que os dignais sufrirme en vuestra presencia, puesto que hasta me mandais que os ofrezca mi Corazón, obedezco: mi corazón está abierto para Vos. Lejos de mí, vanas criaturas; dejadme conversar con mi Dios y beber en su Corazón el verdadero amor.

---

1 *Mensajero del sagrado Corazón de Jesús*, tomo XVII.—Barcelona, Viuda é hijos de J. Subirana, calle de la Puertaferrisa, número 16.

Jesucristo. Heriste mi Corazón, hija mía querida; heriste mi Corazón.

El alma. ¿Cómo puede ser, oh mi Dios, que vuestro amor os haya hecho tomar un corazón semejante al mío?...... Lo comprendo. Vos habéis tomado ese Corazón para sentir todas mis miserias; habéis permitido que fuese atravesado en la cruz delante de todo el mundo á fin de que nadie ignorase el exceso de vuestra ternura. Hasta en el cielo ostentais aquella gloriosa llaga: jamás se cerrará la cicatriz de vuestro Corazón; ella será siempre la señal triunfante de vuestro amor. ¡Oh divino Corazón! herid el mío; haced en él una llaga tan profunda que se abra todo á Vos: heridle con el mismo hierro que atravesó el vuestro, á fin de que manen de él las aguas de una sincera penitencia. Mas ¡ay! esta criminal os ha abierto una infinidad de llagas dolorosas por su ingratitud y su infidelidad. Yo he herido vuestro Corazón con mi dureza, y lo he atravesado abriendo el mío al criminal afecto de las criaturas. ¡Oh Esposo celestial! arrancad de mi corazón esta vergonzosa flecha, y atravesadlo con la de vuestro amor.

Jesucristo. No partas ya más tu corazón con otros objetos; dámelo todo entero; yo lo quiero.

El alma. ¿Hasta donde os humillais, oh Señor? ¡Cómo! ¿no os desdeñais de pedir el corazón de la que no se ha avergonzado de rehusároslo á Vos para dárselo al pecado? ¡Cuánta ternura por vuestra parte! Mas, ¿qué es, oh Dios mío, en la actualidad

ese corazón que me pedís? ¡Ay de mí! estando como está lleno de manchas, ¿cómo podréis sufrirlo Vos que sois la santidad misma? ¡Ah! Dios mío, ¡cuántos desórdenes siento en este corazón miserable! ¡cuánto amor propio, cuánto apego á mi voluntad! ¡qué inclinaciones hacia la tierra, qué disgusto por las cosas del cielo, qué de tibieza en vuestro servicio, qué de delicadeza para este cuerpo que debe perecer! Mas ya, Señor, que os dignais pedírmelo, yo os lo ofrezco, oh Jesús, único objeto de mi ternura. Recibidme, pues, en vuestro Corazón sagrado para que sea toda vuestra. Echadme en ese horno ardiente, para ser completamente consumida en vuestro amor. Hacedme comprender cuánto debo amaros; concededme la dicha de gozar siempre de vuestra presencia, pues no deseo más que á Vos. ¡Oh amor de mi Salvador! Vos sois esa agua viva de que tengo sed; mi corazón vuela hacia Vos con un ardor que hace su tormento. Abridme vuestro amable Corazón: aquí tenéis el mío: os lo ofrezco por toda la eternidad: dadme en cambio, oh buen Jesús, el vuestro.

Jesucristo. Sí, hija mía, yo te doy mi Corazón; estúdialo y copia fielmente sus virtudes.

El alma. Oh alma mía, recibe ese Corazón, abrasado en amor, y esfuérzate en parecerte á él..... Mira atentamente á tu divino Modelo; contémplalo elevado sobre la montaña y clavado en la cruz; penetra en el Corazón: ha sido abierto por una lanza á fin de que puedas entrar en él: imita su amor, su manse-

dumbre, su humildad, su caridad. Baja en seguida los ojos al suelo del Calvario, y lo verás regado con su sangre, y á la vista de esa sangre derramada comprende por fin que el amor se manifiesta más por las acciones que por los sentimientos.

Vos queréis, oh Salvador mío, que imite vuestras virtudes, y esto es lo que deseo ardientemente; mas haced que haga lo que me mandais. Oh Jesús, vuestro Corazón es puro; séalo igualmente el mío: vuestro Corazón es humilde; sea humilde el mió: vuestro Corazón es paciente; que el mio lo sea también: vuestro Corazón es dócil; haced que el mio lo sea: vuestro Corazón es todo amor; que se abrase el mío en amor vuestro, y que sea todo para Vos. ¡Ay que no siempre os ha estado consagrado! Desde este momento es todo vuestro, oh Dios mio, y espero que será para siempre.

Jesucristo. El amor es fuerte como la muerte: sus lámparas son lámparas de fuego que las aguas más abundantes no bastan á apagar.

El alma. Vuestro amor por mi, oh Salvador mío, ha sido mucho más poderoso que el infierno, puesto que me ha librado de él, y que ha despedazado sus puertas para abrirme las del cielo. Ha sido mucho más fuerte que la muerte, puesto que la habéis desarmado para darme la vida. ¡Oh fuerza admirable del amor! á pesar de ser Vos invencible, oh mi Dios, os desarma, detiene vuestro brazo levantado sobre los pecadores, los sustrae á vuestra divina justicia

para entregarlos á vuestra infinita misericordia. Lo reconozco ahora; si vuestra grandeza se dignó humillarse hasta querer unirse á nuestra naturaleza, fué por nuestro amor; y por la fuerza de este mismo amor puede la criatura subir hasta Vos, y tiene el privilegio de poder entrar en vuestro Corazón.

¡Hé aquí, alma mia, cómo nos ha amado Jesús! Las humillaciones, los sufrimientos, las espinas, los clavos, la cruz, el derramamiento de toda su sangre, he aqui las pruebas de su amor. Las llamas de ese amor son tan ardientes, que no bastarian á apagarlas todas las aguas de nuestras iniquidades. ¿Mas dónde están, oh alma mía, las señales de tu amor á Jesús? ¿Qué has hecho por él? ¿Dónde están las victorias que has alcanzado sobre tus malas inclinaciones? ¿Dónde los trabajos que has emprendido, los sufrimientos que has sobrellevado para su gloria?

¡Ay, Dios mio! cuán débil es mi celo y cuán lánguido mi amor! Vuestros intereses se hallan más que nunca abandonados, y aumenta de dia en día el número de vuestros enemigos. ¿Héme levantado para defender vuestra causa?

Jesucristo. ¿Existe, hija mía un dolor semejante al mio? He alimentado á mis hijos y se han levantado contra mí: les he llevado en mi corazón, y lo han despedazado, ultrajado, abandonado: hanme cercado los dolores de la muerte, y se han desencadenado contra mí los furores del infierno.

El alma. ¡Ah Señor! ¿puedo pensar en ello sin mo-

rir de dolor? Inteligencias celestiales, ángeles de paz, llorad amargamente los oprobios de que es víctima nuestro Dios, llorad nuestra ingratitud para con un Corazón que nos ha amado tanto. Vos vinisteis á este mundo, oh divino Jesús, para buscar á los hombres y salvarlos: los ingratos huyen de Vos y os abandonan. Vos los colmais de beneficios, y no sólo abusan de ellos, sino que los emplean contra Vos y contra ellos mismos. Vos estais siempre en medio de ellos, y parece como que ignoran vuestra presencia ó que la reconocen tan solo para ofenderos. Vos les abrís vuestro Corazón, y ellos no entran en él sino para atravesarlo con mil dardos cada vez más crueles. ¡Ay, amable Salvador mio! ¿acaso no soy yo misma culpable de todos esos crímenes? ¡Ah! ¿cuántas heridas no he hecho á vuestro Corazón yo, vuestra hija?...... ¡Qué ingratitud, qué perfidia, oh Salvador mio! ¿Cómo dejais impunes tantos crímenes? ¿Cómo vuestro Corazón ultrajado no se cierra para desconocernos y rechazarnos? ¿Cómo no se arma vuestro brazo vengador contra los culpables, para exterminarlos y perderlos? ¡Ah! ¿era necesario que bajáseis á la tierra para ser en ella tan indignamente tratado? Dios ultrajado, volveos al cielo: allí recibiréis las adoraciones de los Ángeles y de los Santos. Mas no, Señor; permaneced siempre en medio de nosotros. ¡Ah! ¿qué sería de nosotros si abandonáseis la tierra? Vuestro Eterno Padre no tardaría en derramar sobre nosotros la copa de sus enojos; y ¿cómo esca-

par entonces á los golpes de su justicia? Corazón de Jesús, vengaos como conviene hacerlo al Dios de las misericordias: covertidnos, perdonadnos.

Jesucristo. Me he obligado á permanecer entre vosotros hasta la consumación de los siglos; pero en medio del dolor que me aflige ¿no tengo derecho á esperar que venga alguno á compadecerme siquiera en mis sufrimientos? Y sien embargo nadie se presenta.

El alma. No, amable Salvador mio, Vos no seréis por más tiempo olvidado: yo me haré un deber de imitaros y adoraros. ¡Oh Corazón de Jesús! siempre encendido de amor por nosotros, siempre dispuesto á la misericordia, perdonadme el olvido de que me he hecho culpable para con Vos; perdonadme mi poco celo en hacer que seais conocido y amado; perdonadme sobre todo los dolores que os he causado con mis irreverencias en el lugar santo, con mis Comuniones tibias y sin preparación, con el abuso que he hecho de vuestras gracias y de vuestra preciosa sangre: sea mi corazón anonadado si debe ser aún insensible para Vos. Corazón de Jesús, yo os consagro el resto de mis días. Quisiera que todas las criaturas tuviesen corazones de Serafines para amaros; que todas las bocas resonasen en vuestras alabanzas; que los espíritus todos no se ocupasen más que en vuestras grandezas. Yo me asocio á todos los homenajes que recibís de los Ángeles, de los Santos y de los justos que viven sobre la tierra. Quisiera que

todos los que os aman y os adoran se multiplicasen al infinito. Yo sacrificaría todo cuanto poseo, y hasta mi vida, si preciso fuese, para impedir una sola ofensa contra Vos.

Jesucristo. Acepto tus deseos, hija mía; pide á mi Padre en mi nombre todo cuanto quieras y te será concedido.

El alma. ¡Oh Jesús, única esperanza mía! haced que sea fiel á la devoción á vuestro Corazón adorable. Manifestad vuestra misericordia haciendo que mi alma redima, por el ardor de su amor, el tiempo que pasó en la tibieza en vuestro servicio. Quiero reparar con contínuos homenajes la ingratitud de los hombres para con Vos, y daros nuevas pruebas de amor á cada instante.

El amor que me tenéis hace que vuestro Corazón esté siempre abierto para mí, á fin de que habite en él para siempre, que el amor me introduzca en él, que el amor fige en él para siempre mi morada, y que en él reciba el amor mi último suspiro!

Puesto que mi Dios no me rechaza de su presencia continuaré hablando, aunque no sea más que ceniza y polvo. Dios de mi corazón, prestad oidos á mi voz: amad á los que no os aman; abrid vuestro Corazón á los que no llaman á vuestra puerta, y sanad á los que, en vez de pediros la salud, se complacen en enconar sus llagas. ¿Nos decís, Señor, que vinísteis al mundo á buscar á los pecadores? esos son, oh divino Jesús, los verdaderos pecadores. ¡Ah! no

consideréis nuestra ingratitud, nuestra ceguedad; tomad únicamente en cuenta la sangre que habéis derramado por nuestra salud. Haced brillar vuestra clemencia; miradnos como la obra de vuestras manos; salvadnos por vuestra misericordia: grandes son nuestros males. Levantaos, pues, oh Señor; considerad los progresos que hacen todos los días vuestros enemigos, y detenedlos, ¡oh mi Jesús! Puesto que ellos no quieren venir á Vos, id Vos mismo á ellos: os lo pido por vuestras sagradas llagas y por vuestra preciosa sangre.

¡Oh mi Salvador! haced que tengan fin los pecados que cometen los hijos de Adán. Que vuestros gritos sean tan poderosos que vuelvan la vida á tantos y tantos pecadores endurecidos. Sacadles del abismo profundo en que han caido. Lázaro no os pidió que le resucitáseis, é hicísteis este milagro en favor de una pecadora: poned, Señor, vuestros ojos en vuestra hija; oid mi oración: os lo suplico por las lágrimas que derramásteis sobre Lázaro: acordaos que corrió vuestro llanto por todos los pecadores que duermen en el pecado: os lo pido por vuestra preciosa sangre. ¡Ah! puesto que perdonásteis á los que la derramaron, perdonadnos también á nosotros, Salvador del mundo.

Haced, oh Jesús, que triunfe vuestra Iglesia de todos sus enemigos; aumentad el número de sus hijos; dadle la paz, y haced que bendiga para siempre vuestro santo nombre y adore vuestro Corazón divino.

Amoroso Redentor, tened también misericordia de las almas del purgatorio; dejaos ablandar por sus sufrimientos. Ellas son precio de vuestra sangre; abridles vuestro Corazón, escuchad sus gemidos, y concededles con el perdón de sus penas la dicha de glorificaros en el cielo. Acordaos en particular de las que en la tierra fueron devotas de vuestro divino Corazón y celosas por la gloria de María: no permitais que estén privadas por más tiempo de vuestra presencia: ¡son tan gratas á vuestro Corazón! Por este Corazón lleno de clemencia os suplico, pues, que les pongais en posesión de la felicidad eterna.

Perdonadme, oh Dios mío, las faltas que he cometido al pié de vuestros altares. ¡Ay! ¿no podríais echarme en cara, como lo hicísteis con vuestros discípulos en el huerto de Getsemaní, el no haber podido velar con Vos ni una hora sola? ¿Será posible que este tiempo pasado en vuestra presencia se me haya podido hacer muy largo? ¿No debería por el contrario hallar mis delicias en estar siempre con Vos? ¡Oh Jesús! ¿Por qué está tan frío mi corazón cuando os ruego? ¿Por qué mi espíritu se distrae tan fácilmente? Perdón, Señor, yo no quiero vivir sino para Vos. Sí, toda mi vida será una adoración perpetua de vuestro divino Corazón; no quiero pensar, obrar y hablar más que para amarle y glorificarle. Asi sea.

Alabado, bendito y adorado sea para siempre el Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.

CANTARES

Cercadito de espinas
y á cubierto del frío,
pájaro solitario
tiene oculto su nido.
Yo soy el pobre pájaro,
tu Corazón mi nido,
cercadito de espinas
y á cubierto del frío.

—

Tu Corazón me alienta;
¿qué temeré, Señor?
tu Corazón es mío....
ya no quiero otro amor!

—

Cuando salgo, Vida mía,
de la santa Comunión,
decir no sé lo que pasa
dentro de mi Corazón.
¡Palpita de amor!.... ni sé
si es el mío ó si es el tuyo,
ni puedo decir si son
dos corazones ó uno.

—

Lloro, mi Jesús, de ver
tu abandono en el sagrario....
¿Era acaso más cruel
en la cruz tu desamparo?

Tu Corazón amante
¿á quién lo diste?
¿Al amigo ó al ingrato
que le resiste?
¡Que á mí me dejas,
y tras él, desalado,
no oyes mis quejas!

—

Cercadme de manzanas y de flores,
desfallezco de amor......
¡Jesús, Jesús! Jesús de mis amores,
que matas sin dolor!

—

Quiero tu Corazón dentro del mío,
quiero mi corazón dentro del tuyo......
que tu vida vivir tan solo ansío,
y por tu amor morir á todo el mundo.

—

Cercado el uno de espinas,
cercado el otro de flores
¡Jesús, María! ¡qué paz
juntito á esos Corazones!

LA CONFESIÓN
Y
LA COMUNIÓN

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS Y NIÑAS

POR

MONSEÑOR DE SEGUR

Traducido libremente

Por F. S. y S.

Con aprobación eclesiástica

Tu Corazón amante
¿á quién lo diste?
¿Al amigo ó al ingrato
que le resiste?
¡Que á mí me dejas,
y tras él, desalado,
no oyes mis quejas!

—

Cercadme de manzanas y de flores,
desfallezco de amor......
¡Jesús, Jesús! Jesús de mis amores,
que matas sin dolor!

—

Quiero tu Corazón dentro del mío,
quiero mi corazón dentro del tuyo......
que tu vida vivir tan solo ansío,
y por tu amor morir á todo el mundo.

—

Cercado el uno de espinas,
cercado el otro de flores
¡Jesús, María! ¡qué paz
juntito á esos Corazones!

DOS PALABRAS

Para niños y niñas se escribió este librito, y no obstante, helo traducido, más que para ellos, para los mayores

¿Por qué?

Porque mi poca experiencia me ha enseñado ya que casi todos los hombres somos en esta materia poco más que niños crecidos. Raros son los que á los treinta, cuarenta ó cincuenta años saben confesarse y comulgar como se debiera. Y este excelente librito se lo enseñará, sin que por eso tengan que ruborizarse ante el maestro.

Además, lo mismo que ya se sabe no hay duda que se comprende mejor y se aprecia mucho más después de oírselo explicar al gran catequista del pueblo, Monseñor Segur. El que estas líneas escribe no se avergüenza de reconocer que debe mucho y muchísimo al libro de la *Confesión y Comunión* escrito para los niños. Nadie se avergüence, pues, de aprender aquí, ó de renovar la memoria de lo aprendido, ó de profundizarlo más.

Finalmente, no somos niños ya; por desgracia, lector amigo, es cierto; pero, dime: ¿Quién no ha de ha-

bérselas con niños? ¿Quién no tiene hijos que educar, ó discípulos que instruir? Y para enseñar ¿no es indispensable antes aprender á enseñar?

Consecuencia práctica:

Este librito merece serlo de las personas de toda edad.

El Traductor.

LA CONFESIÓN

¿Qué es la Confesión?

¿Sabes, niño ó niña, lo que es *confesarse?* Escúchalo bien, y en cuanto lo hayas comprendido, trata de practicar del mejor modo posible lo que voy á decirte.

Niños hay que experimentan por la Confesión un miedo terrible. Diríase que es el confesonario una como ratonera, en la cual van á ser devorados como devora el gato al infeliz ratoncillo. Conocí en París una muchachuela, y no boba por cierto, que de tal suerte lloraba y pateaba en medio de la calle al tratar su madre de llevarla á confesar por la primera vez, que se vió obligada la pobre señora á desandar con la mayor confusión el camino andado, y á diferir para más adelante el negocio. A otro conocí, niño de nueve años, que volvió de espaldas en cuanto vió al confesor abrir la rejilla del confesonario, escapando á todo correr como si hubiese visto al diablo. Otros hay que sudan durante la Confesión la gota gorda, oyéndoseles á diez pasos de distancia la palpitación violenta de su agitado corazón.

bérselas con niños? ¿Quién no tiene hijos que educar, ó discípulos que instruir? Y para enseñar ¿no es indispensable antes aprender á enseñar?

Consecuencia práctica:

Este librito merece serlo de las personas de toda edad.

El Traductor.

LA CONFESIÓN

¿Qué es la Confesión?

¿Sabes, niño ó niña, lo que es *confesarse?* Escúchalo bien, y en cuanto lo hayas comprendido, trata de practicar del mejor modo posible lo que voy á decirte.

Niños hay que experimentan por la Confesión un miedo terrible. Diríase que es el confesonario una como ratonera, en la cual van á ser devorados como devora el gato al infeliz ratoncillo. Conocí en París una muchachuela, y no boba por cierto, que de tal suerte lloraba y pateaba en medio de la calle al tratar su madre de llevarla á confesar por la primera vez, que se vió obligada la pobre señora á desandar con la mayor confusión el camino andado, y á diferir para más adelante el negocio. A otro conocí, niño de nueve años, que volvió de espaldas en cuanto vió al confesor abrir la rejilla del confesonario, escapando á todo correr como si hubiese visto al diablo. Otros hay que sudan durante la Confesión la gota gorda, oyéndoseles á diez pasos de distancia la palpitación violenta de su agitado corazón.

Tales niños ó niñas son unos tontos, verdaderamente tontos, puesto que la Confesión es la cosa más sencilla del mundo. No has de portarte tú como ellos; importa que aprendas y sepas cuanto antes lo que sin duda ellos no saben bastante, esto es, que el confesarse es cosa, no solamente provechosa, sino muy dulce.

Confesarse es ir á encontrar el sacerdote de Jesucristo y decirle con sencillez, con franqueza, todos los pecados que recuerdas haber cometido.

No es ciertamente para divertirse ni para matar el tiempo en que se le van á decir de esta suerte los pecados, sino para obtener de Dios el perdón de ellos. Cuesta á veces algún tanto dar este paso, más es necesario practicarlo, pues que Dios lo quiere, y porque no estamos sobre la tierra para hacer solamente lo que nos gusta y nos divierte, sino principalmente para salvar nuestra alma obedeciendo á Nuestro Señor Jesucristo.

Al sacerdote, y sólo á él, debe revelar el hombre sus pecados si quiere que se los perdone Dios. ¿Sabes por qué? Porque Dios, al bajar á este mundo, dió á sus sacerdotes, y á ellos solos, el divino poder de perdonar todos los pecados. Sólo á los sacerdotes dijo el buen Jesús: *Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonáreis los pecados, perdonados les serán, y á quienes no se los perdonáreis, no les serán perdonados.* Y les dijo además en su Evangelio: *Lo que desatáreis en la tierra, quedará desatado en el cielo.* Al sacerdote de Cristo debes, pues, dirigirte para con-

fesar tus pecados si quieres, hijo mío, que Dios te los perdone.

No te bastaría, para ser perdonado, arrepentirte de tus pecados y decírselos secretamente y á solas á Dios. No: Jesús mismo, que es Dios, te manda descubrir tus faltas á sus sacerdotes, que son representantes suyos, sus ministros y sus enviados en medio de los hombres. Cuando estás enfermo llamas al médico, porque él solo puede curarte; del mismo modo cuando esté enferma tu pobrecita alma, no dudes en dirigirte al sacerdote, que es el médico de las almas, que las cura en nombre de Dios. Los que no quieren confesarse no quieren ni pueden ser curados. El pecado es una terrible enfermedad que precipita las almas al infierno.

Si eres tan dichoso, hijo mío, que tengas una buena madre, cristiana y piadosa, no has de hacer más que pedirle que te ayude á prepararte cuando quieras acudir á la Confesión. Puedes, si quieres, decir á ella tus faltas; pero esto no será la verdadera Confesión, sino solamente un modo de prepararse para hacerla. Mira, no obstante: si algo hay que no quieras comunicar á tu madre, no estás obligado á decírselo, basta que se lo digas todo á tu confesor.

Es necesario decir al sacerdote todos los pecados que uno recuerde haber cometido. Dios lo exige absolutamente. Si por malicia, ó por orgullo, tuvieses la desgracia de ocultar á tu confesor algún pecado, pobrecito hijo mío, cometerías otro pecado mucho

peor, harías mala Confesión, y no sólo no te serían perdonados tus pecados, sino que tu alma quedaría desde entonces mucho más pecadora. Mucho más valdría no confesarse nunca que hacer una mala Confesión, una Confesión sacrílega.

He conocido muchos niños y niñas que habiendo callado, durante muchos años, pecados en sus confesiones, eran los más desgraciados, devorados por el remordimiento; y los que en este estado hayan muerto están sin ninguna duda ardiendo en el fuego del infierno.

«Pero ¡mirad que yo he cometido muy grandes pecados!» Ea, díme, pobrecito hijo mío; la misericordia de Dios ¿no es por ventura más grande que tus pecados? No temas, pues; dílo todo, perfectamente todo.

Es mucha tontería callar al confesor un pecado, por grave y por feo que sea, pues sobre ofender con esto más y más á Dios, al fin hay que acabar por decirlo, á no ser que se prefiera arder eternamente con el demonio en el infierno. ¿Y por qué no hacer desde luego lo que más tarde se habrá de hacer? Y después, cuando se han callado pecados, es forzoso volver á repetir todas las confesiones pasadas, como que estaban mal hechas, lo cual es mucho más penoso y desagradable. Finalmente, eso es no comprender el corazón del sacerdote, que ama á sus penitentes, que tiene compasión de sus faltas y debilidades, que nunca los desprecia, que los consuela en vez de agriarlos, y que está por desgracia muy habituado á oir pecados de todas

clases. No temas, pues, pobre niño mío; di *todos* tus pecados sin callar uno, sin disimular su número ni su gravedad: decirlos todos, ya lo sé, cuesta un poco: más se experimenta siempre en seguida la mayor paz y el mayor consuelo, además del perdón que tu Padre espiritual te concederá bondadosamente, y que ratificará el mismo Jesucristo desde los cielos.

«Bien quisiera yo decirlo, pero no sé siquiera cómo empezar... ¡Es tan feo!»

Pues bien, dilo de este mismo modo á tu confesor, así sencillamente; «Padre, he hecho cosas muy feas; ni se cómo decírselas á vd.» Verás cómo te ayuda tan bondadosamente; te preguntará, le responderás tú con franqueza, y tras esto quedarás desembarazado y contento.

Repara bien, hijo mío, en lo que te acabo de decir. Es necesario no ocultar expresamente los pecados en la Confesión. Si al confesarte te *olvidas* de uno ó muchos pecados, buena es tu Confesión y perdonado quedas. Los mismos pecados olvidados, y que tú no revelaste porque no los recordabas, quedan perdonados como los demás. Ni un momento te traiga inquieto este asunto. Sólo que, como Cristo nos manda confesar al sacerdote todos lo pecados graves cometidos, la primera vez que vuelvas á confesarte comvendrá que le digas: Padre mío, olvidé decir á vd. la última vez, que había cometido tal ó cual pecado.» Y si no obras así, faltarás gravemente á la ley de Jesucristo; harás otra mala Confesión.

Lo que debe en gran manera animarnos cuando tengamos grandes pecados que confesar, es la idea de que el sacerdote no puede *jamás*, por pretexto alguno, decir á nadie, sea quien fuere, lo que ha sabido por Confesión. Esto es lo que se llama «el secreto de la Confesión.» El sacerdote está obligado á sufrirlo todo, calumnias, persecuciones, cárcel, la muerte misma antes que faltar á ese riguroso secreto. Un grande Obispo de los primeros siglos, San Agustín, decía: «Lo que sé por la Confesión lo sé menos que aquello que nunca he sabido.» Así jamás se ha hallado un sacerdote que comunicase á otro lo que oyó en Confesión; no se ha hallado ni se hallará.

¿No es esto muy consolador para un pobrecito pecador como tú? Y esta revelación hecha en secreto, una sola vez para toda la vida, esta revelación que el confesor olvida allí mismo, un minuto despues, entre tantos y tantos pecados como oye todos los días; esta revelación ¿no es preferible mil veces á la vergüenza horrible que experimentarán los pecadores orgullosos, cuando en el postrer juicio hará conocer Dios sus pecados al mundo entero, á todos los hombres, á todos los ángeles, antes de pronunciar la sentencia de condenación? Lo que tú rehusas hoy comunicar bajito, á solas, á un hombre sólo en el secreto de la Confesión, un día lo oirán publicar en alta voz, á la faz del mundo entero, tu padre, tu madre, tus hermanos y hermanas, tus maestros y compañeros y cuantos te han conocido. ¿No tuve yo razón en ase-

gurar que era una verdadera locura callar un solo pecado en la Confesión?

Así, pues, querido hijo mío, ya ves lo que es confesarse, y cuán sencillo y cuán necesario.

La Contrición

Para alcanzar el perdón de los pecados no basta confesarlos á un sacerdote, es necesario además arrepentirse de ellos de todo corazón. Este arrepentimiento sincero y cristiano se llama *contrición*. Contrición y arrepentirse, son una misma cosa.

No le es difícil á un buen niño ó niña arrepentirse de sus pecados. Basta que reflexione un sólo instante y recuerde la bondad infinita de Dios y su tremenda justicia.

«Dios es tan bueno, me ama tanto... y yo... yo le he ofendido. Él me prepara un paraíso, me abre su corazón y sus brazos de Padre. Él, que no tiene de mí ninguna necesidad para ser feliz, y yo, ingrato, le he desobedecido, le he causado aflicción, le he abandonado!......

«¡Mi buen Salvador Jesús ha llorado por los pecados que yo he cometido; lloró por mí en su pobre cuna de Belén, en su casa de Nazaret, en el huerto de la agonía y en su santa Pasión! ¡Mis pecados fueron la causa de sus dolores, de sus humillaciones, de los insultos y bofetadas que sufrió! ¡Por mis pecados fué coronado de espinas, despedazado á azotes, arrastra-

do, abandonado de todos, clavado entre dos ladrones, por mí, miserable pecador: por mí Jesús estuvo pendiente, todo ensangrentado, en la cruz; por mí murió, y fué partido su Corazón de una lanzada! ¡Por mí resucitó y subió á los cielos para abrirme á mí la puerta de ellos! Y yo he pagado tanto amor ofendiéndole miserablemente!.........

«¡Por uno sólo de mis pecados mortales he merecido el infierno, el fuego eterno del infierno con el demonio, cuando hé aquí que, por su misericordia infinita, mi Salvador Jesús me llama á sí, y me dice: Pobrecillo arrepiéntete y te perdonaré!»

Si se piensa en eso con alguna seriedad, ¿no es cierto que es muy fácil arrepentirse y arrepentirse de todo corazón? Pero... ¿qué ha de ser? se vive en un atolondramiento continuo, sin pensar más que en frivolidades, en el juego ó en cuentos divertidos, y se olvida el amor que se debe á Dios, y se olvida que tenemos una conciencia que se ha de guardar pura, un alma que hemos de salvar, un corazón que hemos de santificar con la piedad cristiana. En todo se piensa menos en Jesús, á quien llevamos en nuestro corazón; en Jesús, que ve todo lo bueno ó malo que hacemos y á quien ofendemos infinitamente con nuestro pecado. ¡Oh cuántos arrojan de su corazón á Jesús sin hacer caso de sus lágrimas ni de su amor!

¡Tú no serás, no, ingrato como esos muchachos y muchachas! Guarda cuidadosamente tu corazón puro: si tienes la desdicha de caer en un pecado, sobre

todo en un pecado grave, pronto procura arrepentirte, y dirigiéndote interiormente á tu buen Jesús, como si te echases á sus piés, díle del fondo del corazón:

«¡Buen Jesús mío! me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, porque Vos me amáis y porque yo también os amo!... Me arrepiento de haber pecado, porque el pecado os desagrada, y porque sois infinitamente bueno é infinitamente santo. Perdonadme, no volveré más á pecar.» Esta breve oración es lo que se llama un acto de contrición.

Fíjate bien en la poderosa razón por la que debes sobre todo arrepentirte cuando has pecado, esto es, que Dios te ama y tú debes amarle también á Él. El temor de la justicia de Dios y del fuego del infierno son ciertamente excelentes motivos de arrepentimiento; pero el amor es un motivo superior más perfecto y en cierto modo más cristiano.

El amor es tan poderoso para mover el Corazón de Jesús, que basta para ponernos *inmediatamente* en estado de gracia, sea cual fuere la gravedad del pecado que hayamos cometido, si entonces nos volvemos á Dios y le decimos *de todo corazón* con grande humildad, confianza y amor sincero: «¡Jesús, Dios mío, perdonadme; os amo con todo mi corazón, con toda mi alma me duele amargamente haber ofendido á vuestro amor; porque os amo de veras, no quiero más pecar.» Si por otra parte hacemos la resolución firme de confesarnos así que podamos, nos pondrémos al mo-

mento en gracia de Dios, de suerte que, aunque muriésemos antes de poder confesarnos, no nos condenaríamos. ¡Oh! ¡cuán bueno es Jesús! ¡cuánta razón tenemos en llamar bondadoso á nuestro Dios.

¡Hijo mío ó hija mía! el corazón de tu madre es en cierto modo una imagen del corazón de Jesús. Cuando has cometido cualquier travesura cuando has agraviado á tu madre, ¿qué es lo que más te aflge entonces? Es el disgusto, la pena que has causado á aquella buena mujer que te ama más que otro alguno en el mundo. Mira, pues; el buen Jesús te ama todavia más de lo que podrá nunca amarte tu madre.

Cuando uno se arrepiente de veras, queda resuelto del todo á no volver otra vez á aquello que ha dejado. Esto es lo que se llama firme propósito. Cuando caes, te levantas al instante, ¿no es verdad? Y habiéndote levantado tienes la firme intención de no caer otra vez; miras lo que te ha hecho tropezar, y procuras tomar precauciones para no tropezar otra vez. Así debes portarte con tu alma. Así que ha caído en una falta es necesario que se levante, que vaya con cuidado en adelante, que evite las ocasiones peligrosas, y que resuelva firmemente no caer voluntariamente otra vez en el pecado.

Esto no significa que ya no caerás más, pues el arrepentimiento, por sincero que sea, no nos hace impecables; quiere decir solamente que detestas cordialmente el pecado, y que harás todos los esfuerzos posibles para no caer voluntariamente. Cuando ba-

jas por la escalera ¿no estás resuelto y muy resuelto á no tropezar en los escalones? Y no obstante, á pesar de tu firme propósito y de tus precauciones, es muy cierto, pobre niño ó niña, que tropiezan tus piés, caes y te haces daño. Preciso es reconocer, sin embargo, que el propósito que es verdaderamente firme ayuda mucho para evitar gran número de faltas.

Una de las mejores señales con que se conoce el propósito firme, es el cuidado que uno pone luego después en evitar las ocasiones que antes le hicieron pecar. Así, si un compañero te da malos consejos, te dice cosas feas y te hace ofender á Dios, si tú te arrepientes de veras y tienes de verdad un firme propósito de no recaer en aquellos pecados, evitarás en cuanto te sea posible hallarte con aquel mal compañero; y si te ves obligado á encontrarte con él, vigilarás sobre tí mismo, y le dejarás plantado si tiene atrevimiento de volver á empezar sus malas conversaciones.

Nunca dudes; empero, querido hijo mío, que todas tus buenas resoluciones serían inútiles si no las sostenía y animaba la gracia poderosa de Dios. Pide, pues, esta gracia, cuantas veces te sientas tentado del mal obrar: La gracia es la unión de tu alma con Jesús; así que te sientas tentado pide luego á Jesús que te bendiga y te asista: «¡Mi Dios, venid á socorrerme! ¡Jesús mío, habed piedad de mí! ¡Os amo firmemente, no quiero pecar!»

Como Dios te ama y quiere tu salvación, *jamás* te

negará su santa gracia; tu buen Jesús está entonces allí contigo, acompañándote, velando sobre tí, morando noche y día en tu alma; tomó posesión de ella por medio del Bautismo, y quiere guardarla pura y sin mancha. No temas; está contigo; es más fuerte, mil veces más fuerte y poderoso que el que quiere perderte haciéndote pecar para llevarte consigo al infierno.

Sin Jesús nada puedes; pero con Él puédeslo todo y nada tienes que temer. Cuando, pues, tenemos la desgracia de pecar, nuestra es la culpa, y tenemos sobrada razón de arrepentirnos y humillarnos por no haber correspondido á la gracia y al amor de Jesucristo, haber sido ingratos para con Él, y haber descuidado el llamarle como debíamos.

La Virgen santa, á quien llama la Iglesia «Madre de la divina gracia,» debe ser nuestro refugio en las tentaciones y aun en las mismas caidas. Ella fué quien mostró su Hijo divino á los pastores de Belén, á los Magos y á los primeros fieles. Y todavía es Ella quien se lo da á las almas y quien las conduce á los piés de Jesús.

Invócala, pues, amorosamente á la Virgen María, que es madre de tu alma y la ama por amor á su Hijo Jesús, á quien contempla en medio de tu corazón. Cuando sientas deseos de pecar ó hayas caido ya en una tentación, reza piadosamente el *Ave María*, y pide á la Virgen que te alcance la pureza de corazón, la gracia y el perdón de su Hijo. La santa Virgen es

la Madre del verdadero arrepentimiento, la protectora de los débiles, el refugio de los pecadores, la Madre de todos los cristianos.

La Absolución.

Llámase *absolución* el perdón que el sacerdote concede al penitente en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando uno puede confesarse y recibir la absolución, no hay para el pecador otro medio de hacerse hijo de Dios.

Hijo mío, si un acto de contrición perfecto, unido á un vivo deseo de confesarte, ha borrado anticipadamente tu pecado, y si, vacilando luego en tu propósito, retrocedes ante la confesión, aquel tu pecado, una vez perdonado, perdonado queda, es verdad, pero con tu infidelidad cometerás otro nuevo, también mortal y peor que el primero, puesto que con él ultrajarás directamente el amor y la misericordia de tu buen Salvador Jesucristo. Además de que, como nunca hay verdadera certeza y seguridad de que la contrición sea perfecta y suficiente para purificar tu alma, síguese de ahí que la confesión y la absolución son siempre necesarias.

La absolución es, pues, la sentencia de perdón que sobre tí pronuncia el sacerdote en nombre de Cristo. Acabada la Confesión, el sacerdote amonesta al penitente que se excite á arrepentirse, interin va á darle la absolución. A veces, cuando el confesor no juzga

bien dispuesto al penitente, ó no tiene éste más que faltas muy ligeras, le da únicamente la bendición, guardando para otra vez la absolución. La bendición no borra los pecados cometidos, sólo puede esto la absolución.

Mientras pronuncia el sacerdote las santas palabras de la absolución, derrama Jesucristo los torrentes de su gracia sobre el alma del penitente, báñala en su sangre adorable, la purifica de toda mancha, de suerte que, después de la absolución dignamente recibida, queda el penitente puro del todo y resplandeciente de gracia y luz delante de Dios y de sus Angeles. ¡Qué inmenso beneficio y qué dichoso momento! Entonces debe el feliz penitente presentarse en actitud muy humilde y rendida á los piés de Jesús, inclinado ante el sacerdote, diciéndole del fondo de su corazón y con todo el amor posible el *Acto de contrición*.

«¡Dios mío! me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, porque sois infinitamente bueno y el pecado os desagrada; os pido perdón por los méritos de Cristo, mi Salvador, y os hago firme propósito, mediante vuestra gracia, de no caer más en pecado y de hacer por él hasta la muerte sincera penitencia.»

Esto debes decir ú otra cosa parecida en señal de arrepentimiento y de amor á Dios.

Preciso es cuidar de no distraerse mientras se recibe la absolución; pero si al recibirla te hallases in-

voluntariamente distraido, buena sería la absolución, y bastaría que te humillases delante de Dios, sin perturbarte por esto en lo más mínimo. Nunca deben causarte inquietud las distracciones involuntarias.

A todas edades puede recibirse la absolución, desde que se entra en uso de razón, á los siete años y algunas veces antes. Desde que uno es capaz de cometer un pecado grave, es por lo mismo capaz también de arrepentirse de él, sériamente, de confesarse y de recibir dignamente el beneficio de la santa absolución. Un pecadorcito de seis años ó de siete, por el solo hecho de haber pecado gravemente, y de reconocerlo y arrepentirse y confesarse de todo corazón, tiene derecho á la absolución ni más ni menos que otro de veinte ó treinta años.

Niños y niñas hay poco instruidos que creen no poder recibir la absolución más que en la vigilia de su primera Comunión. Es grave error y contrario del todo á la enseñanza de la Iglesia, y muy pernicioso además para la salvación de las almas. Tales niños y niñas, pensando no recibir la absolución, confiésanse á la ligera, sin excitarse á un verdadero arrepentimiento, y quedándose en estado de pecado mortal hasta el tiempo de su primera Comunión. ¡Buena preparación, por cierto, para recibir la primera visita de nuestro buen Dios! No lo hagas así, hijo mío; cuantas veces te confieses prepárate del mejor modo posible para recibir la absolución; pídela con humildad, pero también con instancia, á tu confesor, que

te la otorgará con gozo, regocijándose al ver tus buenas disposiciones.

A veces, no obstante, da el confesor la sola bendición á los niños y niñas, á pesar de hallarlos bien dispuestos, á fin de hacerles apreciar mejor el valor de la santa absolución, y teniendo en cuenta que no tienen necesidad de ella no estando aún manchada su tierna alma con pecado mortal.

La absolución viene á ser un segundo Bautismo: cuando de todo corazón se la recibe, queda el alma pura y sin mancha como en el día del santo Bautismo.

La Penitencia ó satisfacción

Cuando uno se ha ya confesado bien y ha recibido la absolución, cuando se han dado gracias á Dios por este singular beneficio, no está aún concluido todo. Perdonadas están tus culpas, es verdad; no mereces ya el infierno, es cierto; falta empero hacer *penitencia*, es decir, expiar los pecados cometidos, ofrecer á Dios, en desquite de ellos, obras buenas, oraciones y actos piadosos. Tan obligados están á eso los niños y niñas como los mayores.

La primera de estas obras de penitencia con que has de expiar ó compensar tus pecados, es la que nos ordena el confesor, y que por esta razón se llama penitencia. Esta penitencia sacramental consiste regularmente en el rezo de una ó muchas oraciones, en

una limosna, mortificación ú otra obra cualquiera de piedad ó de caridad cristiana.

Debes cumplir la penitencia exactamente y lo más presto posible. Si se puede, vale más cumplirla inmediatamente después de la confesión, antes de salir de la iglesia. Es el medio seguro de no olvidarse de ella. Dejar de cumplir la penitencia por pereza ó por mala voluntad sería un pecado. Sería además grande ingratitud y señal evidente de tener un corazón frío y un espíritu muy poco cristiano. Sería, finalmente, una insensatez, pues tendríamos que pagar un día en el purgatorio con mayores tormentos las penitencias que hubiésemos dejado de cumplir en esta vida.

La penitencia que nos impone el sacerdote tiene, más que otra alguna, particular eficacia para expiar nuestros pecados, á causa de pertenecer al Sacramento. No obstante, no es suficiente para pagar toda la deuda que tenemos pendiente con la justicia de Dios; es, pues, iudispensable practicar, lo más que podamos, actos de mortificación y de piedad cada uno de los días de nuestra vida. Cuanto más se ruegue, cuanto más se dé limosna, ó se obedezca, ó se sufra, ó se se haga uno dulce, humilde y bueno para los demás y duro para consigo mismo, más se purifica el alma y más penas ahorra en el purgatorio.

Haz, pues, penitencia verdadera de todos tus pecados, á fin de parecerte más y más al Rey de tu corazón, el Niño Jesús, que en Belén, en Nazaret y en

todas partes no cesó de expiar tus pecados con oración contínua, abundantes lágrimas, duras privaciones y vida penitente y mortificada. Así te bendecirá y dará alegría á tu corazón, en cambio de los pequeños sacrificios que hicieres por su amor.

Modo de confesarse

¡Hijo mío! cuando debas confesarte, preciso te será disponerte con alguna anticipación: primero, evitando más cuidadosamente ofender á tu buen Dios y guardándole mayor fidelidad; después, la vigilia al anochecer, ó el mismo día á la madrugada, examinando tu conciencia, rogando á Nuestro Señor, á la Virgen y al Angel de la guarda te hagan conocer las faltas que has tenido la desdicha de cometer desde tu última Confesión. Procurarás también descubrir en presencia de Dios, é invocando la luz del Espíritu Santo, los defectos que son causa habitual de tus faltas, á fin de recibir sobre este punto los consejos de tu confesor. Las confesiones de los niños y niñas vénse privadas muchas veces de gran parte de su fruto, porque estos atolondrados no hacen su examen de conciencia con la debida atención.

En algunos libros hallarás exámenes de conciencia que, por no ser para tu edad, embrollarán tu alma en vez de ayudarte: lee atentamente el examen que hallarás aquí mismo después de estas breves reflexiones, y éste te bastará aún para tu Confesión ge-

neral. Si tienes la costumbre preciosa de confesarte á menudo, por ejemplo, cada quince días ó tres semanas, te bastará considerar por espacio de algunos minutos las faltas que puedas haber cometido:

1º En el cumplimiento de tus obligaciones de piedad, como son las oraciones de la mañana y de la noche, el respeto á la Iglesia, la asistencia al Catecismo y á las instrucciones religiosas, á la Misa y á los Oficios del domingo, señal de la cruz y práctica de la devoción á Jesús y á la Virgen, etc., etc.

2º En el cumplimiento de tus deberes para con los padres y maestros, como son la obediencia, el respeto y la docilidad; para con tus compañeros, hermanos y hermanas, con quienes has de tener amabilidad, buen genio y perdón de las injurias; para con los pobres, ejerciendo con ellos la caridad dándoles limosna, etc.

3º En el cumplimiento de los deberes de tu estado, que consisten principalmente en la aplicación á los estudios y al trabajo.

4º En la práctica de muchas otras virtudes, sin las cuales un niño ó niña no puede ser ni llamarse verdadero cristiano: tales son la humildad (moderación en las palabras, en el gesto; fidelidad en atribuir á Dios toda la gloria del bien que en nosotros observamos; olvido de tí mismo; sinceridad en tu trato con los demás). Pureza (vigilancia en combatir las tentaciones, en resistir á los malos pensamientos, en evitar las miradas, conversaciones, lecturas y acciones

contrarias á la decencia; apartamiento de las malas compañías y de las ocasiones peligrosas). Penitencia (paciencia en las enfermedades y demás molestias del cuerpo, en las privaciones, en las injusticias, en los disgustillos é incómodos de cada día).

Examina tu conciencia sobre estos puntos; examínate sobre los vicios y defectos opuestos á estas virtudes, de todos cuantos pecados suele cometer un niño ó niña de tu edad, como son mentiras, murmuraciones, gulas, envidias, indecencias, costumbres de hurtar, de decir palabras feas, de jurar, etc. No te acostumbres á escribir tus pecados; uno se confiesa mejor y se excita más al dolor y al arrepentimiento diciendo sus pecados, que no leyéndolos ó recitándolos como se decora una lección aprendida. Si alguno te olvidases sin quererlo, está seguro que los más gordos no se te pasarán por alto, los pequeños podrán tal vez escaparse á tu atención; esto no quitará que te confieses muy bien.

Después procura mover tu tierno corazón á arrepentirse por medio de las tres consideraciones que acabo de indicarte. La ingratitud que has tenido para con tu Dios; las lágrimas y los sufrimientos de tu Salvador; el fuego terrible del infierno y del purgatorio. Haz luego firmes resoluciones, claras, terminantes, especificadas, opuestas directamente á cada uno de los pecodos de los cuales te confesaste.

Reza en seguida un *Padre nuestro* y *Ave María*, ó cualquiera otra oración, para obtener la gracia de

una contrición verdadera, y arrodíllate á los piés del sacerdote como á los de Cristo en persona.

En cuanto sea posible debes confesarte arrodillado. Algunos al empesar dicen al confesor: *Bendecidme, Padre, porque pequé.* Y mientras el confesor les da la bendición, hacen piadosamente la señal de la cruz, y luego rezan la primera parte de la oración: *Yo pecador.*

«Yo pecador me confieso á Dios Todopoderoso, á la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, á los Santos apóstoles San Pedro y San Pablo, á todos los Santos y á Vos, Padre mio, que he pecado en pensamiento, palabra y obra.» Y aquí comenzarás á acusarte de tus faltas, con sinceridad, con sencillez, diciéndolas como son en sí, sin disminuir ni aumentar su número é importancia. No debes hablar ni muy alto ni muy bajo, ni demasiado aprisa. Escucha atentamente las preguntas de tu confesor, y responde á ellas sin ocultar nada.

Cuando hayas dicho todo lo que tengas en la memoria, termina entonces la Confesión del modo siguiente:

«Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por tanto ruego á la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, á los Santos apóstoles San Pedro y San Pablo, á todos los Santos y á Vos, Pa-

dre mío, que roguéis por mí á Dios Nuestro Señor. Amen.» O bien digas el *Acto de contrición.*

Quédate entonces tranquilo, recogido, oyendo con respeto lo que te dice el confesor, que te lo dice el mismo Cristo por boca de su ministro, y procura no olvidar la penitencia que te imponga. Mientras el confesor pronuncia las palabras de la absolución, baja humildemente la cabeza, reza de todo corazón el *El acto de contrición,* y levántate haciendo la señal de la cruz.

Retírate en seguida á dar gracias á Dios. Renueva tus santas resoluciones, y si puedes cumple tu penitencia uniendo tu corazón al sacratísimo Corazón de Jesús.

Quiero añadir aquí para tu uso un consejo que no deja de tener su importancia. No cuentes jamás á tus compañeros tu confesión ni tus pecados, ni lo que te dijo el confesor. Por reverencia al Sacramento de la Penitencia, guárdate de hacer asunto de broma ó de conversación todo lo que se refiere á eso.

Cuándo deberémos confesarnos

Desde la edad en que se entra en uso de razón está el cristiano obligado á confesarse á lo menos una vez al año. Se tiene uso de razón cuando se conoce el pecado, y hay capacidad y malicia para cometerlo libre y voluntariamente. Mas es muy útil y á veces necesario confesarse con más frecuencia. El alma es como la

cara. No estará limpia si no se la lava muy á menudo. El pecado es la inmundicia del alma.

Cuando uno se confiesa á menudo, la Confesión viene á hacerse dulce y facilísima; establécese una afectuosa intimidad entre confesor y penitente; acostúmbrase el alma á vigilarse, á evitar el pecado y á no vivir mucho tiempo en mal estado; corrígense pronto los defectos: recibiendo con frecuncia los consejos del sacerdote, es como se viene á formarse poco á poco la verdadera y sólida piedad.

Confesarse á menudo quiere decir confesarse á lo menos cada mes. Desde los nueve años todos los niños y niñas debieran confesarse cada quince días; este sería el medio más eficaz y provechoso de prepararse para la primera Comunión.

Un niño ó niña que tiene fe y no quiere condenarse, no debe ocultar jamás un pecado en su conciencia. ¡Qué horrible despertar tendría, gran Dios, si muriese de repente aquella misma noche! Un muchacho llamado Pablo había tomado ésta buena resolución: «No quiero dormirme jamás en pecado mortal. Si tengo una vez la desgracia de cometerlo, iré á confesarme tan pronto como pueda, sin tardar por nada de este mundo.» Bien le valió. El pobrecillo, habiendo cometido un día una culpa, que le pareció grave, fué á confesarse aquella misma noche al salir de su trabajo. La mañana siguiente al ir á despertarlo su madre, hallóle muerto en su propia cama. ¿Dónde esta-

ría ahora si hubiese retardado su Confesión hasta la mañana siguiente?

Examen de conciencia para la Confesión general ó de mucho tiempo

¿He dicho siempre mis pecados en la Confesión, principalmente en la última?—¿He cumplido bien la penitencia?—¿He tratado luego de corregir mis vicios y mejorar mi vida?

Mandamientos de Dios y de la Iglesia

I

¿He rezado mis oraciones mañana y noche?—¿Cuántas veces las dejé por negligencia?—¿Cuántas las he rezado sin atención, sin espíritu de fe, á la ligera, por pura rutina?

¿He hecho sin devoción la santa señal de la cruz?—¿He olvidado ofrecer mis obras, mis penas y alegrías, toda mi vida á Dios?—Porque hay que observar que no se vive como buen cristiano si no se tiene esa unión del corazón con Jesucristo.

¿He amado de todo corazón á mi Salvador, particularmente en el santo Sacramento del altar?—¿He dejado de adorarle y visitarle cuando he podido?—¿Me he apartado por indiferencia ó por descuido de la sagrada Comunión, fuente única de la piedad y de

la vida cristiana?—¿He amado y rogado como buen hijo á mi Madre María?

¿Me he burlado de la Religión, aun por broma ó por respeto humano?—¿Me he burlado de la devoción de mis amigos que son mejores que yo?—¿He leido malos libros?

II

¿He dicho palabras feas y groseras?—¿He jurado?—¿He blasfemado el santo nombre de Dios?

¿He pronunciado sin respeto los santos nombres de Jesús y de María?—¿He jurado ó blasfemado delante de otros, dándoles mal ejemplo?

III

¿He trabajado los días festivos en cosas prohibidas?—¿He comprado y vendido en los domingos y fiestas, sin necesidad?

¿He faltado por mi culpa á la misa en días de precepto?—¿He llegado por mi culpa á ella después de principiada?—¿Me he salido de ella antes de concluir?—¿Cómo la he oido?—¿He hablado en ella?—¿He reido?—¿Cuántas veces?—¿He asistido al santo Sacrificio con el fervor y la devoción que debe un buen cristiano?

¿He procurado asistir á algunas funciones religiosas?—¿He escuchado con atención los sermones y conferencias religiosas?

IV

¿He honrado y respetado en todo al Papa, á los obispos, á los sacerdotes, que son padres de mi alma y guías de mi vida en el camino de mi salvación?

¿He rogado cada día por mis padres vivos y difuntos?—¿He desobedecido á mis padres, amos ó encargados?—¿Les he faltado al respeto?—¿Les he insultado con palabras groseras?—¿He tenido la desdicha y atrevimiento de levantar alguna vez la mano contra ellos?

¿He despreciado sus obsevaciones ó me he burlado de sus consejos?—¿Les he puesto mala cara?—¿He sido terco y testarudo?—¿Cuántas veces?

V

¿Me he enfadado sin procurar reprimirme?—¿Me he dejado llevar de la ira y del mal génio?—¿He tenido riñas con mis iguales?—¿Les he insultado?—¿Les he hecho mal voluntariamente?—¿He deseado vengarme?—¿He dicho mal de ellos?—¿He hablado en burla de sus faltas, defectos ó ridiculeces?—¿He perjudicado gravemente su reputación?—¿Les he delatado para que los castigasen?—¿He hecho daño á los animales sin necesidad y por cruel complacencia?

VI y IX

¿He aborrecido de todo corazón la impureza y todo lo que ofende el pudor?—¿He resistido pronto y con fuerza á todas las tentaciones?—¿Me he entregado voluntariamente á pensamientos deshonestos?—¿Me he puesto sin prudencia en ocasiones peligrosas?—¿He tenido malas compañías?—¿He hablado y bromeado sobre cosas indecentes?—¿Soy por mi desgracia deshonesto?—¿Cuántas veces he caido gravemente y voluntariamente?—En esto como en todo no hay pecado si no hay voluntad.

¿He mirado ó leido cosas deshonestas?—¿He tenido la desgracia de enseñar la maldad á los demás ó de inducirlos á cometerla?—¿He faltado conmigo mismo al pudor y á la molestia?—Por vergonzoso que sea declarar estas culpas, deben confesarse sin disminuirlas: estas son las que los penitentes tímidos suelen callar con más frecuencia en sus confesiones.

VII y X

¿He tomado cosa que no fuese mía?—¿He hurtado dinero á mis padres ó á otra persona?—¿Qué cantidad?—Hé aquí una clase de pecados, que los muchachos suelen ocultar con refinada malicia.—¿He conservado lo que hurté ó encontré pudiendo restituirlo?—¿He cometido trampas ó estafas en el juego?

VIII

¿Tengo la mala costumbre de mentir?—¿He dicho mentiras por gusto? ¿Para excusarme? ¿Para alabarme? ¿Para excusar á los otros? ¿ó al revés para hacer que se les castigase?

¿He calumniado, es decir, he acusado falsamente á los otros? ¿He calumniado á mis superiores?

Pecados Capitales

¿He deseado por vanidad parecer más bien que los demás?—¿He estado orgulloso de mi traje, de mi figura, de mis actos, en lugar de dar gloria á Dios por todo lo bueno que haya puesto en mí?—¿He sido puntilloso y vano?—¿He hecho caso del respeto humano, ó he dejado de hacer alguna obra buena por miedo á la risa de los demás? O bien al revés, ¿he procurado parecer bueno y piadoso no siéndolo?—¿He despreciado á los que son menos ricos ó menos instruidos que yo?

¿He sido bueno para los pobrecitos?—Cuando he podido darles limosna, ¿se la di de todo corazón? ¿He tenido demasiada afición al dinero?

¿He sido envidioso de mis compañeros, de su traje, de su fortuna ó de sus talentos?—¿He sentido tristeza cuando he oido alabanzas de ellos?

¿Tengo mal génio sin tratar de corregirlo?—¿He sido voluntariamente gruñón y malhumorado?

¿He comido y bebido con exceso?—¿Me he ocupado mucho en tratar de comer y beber?—¿He gastado demasiado dinero en golosinas en vez de guardar algo para los pobres?

¿He quebrantado por gula ó por descuido la abstinencia ó el ayuno en los días que la Iglesia manda?

¿He sido perezoso?—¿He cumplido mal mi obligación por dejadez ó negligencia?—¿He aprendido mal mis lecciones?—¿He dejado de cumplir mi deber por cobardía ó por empacho?

¿He sido egoista, lleno de amor propio y poco condescendiente con mis amigos?

¿Me he abandonado voluntariamente á cualquier vicio por desconfianza y desesperación de no poderme corregir?—La desconfianza y la tristeza son dos grandes peligros para la conciencia.

¿He permanecido mucho tiempo por mi culpa en pecado mortal, exponiéndome neciamente á condenarme en caso de morir en tal estado?

Finalmente, después de mi última Confesión, mi vida ¿ha sido la de un verdadero cristiano, de un hombre de fe que respeta su conciencia y su bautismo?

Entre tanto, querido hijo mío, suplica á Dios te guarde en su santo amor, y que la bienaventurada Virgen María, tu buena y tierna Madre, guié tus pasos por el camino de la salvación, que es al mismo tiempo el camino de la paz y de la felicidad.

LA COMUNIÓN

Jesús en la Eucaristía

Jesucristo es Dios hecho hombre, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo eterno de Dios é Hijo de la Virgen María, presente en medio de los hombres para ser su Dios, su Señor, su Salvador, y dar vida eterna á todos los que creen en Él.

Como el buen Jesús nos ama con amor entrañable, quiso permanecer con nosotros hasta el fin de los siglos; quiere, como buen Padre, morar siempre en medio de los suyos, y como valeroso Capitan combatir siempre á la cabeza de sus soldados. Por el sacramento de la Eucaristía vive así presente acá abajo, en medio de su Iglesia todos los días, hasta la consumación de los siglos.

El sacramento de la Eucaristía es, pues, Jesús, Dios hecho hombre, presente y encubierto bajo apariencias de pan en la Hostia consagrada. Cuando el sacerdote en la Misa ha consagrado el pan y el vino, es decir, cuando los ha convertido en Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, aquella hostia blanca, que aún parece ser pan, no es ya pan aunque

de tal conserve la apariencia; por la omnipotencia de Dios se ha convertido en verdadero cuerpo vivo de Jesucristo; es Jesús, el niño Jesús del pesebre, el pobrecito trabajador de Nazaret, el Jesús del Evangelio, el Jesús de la Pasión, del Calvario y del Sepulcro; es Jesús resucitado glorioso y triunfante en el cielo; en una palabra, es Jesús Dios y hombre, presente en las manos de sus sacerdotes, manifestando á todos lós cristianos el exceso de su amor por el exceso de su humillación y abatimiento.

Si para acercarse á nosotros no hubiese encubierto de este modo la majestad de su gloria, habríamos temblado en su presencia, jamás nos hubiéramos atrevido á arrimarnos á Él; además tampoco hubiéramos podido recibirlo en alimento. Pero bajo esta humilde apariencia, Nuestro Señor, más pequeño aún que en la cueva de Belén, á nadie puede causar espanto; su pequeñez es la grandeza de su amor, es su bondad sin límites, su misericordia, su cariño...... ¡Oh! ¿quién no amará á Jesús en tan profundo misterio de amor?

La ceremonia santa, durante la cual Nuestro Señor se hace presente en la Eucaristía, se llama la Misa. Sólo los sacerdotes pueden celebrar la Misa, pues que ellos solos reciben, por medio del sacramento del Orden, el divino poder de hacer lo que Jesucristo hizo por primera vez en la última Cena, es decir, de consagrar, de convertir el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre preciosísimos del Hijo de

Dios. Los sacerdotes tienen mayor poder que los Angeles. Nada hay sobre la tierra tan grande como el sacerdote, puesto que nada hay tan grande como la Misa y la Eucaristía.

En el momento de la consagración Jesucristo no desciende de un modo visible desde el cielo á la santa Hostia. El santísimo Sacramento es, en efecto, *el misterio de la fe*, la gran verdad que es necesario creer firmemente sin verla y sin comprenderla. Así Jesús, antes de anunciarla á sus Discípulos, pidióles expresamente la fe más completa, la sumisión más absoluta á su divina palabra. *En verdad os digo, el que cree en Mí tiene la vida eterna. Yo soy el Pan de vida, Yo soy el Pan vivo bajado del cielo......el Pan que Yo os daré es mi carne para la vida del mundo.* La Eucaristía es, pues, misterio de fe, misterio impenetrable, y en él es preciso adorar, sin verla y sin comprenderla, la presencia real de Jesucristo Nuestro Señor.

No le vemos allí, pero sabemos que allí está Él. ¿Y cómo lo sabemos? Por habérnoslo dicho Él mismo, el mismo Jesús, que es la misma verdad, y no puede mentir: *Mi Carne es verdadero manjar, y mi Sangre es verdadera bebida. Quien come mi Carne y bebe mi Sangre habita en Mí y Yo en él. El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el día postrero...... Tomad y comed de él todos, porque este es mi Cuerpo. Tomad y bebed todos de él, porque esta es mi Sangre.* Estas son palabras for-

males de Dios. ¡Desventurado el hombre que rehusa creerlas! De antemano está ya juzgado, porque no cree en el Hijo de Dios.

Por lo que á tí toca, niño ó niña, tú no serás incrédulo sino fiel, y cuando entres en la iglesia, cuando asistas á la Misa, recuerda siempre que estás entonces á los piés de Jesús que ha dicho: «Felices los ojos que no vieron y no obstante creyeron.» Como Santo Tomás, adora á tu Señor encubierto á tus ojos bajo el velo del Sacramento, y díle desde el fondo de tu corazón: *¡Señor mio y Dios mio!*

Jesús está, pues, real y verdaderamente presente en la Eucaristía, oculto á nuestros sentidos, bajo las apariencias de la hostia.

La sagrada Comunión

Comulgar es recibir en los labios y en el corazón á Jesús presente en la Eucaristía. La Comunión es el acto más sublime, más perfecto, más santo de que es capaz un hombre en este mundo. Comulgar es recibir en tu cuerpo y en tu alma al Hijo de Dios, Jesucristo, y con Él al Padre y al Espíritu Santo, á toda la Trinidad, al Dios único vivo y eterno; es recibir á Dios, alimentarse de Dios.

Jesús, presente en tu corazón por el Bautismo y por la gracia, es tu vida espiritual y eterna. Por medio de la santa Eucaristía la alimenta, la priva de separarse de Él, la fortifica en la vida de la gracia, la

llena de toda suerte de bendiciones, la consuela en sus penas. Jesús, por la unión de su gracia contigo, es tu vida; por la Comunión es tu pan de vida, como se llama Él mismo en el Evangelio.

Comulgar es alimentar tu alma. De suerte que, así como el cuerpo no puede conservar su vida sino por medio del alimento, así el alma no puede conservar la suya más que por medio de la sagrada Comunión. Así para el alma como para el cuerpo es necesario alimentarse para vivir.

Un niño ó niña que no comiese moriría muy presto, ¿no es verdad? Un niño que no comiese á menudo, sería débil, flaco, pálido, daría lástima mirarlo. Así los que no comulgan caen á menudo en el pecado; sepáranse de Jesucristo, que es la vida de su alma; y los que no lo hacen con frecuencia viven lánguidos en el bien, tibios en la oración, flojos en la piedad.

La Comunión es, pues, el alimento de tu pobrecita alma, su fuerza, su salud, su robustez, su felicidad y su alegría. Si el Bautismo nos da la vida, la Comunión mantiene y fortalece esta vida. Debemos comulgar so pena de muerte espiritual y eterna; debemos comulgar á fin de que habite Jesús en nosotros y nosotros en Jesús.

Empero, no se trata sólo de comulgar, preciso es comulgar bien. Y para eso es necesario prepararse de todo corazón para este acto. Díme, si el Papa nos avisase que quiere visitarnos, ¿no prepararíamos sin tardanza nuestra casa para recibirle? ¡Cómo limpiaríamos y adornaríamos la entrada de la escalera y las estancias! Ahora bien. Mayor que el Papa es Jesucristo de quien aquél es su vicario y servidor. ¡Es Dios que nos anuncia su visita cuando tratas de recibirle en la sagrada Comunión! ¡Con qué diligencia debes, pues, disponerle la habitación de tu alma!

Hay para eso la preparación *remota* y luego la preparación *próxima*.

La preparación remota consiste en purificar y limpiar en lo posible nuestras almas de todo pecado. Los pecados leves no son mejores que los graves; las manchas pequeñas ensucian tu vestido, y son manchas ni más ni menos que las grandes. Necesario es ser del todo limpio y del todo puro. Aborrecer, pues, el pecado, es la primera condición para disponerse á la sagrada Comunión.

Hemos de cuidar en seguida de corregir los defectos, es decir, las malas inclinaciones que nos llevan al pecado; tales son, por ejemplo, la frivolidad, la disipación voluntaria, la pereza, la negligencia, la dejadez, la terquedad, la excesiva delicadeza, el mal

génio, la indocilidad, el egoismo, la vanidad y tantos otros. Nada de eso quiere Nuestro Señor, y por su amor hemos de combatirlo cuanto podamos. Ya sé que ese es trabajo de toda la vida; ya sé que retoña contínuamente el pecado como las malas hierbas; ya sé que nadie puede corregirse perfectamente y absolutamente de todo: pero sé también que con algo de esfuerzo y atención mucho puede uno conseguir sobre sí mismo, y arrancar esta mala hierba á medida que va creciendo; y que aunque no podamos ser del todo perfectos, hemos de amar la perfección, dirigir nos á ella y ser de este modo lo menos imperfectos que podamos. ¡Oh! ¡cuánto no haríamos si quisiésemos!

Después es necesario también adornar, hermosear el corazón, orando sobre todo, y sobre todo orando mejor, pensar más á menudo y con mayor afecto en Jesús; practicar con más atención todos nuestros deberes; ser más fiel en todas las ocasiones de nuestra vida. ¡Oh! ¡con qué complacencia entra Jesús en un alma que observa así preparada!

De la preparación próxima

¡Hijo mío! ¡Hija mía! La preparación próxima para la sagrada Comunión es principalmente una buena confesión, pero digo *buena*, ¿entiendes? buena y muy buena, leal, sincera, hecha de todo corazón y no como sucede frecuentemente, de corrida, sin prepa

ración, sin verdadero dolor, sin firme propósito. Si no tienes pecado alguno en la conciencia, puedes en rigor comulgar sin antes confesarte, pues lo que está limpio no necesita ciertamente ser lavado. No obstante, si puedes, mejor te será de todos modos presentarte á tu buen confesor, pedir sus buenos consejos y recibir su bendición.

La noche del día ántes de tu Comunión procurarás dormirte con piadosos pensamientos, rogando á la Virgen María te bendiga y te disponga ella misma para la Comunión del día siguiente. Al despertarte piensa al momento en Jesucristo que te aguarda y llama desde el fondo del sagrario. «¡Hé aquí á Jesús que se acerca! Apresurémonos y vayamos á la presencia de Jesucristo,» nos dice la Iglesia nuestra Madre.

Al vestirte y en los momentos que preceden á la santa Misa debes procurar en cuanto puedas guardar silencio, ó al menos algún recogimiento; orando á Jesús desde el fondo de tu corazón; pero todo esto con suavidad, con sencillez, sin romperte la cabeza en buscar exquisitos pensamientos en los cuales poca parte tiene el pensamiento de Dios. En ello como en todo las mejores oraciones son las más sencillas. «¡Jesús, mío, habed piedad de mí! ¡Jesús, mi Dios, os amo de todo mi corazón! ¡Señor, Vos me amáis, y yo os amo también! ¡Jesús, amor mío!» Y otras semejantes aspiraciones. Estas son las verdaderas oraciones, no sólo para los niños y niñas, sino aún para

los mayores. Dios quiere principalmente sencillez, amor y confianza.

Viene luego la santa Misa. Debes oirla con atención, bien sea rezando las hermosas preces que en ella el Espíritu Santo ha dictado á la Iglesia, y que se remontan al tiempo de los Apóstoles, bien sea leyendo y meditando algunos pasajes del libro tercero y cuarto de la *Imitación*, ó rezando algunas decenas del santo Rosario, ofreciéndolas por diferentes intenciones; por ejemplo, la primera decena para adorar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento; la segunda, para alcanzar de María un verdadero arrepentimiento de tus pecados y una conciencia pura; la tercera, para pedir al Salvador, siempre por la intercesión de su Madre, la gracia de comulgar santamente, y así por otras parecidas intenciones.

También se pueden rezar ó meditar las breves oraciones que se ponen en los libros para antes de la Comunión. Hé aquí algunas de estas oraciones cortas y sencillas, que podrás repetir más con el corazón que con la boca.

Adoración

¡Oh Jesucristo, Salvador mío, presente y oculto en la sagrada Hostia! ¡Vos sois mi Dios, el solo y verdadero Dios, á quien adoran los Ángeles y á quien adoro yo con ellos!

¡Vos sois el que sostiene con su poder la tierra

que me sostiene y el cielo que me alumbra! ¡Vos sois quien me da y me conserva la vida! ¡Vos sois el dueño único y soberano á quien toda criatura sirve y reverencia!...... ¡Vos sois el á quien poseeré y veré cara á cara por toda la eternidad!

¡Os adoro, pues, y me humillo hasta la nada en vuestra santa y adorable presencia, indigno como soy de levantar mis ojos hasta Vos!

¡Y no obstante me acerco á recibiros! ¡Jesús mio, mi Señor y mi Dios! ¡no soy digno de que Vos entréis en mi alma; decid solamente una palabra, y podrá recibiros dignamente mi corazón!

Arrepentimiento

¡Dulce y misericordioso Jesús! habed compasión de mí, pobrecillo pecador ó pecadora, que me arrojo humillado á vuestros piés. Apenas soy nada, y soy ya un gran pecador. Héme aquí delante de Vos como estuvieron un dia Zaqueo y la Magdalena. Vos me habéis dicho como á ellos: «Perdonados están tus pecados; véte en paz y no peques más.»

¡Cuán bueno sois, Dios mio! ¡Cuán malvado soy yo! ¡Vos me lo perdonáis todo y siempre!...... Detesto, pues, ahora más que nunca mis pecados, sean cuales fuesen; todos los que he cometido desde que existo; y con vuestro auxilio, con la fortaleza que me comunicaréis por medio de esta Comunión, quiero permaneceros en adelante siempre fiel, corregir mis

malas inclinaciones y evitar todas las ocasiones de pecado. No quiero contristar más vuestro amoroso corazón.

Amor

¡Señor mío Jesucristo! ¡Redentor del mundo! ¡Vida de mi alma! Me llamáis á la sagrada Comunión, y me decís con sin igual ternura: «Ten confianza, hijo mío; héme aquí, no temas.»

Vengo, pues, y olvidando la majestad de vuestra grandeza, no miro más que la dulzura de vuestro amor. Vengo á Vos porque me amáis. Os abro mi corazón porque Vos queréis habitar en él y reinar en él plenamente, y llenarlo de vuestro gozo, de vuestra pureza, de vuestra paz y del suavísimo perfume de todas vuestras virtudes. Vengo á Vos porque os amo y quiero amaros siempre con toda mi alma.

La Santísima Virgen, Madre vuestra y Madre mía, es quien me ha conducido en este instante á vuestra sagrada Mesa. Dignaos por ella, Salvador mío, bendecir esta mi Comunión: dignaos aumentar en mí vuestro amor, y darme vivos deseos de este gran Sacramento.

¡El Cuerpo sacrosanto de mi Salvador Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna!

Estos *actos* expresan los sentimientos que una alma piadosa debe tener en su corazón al prepararse para recibir en él á su buen Dios.

Comunión y acción de gracias

¡Cuán grande y sublime es el momento de la sagrada Comunión! Sólo hay uno de más solemne en toda la vida; es el momento de la muerte, cuando entrarás para siempre, por toda la eternidad, en posesión de Dios. Y esto será también en cierto sentido una comunión, la comunión eterna, la comunión del paraíso, de la cual la de la tierra no es más que prenda, anticipación y figura.

Cuando llegue, pues, este momento divino de la sagrada Comunión, deja allí tu libro, levántate, dirígete al altar, recogido, modesto, humilde, bajós los ojos y ocupado únicamente en el pensamiento de Dios. Vas á tenerlo en tu corazón, y es Él mismo quien te prepara y te conduce. Mírale delante de tí, cómo desciende del altar en manos de su sacerdote, como un día en manos de la Virgen. «¡Jesús mío! venid, ¡soy todo para Vos! Os amo de todo mi corazón. No soy digno de recibiros: Vos, empero, me amáis y no miráis mi miseria. ¡Virgen María, bendecidme!»

Con estos sentimientos arrodíllate, toma la blanca toalla, ponla sobre tus manos extendidas bajo tu rostro, de modo que si algo de la sagrada Hostia fuese á caer por casualidad, esta blanca toalla lo pudiese recoger. Firme é inmóvil, bajos los ojos, ó clavados en tu Dios, y cuando el sacerdote esté delante de tí, levanta la cabeza, abre un poco la boca, ni poco ni

mucho, saca algo la lengua, y no la retires hasta que el sacerdote haya depositado en ella la sagrada Hostia. Todo esto con sociego y calma, como si estuvieses dulcemente echado en brazos de tu Salvador. Ahora más que nunca es preciso arrojar lejos, muy lejos, todo escrúpulo é inquietud que pueda perturbarte.

Después de haber comulgado, deja humedecer suavemente la sagrada Forma en la lengua para sumirla. No te alborotes ni apresures, vuelve á tu asiento con las manos juntas y los ojos sumisos. Si el sacerdote te hubiese dado dos Hostias, ó si algo de ella se te hubiese pegado al paladar ó entre los dientes, no te perturbes, como sucede á tantos. Ni esto es pecado, ni siquiera una desgracia: ten un poco de paciencia, á los pocos minutos aquella pequeña partícula se despegará por sí misma, y nada tendrás ya que temer. Nunca la toques con los dedos, esto sí que te está prohibido.

Vuelto á tu sitio, quédate de rodillas un rato pensando en tu Salvador. ¡Oh hijo mío! ¡oh hija mía! ¡Cuán grande es este momento! Llevas en tu cuerpo y en tu alma al Señor de los Ángeles y de los Arcángeles; tu carne es la custodia de Jesucristo, que en ella deposita el gérmen de tu futura y gloriosa resurrección! Primero por el Bautismo, luego por la Eucaristía, te has convertido en otro Jesús, en otro Cristo de Dios, Hijo de Dios, tabernáculo del Padre celestial, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Oh! ¡cuánto

te ama entonces la Virgen Santísima! Eres verdaderamente hijo suyo; su menor Jesús.

Después de la sagrada Comunión, permanece de rodillas algún tiempo, sin menearte, fijos los ojos, inmóvil en Dios, adorándole en silencio. Este recogimiento es indispensable. Cuanto más se prolonga, mejor se le encuentra; es la verdadera oración, la verdadera acción de gracias, preferible á todas las lecturas y á todos los rezos. Si puedes, haz tu acción de gracias siempre de rodillas y sin moverte; se ruega mejor de este modo, y además es preciso acostumbrarse á no ser regalón tratándose de Dios. Debemos procurar sean católicas nuestras rodillas como lo es nuestro corazón. En los países de fe todo el mundo permanece de rodillas durante la Misa entera, y nadie se muere por eso.

No obstante, si te encuentras muy fatigado, puedes sentarte y continuar así tu acción de gracias. Si adviertes que te distraes, puedes entonces servirte, para fijar tu espíritu, de libros y oraciones.

Quedan todavía otros modos de orar, todos muy ventajosos en cuanto ayudan al alma á permanecer unida á su Dueño y Dios, que se digna bajar hasta su pobre criatura. Puédense leer y meditar, como he dicho al tratar de la preparación, algunos versículos del libro IV de la *Imitación*, tomándolos al azar, ó bien rezar el *Magnificat*, el *Te Deum*, ó algún otro de los hermosísimos himnos de la Iglesia. Si se conoce el latín, es mejor rezarlos en esta lengua profunda

y religiosa, que es la de la Iglesia. Es muy recomendable saber de memoria estas preces para servirse de ellas ante Dios en estas ocasiones. Hay también algunos Salmos á propósito, en particular el *Miserere*, *De profundis*, *Laudate pueri*, *Quam dilecta*. Los Salmos son por excelencia la oración cristiana. Pero es preciso rezarlos piadosamente, despacio y saboreando todas las palabras.

También puede servir para la acción de gracias el Rosario, excitándose por medio de él á los cuatro grandes sentimientos de piedad cristiana que corresponden á los cuatro fines del sacrificio de la Misa: la *adoración*, la *acción de gracias*, la *súplica* y el *perdón*. Teniendo en nosotros á Jesús, formamos con Él una sola cosa: unámonos también con el amor á la Santísima Virgen, y adorémos con Ella á Dios que habita en nuestro seno; démosle gracias con Ella y por Ella; pidamos á Jesús, y siempre por medio de Ella, lo que para nosotros y para los demás necesitamos, y que alcancemos por su dulce intercesión el perdón completo de nuestras faltas pasadas y resolución firme de no cometerlas en lo venidero.

Es mejor rezar el Rosario en latin; este consejo es de san Francisco de Sales, y así lo practican los fieles de Roma, aun los muchachos.

La acción de gracias debe durar á lo menos un cuarto de hora, y debe acabar con resoluciones sólidas, muy concretas y muy prácticas. Las oraciones

que siguen pueden muy bien servir para después de la sagrada Comunión.

Adoración

Os adoro presente en mi alma y en mi cuerpo. ¡Oh Dios mío! Miradme aquí convertido todo en sustancia vuestra, incorporado con Vos, hecho custodia viva de Vos.

Me uno á mi santo Ángel de la guarda para adoraros y reverenciaros como debo.

¡Jesús mío! Aumentad mi fe, hacedme conocer más y más que Vos lo sois todo y que yo soy nada. No era digno yo de recibiros, y no obstante os he recibido; no soy digno de reteneros, y no obstante os retendré siempre y os permaneceré fiel; os guardaré, Rey mío y Vida mía, si no en mi cuerpo, en mi alma, pues Vos habéis dicho: *El que come mi Carne y bebe mi Sangre habita en Mí y Yo en él.*

Agradecimiento

¡Señor mío dulcísimo! Os doy gracias de todo corazón por haberos dignado bajar á mí. ¿Cómo podré yo, pobre criatura, pagárosla dignamente? Unicamente en el cielo serán perfectas mis acciones de gracias. ¡Cuán bueno será estar en el cielo siempre y con Vos!

Entre tanto, nada hallo más propio que el silencio

para expresar el agradecimiento de mi pobre corazón. Descansando en vuestra humanidad santísima, como Juan en el Cenáculo, os bendigo y me callo en vuestra presencia.

Amor

¡Sagrado Corazón de Jesús, que habitáis en mi corazón! Vos habéis venido á infundirme vuestros divinos ardores. Sois la fuente y el horno del verdadero amor; quiero beber en esta fuente, quiero abrasarme en el incendio de este amor.

Jesús mío, presente y vivo en mí; Jesús, mi dulce amor; Jesús, lleno de ternura, os amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas; os amo sobre todas las cosas. Por nada ni por nadie de este mundo ofenderé más á vuestra bondad; seré en adelante dulce, humilde, puro, piadoso, á fin de que podáis descansar en mi pobre corazón, y allí consolaros un poco de la ingratitud de tantos millones de pecadores.

Súplicas y resoluciones

Llenadme de vuestro Espíritu Santo, ¡oh buen Jesús, dulce Salvador mío!

Llenad de vuestra luz mi inteligencia, y dadme fe viva y profunda.

Derramad en mi corazón vuestro espíritu de caridad, para que ame con Vos y como Vos todo lo que Vos amáis; es decir, todo lo que es bueno, todo lo que es puro, todo lo que es digno de ser amado, y para que aborrezca con Vos y como Vos todo lo malo, todo lo que os desagrada.

Llenad mi voluntad de vuestro espíritu de fuerza y todas mis facultades de vuestro espíritu de santidad; mi carne y mis sentidos de vuestra pureza sin mancha y de vuestra divina inocencia. ¡Salvador mío! Que poco á poco vaya yo transformándome en Vos mismo; que no sea yo quien viva, sino Vos en mí!

Como conclusión de mi acción de gracias, renuevo en vuestra sagrada presencia todas las resoluciones que deben hacerme perseverar en vuestra gracia y en vuestro amor. Desde hoy en adelante rezaré con más atención, y con mayor piedad y recogimiento, mis oraciones. Durante el día recordaré á menudo que estáis presente en mi corazón. Desde hoy en adelante vigilaré sobre mis defectos, principalmente sobre tal ó cual, á fin de mejor reprimirlo; me apartaré de malas compañías, seré muy puro, dócil, obediente, sobre todo en tal y tal ocasión, cumpliré cuidadosamente todos mis deberes, etc.

¡Virgen inmaculada! Os ofrezco mi Comunión y mis resoluciones, mi cuerpo y mi alma.—

Después de la acción de gracias no te olvides nunca de rogar por el Papa y por los obispos; por los sacerdotes y por todas las necesidades de la Igle-

sia; por los misioneros; por los cristianos perseguidos; por la conversión de los pecadores, de los impios, de los pobres protestantes; por la prosperidad y salud de tus padres, bienhechóres, amos, amigos; por las personas que te lo han encargado en particular; por los fieles difuntos, para cuyo descanso podrás aplicar de vez en cuando la indulgencia plenaria concedida por el Papa Pio VII á la siguiente oración:

«¡Oh buen Jesús! Me postro de rodillas en vuestra presencia, y os ruego y os suplico con todo el fervor de mi alma os dignéis grabar en mi corazón vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero arrepentimiento de mis culpas y voluntad firmísima de corregirlas, en tanto que recogido en mí mismo contemplo en espíritu vuestras cinco llagas con grande aflicción y dolor, considerando las palabras proféticas que el santo Rey David dijo, Jesús mío, de Vos: *Han traspasado mis piés y manos; han contado todos mis huesos.* Asi sea.»

Esta oración debe rezarse de rodillas delante un Crucifijo, y para ganar la indulgencia debe rogarse antes por el Papa y sus intenciones, rezando por ejemplo, una decena del Rosario, ó bien cinco *Padre nuestros y Ave Marías.* Cuantas veces se recibe la sagrada Comunión puede ganarse esta indulgencia para sí mismo ó para una alma del purgatorio.

Efectos de la sagrada Comunión

El efecto principal y general de la sagrada Comunión es unirnos íntimamente con Jesucristo, llenarnos de Jesucristo, transformarnos en Jesucristo. Cuanto más se obtiene este resultado, más provechosa es la sagrada Comunión.

Una buena Comunión no nos vuelve impecables, es cierto, porque nada es perfecto sobre la tierra, pero nos hace amar la perfección, aumenta en nuestro corazón el amor del bien y el aborrecimiento del mal. Acrecienta y aviva la fe, y ésta es su efecto más importante. Nos lleva con más facilidad á pensamientos del cielo, y nos desliga de los de la tierra. Nos comunica el sentimiento del amor de Dios y de la piedad; nos hace comprender prácticamente lo que es amar á Jesús y ser amado por Jesús. Nos hace fácil la oración, que no es otra cosa que la unión de nuestro corazón con Dios, y como una prolongación de la misma sagrada Comunión.

Fomenta en nosotros la gracia santificante, el espíritu cristiano y la práctica de las virtudes. Nos ayuda á emprender con valor y alegría la penitencia, á hacernos mansos y humildes de corazón, caritativos con el prójimo, condescendientes, benévolos, generosos con los pobres, obedientes y respetuosos con nuestros padres y superiores, pacientes en la tribu-

lación, en la enfermedad, en las contradicciones, en las injusticias.

Nos fortifica en las tentaciones, sobre todo en las tentaciones de la carne, y nos infunde cierto horror hacia todo lo que es impuro y deshonesto. La castidad es fruto especial de la sagrada Comunión; la inocencia no tiene otro refugio ni preservativo.

Medita bien todo esto, querido hijo mío, y aprende á ser cristiano en la escuela misma de tu buen Maestro y Salvador. Llénate de Jesús, aliméntate de Jesús, á fin de llegar á ser como otro Jesús, otro Hijo de Dios y de la Virgen María.

Esta imitación de Jesús vendrá á ser tu mejor acción de gracias: del mismo modo que la mejor preparación para la Comunión es la conducta buena y piadosa con que uno procura acercarse á ella, así la conducta buena y santa que después de ella te propones observar, es la acción de gracias más agradable al Corazón del mismo Señor. Podríase llamar esta la buena digestión espiritual del Pan de vida, de Jesús sacramentado.

La Comunión fervorosa

No es fervorosa una Comunión únicamente cuando se derraman en ella lágrimas de ternura. Estas lágrimas, estos sentimientos de devoción y de enternecimiento no concedidos á todo el mundo, no dependen de la voluntad; son excelentes, sin duda, pre-

ciosas, útiles, muy consoladoras; pero al fin no son ellas las que constituyen el fervor. El fervor está principalmente en la voluntad; por esto depende de nosotros.

Estos desahogos y consolaciones espirituales son como el azúcar ó golosina que las madres ponen sobre el pan á sus hijos para hacérselo comer con más apetito. Tú gustas del dulce, ¿no es verdad? Y aunque sin él tal vez no comerías el pan, no obstante, no es él sino el pan quien alimenta tu estómago. Los dulces no son sino un medio para que comas el pan que es quien te ha de alimentar y fortalecer. Así sucede con las lágrimas y enternecimientos en la oración y en la Comunión; son golosinas espirituales, dulzuras por medio de las cuales Dios nos atrae á su servicio y hace fácil á nuestra debilidad el ejercicio de las austeridades de la piedad cristiana.

Si en tus Comuniones te envía Nuestro Señor estas dulzuras, deber tuyo es agradecerlas, alegrarte con ellas y aprovecharlas. No vayas á creer, empero, que eres ya un santo; al revés, mírate entonces como un pobre pequeñuelo que no tiene aún fuerza ni juicio para aprovecharse del pan sólo. Así, si Dios te trata como crecido, y te niega extraordinarios afectos de devoción, queda por esto tranquilo; di al buen Jesús que tu eres todo para Él, así como Él es todo para tí: que no tienes necesidad de otra cosa que de Él; harto descontentadizo es aquel á quien Dios no basta.

Y además ¿acaso merecemos nosotros estos consuelos y favores especiales de Jesús? ¿No ponemos obstáculo á ellos primeramente con nuestra disipación habitual, con nuestras faltas de cada día, con mil y mil negligencias en la oración y en la práctica de la piedad? Cuando un niño es goloso, perezoso, indócil, ¿merecerá que le premie su madre con dulces y confituras? ¿No debe tenerse por harto dichoso en que pueda comer pan seco?

El verdadero fervor, lo repito, está en la voluntad. Serán buenas y fervorosas tus Comuniones cuando te prepares á ellas con viva fe y profunda atención; cuando practiques todo lo que dependa de tí para recogerte y orar bien, antes, al tiempo y después de la Comunión; cuando salgas de la sagrada Mesa con una resolución séria de vivir como verdadero cristiano, de cumplir exactamente todos tus deberes por amor de Dios, de vigilar tu carácter y tus defectos, de ser, en una palabra, siempre fiel á tu buen Señor. Si después de esto te envía Dios sus consuelos, tanto mejor para tí; si no te los envía, sepas pasarte sin ellos. En la sagrada Comunión vas á buscar, no los consuelos de Dios, sino el Dios de los consuelos.

Nunca olvides esta consoladora verdad. Serás fervoroso siempre que quieras; de consiguiente, pende de tí el que sean fervorosas tus Comuniones.

La Comunión tibia

La tibieza es el descuido en la piedad, es la negligencia en el servicio de Dios. Se es tibio cuando se reza sin cuidado, cuando se va á la confesión como por broma, cuando se recibe la Comunión sin prepararse ni tomarse la pena de recogerse un poco. Del mismo modo que el agua tibia provoca á vómito, así la tibieza disgusta á Cristo y hace que nosotros nos disgustemos de Él.

Proviene ordinariamente la tibieza de falta de espíritu de fe, de la costumbre de pecar venialmente, y del amor excesivo á la comodidad y á los placeres. Puede provenir también de acercarse con poca frecuencia á los santos Sacramentos.

Con esto puedes comprender si tus Comuniones son tibias algunas veces: ¿cómo te preparaste á ellas? ¿Las has hecho tal vez con flojedad, sin tomarte por ellas pena alguna? Después, ¿las has olvidado cuanto antes, como si la visita de tu Dios debiese ser para ti una cosa sin consecuencias?

No quiero preguntarte que fruto has sacado, porque muy á menudo no echamos de ver el buen efecto de nuestras Comuniones; así como á veces tampoco conocemos el buen efecto de nuestras comidas materiales. Y no obstante, estas comidas sostienen nuestras fuerzas, conservan nuestra vida, hácennos crecer y fortalecernos, mas todo esto insensiblemente, sin

que de ello nos apercibamos; así sucede ordinariamente con nuestras oraciones y Comuniones. Sin ellas caeríamos muy fácilmente en el pecado mortal, perderíamos la vida de la gracia y el espíritu cristiano; nosotros, empero, no sentimos tal vez esta influencia saludable; creemos á menudo, sin razón, que nuestras Comuniones son inútiles y tibias, cuando no son sino imperfectas.

No confundas jamás una Comunión imperfecta con una Comunión tibia. Nada hay perfecto acá abajo, y las Comuniones menos que lo demás. ¿Dirémos por esto que sean tibias? Nada menos que eso. Buenas son y muy útiles como vayan acompañadas por nuestra parte de nuestra sincera voluntad para con Dios: y son mejores y menos imperfectas á proporción que ésta nuestra voluntad es más firme, más vigorosa y más eficaz.

Peligrosa es la Comunión tibia y negligente, empero más peligroso es todavía permanecer alejado mucho tiempo de la sagrada Comunión. El miedo de comulgar con tibieza hace que algunas personas se aparten de la sagrada Mesa: la experiencia enseña que esta es trampa muy común del demonio, que quiere á toda costa tenernos muy lejos del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y de su adorable Sacramento. Evita cuanto puedas la tibieza, pero recuerda que sólo el frecuente contacto con Cristo puede hacer que tu tibieza se convierta en calor, co-

mo únicamente el contacto del fuego es quien puede calentar el agua. Cuanto más te alejes de Cristo más tibia estará tu alma, más fría y más indiferente.

La mala Comunión

¡Guárdete Dios de ella toda tú vida, hijo ó hija de mi corazón! La Comunión sacrílega es uno de los más horrendos crímenes de que puede hacerse culpable un cristiano. Judas fué el primer sacrílego, y de este desventurado dijo el Hijo de Dios: «¡Mejor le fuera no haber nacido!»

Es mala y sacrílega la Comunión cuando uno se acerca *á sabiendas* á la sagrada Mesa en estado de pecado mortal. Nunca, hablando con propiedad, será sacrílega una Comunión si uno no conoce perfectamente su mal estado. Cuando no se está en pecado mortal, la Comunión será más ó menos tibia, más ó menos imperfecta, pero no mala, ni menos sacrílega. Llámase ordinariamente sacrilegio la profanación de una cosa sagrada, y como entre todas la más sagrada es el Cuerpo adorable de Nuestro Señor Jesucristo, la profanación de la Eucaristía con la Comunión indigna es el peor de los sacrilegios.

Es un gran crimen, sin duda, vivir alejado de Jesucristo y de los Sacramentos; pero este crimen es mucho menor que el de la Comunión sacrílega, que hace traición á Jesús, y le insulta y le ultraja directamente.

El medio de evitar el sacrilegio es muy sencillo. Declara siempre en la confesión todos tus pecados, sin malicia, sin orgullo; procura arrepentirte sinceramente, y de esta suerte nunca temas la Comunión sacrílega. Si traes un escrúpulo ó una duda cualquiera en tu conciencia, díselo á tu Padre espiritual, sin aumentarlo ni disminuirlo, y una vez hecho esto, deja de inquietarte, desprecia las triquiñuelas del demonio, que desea perturbar tu corazón, y dirigiéndote con amor y confianza á tu Salvador Jesús escondido en el santo Sacramento, conténtate con saber que te ama y que le amas verdaderamente. Los pobrecillos escrupulosos imaginan que están haciendo siempre Comuniones sacrílegas, como aquellos niños miedosos que ven en todas partes lobos y fantasmas.

Sería también sacrílega la Comunión si te acercases á ella no estando en ayunas, porque está severamente prohibido por la Iglesia. No debes hacer caso de una ó dos gotas de agua que se te entren por descuido en la boca al lavarte la cara. Conozco á un pobre niño que habiéndose lavado los dientes antes de comulgar, empezó á temer no se le hubiese quedado algo en la boca, hasta el punto que un día me dijo habia estado escupiendo por espacio de hora y media. No seas tan delicado como este niño. Puedes lavarte sin temor antes de comulgar. Hacerlo es todavía una muestra de respeto al santísimo Sacramento.

Vive de modo que nunca caigas en el abismo del

sacrilegio. Si por tu desdicha cayeses en él, sepas, no obstante, que el arrepentimiento es más poderoso que el sacrilegio. Una buena confesión humilde, cordial y dolorosa puede repararlo todo en un instante.

La Comunión frecuente

Acércate lo más á menudo que puedas al buen Jesús, y no olvides que en la frecuente Comunión aprenderás á ser y permanecer verdadero cristiano.

La piedad está fundada en la fe; ¿quieres adquirir y conservar una fe viva, sólida, práctica? Comulga con frecuencia y con fervor. Jesús es el autor y el conservador de nuestra fe, y sólo Él comunica del cielo á las almas que se le unen fielmente el don divino de la fe. Sin la frecuente Comunión, la fe disminuye poco á poco, y se torna tan lánguida y débil que parece muerta en el fondo de nuestras almas.

¿Quieres conservar tu inocencia? Pobre hijo mío ó hija mía, si la perdiste, ¿quieres recobrarla y permanecer puro en lo porvenir? La santa Comunión es la guarda más poderosa de la castidad y de la pureza. Nuestro Señor, llegándose á juntar su carne purísima con tu carne manchada por el pecado, apagará la borrasca de tus nacientes pasiones, te dará una fuerza sobrehumana para rechazar las tentaciones de Satanás, y su dulce amor, que purifica los corazones,

te comunicará horror al vicio y deseos de castidad. He pasado mi vida dirigiendo y confesando muchachos y doncellas: creeme, sin la Comunión frecuente y arreglada es imposible á la mayor parte de ellos conservarse puros mucho tiempo; mas con esta santa práctica se hace el mal tan fácil de evitar; que los mismos combates son menos frecuentes y menos recios. ¡Gran Dios! Si las madres que velan con tanto esmero por las costumbres de sus hijos é hijas conociesen como nosotros los confesores lo que pasa en el fondo de las conciencias! ¡Cuán á menudo los conducirían á recibir los santos Sacramentos! ¡Ay! Bajo pretexto de querer que eviten ciertas pequeñas faltas al recibirlos, les privan muchas veces del único auxilio que pondría en seguro su inocencia. Aquí como en otros casos sucede que *lo mejor* es el peor enemigo de *lo bueno. Dios no espera de un niño ó niña más que lo que un niño ó niña pueda dar de sí.* Esta observación es fundamental.

¿Qieres orar como es debido? ¿Quieres aprender esta gran ciencia de la oración, que es más que toda la verdadera ciencia de la salvación? ¿Quieres amar de corazón á Dios? ¿Quieres hacerte digno de tu Bautismo y conservar en tí la vida de Jesucristo, que es la vida eterna? En menos palabras, ¿quieres santificar y salvar insensiblemente tu alma? Comulga á menudo, comulga á menudo y en días arreglados y acompañados. Todo está aquí. Porque la sagrada Comunión es Jesucristo.

Jesucristo es la misma fuente de la vida cristiana, de la gracia, de la piedad, de la santidad, de la oración, del recogimiento del desprecio de sí mismo, de la penitencia, de la humildad y de la mansedumbre. Es la fuente divina de la pureza sin tacha, de la caridad fraterna, de la paciencia, de la obediencia, de la fe viva, del amor de Dios, del amor de María, del amor de la Iglesia; más breve, de todo lo que es bueno, grande, bello y verdadero. Todo esto es Jesucristo. Todo esto es la Eucaristía. Quien se separa de la Eucaristía se separa por lo mismo de Jesucristo, fuente de vida. El amor práctico del Santísimo Sacramento del altar no es más que la práctica del amor de Dios.

Como no sea la Comunión sacrílega, nada hay más fatal para un cristiano que la nigligencia en recibir la sagrada Comunión. Entre cien niños y niñas que pierden la gracia de Dios, entre cien jóvenes que sucumben en el torrente de vicios del mundo, hay noventa y nueve que muy fácilmente se salvarían si tuviesen valor para acercarse con frecueneia y regularidad á la sagrada Comunión.

Junto á propósito estas dos palabras con frecuencia y con regularidad, porque la una sería nada sin la otra. Comulga con frecuencia, sí; pero con regularidad. Comulga con regularidad, esto es, cada tantos ó cuantos dias fijos, sí; pero con frecuencia, con mucha frecuencia. La regularidad es lo que produce los buenos hábitos; sin ella no se adquieren éstos, no

llega á formarse carácter, ni se fortalece y afirma en el bien la conciencia.

¡Hijo mío ó hija mía! por el amor de Dios y de tu alma, no des oidos á quienes pretendan apartarte de la frecuente Comunión. Con buenas intenciones tal vez trabajan contra Jesús, contra tí, y en favor del diablo. No saben el mal que hacen estos falsos amigos, y sobre todo el bien que impiden. Enseñan lo contrario de lo que enseñaron siempre los Santos, y de lo que enseña y desea la Iglesia.

Si puedes, comulga todos los domingos y días festivos. Te recomiendo esta práctica si estás resuelto á vivir verdaderamente como cristiano, á evitar de todo corazón el pecado y á cumplir del modo mejor los deberes de tu edad y de tu estado.

Si no puedes comulgar cada semana, procura comulgar á lo menos cada quince días; es una excelente práctica que acostumbro encargar á los que no pueden consagrar más que algún rato á encomendarse á Dios, y en los cuales la instrucción religiosa está poco desarrollada.

Pero á lo menos comulga cada mes. La Comunión mensual como la practicamos en nuestras escuelas de perseverancia y en nuestras casas de educación, es lo menos que puede hacer un cristiano que tiene algún deseo de servir á Dios. En esto como en todo sigue exactamente el consejo de tu confesor, y te aseguro que se tendrá por muy dichoso en permitirte con mayor frecuencia la sagrada Comunión.

En cuanto á la Comunión más frecuente, esto es, á la de dos ó tres veces cada semana, es una práctica muy saludable, pero que exige una fidelidad mayor en corresponder á las gracias de Dios. Así, pues, como los muchachos y muchachas son de ordinario atolondrados, raras veces pueden aprovecharse de este permiso. No obstante, algunos he conocido en los colegios que sacan grande utilidad de esta frecuencia.

Te lo repito y no me cansaré de repetirlo. No le tengas miedo á Jesucristo. No digas: Soy demasiado niño. Poco importa aquí la edad; lo que debe mirarse son las disposiciones. Un niño ó niña de once ó doce años que ama de veras á Dios puede comulgar á menudo como cualquiera otra persona mayor; un muchacho bueno, piadoso, puede comulgar con mayor frecuencia que un hombre de menos disposiciones. Las almas no tienen edad, y á ellas baja Jesucristo y en ellas hace su habitación.

Lo mismo dirémos en cuanto á la frecuencia. Por lo que toca á lo sagrada Comunión, no te fijes en el tiempo, fíjate sólo en tus disposiciones. Cuando se comulga *bien*, nunca es demasiada la frecuencia; cuando se comulga *mal*, siempre es demasiado frecuente, aunque no sea más que una vez al año ó una vez á la vida. No te acostumbres, pues, á regular tus Comuniones por el tiempo ó por la edad; fácilmente andarías equivocado: regúlalas, sí, por tus aumentos en la obediencia, en la piedad para con Dios, en la bue-

na voluntad en servirle, por las necesidades particulares de tu alma, y en particular por el atractivo que sientas hacia la sagrada Eucaristía. Hé aquí la verdadera, la sola verdadera regla de la Comunión para todos los cristianos chicos y grandes. Y no soy yo quien lo digo; son los Soberanos Pontífices.

Por fin, no eres tú quien debe juzgar de estas disposiciones, ni es tu padre, ni tu madre; tu confesor, tu padre espiritual, el que conoce el fondo de tu conciencia, es quien tiene derecho de dirigirte en todo lo tocante á los Sacramentos, y en particular al de la santa Eucaristía. Manifiéstale cristianas disposiciones, y se tendrá por muy dichoso en permitirte comulgues muy á menudo. ¡Felices los que se encuentran en estado de hacerlo frecuentemente!

Nuestro Señor parece encargarse por sí mismo de la educación de estas tiernas almas. Él las va tornando poco á poco á su imagen y semejanza, sobre todo cuando le ofrecen las primicias de su vida. Fórmalas en la piedad, en la oración, en la vida cristiana; les comunica gusto por las cosas divinas, y con su intimidad y trato se consuela de la frialdad é indeferencia de otras almas.

Cuanto más se acerca uno á Dios con fidelidad y pureza de conciencia, tanto más se reciben gracias para evitar el pecado, vivir santamente y merecer firmeza y estabilidad. Hé aquí por qué es tan útil comulgar muy á menudo, desde la primera edad. Esto abliga á ser muy bueno, es verdad; pero ¿acaso esta obliga-

ción no es cosa muy provechosa? Míralo bien: casi siempre es la tristeza ó flojedad la que impide acercarse con frecuencia á la sagrada Mesa. Cuando uno no quiere tomarse la pena de vigilarse, de rezar con atención, de prepararse bien; cuando uno no quiere ser generoso con Dios, se condena á sí mismo á vegetar en la indiferencia y se entrega sin defensa á las emboscadas de Satanás.

Observo cada día niños y niñas de toda edad y condición, que gracias á la Comunión frecuente viven con una pureza verdaderamente admirable, y pasan años enteros sin cometer falta grave. Si caen alguna vez por fragilida ó por descuido, levántanse al punto, y el pecado no llega á echar raíces en su corazón. Haz como ellos, y pide á menudo á tu director espiritual permiso para acercarte lo más que puedas á Aquél que ha dicho en su Evangelio: « Dejad venir á Mí los pequeñuelos. »

La perseverancia después de la primera Comunión

Con gran cuidado se preparan por lo común los niños y niñas para la primera Comunión: con justo motivo, porque una primera Comunión bien hecha es la mejor garantía de salvación y de gracia para toda la vida. Hay muchos, empero, que creen que después de la primera Comunión está ya todo concluido. Es precisamente lo contrario. Entonces es cuando to-

do debe comenzar. Entonces es cuando comienza la verdadera vida del cristiano, la vida séria y formal, la vida del servicio á Dios. Hasta entonces no ha hecho sino una como preparación para ser cristiano.

Seas, pues, cristiano toda la vida; sélo más y más á medida que adelantes en tu camino y vayas participando de los demás Sacramentos de la Iglesia. Tu primera Comunión no es más que el primer escalón de la escala santa que une la tierra con el cielo, y por la cual has de llegar hasta Dios. Del primer escalón has de pasar al segundo sin demora; de éste al tercero, sin detenerte en tu camino. Desde tu primera Comunión procura adelantar siempre; cada nueva Comunión será un aumento de gracia que te acercará más y más á tu divino Rey. No te detengas, y sobre todo no vuelvas atrás; no temas, sirves á un buen Señor: Jesús te ama mil veces más de lo que tú puedes amarle. Te ama; no temas, pues; no repares mucho en tus pequeñas miserias, en tus faltas cotidianas; desde el momento en que deseas apartarlas, no tienen importancia; y si tratas lealmente de corregirte de ellas, tus confesiones y Comuniones te serán muy provechosas.

En tus tentaciones échate en brazos de tu Salvador, primero por medio de la oración, después por medio de la sagrada Comunión. Él nos sostiene y consuela en nuestras tribulaciones. ¡Ah! ¡Desgraciado el que no ama á Jesús y que por consiguiente descuida la santa Comunión! Jesús le aguarda en el Sa-

cramento de su amor: le tiende cariñosamente los brazos, le abre su bondadoso Corazón, inclínase á él para darle el suavísimo beso de amor que se llama la Comunión ... ¡y el ingrato se aparta de Él, desdeñoso criminal!

¡Hijo mío! ¡Hija mía! ¡Haz que el amor de tu Salvador halle en tí, toda tu vida, completa correspondencia. Si perseveras hasta el fin en la práctica de la Comunión piadoso y frecuente, te lo prometo en nombre de Dios, tu vida será buena y pura, feliz y resignada, aun en medio de las pruebas, de los sufrimientos, de las lágrimas. Te prometo santa vida y buena muerte, sentencia dulce y favorable, y corona gloriosa por toda la eternidad!

La Comunión de los niños y niñas enfermos.

Si caes alguna vez en grave enfermedad, pídele á tu buena madre ó á tus amigos que llamen sin tardanza á tu confesor, Pon en regla tus asuntos: el tener despachado el pasaporte no te obliga por esto á partir.

Pide con instancia la sagrada Comunión. Jesús ama á los enfermos, particularmente á los niños. Al entrar en tu aposento te traerá consigo la bendición y tal vez la salud. He visto á muchos niños enfermos curados, ó á lo menos muy aliviados después de haber recibido la santa Eucaristía. Siempre hallará tu corazón la paz del cielo uniéndote con Jesucristo.

Si se hace larga tu enfermedad, pide á tu director espiritual no te deje pasar mucho tiempo sin el auxilio de los santos Sacramentos. Nunca tenemos mayor necesidad de Dios que cuando estamos enfermos de gravedad: así la Iglesia ha ordenado á los sacerdotes administren con frecuencia á los enfermos la santísima Eucaristía.

No temas ser indiscreto ó impertinente pidiéndola: nada más grato á un buen sacerdote que poder prestar este ministerio tan saludable y consolador; y tratándose, sobre todo, de un pobre niño ó niña, el corazón del sacerdote no puede menos de sentir hacia él toda la ternura de un verdadero padre.

He visto morir santamente á varios niños ó niñas: ¡oh! ¡cuán preciosos fueron sus últimos momentos, después de haber santificado su enfermedad con la Comunión frecuente! Los que pudieron salir del peligro de muerte pudieron mirar su enfermedad como una verdadera gracia. Al recobrar la salud se encontraron mucho mejores en piedad y costumbres que antes.

Desde el uso de razón está obligado el niño ó niña á hacer su primera Comunión en caso de enfermedad grave, si no la hizo en estado de su salud. Así es que un cristiano, desde la edad de los siete años debe saber ya lo necesario acerca Jesucristo y el santísimo Sacramento, á fin de poder recibirlo en caso que peligre su vida. No le será indispensable saber todo el Catecismo, pero sí debe tener suficientes co-

nocimientos de él para distinguir la santa Eucaristía de los demás alimentos corporales. Así lo prescribe la Iglesia. He conocido en París á un niño de siete años que, próximo á morir, á causa de una fiebre tifóidea que el médico juzgaba incurable, quedó curado luego después de haber recibido, en forma de viático, su primera Comunión. Dos días después habíase ya levantado, y jugaba con su hermanito.

¡Dulcísima Virgen María! Haced, os ruego, que todos los niños y niñas que lean estas páginas amen tiernamente toda su vida á vuestro Hijo Jesús, Señor nuestro. Infundidles santa afición á este Sacramento. Haced que reciban dignamente y con frecuencia á Jesús, al Dios de la Eucaristía, Tesoro de los cristianos, Rey de los Ángeles, Pan sacrosanto de vida eterna! Este será para ellos el secreto de su felicidad y de su eterna salvación.

A. M. D. G.